

Salvador Allende

Pensamiento y acción

Frida Modak
(coord.)

Salvador Allende

Pensamiento y acción



Allende, Salvador
Salvador Allende : pensamiento y acción / Salvador Allende ; coordinado por Frida Modak - 1.ª ed. - Buenos Aires : Lumen / FLACSO-Brasil / CLACSO, 2008.
384 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-00-0799-9

1. Historia Política Latinoamericana. I. Modak, Frida, coord. II. Título
CDD 320.980

© Frida Modak, 2008

Coedición con:



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Secretario Ejecutivo: Emir Sader
Secretario Ejecutivo Adjunto: Pablo Gentili
Av. Callao 875 | piso 5.º | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel. [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459 | e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org



Faculdade Latino Americana de Ciências Sociais-Sede Acadêmica-Brasil
Director:Ayrton Fausto.
SCN Quadra 6 Bloco A Sala 602 Edifício Venâncio 3000 CEP70716-900
Brasília-DF-Brasil
Telefax (5561) 33286341 - 33281369
email: flacsobr@flacso.org.br / www.flacso.org.br

Las designaciones utilizadas en las publicaciones de FLACSO, las cuales están en conformidad con la práctica adoptada por las Naciones Unidas, así como la forma en que aparecen en las obras, no implican juicio de valor por parte de FLACSO en lo referente a la condición jurídica de ningún país, área o territorio citados o de sus autoridades o, aun, en lo concerniente a la delimitación de sus fronteras.

La responsabilidad por las opiniones contenidas en los estudios, artículos y otras contribuciones son de responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y la publicación de los trabajos por FLACSO no constituye endoso de las opiniones en ellos expresadas. De igual forma, referencias a nombres de instituciones, empresas, productos comerciales y procesos no representan aprobación por FLACSO, así como la omisión del nombre de determinada institución, empresa, producto comercial o proceso no debe ser interpretada como señal de desaprobación por parte de FLACSO.

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Todos los derechos reservados.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

El nombre encontrado*

En la sierra mexicana de Nayarit había una comunidad que no tenía nombre. Desde hacía siglos andaba buscando nombre esa comunidad de indios huicholes. Carlos González lo encontró, por pura casualidad. Este indio huichol había venido a la ciudad de Tepic para comprar semillas y visitar parientes. Al atravesar un basural, recogió un libro tirado entre los desperdicios. Hacía años que Carlos había aprendido a leer la lengua de Castilla y, mal que bien, podía. Sentado a la sombra de un alero, empezó a descifrar páginas. El libro hablaba de un país de nombre raro, que Carlos no sabía ubicar pero que debía estar bien lejos de México, y contaba una historia de hace pocos años.

En el camino de regreso, caminando sierra arriba, Carlos siguió leyendo. No podía desprenderse de esta historia de horror y de bravura. El personaje central del libro era un hombre que había sabido cumplir su palabra. Al llegar a la aldea, Carlos anunció, eufórico:

—*¡Por fin tenemos nombre!*

* De *Memorias del fuego*.

Salvador Allende / Pensamiento y acción

Y leyó el libro, en voz alta, para todos. La tropezada lectura le ocupó casi una semana. Después, las ciento cincuenta familias votaron. Todas por sí. Con bailes y cantares se selló el bautizo. Ahora tienen cómo llamarse. Esta comunidad lleva el nombre de un hombre digno, que no dudó a la hora de elegir entre la traición y la muerte.

—*Voy para Salvador Allende* —dicen, ahora, los caminantes.

Eduardo Galeano

Salvador Allende y las ciencias sociales

El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica Brasil (FLACSO-Brasil), presentan, en ocasión del centenario del nacimiento de Salvador Allende, esta antología realizada por Frida Modak que compila algunos de sus más célebres textos y discursos.

La imagen de Allende comúnmente difundida en la región refiere al político íntegro, consecuente, mártir representante de la izquierda, Presidente de la República de Chile democráticamente elegido en 1970 y víctima del golpe de Estado encabezado por Pinochet el 11 de septiembre de 1973. Aunque positiva, esta imagen no da cuenta de un hombre cuyos aportes al conocimiento de los procesos políticos de la región y del mundo fueron, sin lugar a dudas, invalorable.

En esta cuidadosa selección, Frida Modak —quien fuera su Secretaria de Prensa— rescata las principales reflexiones de Allende sobre la práctica política y sobre la relación entre la democracia y la construcción pacífica del socialismo.

Emerge entonces, de estos textos, un Salvador Allende cuyos aportes y contribuciones resultan cada vez más actuales para

Salvador Allende / Pensamiento y acción

aquellos que nos identificamos como científicos sociales comprometidos con el desarrollo y la integración de nuestras sociedades en el marco de la defensa irrestricta de la justicia social.

Además del homenaje a Salvador Allende en el centenario de su nacimiento, pretendemos con esta edición difundir, entre académicos, políticos y ciudadanos latinoamericanos, reflexiones que en mucho podrán enriquecer a todos aquellos que luchan para hacer realidad los ideales y las aspiraciones por los cuales él entregó su propia vida.

Reiteramos aún nuestra deuda de gratitud a un Presidente que concedió durante su gobierno “el asilo contra la opresión” a centenares de colegas científicos sociales forzados al exilio por gobiernos militares en los diversos países de la región.

Brasilia y Buenos Aires,
junio de 2008

Emir Sader
CLACSO
Secretario ejecutivo

Ayrton Fausto
FLACSO-Brasil
Director

Allende, ¿político o estadista?

*Almino Affonso**

Nada es más oportuno que la iniciativa de reunir en un libro, en el centenario de su nacimiento, discursos y textos del presidente Salvador Allende.

Pasados tantos años del golpe de Estado de Pinochet, algunos no tienen claro, al mirar las realizaciones del gobierno de la Unidad Popular, que el presidente Allende definió el rumbo de aquella gesta heroica, y suponen que su gobierno fue la resultante de las influencias de los liderazgos del Partido Socialista y del Partido Comunista.

No tengo a mano sus declaraciones durante su memorable campaña electoral, ni tampoco sus discursos, ora contundentes, ora marcados por el juego de la habilidad, durante el ejercicio de su gobierno. Sin embargo, como exiliado político en Chile, pude acompañar aquel período candente y puedo afirmar, sin ánimo laudatorio, que no se puede entender su obra administrativa sin vincularla con las orientaciones de su pensamiento político. Estoy

* Exdiputado federal. Exministro de Trabajo y Previsión Social. Exvicegobernador de São Paulo. Exconsejero de la República. Presidente del Consejo Consultivo de FLACSO-Brasil.

convencido de que ninguna de sus principales realizaciones fue resultante de la improvisación. Esto presupone el estadista al diseñar la arquitectura del mañana.

Basta recordar el enunciado fundamental: el gobierno de “transición al socialismo”. No osaba reconocerlo como socialista. Pero no perdía la claridad respecto del rumbo... Constituido a través del proceso electoral, el gobierno (que Allende soñó) se proponía realizar la hazaña histórica de edificar una sociedad socialista y elegía como modelo la vía pluralista, democrática y pacífica. ¿Podría existir un desafío mayor?

Todos los cambios que promovió, con valentía inigualable — desde la nacionalización del cobre y la red bancaria, la ampliación de la reforma agraria, la incorporación al área social de las industrias de carácter monopólico—, se sometían al axioma “vía pluralista, democrática y pacífica”.

A través de estos tres principios (que desafiaban el orden constituido), Allende recordaba la predicción de Engels: “La evolución pacífica desde la vieja sociedad hacia la nueva puede ser concebida en los países donde la representación popular concentra en sí misma el poder.” ¡Yo vi de cerca este gran sueño! Y conmigo, tantos otros exiliados que habían vivido el derrumbe del gobierno de Goulart.

Por esto mismo, desde ahora puedo escribir: si algún día, en la historia de los pueblos, una sociedad socialista logra implantarse democráticamente y en pluralismo, el nombre de Salvador Allende será invocado como héroe, así como hoy yo lo recuerdo entre la utopía y la bravura.

São Paulo, 15 de abril de 2008

Introducción

A cien años de su nacimiento y próximos a cumplirse treinta y cinco de su desaparición física, el pensamiento y la acción de Salvador Allende no sólo conservan plena vigencia, sino que en el contexto actual su figura se yergue como la del hombre que con visión de futuro buscó cambiar el esquema en que se pretendía mantener encajonado no sólo a su pueblo sino a todos los pueblos así llamados en desarrollo o subdesarrollados.

Su trayectoria tiene una consecuencia poco frecuente, que queda plasmada en los planteamientos que formulara tanto en el plano nacional como internacional, como dirigente político y social, como parlamentario y como gobernante. En esta selección de textos hay discursos completos y fragmentos de intervenciones en distintos ámbitos, con años de distancia, y todos van perfilando lo que sería su programa y su gestión como Presidente de la República.

Le correspondió gobernar cuando ya se manifestaban los primeros síntomas de la crisis del orden impuesto al término de la segunda guerra mundial, como lo expuso en abril de 1972 al inaugurar la tercera reunión de la UNCTAD, que se efectuó en Chile. En su permanente defensa de los intereses nacionales, advirtió de las consecuencias que tendrían sobre América Latina y Chile, en par-

ticular, las políticas destinadas a mantener la hegemonía estadounidense.

Llamó la atención sobre el endeudamiento externo, señalando que por su carácter usurario llegaría un momento en que los países deudores no podrían hacerle frente, como ocurrió sin que por ello quedaran liberados de una deuda cuyo monto original ya han pagado muchas veces.

Le dolía la pobreza y le preocupaba el futuro de los jóvenes, a los que les reconoció un papel protagónico en los cambios que se impulsaban, y creó la Secretaría de la Juventud. Creó también la Secretaría de la Mujer, no para contraponerla al hombre, sino para impulsar la participación de la pareja humana.

La nacionalización del cobre, el acero, el hierro, el salitre y el carbón; la incorporación de un millón de personas al consumo en el primer año de su gobierno, invirtiendo los porcentajes de cesantía en términos que eliminaban la pobreza extrema; la profundización de la reforma agraria, la dignificación del pueblo mapuche, la incorporación de las clases medias a la previsión social, el área social de la economía, el medio litro de leche diario para los niños y el acceso de los trabajadores a la universidad en un clima de creciente participación popular son hitos importantes de sus casi tres años de gobierno.

Ése era el rostro del Chile allendista cuando Estados Unidos armó y financió el plan desestabilizador que culminó con el golpe militar, plan que se sigue aplicando a los países que procuran su plena independencia y el rescate de sus recursos naturales. Hoy, cuando la hegemonía estadounidense tambalea, y junto con ella todo el tinglado de posguerra, la crisis del modelo neoliberal y globalizador nos sitúa en la misma disyuntiva de 1970 y reafirma la vigencia del pensamiento y la acción de Salvador Allende.

El pueblo chileno siempre lo ha sabido y lo expresa de diferentes formas, como ésta: una mañana, cuando visitaba su mausoleo y acomodaba unas flores, me sorprendieron los gritos de una mujer que a unos treinta metros de distancia repetía: “Esto es un milagro..., esto es un milagro...” Me acerqué a ella, era una anciana que se apoyaba en sus hijas para caminar. Habían juntado dinero durante varios años y viajaron desde Punta Arenas, la ciudad más austral del país, porque ella tenía que ir a “verlo”, y su hija,

Salvador Allende / Pensamiento y acción

a agradecerle la casa que habían podido adquirir durante su gobierno. Y mirando hacia el mausoleo me dijo: “Yo creo que este caballero no se murió, que de alguna manera se pudo salir de ahí [el palacio de La Moneda]... Pero, si no, debe estar sentado al lado del Señor...”

Frida Modak

Salvador Allende
Pensamiento y acción

Allende por Allende

Pertenezco a una familia que ha estado en la vida pública por muchos años. Mi padre y mis tíos, por ejemplo, fueron militantes del Partido Radical, cuando este era un partido de vanguardia. Este partido nació con las armas en la mano, luchando contra la reacción conservadora. Mi abuelo, el doctor Allende Padín, fue senador radical, vicepresidente del Senado y fundó en el siglo pasado la primera escuela laica en Chile. En aquella época fue, además, serenísimo gran maestro del orden masónico, lo cual era más peligro que ser hoy militante del Partido Comunista.

Bien pronto, pese a pertenecer a una familia de la mediana burguesía, dejé la provincia, Valparaíso, y vine a estudiar medicina a Santiago. Los estudiantes de medicina, en aquella época, se encontraban en las posiciones más avanzadas. Nos reuníamos para discutir los problemas sociales, para leer a Marx, Engels, los teóricos del marxismo.

Yo no había frecuentado la universidad buscando ansiosamente un título para ganarme la vida. Milité siempre en los sectores estudiantiles que luchaban por la reforma. Fui expulsado de la universidad, arrestado y juzgado, antes de ser médico, por tres cortes marciales. Fui liberado, enviado al norte de Chile y después comencé en Valparaíso mi carrera profesional.

Tuve muchas dificultades, porque aunque fui un buen estudiante y me gradué con una calificación alta, me presenté, por ejemplo, a cuatro concursos en los que era el único concursante y, sin embargo, los cargos quedaron vacantes. ¿Por qué? Por mi vida estudiantil.

En Valparaíso tuve que trabajar duramente, en el único puesto que pude desempeñar: asistente de anatomía patológica. Con estas manos he hecho mil quinientas autopsias. Sé qué quiere decir amar la vida y sé cuáles son las causas de la muerte.

Terminado mi trabajo de médico, me dedicaba a organizar el Partido Socialista. Yo soy el fundador del Partido Socialista de Valparaíso. Me enorgullece haber mantenido, desde cuando era estudiante hasta hoy, una línea, un compromiso, una coherencia. Un socialista no podía estar en otra barricada que en aquella en la que yo he estado toda mi vida.

En verdad tuve influencia, en mi formación, de un viejo zapatero anarquista que vivía frente a mi casa, cuando yo era estudiante secundario. Además, me enseñó a jugar al ajedrez. Cuando terminaba mis clases, atravesaba la calle e iba a conversar con él. Pero como era un hombre brillante, no sólo me planteaba sus puntos de vista, sino que me aconsejó que leyera algunas cosas. Y empecé a hacerlo. Cuando fui a la universidad, ya había allí una inquietud mayor, y también en esa época los estudiantes de medicina representábamos al sector menos pudiente —no como los abogados—; los abogados, como estudiantes, formaban parte de la oligarquía. Aquí hay tres abogados chilenos, por eso lo digo.

Además, yo iba de provincia y desde esa época empecé a ver la diferencia que existía en la universidad y en la vida. Como médico, las cosas se me fueron haciendo mucho más claras. No soy un gran teórico marxista, pero creo en los fundamentos esenciales, en los pilares de esa doctrina, en el materialismo histórico, en la lucha de clases.

Pero pienso que el marxismo no es una receta para hacer revoluciones; pienso que el marxismo es un método para interpretar la historia. Creo que los marxistas tienen que aplicar sus conceptos a la interpretación de su doctrina, a la realidad y conforme a la realidad de su país. Por ejemplo, yo era tan marxista como ahora, en el año 1939, y fui, durante tres años, ministro de Salubridad de un gobierno popular. Soy fundador del Partido Socialista, que es un

partido marxista, y llevo dos años en el gobierno. Pero ya lo he dicho: no soy presidente del Partido Socialista, ni mi gobierno es un gobierno marxista.

Yo he sido candidato cuatro veces: en el '51, para mostrar, para enseñar, para hacer comprender que existía un camino distinto de aquel que estaba establecido, incluso por el Partido Socialista, del cual yo, a partir de ese momento, fui expulsado por no haber aceptado esa línea. Expulsado del Partido Socialista, entré en contacto con un Partido Comunista que estaba en la ilegalidad. Y así nació el embrión de lo que es hoy la Unidad Popular: la alianza socialista-comunista. Un pequeño grupo socialista que yo representaba y los comunistas, que estaban en la ilegalidad.

En el '51, recorrí todo Chile sin ninguna ilusión electoral, pero para decirle al pueblo que la gran posibilidad consistía en la unidad de los partidos de la clase obrera, incluso con partidos de la pequeña burguesía. La fuerza de esta idea, nacida en el '51, se manifestó de manera poderosa en el año '58.

En el '58 yo perdí las elecciones por 30.000 votos. En el '64 hubiéramos vencido, si hubieran sido tres los candidatos. Pero el candidato de la derecha, que era radical, prácticamente se retiró, y quedamos el señor Frei y yo. Y la derecha apoyó a Frei.

Con esto quiero subrayar que por tantos años yo he tenido un diálogo constante y permanente con el pueblo a través de los partidos populares. Y en esta última campaña organizando los comités de la Unidad Popular en cada fábrica, en los cuarteles, en las calles, en todas partes habíamos formado comités; escuelas, liceos, industrias, hospitales. Estos han sido los vehículos, los contactos, los tentáculos del pensamiento de la Unidad Popular con el pueblo.

Es por ello que, aunque los medios de información eran tan restringidos como usted ha observado, pudimos alcanzar esta victoria de hoy. Se puede usar aquí una expresión no política, pero clara: la cosecha de la victoria es fruto de la siembra de muchos años.

En el año 1958, el FRAP —que entonces se llamaba así: Frente de Acción Popular— venció en la votación masculina. Yo vencí en la votación masculina y perdí en la de las mujeres.

En 1964, pese a que Frei fue apoyado por los sectores de la derecha, en el voto masculino quedamos en igualdad. Pero él me ganó, por un porcentaje muy elevado, entre las mujeres. Después

de eso, en el '70, la verdad es que Alessandri y Tomic habían obtenido más votos que yo en proporción, en el sector femenino. Yo triunfé de lejos, entre los hombres.

Ahora, en el '58, las condiciones eran distintas. La Unidad Popular, en aquella época, era representada sobre todo por socialistas y comunistas. Y aun si hubiéramos ganado —gracias al voto masculino— la composición del Congreso era distinta de la actual. Los partidos Conservador, Liberal y Radical eran la mayoría. No había ninguna posibilidad, aun con el apoyo demócrata-cristiano, de que yo venciese al Congreso.

Todo, absolutamente todo, estaba dispuesto en Chile de modo tal de asegurar la victoria de Alessandri. Además, existía una tradición según la cual el Congreso siempre ratificó a quien venciera en las elecciones. Se imagina cuán difícil era suponer que un Congreso en el cual no teníamos la mayoría hubiera podido romper con esta tradición, para elegir —en el '58— un candidato socialista apoyado exclusivamente por el Partido Comunista. Si nosotros hubiésemos lanzado al pueblo a la lucha, se habría desatado una represión violenta. Aunque es cierto que el presidente Ibáñez personalmente expresó simpatía por mi candidatura, no intervino ni me apoyó decididamente. Ni yo le pedí eso. No había ninguna condición, ninguna posibilidad concreta.

Ahora, sí creo que hemos demostrado conciencia política. Aquella misma noche yo les dije a los trabajadores que habíamos perdido una batalla, no la guerra. Y debíamos seguir preparándonos. Creo que este precedente, entre otros, es lo que ahora me permite tener autoridad moral. La gente sabe que soy un político realista y que, además, mantengo las promesas.

Hace más de 30 años, me correspondió participar en forma activa en la erección del Frente Popular, movimiento unitario de izquierda que, con el sacrificio de legítimas aspiraciones de los partidos de la clase obrera —como el Socialista—, hizo posible el triunfo del presidente Pedro Aguirre Cerda, en cuyo gobierno tuve el honor de ser ministro de Salubridad, como personero de mi colectividad.

En 1952, en momentos difíciles para la clase trabajadora y sus colectividades políticas, enfrenté la dura tarea de encabezar un movimiento de esclarecimiento ideológico, asumiendo su representación en una contienda sin posibilidad alguna de buen éxito electoral.

En 1958 y en 1964, fortalecido ya el proceso iniciado en 1951, me correspondió personificar al Frente de Acción Popular en dos campañas presidenciales, que si bien no culminaron en la conquista del poder, contribuyeron de manera decidida a esclarecer y ampliar el proceso revolucionario.

El esfuerzo para unificar los partidos populares tiene ahora importancia aún más relevante.

La Unidad Popular se plantea como la alternativa de un gobierno diferente; es la conquista del poder para el pueblo, precisamente después que el país ha experimentado el fracaso del reformismo demócrata-cristiano y aún están a la vista los resultados del anterior régimen, inspirados ambos en el capitalismo tradicional.

El panorama internacional nos señala la urgencia de enfrentar la intromisión imperialista, cada día más insolente y traducida en el fortalecimiento de las fuerzas represivas y contrarrevolucionarias, y de la cual es gráfica demostración el informe del gobernador Rockefeller.

Bolívar decía: “Los Estados Unidos quieren sujetarnos en la miseria en nombre de la libertad.” Y Martí ha dicho frases mucho más duras. No quiero repetir las, porque en realidad yo distingo entre el pueblo norteamericano y sus pensadores, y la actitud —a veces transitoria— de alguno de sus gobernantes; y entre la política del Departamento de Estado y los intereses privados que han contado con apoyo norteamericano.

En realidad, la doctrina Monroe consagró un principio: “América para los americanos.” Pero éste no ha sido efectivamente observado, porque en América del Norte hay un desarrollo económico que no hay en Centro y Sudamérica. El problema no ha sido resuelto sobre la base de igualdad de intereses, de comunidad de intereses. Defender el principio de “América para los americanos” a través de la doctrina Monroe ha querido decir siempre “América para los norteamericanos”.

Conocemos bien el drama de América del Sur, que siendo un continente potencialmente rico, es un continente pobre, fundamentalmente por la explotación de la cual es víctima por parte del capital privado norteamericano.

Nosotros luchamos fundamentalmente por la integración de los países latinoamericanos. Creemos que es justo el camino indicado por los padres de la patria, que soñaron la unidad latinoamericana.

mericana para poder disponer de una voz continental frente al mundo. Esto naturalmente no impide que miremos no sólo con simpatía sino también con profundidad el significado de la presencia del pensamiento del Tercer Mundo. Podría sintetizar mi pensamiento en respuesta a su programa diciendo que luchamos, antes que nada, por hacer de América un auténtico continente en sus realizaciones y por ligarnos cada vez más a los países del Tercer Mundo. Es claro que creemos que el diálogo es fundamental. Los pueblos como el nuestro luchan por la paz y no por la guerra. Por la cooperación económica y no por la explotación. Por la convivencia social y no por la injusticia.

Si el hombre de los países industrializados ha llegado, como usted recuerda, a la luna, es porque ha sido capaz de dominar la naturaleza. El problema es que, si bien es justo que el hombre ponga los pies sobre la luna, es más justo que los grandes países —para hablar simbólicamente— pongan los pies sobre la tierra y se den cuenta de que hay millones de seres humanos que sufren hambre, que no tienen trabajo, que no tienen educación.

Por eso pienso que el hombre del siglo XXI debe ser un hombre con una concepción distinta, con otra escala de valores, un hombre que no sea movido esencial y fundamentalmente por el dinero, un hombre que piense que existe para la fortuna una medida distinta, en la cual la inteligencia sea la gran fuerza creadora.

Quiero decirle que tengo confianza en el hombre, pero en el hombre humanizado, el hombre fraterno, y no el que vive de la explotación de los otros.

La tarea que tiene ante sí la Unidad Popular es de tal urgencia histórica, que, si no se cumple con prontitud, incontenibles tensiones sociales arrastrarán a Chile al caos, como consecuencia del fracaso del sistema. Hasta un ciego puede ver las proyecciones y el significado que han tenido y tienen las huelgas del Poder Judicial y del regimiento Tacna. La hoguera de rebeldía juvenil no se apaga sino con su presencia activa y creadora en la construcción del socialismo.

Si los partidos que reivindican para sí la responsabilidad de vanguardia no son capaces de cumplir adecuada y unitariamente su papel revolucionario, surgirán en forma inevitable la insurgencia desesperada o la dictadura como proyección de la insuficiencia cada vez más notoria del régimen.

No es el camino de la asonada, sin conducción política responsable, la solución que puedan sustentar los verdaderos revolucionarios. Luchamos por crear el más amplio y decidido movimiento antiimperialista, destinado a que se cumpla la revolución chilena. Los emboscados que hubieran podido llegar hasta nosotros, serán aplastados por la clarividencia revolucionaria del pueblo. No somos sectarios ni tampoco excluyentes; somos y seremos, sí, exigentes, para que en Chile el pueblo no aparezca burlado en sus ansias de independencia económica y política.

La dictadura contrarrevolucionaria no será capaz, por cierto, de abrir posibilidades al país ni de acallar, por el imperio de la fuerza, la legítima rebeldía de los chilenos altivos y combatientes.

El cuadro nacional nuestro es muy claro. La frustración se expresa desde el intelectual al campesino, y la juventud busca tácticas de lucha que señalan su decisión de desafiar resueltamente el actual estado de cosas, aunque aquellas no sean las más convenientes para el desarrollo orgánico del proceso revolucionario. Quienes tenemos serias responsabilidades en el movimiento popular y hemos fundido nuestra suerte con la suya, nos hallamos más obligados aún para sumir una actitud de desprendimiento y de consecuencia moral.

Personalmente, sólo aliento un anhelo íntimo: que vaya donde vaya, esté donde esté, seguiré siendo para el pueblo el “compañero Allende”.

(Elaborado con fragmentos de sus intervenciones. F. M.)

Revolución y democracia

Pensamiento socialista

Legalidad, institucionalidad, libertad

La gran tarea*

Dijo el pueblo: “Venceremos”, y vencimos.

Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence hoy con nosotros. Están aquí Lautaro y Caupolicán, hermanados en la distancia de Cuauhtémoc y Túpac Amaru.

Hoy, aquí con nosotros, vence O’Higgins, que nos dio la independencia política celebrando el paso hacia la independencia económica.

Hoy, aquí con nosotros, vence Manuel Rodríguez, víctima de los que anteponen sus egoísmos de clase al progreso de la comunidad.

Hoy, aquí con nosotros, vence Balmaceda, combatiente en la tarea patriótica de recuperar nuestras riquezas del capital extranjero.

Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren con los trabajadores organizados tras años de sacrificio.

Hoy, aquí con nosotros, por fin, vencen las víctimas de la población José María Caro; aquí con nosotros, vencen los muertos de

* Discurso en el Estadio Nacional al tomar posesión del gobierno, 5 de noviembre de 1970.

El Salvador y Puerto Montt, cuya tragedia atestigua por qué y para qué hemos llegado al poder.

De los trabajadores es la victoria.

Del pueblo sufrido, que soportó por siglo y medio, bajo el nombre de Independencia, la explotación de una clase dominante incapaz de asegurar el progreso y, de hecho, desentendida de él.

La verdad, la sabemos todos, es que el atraso, la ignorancia, el hambre de nuestro pueblo y de todos los pueblos del Tercer Mundo, existen y persisten porque resultan lucrativos para unos pocos privilegiados.

Pero ha llegado por fin el día de decir basta.

¡Basta a la explotación económica!

¡Basta a la desigualdad social!

¡Basta a la opresión política!

Hoy, con la inspiración de los héroes de nuestra patria, nos reunimos aquí para conmemorar nuestra victoria, la victoria de Chile; y también para señalar el comienzo de la liberación. El pueblo, al fin hecho gobierno, asume la dirección de los destinos nacionales. ¿Pero cuál es el Chile que heredamos?

Excúsenme, compañeros, que en esta tarde de fiesta y ante las delegaciones de tantos países que nos honran con su presencia, me refiera a temas tan dolorosos. Es nuestra obligación y nuestro derecho denunciar sufrimientos seculares, como dijo el presidente peruano Velasco Alvarado.

“Una de las grandes tareas de la revolución es romper el cerco del engaño que a todos nos ha hecho vivir de espaldas a la realidad.”

Ya es tiempo de decir que nosotros, los pueblos subdesarrollados, fracasamos en la historia.

Fuimos colonias en la civilización agrario-mercantil. Somos apenas naciones neocoloniales en la civilización urbano-industrial.

Y en la nueva civilización que emerge, amenaza continuar nuestra dependencia.

Hemos sido los pueblos explotados. Aquellos que no existen para sí, sino para contribuir a la prosperidad ajena.

¿Y cuál es la causa de nuestro atraso?

¿Quién es responsable del subdesarrollo en que estamos sumer-

gidos? Tras muchas deformaciones y engaños, el pueblo ha comprendido. Sabemos bien, por experiencia propia, que las causas reales de nuestro atraso están en el sistema.

En este sistema capitalista dependiente, que, en el plano interno, opone las mayorías necesitadas a minorías ricas; y en el plano internacional, opone los pueblos poderosos a los pobres; y los más costean la prosperidad de los menos.

Heredamos una sociedad lacerada por las desigualdades sociales. Una sociedad dividida en clases antagónicas de explotadores y explotados.

Una sociedad en que la violencia está incorporada a las instituciones mismas, y que condena a los hombres a la codicia insaciable, a las más inhumanas formas de crueldad e independencia frente al sufrimiento ajeno.

Nuestra herencia es una sociedad sacrificada por el desempleo, flagelo que lanza a la cesantía forzosa y a la marginalidad a masas crecientes de la ciudadanía; masas que no son un fenómeno de superpoblación, como dicen algunos, sino las multitudes que testimonian, con su trágico destino, la incapacidad del régimen para asegurar a todos el derecho elemental al trabajo.

Nuestra herencia es una economía herida por la inflación, que mes tras mes va recortando el mísero salario de los trabajadores y reduciendo a casi nada —cuando llegan a los últimos años de su vida— el ingreso de una existencia de privaciones.

Por esta herida sangra el pueblo trabajador de Chile; costará cicatrizarla, pero estamos seguros de conseguirlo, porque la política económica del gobierno será dictada desde ahora por los intereses populares.

Nuestra herencia es una sociedad dependiente, cuyas fuentes fundamentales de riquezas fueron enajenadas por los aliados internos de grandes empresas internacionales. Dependencia económica, tecnológica, cultural y política.

Nuestra herencia es una sociedad frustrada en sus aspiraciones más hondas de desarrollo autónomo. Una sociedad dividida, en que se niega a la mayoría de las familias los derechos fundamentales al trabajo, a la educación, a la salud, a la recreación, y hasta la misma esperanza de un futuro mejor.

Contra todas estas formas de existencia se ha alzado el pueblo chileno. Nuestra victoria fue dada por la convicción, al fin alcanzada, de que sólo un gobierno auténticamente revolucionario podría enfrentar el poderío de las clases dominantes, al mismo tiempo movilizar a todos los chilenos para edificar la República del pueblo trabajador. Esta es la gran tarea que la historia nos entrega. Para acometerla los convoco hoy, trabajadores de Chile. Sólo unidos hombro a hombro, todos los que amamos a esta patria, los que creemos en ella, podremos romper el subdesarrollo y edificar la nueva sociedad.

Vivimos un momento histórico: la gran transformación de las instituciones políticas de Chile. El instante en el que suben al poder, por la voluntad mayoritaria, los partidos y movimientos portavoces de los sectores sociales más negados.

Si nos detenemos a meditar un momento y miramos hacia atrás en nuestra historia, los chilenos estamos orgullosos de haber logrado imponernos por vía política, triunfando sobre la violencia.

Esta es una noble tradición. Es una conquista imperecedera. En efecto, a lo largo de nuestro permanente combate por la liberación, de la lenta y dura lucha por la igualdad y por la justicia, hemos preferido siempre resolver los conflictos sociales con los recursos de la persuasión, con la acción política.

Rechazamos, nosotros los chilenos, en lo más profundo de nuestras coincidencias, las luchas fratricidas. Pero sin renunciar jamás a reivindicar los derechos del pueblo. Nuestro escudo lo dice: "Por la razón o la fuerza." Pero dice primero por la razón.

Esta paz cívica, esta continuidad del proceso político, no es la consecuencia fortuita de un azar. Es el resultado de nuestra estructura socioeconómica, de una relación peculiar de las fuerzas sociales que nuestro país ha ido construyendo de acuerdo con la realidad de nuestro desarrollo.

Ya en nuestros primeros pasos como país soberano, la decisión de los hombres de Chile y la habilidad de sus dirigentes nos permitieron evitar las guerras civiles.

Ya en 1845, Francisco Antonio Pinto escribía al general San Martín: "Me parece que nosotros vamos a solucionar el problema de saber cómo ser republicanos y continuar hablando la lengua española." Desde entonces, la estabilidad institucional de la Repú-

blica fue una de las más consistentes de Europa y América.

Esta tradición republicana y democrática llega así a formar parte de nuestra personalidad, impregnando la conciencia colectiva de los chilenos. El respeto a los demás, la tolerancia hacia el otro, es uno de los bienes culturales más significativos con que contamos.

Y, cuando dentro de esta continuidad institucional y en las normas políticas fundamentales surgen los antagonismos y contradicciones entre las clases, esto ocurre en forma esencialmente política. Nunca nuestro pueblo ha roto esta línea histórica.

Las pocas quiebras institucionales fueron siempre determinadas por las clases dominantes. Fueron siempre los poderosos quienes desencadenaron la violencia, los que vertieron la sangre de chilenos, interrumpiendo la normal evolución del país. Así ocurrió cuando Balmaceda, consciente de sus deberes y defensor de los intereses nacionales, actuó con la dignidad y el patriotismo que la posteridad ha reconocido.

Las persecuciones contra los sindicatos, los estudiantes, los intelectuales y los partidos obreros, son la respuesta violenta de quienes defienden privilegios. Sin embargo, el combate ininterrumpido de las clases particulares organizadas ha logrado imponer progresivamente el reconocimiento de las libertades civiles y sociales, públicas e individuales.

Esta evolución particular de las instituciones en nuestro contexto estructural es lo que ha hecho posible la emergencia de este momento histórico en el que el pueblo asume la dirección política del país.

Las masas, en su lucha para superar el sistema capitalista que las explota, llegan a la presidencia de la República integradas, fundidas en la Unidad Popular, y en lo que constituye la manifestación más relevante de nuestra historia: la vigencia y el respeto de los valores democráticos, el reconocimiento de la voluntad mayoritaria.

Sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar a su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos, no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación.

Sin precedentes en el mundo, Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos. Lo asume para orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases.

Desde el punto de vista teórico-doctrinal, como socialistas que somos, tenemos muy presentes cuáles son las fuerzas y los agentes del cambio histórico. Y, personalmente, sé muy bien, para decirlo en los términos textuales de Engels, que:

“Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo con la Constitución se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación.”

Y este es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels. Sin embargo, es importante recordar que, en los sesenta días que han seguido a los comicios del 4 de septiembre, el vigor democrático de nuestro país ha sido sometido a la más dura prueba por la que jamás haya atravesado.

Tras una dramática sucesión de acontecimientos, ha prevalecido de nuevo nuestra característica dominante: la confrontación de las diferencias por la vía política.

El Partido Demócrata Cristiano ha sido consciente del momento histórico y de sus obligaciones para con el país, lo que merece ser destacado.

Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este gobierno en su obra transformadora.

La voluntad popular nos legitima en nuestra tarea. Mi gobierno responderá a esta confianza haciendo real y concreta la tradición democrática de nuestro pueblo.

Pero en estos sesenta días decisivos que acabamos de vivir, Chile y el mundo entero han sido testigos, en forma inequívoca, de los intentos confesados para conculcar fraudulentamente el espíritu de

nuestra Constitución; para burlar la voluntad del pueblo; para atentar contra la economía del país, y sobre todo, en actos cobardes de desesperación, para provocar un choque sangriento, violento, entre nuestros conciudadanos.

Estoy personalmente convencido de que el sacrificio heroico de un soldado, del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, ha sido el acontecimiento imprevisible que ha salvado a nuestra patria de una guerra civil.

Permítaseme, en esta solemne ocasión, rendir en su persona el reconocimiento de nuestro pueblo a las Fuerzas Armadas y al Cuerpo de Carabineros, fieles a las normas institucionales y al mandato de la ley.

Este episodio increíble, que la historia registrará como una guerra civil larvada, que duró apenas un día, demostró una vez más la demencia criminal de los desesperados. Ellos son los representantes, los mercenarios de las minorías que, desde la Colonia, tienen la agobiante responsabilidad de haber explotado en su provecho egoísta a nuestro pueblo; de haber entregado nuestras riquezas al extranjero. Son estas minorías las que, en su desmedido afán de perpetuar sus privilegios, no vacilaron en 1891 y no han titubeado en 1970 en colocar a la nación ante una trágica disyuntiva.

¡Fracasaron en sus designios antipatrióticos! ¡Fracasaron frente a la solidez de las instituciones democráticas, ante la firmeza de la voluntad popular, resuelta a enfrentarlos y a desarmarlos, para asegurar la tranquilidad, la confianza y la paz de la nación, desde ahora bajo la responsabilidad del Poder Popular!

Pero ¿qué es el Poder Popular?

Poder Popular significa que acabaremos con los pilares donde se afianzan las minorías que, desde siempre, condenaron a nuestro país al subdesarrollo.

Acabaremos con los monopolios, que entregan a unas pocas docenas de familias el control de la economía.

Acabaremos con un sistema fiscal puesto al servicio del lucro, y que siempre ha gravado más a los pobres que a los ricos; que ha concentrado el ahorro nacional en manos de los banqueros y su apetito de enriquecimiento.

Vamos a nacionalizar el crédito para ponerlo al servicio de la prosperidad nacional.

Acabaremos con los latifundios, que siguen condenando a miles de campesinos a la sumisión, a la miseria, impidiendo que el país obtenga de sus tierras todos los alimentos que necesitamos. Una auténtica reforma agraria hará esto posible.

Terminaremos con el proceso de desnacionalización, cada vez mayor, de nuestras industrias y fuentes de trabajo, que nos somete a la explotación foránea.

Recuperaremos para Chile sus riquezas fundamentales. Vamos a devolver a nuestro pueblo las grandes minas de cobre, de carbón, de hierro, de salitre. Conseguirlo está en nuestras manos, en las manos de quienes ganan su vida con su trabajo y que están hoy en el centro del poder.

El resto del mundo podrá ser espectador de los cambios que se produzcan en nuestro país, pero los chilenos no podemos conformarnos con eso solamente, porque nosotros debemos ser protagonistas de la transformación de la sociedad.

Es importante que cada uno de nosotros se compenetre de la responsabilidad común.

Es tarea esencial del Gobierno Popular, o sea, de cada uno de nosotros, repito, crear un Estado justo, capaz de dar el máximo de oportunidades a todos los que convivimos en nuestro territorio.

Yo sé que esta palabra Estado infunde cierta aprensión. Se ha abusado mucho de ella, y en muchos casos se la usa para desprestigiar un sistema social justo.

No le tengan miedo a la palabra Estado, porque dentro del Estado, en el Gobierno Popular, están ustedes, estamos todos. Juntos debemos perfeccionarlo, para hacerlo eficiente, moderno, revolucionario. Pero entiéndase bien que he dicho justo, y esto es precisamente lo que quiero recalcar.

Se ha hablado mucho de la participación popular. Esta es la hora de que ella se haga efectiva. Cada habitante de Chile, de cualquier edad, tiene una tarea que cumplir. En ella se confundirá el interés personal con la generosa conducta del quehacer colectivo. No hay dinero suficiente en ningún Estado del mundo para atender todas las aspiraciones de sus componentes, si éstos no adquieren primero conciencia de que junto a los derechos están los deberes y que *el éxito tiene más valor cuando ha surgido del propio esfuerzo.*

Como culminación del desarrollo de la conciencia del pueblo, surgirá espontáneamente el trabajo voluntario, el que ya ha sido propuesto por la juventud.

Con razón escriben en las murallas de París: “La revolución se hace primero en las personas y después en las cosas.”

Justamente, en esta ocasión solemne, quiero hablar a los jóvenes:

No seré yo, como rebelde estudiante del pasado, quien critique su impaciencia, pero tengo la obligación de llamarlos a serena reflexión.

Tienen ustedes la hermosa edad en que el vigor físico y mental hace posible prácticamente cualquier empresa.

Tienen por eso el deber de dar impulso a nuestro avance.

Conviertan el anhelo en más trabajo.

Conviertan la esperanza en más esfuerzo.

Conviertan el impulso en realidad concreta.

Miles y miles de jóvenes reclamaron un lugar en la lucha social. Ya lo tienen. Ha llegado el momento de que todos los jóvenes se incorporen.

A los que aún están marginados de este proceso, les digo: vengan, hay un lugar para cada uno en la construcción de la nueva sociedad. El escapismo, la decadencia, la futilidad, la droga son el último recurso de muchachos que viven en países notoriamente opulentos, pero sin ninguna fortaleza moral. No es ese nuestro caso.

Sigan los mejores ejemplos. Los de aquellos que lo dejan todo por construir un futuro mejor.

¿Cuál será nuestra vía, nuestro camino chileno de acción para triunfar sobre el subdesarrollo?

Nuestro camino será aquel construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado en el Programa de la Unidad Popular: *El camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad.*

Chile reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva, basada en la nueva economía. La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural.

Chile, en su singularidad, cuenta con las instituciones sociales y políticas necesarias para materializar la transición del atraso y de la dependencia, al desarrollo y a la autonomía, por la vía socialista. La Unidad Popular es, constitutivamente, el exponente de esta realidad.

Que nadie se llame a engaño.

Los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia demuestra, que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo.

Son circunstancias sociales, son vicisitudes políticas internas e internacionales las que pueden conducir a esta situación:

La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación, condena a la rigidez política.

La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del poder.

La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares.

En la medida en que en Chile no se dan, o no se den estos factores, nuestro país, a partir de sus tradiciones, dispondrá y creará los mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político. Este es el gran legado de nuestra historia. Y es también la promesa más generosa para nuestro futuro. De nosotros depende que sea un día realidad.

Este hecho decisivo desafía a todos los chilenos, cualesquiera sean sus orientaciones ideológicas, a contribuir con su esfuerzo al desarrollo autónomo de nuestra patria. Como presidente de la República puedo afirmar, ante el recuerdo de quienes nos han precedido en la lucha y frente al futuro que nos ha de juzgar, que cada uno de mis actos será un esfuerzo por alcanzar la satisfacción de las aspiraciones populares dentro de nuestras tradiciones.

El triunfo popular marcó la madurez de la conciencia de un sector de nuestra ciudadanía. Necesitamos que esa conciencia se desarrolle aún más. Ella debe florecer en miles y miles de chilenos que, si bien no estuvieron junto a nosotros, son una parte del proceso, están ahora resueltos a incorporarse a la gran tarea de edificar una nueva nación con una nueva moral.

Esta nueva moral, junto con el patriotismo y el sentido revolucionario, presidirán los actos de los hombres de gobierno.

En el inicio de la jornada debo advertir que nuestra administración estará marcada por la absoluta responsabilidad, a tal punto que, lejos de sentirnos los prisioneros de organismos contralores, les pediremos que operen como la conciencia constante para corregir los errores y para denunciar a los que abusen dentro o fuera del gobierno.

A cada uno de mis compatriotas que tiene sobre sus hombros una parte de la tarea para realizar, le digo que hago mía la frase de Fidel Castro:

“En este gobierno se podrán meter los pies, pero jamás las manos.”

Seré inflexible en custodiar la moralidad del régimen.

Nuestro programa de gobierno, refrenado por el pueblo, es muy explícito en que nuestra democracia será tanto más real cuanto más popular, tanto más fortalecedora de las libertades humanas cuanto más dirigida por el pueblo mismo.

El pueblo llega al control del Poder Ejecutivo en un régimen presidencial para la construcción del socialismo en forma progresiva, a través de la lucha consciente y organizada en partidos y sindicatos libres.

Libertad para la expansión de las fuerzas productivas, rompiendo las cadenas que hasta ahora han sofocado nuestro desarrollo.

Libertad para que cada ciudadano, de acuerdo con su conciencia y sus creencias, aporte su colaboración a la tarea colectiva.

Libertad para que los chilenos que viven de su esfuerzo obtengan el control y la propiedad social de sus centros de trabajo.

Simón Bolívar intuyó para nuestro país:

“Si alguna República permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de la libertad.”

Nuestra vía chilena será también la de la igualdad.

- Igualdad para superar progresivamente la división entre chilenos que explotan y chilenos que son explotados.

- Igualdad para que cada uno participe de la riqueza común de acuerdo con su trabajo y de modo suficiente para sus necesidades.
- Igualdad para reducir las enormes diferencias de remuneración por las mismas actividades laborales.
- La igualdad es imprescindible para reconocer a todo hombre la dignidad y el respeto que debe exigir.

Dentro de estas directrices, fieles a estos principios, avanzaremos hacia la construcción de un nuevo sistema.

La nueva economía que edificaremos tiene como objeto rescatar los recursos de Chile para el pueblo chileno. Así como los monopolios serán expropiados porque lo exige el interés superior del país, por la misma razón aseguramos totales garantías para las empresas medianas y pequeñas que contarán con la íntegra colaboración del Estado para el buen desarrollo de sus actividades.

El Gobierno Popular tiene ya elaborados los proyectos de ley que permitirán el cumplimiento del programa.

Los trabajadores, obreros, empleados, técnicos, profesionales e intelectuales tendrán la dirección económica del país y también la dirección política.

Por primera vez en nuestra historia, cuatro obreros forman parte del gobierno como ministros de Estado.

Sólo avanzando por esta vía de transformaciones esenciales, en el sistema económico y en el sistema político, nos acercaremos cada día más al ideal que orienta nuestra acción.

Crear una nueva sociedad en que los hombres puedan satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, sin que ello signifique la explotación de otros hombres.

Crear una nueva sociedad que asegure a cada familia, a cada hombre o mujer, a cada joven y a cada niño: derechos, seguridades, libertades y esperanzas. Que a todos infunda un hondo sentimiento de que están siendo llamados a construir la nueva patria, que será también la nueva construcción de vidas más bellas, más prósperas, más dignas y más libres para ellos mismos.

Crear una nueva sociedad capaz de progreso continuado en lo material, en lo técnico y en lo científico. Y también capaz de ase-

gurar a sus intelectuales y a sus artistas las condiciones para expresar en sus obras un verdadero renacer cultural.

Crear una nueva sociedad capaz de convivir con todos los pueblos: de convivir con las naciones avanzadas, cuya experiencia puede ser de gran utilidad en nuestro esfuerzo de autosuperación.

Crear, en fin, una nueva sociedad capaz de convivir con las naciones dependientes de todas las latitudes, hacia las cuales queremos volcar nuestra solidaridad fraternal.

Nuestra política internacional está hoy basada, como lo estuvo ayer, en el respeto a los compromisos internacionales libremente asumidos, en la autodeterminación y en la no intervención.

Colaboraremos resueltamente al fortalecimiento de la paz, a la coexistencia de los Estados.

Cada pueblo tiene el derecho de desarrollarse libremente, marchando por el camino que ha elegido.

Pero bien sabemos que, por desventura, como claramente denunció Indira Gandhi en las Naciones Unidas:

“El derecho de los pueblos a elegir su propia forma de gobierno se acepta sólo sobre el papel. En lo real —afirma Indira Gandhi— existe una considerable intromisión en los asuntos internos de muchos países. Los poderosos hacen sentir su influencia de mil maneras.”

Chile, que respeta la autodeterminación y practica la no intervención, puede legítimamente exigir de cualquier gobierno que actúe hacia él en la misma forma.

El pueblo de Chile reconoce en sí mismo al único dueño de su propio destino. Y el gobierno de la Unidad Popular, sin la menor debilidad, velará para asegurar este derecho.

Quiero saludar especialmente a todas las delegaciones oficiales que nos honran con su presencia.

Quiero, igualmente, saludar a las delegaciones de países con los que aún no tenemos relaciones diplomáticas. Chile les hará justicia al reconocer sus gobiernos.

Señores representantes de gobiernos, pueblos e instituciones.

Este acto de masas es un fraterno y emocionado homenaje a ustedes. Soy un hombre de América Latina, que me confundo con los demás habitantes del continente, en los problemas, en los anhelos

y en las inquietudes comunes. Por eso en esta hora entrego mi saludo de gobernante a los hermanos latinoamericanos esperando en que algún día el mandato de nuestros próceres se cumpla y tengamos una sola y gran voz continental.

Aquí están también, reunidos con nosotros, representantes de organizaciones obreras, venidos de todas partes del mundo; intelectuales y artistas de proyección universal, que han querido solidarizarse con el pueblo de Chile y celebrar con él una victoria que, siendo nuestra, es sentida como propia por todos los hombres que luchan por la libertad y la dignidad.

A todos los que se encuentran aquí, embajadores, artistas, trabajadores, intelectuales, soldados, Chile les extiende la mano de su amistad.

Permítanme, huéspedes ilustres, decirles que ustedes son testigos de la madurez política que Chile está demostrando.

A ustedes, que han contemplado por sus propios ojos la miseria en que viven muchos de nuestros compatriotas.

A ustedes, que han visitado nuestras poblaciones marginales —las callampas— y han podido observar cómo se puede degradar la vida a un nivel infrahumano en una tierra fecunda y llena de riquezas potenciales, habrán recordado la reflexión de Lincoln:

“Este país no puede ser mitad esclavo y mitad libre.”

A ustedes, que han escuchado cómo la Unidad Popular llevará a cabo el programa respaldado por nuestro pueblo.

A ustedes formulo una petición:

Lleven a sus patrias esa imagen del Chile que es, y esta segura esperanza del Chile que será.

Digan que aquí la historia experimenta un nuevo giro. Que aquí un pueblo entero alcanzó a tomar en sus manos la dirección de su destino para caminar por la vía democrática hacia el socialismo.

Este Chile que empieza a renovarse, este Chile en primavera y en fiesta, siente como una de sus aspiraciones más hondas el deseo de que cada hombre del mundo sienta en nosotros a su hermano.

*Pensamiento
socialista*

Romper los moldes de la economía liberal*

Los socialistas estamos hoy, apretadas nuestras filas, y con la tenacidad de siempre, después de una autocrítica constructiva, mirando con fe el mañana; estamos, como ayer, encabezando esta nueva etapa, teñida de una firme actitud en lo económico.

¡Recordemos, camaradas! El Partido surgió de las raíces mismas del pueblo, como un instrumento joven, de sus ansias de liberación económica, de justicia social y de libre determinación política.

A lo largo de su acción ha organizado consciente y disciplinadamente a los mejores sectores trabajadores (obreros, profesores universitarios, campesinos, profesionales, empleados, pequeños comerciantes), a todos los que forman la base del esfuerzo social, la vida de una nación, el empuje creador de un pueblo.

A lo largo de su acción el Partido ha dado disciplina social y responsabilidad a las clases populares, les ha hablado de sus derechos, pero les ha dado a conocer, también, sus deberes. Ha impe-

* Discurso de homenaje al triunfo del Frente Popular, 25 de octubre de 1943, fragmentos.

dido el aprovechamiento personalista de las masas, y ha combatido la politiquería subalterna y la corrupción.

El Partido es un instrumento de las clases populares y medias, para crear un Chile en trabajo, un país libre y dignificado, una patria nuestra sin especuladores, sin traidores y sin agiotistas; una tierra nuestra que, como una inmensa colmena, dé trabajo al que lo necesite, sin que tenga que mendigarlo; que ayude al débil y que castigue al soberbio; una sociedad sin injusticias y sin clases. Por esos altos objetivos hemos luchado y seguiremos luchando.

Desde abril de 1933, años, meses y horas, recorrimos el país desde Arica a Magallanes, abriendo el surco de la nueva conciencia colectiva, y así llegamos a octubre de 1938. Hicimos ese acto, la unidad de los sectores populares y medios, en torno al Frente Popular, que constituyó la ampliación del bloque de izquierda, nacido al calor de la pujanza del Partido. Llegamos a octubre de 1938, y la lucha cívica de esa época puso frente a frente a dos grupos antagónicos: los que vivían en función del pasado, que querían perpetuarse en el poder político para servir a una clase y a un grupo social; y los otros, los que nada tenían y que lo daban todo, que vivían en torno a su propio dolor y a su propio sufrimiento, que fortalecían su espíritu para defender un porvenir mejor para sus hijos.

Luchamos en octubre de 1938 para conquistar el poder, para afianzar la independencia económica de Chile, para recuperar nuestra fuente de materias primas, para modificar el régimen económico existente, para transformar el crédito, para terminar con la desorganización administrativa, para evitar que continuara la absurda y rutinaria explotación de nuestras tierras, para que la mecanización llegara a nuestros campos, para que el desarrollo industrial alcanzara al acero, para crear astilleros y electrificar el país, para sacudir la inercia y enfilear en una acción de conjunto a una transformación política, social y económica. Luchamos para terminar con los 70.000 analfabetos, con los 300.000 tuberculosos, con los 400.000 venéreos; para terminar con el déficit de 300.000 viviendas, para proteger a los 30.000 niños abandonados, para empezar a remediar el drama social que la incuria de los partidos de derecha permitía; para terminar con la falta de racionalización de la producción agrícola, con la falta de producción de alimentos, que la anarquía de un trabajo individual ha perturbado.

Luchamos para mejorar las condiciones de remuneraciones de aquellos que tan sólo tienen un sueldo y un jornal como medio de subsistencia, y que contribuyen al 90 % de nuestra nacionalidad; luchamos contra el encarecimiento de la vida, y la posibilidad de la satisfacción mínima de las necesidades vitales. Luchamos para abrir los horizontes espirituales e intelectuales a las masas trabajadoras; luchamos por las madres chilenas y sus hijos, por darles la alegría de vivir, por enseñarles lo que es el sol en la montaña y lo que es el sol a orillas del mar. Por eso luchamos en octubre de 1938 y, fundamentalmente, sigue siendo nuestro objetivo para el futuro. ¡El 25 de octubre de 1943 es fecha de reconquista!

Rompamos los moldes de la economía liberal en que aún nos debatimos. Acentuemos la intervención del Estado en los grandes rubros de interés nacional: servicios de utilidad pública, combustible, carbón, etcétera. Luchemos contra los *trusts* y los monopolios. A las nuevas concepciones del crédito, del desarrollo industrial y del fenómeno de la producción, debe seguir la distribución organizada y el consumo orientado; hay que producir todo lo que se necesita, para garantizar las exigencias mínimas vitales.

Insistimos, la democracia política es infecunda en la hora actual, la democracia económica y social es un imperativo que emerge de las contradicciones del capitalismo y que fluye de la experiencia de la guerra.

Ha sido la guerra la que ha determinado que en las democracias beligerantes el Estado haya centralizado su influencia económica, su control de la producción, su organización del trabajo. En Chile estamos en una etapa que todavía es de guerra, no contra adversarios exteriores, sino contra centenarios enemigos internos: estamos en guerra contra el hambre, contra la miseria, contra la inseguridad social, contra el miedo a vivir por la incertidumbre de no tener trabajo.

Estamos en guerra contra la descomposición social, que puede acentuarse después de la paz si no se toman las medidas necesarias. Estamos en guerra para defender a nuestra raza, a los hijos de Chile.

Necesitamos transformar esta democracia política en democracia social y en democracia económica. Es urgente que el Estado imprima los grandes rubros de la actividad financiera nacional y en-

cauce las grandes transformaciones de orden industrial que nos permitan un abastecimiento interno y provechosas relaciones comerciales con los demás países.

Es necesario dar al ser humano las condiciones que requiere para subsistir. Para ello, desarrollemos la previsión social, la seguridad social, establezcamos la recuperación biológica para el enfermo y la reparación económica para aquel que no tiene otro medio de subsistencia que el esfuerzo de sus brazos, cuando está enfermo.

Dictemos las leyes que organicen el trabajo y que den orientación social. Defendamos el capital humano y el capital social, base de toda riqueza, fundamento de todo progreso.

Recordemos que las bases fundamentales que determinan el bienestar y el progreso de los pueblos son, precisamente, un buen estándar de vida, condiciones sanitarias adecuadas y amplia difusión de la cultura en los medios populares. Recordemos que no es posible dar salud y conocimiento a un pueblo que se viste mal, que se alimenta mal y que trabaja en un plano de inmisericorde explotación.

Elevemos el nivel intelectual de nuestras masas ciudadanas, luchemos contra el analfabetismo; hagamos la reforma educacional, abramos los caminos de la ciencia y del arte para el pueblo.

Reforcemos el Código de Trabajo, amplíemos el derecho a la organización sindical; los campesinos, los empleados de Beneficencia, los trabajadores de estos organismos no pueden quedar al margen de estas garantías por la terquedad absurda de algunos señores. Destruyamos las diferencias legislativas que separan a obreros y empleados.

Preocupémonos, fundamentalmente, de nuestra juventud. Los jóvenes de Chile, obreros, campesinos y estudiantes, viven en la permanente zozobra de su destino incierto. Creemos un porvenir para ellos en el trabajo fecundo de una sociedad sin injusticias. Démosles tarea para que, con su acción, enmienden nuestros yerros y creen mayores posibilidades de bienestar y de riqueza moral y espiritual para los hombres de nuestras tierras.

Camaradas del Partido: esto es lo que entendemos por la superación de esta etapa, por la transformación de esta democracia política en democracia económica y social.

Esto es lo que el Partido y sus hombres deben difundir e incrustar en la conciencia del pueblo; los socialistas no han sido jamás, y no serán hoy, un débil motor para darle energía sólo al Partido, sino una fuerza capaz de transmitir emoción, de contagiar energías a la nación entera.

Esta es la tarea grande que tiene el Partido. Tengo fe en vosotros, camaradas, porque habéis sufrido y porque sufrís y porque sé que vuestro espíritu tiembla emocionado por la voluntad de crear un porvenir grande para Chile.

Tengo confianza en vosotros, camaradas, en vuestra capacidad de sacrificio y en vuestro espíritu de lucha. Tengo confianza, camaradas del Partido, en que, amasando nuestro esfuerzo con dolor y con esperanzas, sabremos dar un paso más en la historia nuestra.

Esta marcha del socialismo inicia una nueva etapa.

¡Socialistas! ¡Obreros!, estudiantes, campesinos y profesionales, llevad a vuestras faenas, hogares y escuelas el acento nuevo de nuestra acción. Socialistas, debemos luchar por una democracia económica, por una democracia social.

El 25 de octubre de 1938 iniciamos la marcha. El 25 de octubre de 1943, fecha de reconquista, continuamos la acción.

Soy socialista*

Soy socialista; y debo declarar, como ya lo hizo el honorable señor Rettig, que jamás nosotros, ni siquiera en los momentos más apasionados de nuestros debates, hemos desconocido que, en el proceso y la evolución social de Chile, intervinieron diversas fuerzas y partidos de los cuales nos separa una gran distancia en la concepción de los hechos económicos y sociales, pero que reconocemos que trabajaron por engrandecer la patria. Negar que los llamados “viejos partidos”, en su época y hora, contribuyeron al progreso de Chile, es absurdo. Y pedir a los hombres de esa época y de esa hora que tuvieran una mentalidad como la nuestra sería también absurdo.

Todos sabemos que, cuando se generaliza, se cae en tremendos errores. Hubo hombres del Partido Liberal que, indiscutiblemente, lucharon con gran sentido del progreso que nosotros apreciamos. Y dentro de esos grupos políticos ha habido ciudadanos a quienes el ancho y generoso corazón del pueblo recuerda y recordará. Uno de ellos es el presidente Balmaceda. Sin embargo, pocos hombres, a los largo de nuestra historia pública, han sido más vilipendiados, combatidos y más deshonestamente atacados que Balmace-

* Intervención en el Senado de la República, 4 de diciembre de 1956, fragmentos.

da. ¿Y por quiénes? ¿Y por gente de izquierda? No, señor presidente. ¡Por personeros de la derecha! ¡Por los que defendían sus privilegios; por quienes, con un sentido pequeño de nuestro destino económico, estaban entregados al imperialismo inglés y defendían las granjerías del salitre; es decir, por los capataces de ese imperialismo! Y nada los detuvo, absolutamente nada; ni el ataque artero ni la calumnia soez, que alcanzaban a lo íntimo de una vida digna en su propio origen.

Nosotros, señores senadores liberales, con legítima satisfacción tenemos también el derecho a proclamarnos profundamente patriotas; pero tenemos un sentido distinto de sus señorías acerca de lo que es patria, y no aceptamos, en absoluto, que senador o político alguno se sienta albacea o depositario exclusivo del patriotismo.

Dentro del ángulo y la firmeza de nuestras ideas, nosotros conceptuamos antipatriotas y calificamos con dureza a quienes actúan entregando el cobre, el salitre, el petróleo o el uranio, en la creencia de que nuestra condición de pueblo en desarrollo nos obliga a someternos más y más a la prepotencia del imperialismo financiero, el cual, por lo demás, siempre trae aparejado el sometimiento político. *Nunca jamás hemos dejado de decir que no aceptamos ningún tipo de imperialismo y que no somos colonos mentales de ninguna tendencia foránea.* Y si hay algo respetable, es nuestra firmeza para defender lo que nosotros entendemos por libertad y autodeterminación y soberanía de los pueblos; porque, desde estos bancos —no ahora, sino siempre—, hemos protestado por las ignominiosas dictaduras del Caribe y las diversas satrapías que desgobiernan a los pueblos de la América Latina; porque desde aquí hemos reclamado de ustedes, viajeros también, que digan su palabra de verdad frente a España, mancillada por la sangrienta dictadura de Franco, pues muchos de ustedes han ido a ese país, como yo estuve en Moscú, de lo cual no me arrepiento. Con la diferencia de que, a mi regreso, no vine al Senado a decir que el régimen soviético era un paraíso; sostuve que no era un paraíso ni un infierno; que era un régimen social distinto; que para nosotros éste era diferente y difícil de comprender; que toda transformación social implicaba errores que se van desfigurando o desdibujando a medida que el tiempo pasa, y que la historia comprueba hechos que se deben preferir, porque si juzgáramos la Revolución francesa tan sólo por lo que significó la guillotina, ninguno de nosotros

estaría sentado aquí. Por eso damos a los hechos sociales el valor real que ellos tienen y los perfiles que proyectan en sus verdaderas dimensiones. Negar lo que significó la Revolución francesa y la transformación del Estado feudal y el avance de la burguesía, es absurdo. Negar lo que ha significado la Revolución de Octubre en muchos aspectos también es absurdo, como lo sería magnificar todo lo hecho en esa Revolución o creer que todo lo que hicieron sus dirigentes fue acertado.

Pero nosotros, con un sentido, no diré de ecuanimidad, sino de interpretación justa de la evolución social, hemos actuado en Chile sin someternos jamás a la orientación foránea y sin ser servidores obsecuentes de ningún régimen. Cuando muchos senadores de la derecha —no todos, por suerte— miraban con complacencia el nazifascismo, fueron los jóvenes de la juventud socialista los que dieron su sangre generosa en las calles de todo Chile para lograr que el régimen democrático, que no nos satisface plenamente, se mantuviera. Y no hay ningún partido, ni el Conservador, ni el Radical, ni el Liberal, que tenga más víctimas que el Partido Socialista; que nosotros, que los socialistas de todos los sectores, en la lucha contra el fascismo.

Los hombres de estos bancos hemos sido quienes hemos estado contra todas las formas de dictadura de América y del mundo, y quienes también hemos estado diciendo cómo entendemos que hay que acentuar las condiciones de nuestra acción, sobre todo en países como el nuestro, de economía dependiente, de escaso desarrollo industrial y con un sentimiento de analfabetismo e incultura tan alto. Por ello, siendo socialistas, nunca hemos dicho que en esta hora de Chile, por ejemplo, se pueda estructurar un gobierno socialista. Creemos, con profunda sinceridad, que el destino de la humanidad está marcado por la ruta del socialismo. Y lo creemos no sólo porque él representa, en el progreso técnico y económico, un concepto distinto de la convivencia y porque tiende a poner al servicio de todos lo que es patrimonio común —cultura, técnica, saber y ciencia—, sino también por el respeto a la personalidad humana y por el sentido humanístico que en el fondo tiene el socialismo. Porque una cosa es hablar del respeto a la personalidad humana, a las ideas y a los principios, y otra cosa es dictar leyes que no los representan y que persiguen a los que no piensan como uno.

El socialismo es humanista*

-Como cuestión previa al examen de otros puntos de doctrina, nos interesa, senador, que usted precise los fundamentos esenciales de la filosofía socialista.

—Al respecto, puedo decirle que pocos términos o conceptos son utilizados con tanta amplitud y tan variadas gamas o matices como el socialismo. Así, por ejemplo, es frecuente que las personas o los grupos que sientan una inclinación hacia la construcción de un orden social más justo expresen su adhesión hacia la idea de socialismo. Los partidos socialistas de los diferentes países del mundo, y aun las diversas agrupaciones que existen dentro de una misma nación, difieren en muchos casos en sus fundamentos ideológicos, sus aspiraciones políticas y económicas, el origen social de sus militantes, sus tácticas de lucha, etcétera. Me refiero a aquellas diferencias relativas a la esencia misma del socialismo y no a las modalidades que, dentro de una concepción homogénea, puede adoptar el socialismo en concordancia a la realidad nacional de un país determinado. Desde los partidos que abrazan las ideas del marxismo hasta aquellos que rechazan toda orientación revolu-

* Entrevista con Sergio Guilisasti, en el libro *Los partidos políticos chilenos*, 1964, fragmentos.

cionaria y que llegan hasta la defensa del colonialismo, hay una serie de organizaciones socialistas, o llamadas tales, con variadas posiciones.

Dentro de este programa tan matizado, el socialismo chileno se define como marxista.

Su fundamento filosófico es, por lo tanto, el materialismo dialéctico.

Marx y Engels, fundadores del socialismo científico, formularon las bases filosóficas del materialismo dialéctico, partiendo de la concepción idealista hegeliana de la dialéctica, recogiendo y enriqueciendo el sentido materialista del pensamiento de Feuerbach.

En oposición al idealismo, que parte de la apreciación del mundo como encarnación de la "idea absoluta", que considera que sólo en nuestra conciencia, en nuestras sensaciones, representaciones y conceptos existe la materia, la naturaleza, el ser, se levanta el pensamiento materialista expresado por Marx, cuando dice: "Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre."

La concepción de que el mundo, por su naturaleza, es material; los múltiples fenómenos del universo son los diferentes aspectos de la materia en movimiento; las relaciones y el acondicionamiento recíproco de los fenómenos establecidos por el método dialéctico constituyen las leyes necesarias del desenvolvimiento de la materia y no tienen necesidad de ningún espíritu universal; junto a la interpretación de la relación entre idea y materia que encierran estas palabras:

... la materia, la naturaleza, el ser, es una realidad objetiva existente fuera e independientemente de la conciencia; la materia es creada primero, pues ella es la fuente de las sensaciones, de las representaciones, de las conciencias,

configuran la esencia de la dialéctica materialista.

Otro elemento que caracteriza el materialismo dialéctico es su rechazo de la renuncia del idealismo a la posibilidad de conocer el mundo y las leyes que lo rigen. El materialismo no acepta la idea de que el mundo está lleno de cosas en sí que no pueden ser jamás conocidas por la ciencia.

Sostiene, en cambio, lo siguiente:

... el mundo y sus leyes son perfectamente cognoscibles; que nuestro conocimiento de las leyes de la naturaleza verificado por la experiencia, por la práctica, es un conocimiento de valor; que ella tiene la significación de una verdad objetiva; que no hay en el mundo cosas incognoscibles, sino únicamente cosas todavía desconocidas, las cuales serán descubiertas y conocidas por los medios de la ciencia y de la práctica.

La aplicación de estos conceptos del materialismo dialéctico al estudio de la vida social y de su historia es, precisamente, lo que da al socialismo su carácter de científico. El materialismo histórico es la aplicación de la dialéctica materialista al análisis y la interpretación de la historia.

Al enfocar el desarrollo histórico de la humanidad con la aplicación de este método de interpretación, se establece que son las causas materiales las que predicen las transformaciones sociales. La causa fundamental de toda evolución social, de todo proceso histórico, es la lucha del hombre con la naturaleza para satisfacer sus necesidades.

Es, por lo tanto, la economía, son los fenómenos económicos los que determinan fundamentalmente el cauce y el desarrollo de la historia. Son las relaciones de producción las que fijan la estructura misma de la sociedad. El Estado, las leyes y la moral son la superestructura emanada de una realidad económica. El orden social está basado en la producción y el cambio de sus productos. Es la estructura económica la que determina la división entre clases sociales, la contradicción y la lucha entre ellas. La historia se mueve con el motor de la lucha de clases.

Pero ¿cuál es la esencia misma del socialismo como régimen?

El régimen socialista representa una sociedad sin clases, la socialización de los medios e instrumentos de producción y de cambio, manteniendo la propiedad privada sólo para los bienes de uso y consumo. Esta producción del sistema socialista está planificada con fines de uso y no de lucro, y los productos se distribuyen de acuerdo con la cantidad de trabajo prestado. "De cada uno según su capacidad; a cada uno según su trabajo."

Es a través de esta sociedad como el socialismo pretende dar su máxima expresión a la libertad y al respeto del individuo. La li-

bertad consagrada formalmente, pero sin estar acompañada de la posibilidad de gozarla en toda su amplitud, de poco vale. La libertad en el socialismo es plena e integral. Poco significa el reconocimiento de la igualdad si el hombre nace y vive en un mundo que lo condena a sufrir las limitaciones que derivan de su origen social, de su posición económica, de su impotencia para tener acceso a la cultura, etcétera.

Esto no significa que la igualdad del socialismo lleve a la equiparidad de todos a un nivel medio y común. La igualdad del socialista es igualdad de posibilidades para todos; es la oportunidad para llegar a las diferentes escalas, atendiendo sólo a la capacidad, al esfuerzo y a la iniciativa de cada uno. Solamente así el hombre puede ver respetada su individualidad y posibilitado el desarrollo de todas sus potencialidades.

El socialismo está impregnado de un hondo sentido humanista.

El socialismo es una ideología, una concepción política y un sistema económico y social elaborado por los hombres, frutos de sus luchas y experiencias, y destinado a conquistar una vida mejor para la humanidad.

—*Entonces, ¿cuáles serían los fundamentos programáticos inmediatos del socialismo y del movimiento popular a que usted acaba de hacer referencia?*

—El Partido Socialista, como parte integrante de un movimiento popular amplio y unitario, ha elaborado una plataforma programática fundamental en coincidencia con sus aliados.

Estas aspiraciones contemplan los puntos más urgentes e inmediatos. Un rápido resumen de ellos es de gran importancia para demostrar la fisonomía realista y constructiva del proceso en que estamos empeñados.

Hemos basado este programa de acción en cuatro aspectos o metas esenciales: más democracia; más desarrollo económico; más bienestar social, y más independencia nacional.

En Chile, de cada cien personas sólo dieciocho tienen derecho a sufragio y, de ellas, lo ejercitan catorce. Agreguemos a esto los vicios que desvirtúan el funcionamiento democrático y la gestación de los poderes políticos. Consideremos, además, la existencia de la leyes represivas.

Desde otro ángulo, observemos cómo nuestra democracia no se expresa consecuentemente en el terreno social y económico. Trescientos mil empresarios reciben 50,4 % de la renta nacional. Un total de 2.300.000 obreros y artesanos reciben 29,5 % de ella, y el 21,1 % que resta es recibido por los empleados. Esto significa que un capitalista medio tiene un poder de consumo catorce veces mayor que un obrero y además no capitaliza.

De la superficie arable 70,2 % está en posesión de 13,6 % de los propietarios agrícolas; sólo 700 latifundistas son dueños de más de 776.000 hectáreas.

Sería largo continuar enumerando ejemplos como éstos, que comprueban la falta de una democracia real.

La política popular, por eso, se orienta fundamentalmente a:

1. Obtener que la mayoría de los chilenos participe, limpia y representativamente, en la gestión de sus gobiernos y en el ejercicio de la democracia.
2. Que el Estado, el sistema institucional y el aparato público contemplen las aspiraciones y los derechos legítimos de los asalariados y sus organizaciones.
3. Que los trabajadores organizados tengan participación en la administración y gestión de las empresas privadas.
4. Que se consagre integralmente el ejercicio de las garantías y los derechos que la Constitución Política establece, impidiendo que se le entrase con disposiciones legales o la fuerza de los hechos.
5. Que la política económica se encauce con un claro sentido progresista y nacional, orientándola a producir más, distribuir mejor, elevar el nivel de vida de la población y obtener una plena independencia para el país.
6. Que se otorguen iguales oportunidades de trabajo, educación, seguridad social y bienestar a toda la población.
7. Que se garantice el dominio nacional sobre las fuentes de recursos básicos.

Estas aspiraciones fundamentales inspiran una serie de medidas prácticas y concretas, que forman parte del programa de acción del movimiento popular.

Más desarrollo económico caracteriza un plan que parte de la comprobación de nuestra actual situación y auspicia las medidas tendientes a mejorarla.

Una renta nacional que decrece, una capitalización per cápita en disminución, 50.000 nuevas personas que se incorporan anualmente a la fuerza de trabajo sin encontrar adecuada cabida en las tareas productoras, más de 800 millones de dólares destinados en diez años a importaciones de productos agropecuarios: he aquí algunos datos, de por sí elocuentes, de las condiciones económicas en que se encuentra el país.

Frente a esta situación, propendemos a:

1. Aumentar gradualmente y a un ritmo superior al del aumento de la población la producción de bienes y servicios necesarios a la población y los bienes de capital indispensables para el desarrollo económico.
2. Dar preferencia a la producción de bienes de uso especial y promover la capitalización en los sectores y puntos que aseguren un máximo de rendimiento económico-social.
3. Asegurar la ocupación plena, o sea, que toda la población en estado y disposición de trabajar encuentre oportunidades de empleo remunerado.
4. Promover un adelanto tecnológico y administrativo en las faenas y empresas productoras.
5. Incorporar a la masa asalariada al poder consumidor, por medio de una mejor redistribución del ingreso y el aumento del poder adquisitivo de sueldos y salarios.
6. Obtener una menor dependencia del desarrollo económico de las fluctuaciones del mercado externo.
7. Poner a disposición del consumo y la inversión del país los ingresos provenientes de la actividad económica nacional e inclusive los de los capitales extranjeros, limitando la emigración a las necesidades de la remuneración de los inversionistas y el servicio de los créditos contratados.
8. Eliminar gradualmente los problemas de vivienda, desnutrición, enfermedades profesionales, y mejorar las condiciones de salud, bienestar y cultura.

La satisfacción de estos fines implica una política económica que contenga: la definición de objetivos económicos y sociales básicos; una planificación adecuada; orientación de las iniciativas particulares; elevación de la capitalización; uso pleno de los recursos humanos y materiales existentes; formulación de una política de ingresos adecuada; establecimiento de un régimen de comercio exterior y de cambios, tendientes a la colocación y diversificación de las exportaciones y al aprovechamiento racional de las divisas disponibles; retorno al país de toda suma o valor que exceda una rentabilidad justa de las empresas extranjeras; realización de una política monetaria y crediticia inspirada en las necesidades de estabilización y promoción del desarrollo económico; y terminar con los privilegios y deformaciones monopolistas de las empresas nacionales.

Medidas y planes detallados complementan estas consideraciones, especialmente en lo relacionado a reforma agraria, comercio exterior, control de monopolios, política de ingresos, aumento de la capitalización, aprovechamiento de los recursos humanos, reorganización administrativa, etcétera.

Igualmente, se han examinado con detención los recursos agrícolas potenciales existentes, estudios que indican que Chile posee un número de hectáreas arables por habitante casi tres veces mayor, en promedio, a países como Inglaterra, Francia, Italia, Holanda, México, etcétera.

Está comprobado que la mayoría de las instalaciones industriales se utiliza en un turno. En la industria textil, el aprovechamiento es de sólo 60 % y algo similar ocurre en otras.

Sobradamente conocido es el hecho de que Chile dispone de enormes recursos mineros y de un potencial de energía privilegiado.

La existencia de abundantes recursos de materiales de construcción y mano de obra demuestra la posibilidad de volcarlos a la solución paulatina del problema habitacional.

Hemos puesto el acento, de modo especial, en la comprobación de que hay recursos financieros suficientes para la movilización y distribución de los recursos anotados. En relación a las divisas que actualmente salen al exterior, señalamos a vía de ejemplo las siguientes medidas: aumento de tributación del cobre de la gran minería; retorno total de todas las exportaciones, generalizando el

trato dado a los exportadores nacionales; término del régimen de puertos libres; traslado de las operaciones del mercado de corredores al mercado bancario; reducción de los gastos militares en moneda extranjera; racionalización de los gastos del servicio exterior; eliminación de la importación de artículos suntuarios; ampliación de nuestros mercados externos; aprovechamiento de los convenios bilaterales y creación de un mercado regional, reducción de la importación de artículos agropecuarios, derivada del aumento de la producción nacional, etcétera.

Asimismo, es posible incrementar la capitalización por medio de la reducción del consumo de las clases pudientes. Bastaría una reducción de 50 % en estos gastos para duplicar la capitalización.

Desde el punto de vista propiamente social, un rápido balance arroja lo siguiente: más de 300.000 niños al margen de la educación; el alto coeficiente de 11,3 % de mortalidad; raquitismo; crecimiento deficiente en los alumnos de escuela primaria; disminución de la estatura del chileno; un déficit habitacional de más de 450.000 viviendas y alto porcentaje de insalubridad en las existentes; una previsión social injusta e incompleta, que consagra privilegios y no contempla seguridades mínimas a la mayoría, etcétera.

Frente a este cuadro se impone lo siguiente:

1. Un sistema de seguro social común y único para todos los habitantes asegurados.
2. Un régimen de garantías médico-sociales y profesionales, que ponga a cubierto de los riesgos fundamentales.
3. Un sistema de jubilaciones justo que ampare a todo el que vea disminuida su capacidad como habitante activo y que no extienda este derecho a quien está absolutamente capacitado para el trabajo.
4. Establecimiento de una asignación familiar única, equivalente a un porcentaje del ingreso medio por habitante.
5. Atención médica gratuita, salvo los casos calificados en que se fije un plazo razonable en atención a la capacidad económica del recurrente.

Para abordar el problema educacional deberán contemplarse medidas tendientes a los objetivos que se indican a continuación:

- a. democratización de la enseñanza y ampliación de las oportunidades educacionales;
- b. solución al problema del analfabetismo;
- c. defensa y fortalecimiento del Estado docente;
- d. racionalización del sistema educacional y mejoramiento de su eficacia, y
- e. supresión de las costosas subvenciones a la educación particular, que hacen que, en algunos casos, le sea al Estado más gravosa la educación de un alumno en un establecimiento privado que la de uno que se educa en escuela oficial.

El problema habitacional debe encararse atendiendo a la gravedad y extensión de él y a los recursos de los que se dispone. Ello significa movilizar el esfuerzo estatal, orientar y fomentar la empresa privada, promoviendo la participación activa de los interesados por medio de un plan técnicamente concebido de autoconstrucción.

Todos estos planes, cuyo delineamiento muy general le he enunciado, están complementados por algunas iniciativas que se orientan hacia el esparcimiento y la cultura populares.

Checoslovaquia: libre determinación y socialismo*

No parecía moral ni intelectualmente justo no expresar nuestro pensamiento frente a los hechos que sacuden a Checoslovaquia y repercuten en todo el mundo.

Lo que ocurre constituye una cuestión de extrema gravedad para las relaciones de los Estados socialistas y también para el movimiento socialista mundial. La dimensión inmediata de los hechos actuales se torna bastante difícil de enunciar y, nos parece obvio, su apreciación se hace aún más complicada en cuanto a las consecuencias futuras.

Caben dos alternativas: Checoslovaquia pidió, de acuerdo con el Pacto de Varsovia, intervención de los países signatarios. Esto reflejaría que, en el interior de Checoslovaquia, la contrarrevolución era suficientemente fuerte y poderosa como para poner en jaque al gobierno. En todo caso, ni aun así aceptamos la intervención armada. O no la solicitó y se ha producido lo que en este instante preocupa a Chile y al mundo: la ocupación de Checoslovaquia por las fuerzas armadas de cinco países socialistas.

* Senado de la República, 21 de agosto de 1968.

Si nos atenemos a las informaciones de prensa, es indiscutible, para nosotros, que lo que acontece constituye una violación a los principios de no intervención y autodeterminación. Creemos en el internacionalismo proletario, en la solidaridad de los países que usan el mismo lenguaje doctrinario; pero lo que ha sucedido es muy diferente. Afirmamos rotundamente que cada pueblo, sea socialista o no lo sea, debe resolver sus propios problemas. Por eso, condenamos enérgicamente la intervención armada de los signatarios del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia.

Ha sido atropellada la soberanía de ese país. Además, políticamente, es un serio traspié que golpeará rudamente a los movimientos populares. La reacción y el imperialismo harán una inmisericorde explotación de este hecho doloroso.

Estamos en desacuerdo con el procedimiento puesto en práctica y destacamos nuestra autoridad moral para censurarlo, porque no hemos callado jamás. Igual denuncia hicimos en el caso de Hungría. Pero los que hoy se regocijan por lo que sucede en el campo socialista y muchos de los que aquí se rasgan las vestiduras callaron cuando ocurrió lo de Playa Girón, lo de Santo Domingo y lo de Guatemala. La inmensa mayoría de los dirigentes políticos nada han dicho de las tentativas reiteradas de Estados Unidos de crear el Ejército Interamericano de Paz, que es la intervención en conjunto frente a los pueblos que busquen el camino de su liberación. Me refiero al conjunto de las fuerzas armadas de los países latinoamericanos, si llegara a organizarse el llamado Ejército Interamericano de Paz.

Muy pocas veces hemos oído condenar la audaz doctrina de las fronteras ideológicas, que ha permitido claras amenazas contra Uruguay por parte de poderosos vecinos suyos. Nada han dicho quienes hoy protestan tan enérgicamente, ante la declaración de la Cámara de Representantes de Estados Unidos.

Tampoco he escuchado la palabra dura, acerada y combatiente para denunciar el cinismo desembozado de Johnson, reflejado en su discurso cuando ocurrió el atropello a la voluntad del pueblo dominicano.

Pocas veces en este recinto se ha levantado una voz para señalar la ignominia de lo acontecido en Grecia.

¿Y cuándo, aparte nosotros, se ha alzado la voz para indicar la

amenaza que representan para la paz mundial las cuatrocientas o más bases aéreas que Norteamérica tiene en los distintos continentes? Seguramente son más de las que he anotado. Agradezco la información del señor senador. Confío en que Su Señoría ha revisado datos más recientes. ¡Mil cien bases aéreas, Honorables Senadores!

¿Cuándo se ha condenado lo que significa de atropello e ignominia el que ahora, contra la voluntad de Cuba, esté enclavada en el corazón del Mar Caribe una base norteamericana, donde diariamente se busca la manera de crear conflictos, provocando, matando y asesinando?

Y para muchos, señores senadores, la CIA es una invención nuestra. Callaron cuando se descubrió el Plan Camelot y ahora, cuando apuntan comienzos de una actitud macarthista en nuestro propio país, en incidentes pequeños, tampoco se levanta la voz condenatoria.

Yo no he oído a nadie plantear el interrogante que significa —si es verídico— el hecho de que un comandante de la aviación haya sido trasladado por la superioridad de la Fuerza Aérea de Chile, por el tremendo delito de que un hijo suyo, un muchacho mayor de 21 años, aceptó una beca en la Universidad Patricio Lumumba, de la Unión Soviética.

Por lo tanto, situemos los problemas en la validez moral que tienen las actitudes permanentes. Nosotros estamos por la autodeterminación y la no intervención, por que los propios pueblos solucionen sus problemas. Pero aquellos que en la pasada campaña presidencial, entre otras cosas, esgrimieron como argumento en contra nuestra el cerco militar, si acaso en Chile triunfaba un movimiento popular antiimperialista, no vengan ahora a reclamar el derecho para estigmatizar y calificar de verdugos a quienes, indiscutiblemente, deben haber movido un profundo hecho de tipo político, de vastas proyecciones militares.

Me parece indispensable considerar la realidad de lo que acontece en Europa. Creo que nadie puede ignorar que la actitud de los miembros del Pacto Militar de Varsovia debe ser examinada dentro de los marcos del ámbito restringido de la Europa central, pero, al mismo tiempo, en la proyección que ella puede tener en el campo universal.

¿Qué ha ocurrido allí en los últimos tiempos, de modo tan acelerado como peligroso para la paz del mundo? Se ha acentuado de

manera extrema la resurrección del nazismo, el cual, mediante el control que ejerce en la política de Alemania Federal, se torna más y más agresivo y siembra el “quintacolumnismo” en las vecinas naciones socialistas, aprovechando cuestiones históricas superadas: concurrencia de diversas nacionalidades de cada Estado y antiguas reivindicaciones limítrofes.

¿Acaso los señores senadores se han detenido a analizar lo que constituyen las leyes de emergencia dictadas en Alemania Occidental, que implican plantear nuevamente reivindicaciones de fronteras liquidadas como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, y que atribuyen exclusivamente a Bonn la representación del país y del pueblo alemán y expresar que podrán ser devueltos a sus propietarios los bienes y riquezas que hoy pertenecen al Estado de la República Democrática Alemana? ¿Alguien puede ignorar que sus leyes declaran delincuentes a los hombres y mujeres de la República Democrática Alemana que son militantes del Partido Comunista?

Todos estos hechos forman parte de un complejo y profundo fenómeno que, de manera indiscutible, señala la preparación destinada a aplastar a los países y a los pueblos socialistas, con el enconado ataque diplomático, económico y la amenaza armada contra Alemania Oriental.

Esta línea de acción es tanto más riesgosa cuanto que ahora Bonn tiene predominio militar incontrarrestable en la OTAN, después del retiro de las tropas francesas del Pacto Atlántico, y no cesan renovadas pretensiones nazistas respecto de la República Democrática Alemana y de Polonia.

Por otra parte, nadie desconoce que el gobierno de Alemania federal obedece, en términos de total dependencia, los designios norteamericanos acerca del Mercado Común y de las democracias populares y la Unión Soviética. Tal identidad de propósitos imperialistas ha alcanzado su punto culminante en la repudiada guerra de Vietnam, ya que Alemania Federal opera en ella con su concurso técnico y económico y también con comandos armados.

Estos antecedentes deben ser también analizados para pesar en toda su magnitud los hechos dolorosos que hoy conocemos, frente a los cuales, en virtud de las informaciones de que disponemos, expresamos nuestra voz de protesta.

A nuestro juicio, y desde el punto de vista chileno, procede, co-

mo siempre lo hemos planteado, acentuar el sentido nacional y latinoamericano de nuestra política, de nuestra acción y de nuestras luchas.

Una vez más, destacamos que el imperialismo, en escala mundial y continental, planifica metódicamente y con medios materiales increíblemente poderosos, su acción contra los pueblos que desean liberarse de la etapa colonial o neocolonial y contra aquellos que quieren sacudirse de la explotación imperialista.

Reiteramos que Chile no tiene otro destino, por ser un país independiente en lo económico y, por consiguiente, plenamente soberano en lo político, que una lucha frontal contra el imperialismo norteamericano que es el que impulsa y comanda la reacción internacional al servicio de los intereses de los grandes monopolios y del capital financiero. Reafirmamos lo que siempre hemos dicho: la necesidad de trazar una política de acuerdo con la realidad chilena y dentro de los principios socialistas. Por último, declaramos, categórica y rotundamente, que cuanto acontece en Europa o pueda suceder en cualquier otro continente jamás determinará nuestra acción política.

Hoy, como ayer, estamos junto a los principios que nos dieron autoridad moral cuando protestamos y señalamos que los pueblos quieren paz y no guerra, cooperación económica y no explotación, soberanía y no vasallaje.

Reiteramos nuestra condenación y protesta, y anhelamos el pronto retiro de las fuerzas que hoy ocupan Checoslovaquia, para que ese país trace libremente su propio destino.

*Legalidad,
institucionalidad,
libertad*

Un proyecto al servicio del hombre*

Conciudadanos del Congreso:

Al comparecer ante ustedes para cumplir con el mandato constitucional, atribuyo a este mensaje una doble trascendencia: es el primero de un gobierno que acaba de asumir la dirección del país, y se entrega ante exigencias únicas en nuestra historia política.

Por ello quiero concederle un contenido especial, acorde con su significado presente y su alcance para el futuro.

Durante 27 años concurrí a este recinto, casi siempre como parlamentario de oposición. Hoy lo hago como jefe de Estado, por la voluntad del pueblo ratificada por el Congreso.

Tengo muy presente que aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista, pero aquí también fueron derogadas instituciones obsoletas para sentar las bases de la reforma agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los

* Primer mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971, fragmentos.

recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa ahora para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece.

El Congreso elabora la institucionalidad legal, y así regula el orden social dentro del cual se arraiga; por eso, durante más de un siglo, ha sido más sensible a los intereses de los poderosos que al sufrimiento del pueblo.

En el comienzo de esta legislatura debo plantear este problema: Chile tiene ahora en el gobierno una nueva fuerza política cuya función social es dar respaldo no a la clase dominante tradicional, sino a las grandes mayorías. A este cambio en la estructura de poder debe corresponder, necesariamente, una profunda transformación en el orden socioeconómico que el Parlamento está llamando a institucionalizar.

A lo avanzado en la liberación de las energías chilenas para reedificar la nación, tendrán que seguir pasos más decisivos. A la Reforma Agraria en marcha, a la nacionalización del cobre que sólo espera la aprobación del Congreso Pleno, cumple agregar ahora nuevas reformas. Sea por iniciativa del Parlamento, sea por propuesta del Ejecutivo, sea por iniciativa conjunta de los dos poderes, sea con apelación legal al fundamento de todo poder, que es la soberanía popular expresada en consulta plebiscitaria.

Se nos plantea el desafío de ponerlo todo en tela de juicio. Tenemos urgencia de preguntar a cada ley, a cada institución existente y hasta a cada persona, si está sirviendo o no a nuestro desarrollo integral y autónomo.

Estoy seguro de que pocas veces en la historia se presentó al Parlamento de cualquier nación un reto de esta magnitud.

Aquí estoy para incitarles a la hazaña de reconstruir la nación chilena tal como la soñamos. Un Chile en que todos los niños empiecen su vida en igualdad de condiciones, por la atención médica que reciben, por la educación que se les suministra, por lo que comen. Un Chile en que la capacidad creadora de cada hombre y de cada mujer encuentre cómo florecer, no en contra de los demás, sino a favor de una vida mejor para todos.

Cumplir estas aspiraciones supone un largo camino y enormes esfuerzos en todos los chilenos. Supone, además, como requisito previo fundamental, que podamos establecer los cauces institucio-

nales de la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad. La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedente en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno.

Científica y tecnológicamente hace tiempo que es posible crear sistemas productivos para asegurar a todos los bienes fundamentales que hoy sólo disfrutan las minorías. Las dificultades no están en la técnica y, en nuestro caso por lo menos, tampoco residen en la carencia de recursos naturales o humanos. Lo que impide realizar ideales es el modo de ordenación de la sociedad, es la naturaleza de los intereses que la rigieron hasta ahora, son los obstáculos con que se enfrentan las naciones dependientes. Sobre aquellas situaciones estructurales y sobre estas compulsiones institucionales debemos concentrar nuestra atención.

En términos más directos, nuestra tarea es definir y poner en práctica, como la vía chilena al socialismo, un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones. Para eso es preciso el coraje de los que osaron repensar el mundo como un proyecto al servicio del hombre. No existen experiencias anteriores que podemos usar como modelo; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista.

Sólo podremos cumplirlo a condición de no desbordar ni alejarnos de nuestra tarea. Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que exceda nuestras posibilidades, también fracasaríamos.

Caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. Nos impulsa la energía de nuestro pueblo, que sabe el imperativo ineludible de vencer el atraso y siente al régimen socialista como el único que se ofrece a las naciones modernas para reconstruirse racionalmente en libertad, autonomía y

dignidad. Vamos al socialismo por el rechazo voluntario, a través del voto popular, del sistema capitalista y dependiente cuyo saldo es una sociedad crudamente desigualitaria, estratificada en clases antagónicas, deformada por la injusticia social y degradada por el deterioro de las bases mismas de la solidaridad humana.

En nombre de la reconstrucción socialista de la sociedad chilena ganamos las elecciones presidenciales y confirmamos nuestra victoria en la elección de regidores. Esta es nuestra bandera, en torno a la cual movilizaremos políticamente al pueblo como el actor de nuestro proyecto y como legitimador de nuestra acción. Nuestros planes de gobierno son el programa de la Unidad Popular con que concurrimos a las elecciones. Y nuestras obras no sacrificarán la atención de las necesidades de los chilenos de ahora en provecho de empresas ciclópeas. Nuestro objetivo no es otro que la edificación progresiva de una nueva estructura de poder, fundada en las mayorías y centrada en satisfacer en el menor plazo posible los apremios más urgentes de las generaciones actuales.

Atender a las reivindicaciones populares es la única forma de contribuir de hecho a la solución de los grandes problemas humanos; porque ningún valor universal merece ese nombre si no es reducible a lo nacional, a lo regional, y hasta a las condiciones locales de existencia de cada familia.

Nuestro ideario podría parecer demasiado sencillo para los que prefieren las grandes promesas. Pero el pueblo necesita abrigar sus familias en casas decentes con un mínimo de facilidades higiénicas, educar a sus hijos en escuelas que no hayan sido hechas sólo para los pobres, comer lo suficiente en cada día del año; el pueblo necesita trabajo, amparo en la enfermedad y en la vejez, respeto a su personalidad. Esto es lo que aspiramos dar en un plazo previsible a todos los chilenos. Lo que ha sido negado a América Latina a lo largo de los siglos. Lo que algunas naciones empiezan a garantizar ahora a toda su población.

Empero, detrás de esta tarea, y como requisito fundamental para llevarla a cabo, se impone otra igualmente trascendental. Es movilizar la voluntad de los chilenos para dedicar nuestras manos, nuestras mentes y nuestros sentimientos a recuperar al pueblo para sí mismo, a fin de integrarnos en la civilización de este tiempo como dueños de nuestro destino y herederos del patrimonio de técnicas, de saber, de arte y de cultura. Orientar el

país hacia la atención de esas aspiraciones fundamentales es el único modo de satisfacer las necesidades populares, de suprimir diferencias con los más favorecidos. Y, sobre todo, de dar tarea a la juventud, abriéndole amplias perspectivas de una existencia fecunda como edificadora de la sociedad en que le tocará vivir.

El mandato que se no ha confiado compromete todos los recursos materiales y espirituales del país. Hemos llegado a un punto en que el retroceso o el inmovilismo significarían una catástrofe nacional irreparable. Es mi obligación, en esta hora, como primer responsable de la suerte de Chile, exponer claramente el camino por el que estamos avanzando y el peligro y la esperanza que, simultáneamente, nos depara. El Gobierno Popular sabe que la superación de un período histórico está determinada por los factores sociales y económicos que ese mismo periodo ha conformado previamente. Ellos encuadran los agentes y modalidades del cambio histórico. Desconocerlo sería ir contra la naturaleza de las cosas.

En el proceso revolucionario que vivimos, son cinco los puntos esenciales en que confluye nuestro combate político y social: la legalidad, la institucionalidad, las libertades políticas, la violencia y la socialización de los medios de producción; cuestiones que afectan al presente y al futuro de cada conciudadano.

El principio de legalidad rige hoy en Chile. Ha sido impuesto tras una lucha de muchas generaciones contra el absolutismo y la arbitrariedad en el ejercicio del poder del Estado. Es una conquista irreversible mientras exista diferencia entre gobernantes y gobernados.

No es el principio de legalidad lo que denuncian los movimientos populares. Protestamos contra una ordenación legal cuyos postulados reflejan un régimen social opresor. Nuestra normativa jurídica, las técnicas ordenadoras de las relaciones sociales entre chilenos, responden hoy a las exigencias del sistema capitalista. En el régimen de transición al socialismo, las normas jurídicas responderán a las necesidades de un pueblo esforzado en edificar una nueva sociedad. Pero legalidad habrá.

Nuestro sistema legal debe ser modificado. De ahí la gran responsabilidad de las Cámaras en la hora presente: contribuir a que no se bloquee la transformación de nuestro sistema jurídico. Del

realismo del Congreso depende, en gran medida, que a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista conforme a las transformaciones socioeconómicas que estamos implantando, sin que una fractura violenta de la juridicidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar.

El papel social ordenador y regulador que corresponde al régimen de derecho está integrado a nuestro sistema institucional. La lucha de los movimientos y partidos populares que hoy son gobierno han contribuido sustancialmente a una de las realidades más prometedoras con que cuenta el país: tenemos un sistema institucional abierto, que ha resistido incluso a quienes pretendieron violar la voluntad del pueblo. La flexibilidad de nuestro sistema institucional nos permite esperar que no será una rígida barrera de contención. Y que al igual que nuestro sistema legal se adaptará a las nuevas exigencias para generar, a través de los cauces constitucionales, la institucionalidad nueva que exige la superación del capitalismo.

El nuevo orden institucional responderá al postulado que legitima y orienta nuestra acción: transferir a los trabajadores, y al pueblo en su conjunto, el poder político y el poder económico. Para hacerlo posible es prioritaria la propiedad social de los medios de producción fundamentales.

Al mismo tiempo es necesario adecuar las instituciones políticas a la nueva realidad. Por eso, en un momento oportuno, someteremos a la voluntad soberana del pueblo la necesidad de reemplazar la actual Constitución, de fundamento liberal, por una Constitución de orientación socialista. Y el sistema bicameral en funciones, por la Cámara Única.

Es conforme con esta realidad que nuestro programa de gobierno se ha comprometido a realizar su obra revolucionaria respetando el Estado de derecho. No es un simple compromiso formal, sino el reconocimiento explícito de que el principio de legalidad y el orden institucional son consustanciales a un régimen socialista, a pesar de las dificultades que encierran para el periodo de transición.

Mantenerlos, transformando su sentido de clase, durante este difícil periodo, es una tarea ambiciosa de importancia decisiva para el nuevo régimen social. No obstante, su realización escapa a nuestra sola voluntad: dependerá fundamentalmente de la confi-

guración de nuestra estructura social y económica, su evolución a corto plazo y el realismo en la actuación política de nuestro pueblo. En este momento pensamos que será posible, y actuamos en consecuencia.

Del mismo modo, es importante recordar que, para nosotros, representantes de las fuerzas populares, las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto, deben permanecer. De ahí también nuestro respeto por la libertad de conciencia y de todos los credos. Por eso destacamos con satisfacción las palabras del cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, en su mensaje a los trabajadores: "La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el hijo del carpintero. Así nació, y así la queremos siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo y está entre los humildes."

Pero no seríamos revolucionarios si nos limitáramos a mantener las libertades políticas. El Gobierno de la Unidad Popular fortalecerá las libertades políticas. No basta con proclamarlas verbalmente, porque son entonces frustración o burla. Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables en la medida que conquistemos la libertad económica.

En consecuencia, el Gobierno Popular inspira su política en una premisa artificialmente negada por algunos: la existencia de clases y sectores sociales con intereses antagónicos y excluyentes, y la existencia de un nivel político desigual en el seno de una misma clase o sector.

Ante esta diversidad, nuestro gobierno responde a los intereses de todos los que ganan su vida con el esfuerzo de su trabajo: de obreros y profesionales, técnicos, artistas, intelectuales y empleados. Bloque social cada vez más amplio como consecuencia del desarrollo capitalista, cada vez más unido en su condición común de asalariados. Por el mismo motivo, nuestro gobierno ampara a los pequeños y medianos empresarios. A todos los sectores que, con intensidad variable, son explotados por la minoría propietaria de los centros del poder.

La coalición multipartidista del Gobierno Popular responde a esta realidad. Y en el enfrentamiento diario de sus intereses con los de la clase dominante, se sirve de los mecanismos de confronta-

ción y resolución que el sistema jurídico institucional establece. Reconociendo a la oposición las libertades políticas y ajustando su actuación dentro de los límites institucionales. Las libertades políticas son una conquista de toda la sociedad chilena en cuanto Estado.

Todos estos principios de acción, que se apoyan en nuestra teoría política revolucionaria, que responden a la realidad del país en el momento presente, que están contenidos en el Programa de Gobierno de la Unidad Popular, los he ratificado plenamente como presidente de la República.

Son parte de nuestro proyecto de desarrollar al máximo las posiciones políticas de nuestro país, para que la etapa de transición hacia el socialismo sea de superación selectiva del sistema presente. Destruyendo o abandonando sus dimensiones negativas y opresoras. Vigorizando y ampliando los factores positivos.

El pueblo de Chile está conquistando el poder político sin verse obligado a utilizar las armas. Avanza en el camino de su liberación social sin haber debido combatir contra un régimen despótico o dictatorial, sino contra las limitaciones de una democracia liberal. Nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno.

Nuestra voluntad en este punto es muy clara. Pero la responsabilidad de garantizar la evolución política hacia el socialismo no reside únicamente en el gobierno, en los movimientos y partidos que lo integran. Nuestro pueblo se ha levantado contra la violencia institucionalizada que sobre él hace pesar el actual sistema capitalista. Y por eso estamos transformando las bases de este sistema.

Mi gobierno tiene origen en la voluntad popular libremente manifestada. Sólo ante ella responde. Los movimientos y partidos que lo integran son orientadores de la conciencia revolucionaria de las masas y expresión de sus aspiraciones e intereses. Y también son directamente responsables ante el pueblo.

Con todo, es mi obligación advertir que un peligro puede amenazar la nítida trayectoria de nuestra emancipación y podría alterar radicalmente el camino que nos señalan nuestra realidad y nuestra conciencia colectiva; este peligro es la violencia contra la decisión del pueblo.

Si la violencia, interna o externa, la violencia en cualquiera de sus formas, física, económica, social o política, llegara a amenazar nuestro normal desarrollo y las conquistas de los trabajadores, correrían el más serio peligro la continuidad institucional, el Estado de derecho, las libertades políticas y el pluralismo. El combate por la emancipación social o por la libre determinación de nuestro pueblo adoptaría obligatoriamente manifestaciones distintas de lo que con legítimo orgullo y realismo histórico denominamos la vía chilena hacia el socialismo. La resuelta actitud del gobierno, la energía revolucionaria del pueblo, la firmeza democrática de las Fuerzas Armadas y de Carabineros velarán por que Chile avance con seguridad por el camino de su liberación.

La unidad de las fuerzas populares y el buen sentido de los sectores medios nos dan la superioridad indispensable para que la minoría privilegiada no recurra fácilmente a la violencia. Si la violencia no se desata contra el pueblo, podremos transformar las estructuras básicas donde se asienta el sistema capitalista en democracia, pluralismo y libertad. Sin compulsiones físicas innecesarias, sin desorden institucional, sin desorganizar la producción; de acuerdo con el ritmo que determine el gobierno según la atención de las necesidades del pueblo y el desarrollo de nuestros recursos.

Nuestro camino es instaurar las libertades sociales mediante el ejercicio de las libertades políticas, lo que requiere como base establecer la igualdad económica. Este es el camino que el pueblo se ha trazado, porque reconoce que la transformación revolucionaria de un sistema social exige secuencias intermedias. Una revolución simplemente política puede consumarse en pocas semanas. Una revolución social y económica exige años; los indispensables para penetrar en la conciencia de las masas; para organizar las nuevas estructuras, hacerlas operantes y ajustarlas a las otras. Imaginar que se pueden saltar las fases intermedias es utópico. No es posible destruir una estructura social y económica, una institución social preexistente, sin antes haber desarrollado mínimamente la de reemplazo. Si no se reconoce esta exigencia natural del cambio histórico, la realidad se encargará de recordarla.

Tenemos muy presente la enseñanza de las revoluciones triunfantes. La de aquellos pueblos que ante la presión extranjera y la guerra civil han tenido que acelerar la revolución social y económica para no caer en el despotismo sangriento de la contrarrevolu-

lución. Y que recién después, durante decenios, han tenido que organizar las estructuras necesarias para superar definitivamente el régimen anterior. El camino que mi gobierno se ha trazado es consciente de estos hechos. Sabemos que cambiar el sistema capitalista respetando la legalidad, institucionalidad y libertades políticas, exige adecuar nuestra acción en lo económico, político y social a ciertos límites. Estos son perfectamente conocidos por todos los chilenos. Están señalados en el Programa de Gobierno que se está cumpliendo inexorablemente, sin concesiones, en el modo y la intensidad que hemos hecho saber de antemano.

El pueblo chileno, en proceso ascendente de madurez y de organización, ha confiado al Gobierno Popular la defensa de sus intereses. Ello obliga al gobierno a actuar con una total identificación e integración con las masas, a interpretarlas orientándolas. Y le impide distanciarse con las actuaciones retardatarias o precipitadas. Hoy más que nunca, la sincronización entre el pueblo, los partidos populares y el gobierno debe ser precisa y dinámica.

Cada etapa histórica responde a los condicionamientos de la anterior y crea los elementos y agentes de la que sigue. Recorrer la etapa de transición sin restricciones en la libertades políticas, sin vacío legal o institucional, es para nuestro pueblo un derecho y una legítima reivindicación. Porque está prefigurando en términos concretos su plena realización material en la sociedad socialista. El Gobierno Popular cumplirá con su responsabilidad en este momento decisivo.

En la organización y conciencia de nuestro pueblo, manifestadas a través de los movimientos y partidos de masas, de los sindicatos, radica el principal agente constructor del nuevo régimen social. En movilización permanente y multiforme, según las exigencias objetivas de cada momento.

Esta responsabilidad, no necesariamente desde el gobierno, esperamos que sea compartida por la democracia cristiana, que deberá manifestar su consecuencia con los principios y programas que tantas veces expuso al país.

No daré un paso atrás*

Nosotros teníamos conciencia hace mucho tiempo de que Cuba, en su historia, era distinta a Chile y por eso, de acuerdo a su propia realidad, buscó el camino que esa realidad exigía, y con las armas derrotaron la dictadura bastiona y empezaron el duro y sacrificado esfuerzo por construir una nueva sociedad, una patria distinta, donde la dignidad alcanzara niveles individuales y colectivos como pueblo.

Chile, de acuerdo a su historia y a su propia realidad, ha buscado su camino y ha empleado este camino para hacer posible, dentro de los marcos del sufragio, un Gobierno Popular nacional, auténticamente revolucionario y democrático, para abrir también las anchas avenidas que nos conduzcan al socialismo.

Ya lo he dicho, por caminos distintos, Chile y Cuba han llegado a un proceso revolucionario, de una marcha más profunda, no sólo por el tiempo sino por su propia realidad, en Cuba, y nosotros dando los pasos necesarios para afianzar el proceso revolucionario y caminar presurosamente hacia las metas que nos hemos trazado.

*Acto de despedida al presidente Fidel Castro, Estadio Nacional de Chile, 4 de diciembre de 1971, fragmentos.

La Revolución cubana y la Revolución chilena son depositarias de las mejores tradiciones. De las tradiciones libertarias de aquellos que nos dieron perfiles de pueblo; somos los que con derecho podemos señalar que están junto a nosotros con el ejemplo de sus vidas y con su pensamiento, O'Higgins, Bolívar, San Martín y Martí, que indicaron el camino de la rebelión revolucionaria de los pueblos para hacer posible ayer la independencia política y hoy día la independencia económica. Ayer contra el imperio, hoy contra otro imperio.

Los pueblos de Cuba y Chile están en la vanguardia de la lucha en esta nueva etapa libertadora, libertaria. Afianzamos nuestro anhelo en la plena soberanía y nuestra decisión de ser dueños de nuestro propio destino. Ambos pueblos se han levantado contra una clase social. Clase social similar a la que ha gobernado en los países de este continente. Ambos pueblos se han rebelado contra la violencia social que marca la trágica realidad aún de América Latina. La incultura, la miseria moral y fisiológica; el hambre, el desempleo, la falta de viviendas van marcando como hitos la miseria y el dolor de las masas populares de este continente.

Ambos procesos revolucionarios han encontrado y encuentran idénticos enemigos externos e internos. Cuba supo, y hace años, del cerco, la invasión y las agresiones; la infiltración cotidiana y la invasión a Playa Girón. Cuba ha derrotado la invasión, la infiltración, el cerco, y se levanta con el esfuerzo consciente y disciplinado de sus masas populares y con la voluntad de sus dirigentes revolucionarios para derrotar el retraso y tomar aceleradamente el camino del progreso, en la común tarea patriótica de hacer de Cuba una patria auténtica para todos los cubanos.

Chile surge de acuerdo a nuestra realidad; con un proceso revolucionario que encarna en lo que ha sido nuestra historia y es nuestra tradición. Muchas veces lo reiteramos ante el pueblo y hemos dicho que el camino nuestro es un camino nuevo que hace un pueblo teniendo tan sólo como guía su propia decisión y la experiencia que va adquiriendo todos los días. El enfrentamiento nuestro es el enfrentamiento de cada minuto y de cada instante en contra de los sectores minoritarios que ayer tenían el poder y el gobierno en contra de los grandes intereses foráneos que deformaron nuestra economía y que quisieron someternos al yugo implacable de la penetración imperialista.

El pueblo de Chile nunca quiso el camino de la violencia, el pueblo de Chile sabe por experiencia sufrida quiénes la ejercieron a lo largo de nuestra historia, y cómo tuvimos que aprenderlo en los días que fueron desde el 4 de septiembre de 1970 hasta el 3 de noviembre de ese mismo año; allí vimos la lección de una oligarquía soberbia e insolente, aliada al imperialismo, que buscó todos los caminos para impedir el acceso del pueblo al gobierno; ahí aprendimos lo implacable de sus decisiones, que llegaron hasta el asesinato del comandante en jefe del Ejército para atacar a la mayoría de Chile, que quería darse un Gobierno Popular nacional y revolucionario.

Siempre respondimos con la superior tranquilidad de los que tienen conciencia de sus fuerzas; siempre repetimos: el pueblo no quiere la violencia, y que otros la desaten encubierta o descaradamente. Siempre advertimos que sólo responderíamos a la violencia contrarrevolucionaria con la violencia revolucionaria. Llegamos al gobierno y aquí hemos utilizado los caminos que nos dan la propia realidad y nuestra propia existencia; la revolución en el sentimiento del Programa Popular ha ido avanzando, por eso recuperamos nuestras riquezas básicas en manos del capital foráneo, y por eso, dentro de los cauces legales y de la propia Constitución, podemos decir al mundo y con orgullo de chilenos: el carbón es nuestro, el salitre es nuestro, el hierro es nuestro, el acero es nuestro, el cobre es nuestro.

Hemos intensificado la reforma agraria y herido profundamente al latifundio, hemos estatizado la banca y hemos estatizado también diversos monopolios para fortalecer el área de la economía social, y al cumplir los aspectos fundamentales del programa de la Unidad Popular nos hemos preocupado fundamentalmente del hombre y de la mujer de Chile, del niño y del anciano, y de ahí la política de redistribución del ingreso para impedir que siguieran consagrándose en nuestra patria las diferencias brutales que marca el régimen capitalista, donde la explotación del hombre por el hombre es lo esencial. Por eso, en el caminar de nuestra revolución hemos herido los intereses de las minorías privilegiadas y hemos respetado los derechos que el pueblo conquistara, hemos avanzado y hemos señalado al pueblo que la revolución se ha hecho y se hará en beneficio de las mayorías, y por eso es que Chile presencia en este instante el ataque que viene implacablemente organi-

zado desde afuera y que encuentra eco dentro, en sectores que añoran el poder y que quisieran impedir el camino del gobierno de ustedes, del pueblo hecho gobierno.

Y hay que pensar, entonces, que Chile está presenciando un hecho que no es extraño a los procesos que han vivido los pueblos que han buscado el camino de su emancipación. Los latifundistas utilizan a los pequeños y medianos agricultores, haciéndoles creer que la revolución los perjudica a ellos. Los monopolistas, a los pequeños productores; los grandes distribuidores, a los comerciantes. Y en este mismo instante, en el Teatro Caupolicán, están reunidos viendo, seguramente, qué productores pequeños, medianos y comerciantes que nada tienen que temer del Gobierno Popular, que han recibido ya ostensibles beneficios, no alcanzan a comprender lo que representa el que estén pidiendo los sectores aquellos que ayer mismo ponían la soga al cuello a sus posibilidades de desarrollo. Por eso, no hay que desconocer que un germen fascista moviliza a determinados sectores de nuestra juventud, sobre todo en el campo universitario, y, como lo dijera, que usa a la mujer en manifestaciones de protestas, como la que he comentado, que se realizara ayer en la capital de la República. Son hechos similares a los que viviera Brasil, en el gobierno de Goulart; sólo ha faltado explotar —para crear un clima emocional más profundo— el sentimiento religioso; no han podido hacerlo porque es evidente el respeto del pueblo y de su gobierno por el derecho de cada hombre y de cada mujer de Chile a tener la creencia, y ejercerla, que más se avenga con su convicción. Y como no han podido utilizar este recurso, como han visto la actitud de prescindencia y de imparcialidad de la Iglesia chilena, aquellos que se dicen católicos y cristianos no han trepidado en lanzar los denuosos y las injurias contra el propio cardenal de la Iglesia chilena. Y esto ocurre en el mismo instante en que la Izquierda Cristiana viene a vitalizar la Unidad Popular. Por eso he señalado la importancia que tiene el que Chile sea el primer país en donde laicos, marxistas y cristianos forman la base granítica de las fuerzas populares expresadas en los partidos y movimientos del pueblo y fundamentalmente en la conciencia organizada de los trabajadores, en la Central Única.

Ayer, las agencias informativas han señalado que los integrantes de una misión que enviara el presidente de los Estados Unidos a recorrer algunos países de América Latina han dicho que de Chi-

le poco pueden decir, porque de los antecedentes y opiniones recogidas en los pueblos que visitaron, en las conversaciones que han tenido con sus dirigentes, se puede deducir que el Gobierno Popular tiene sus horas contadas. Esto ha sido comentado y publicado en los diarios o en el diario de mayor circulación de Estados Unidos y frente a la protesta de nuestro embajador ha habido un desmentido o un esclarecimiento, pero queda en pie el hecho que señala, por lo demás, lo que es tradicional. Desde aquí yo les digo a aquellos que intervienen en la política de Chile, aquellos que pretenden hacerlo o aquellos que pretendieron hacerlo: Chile no es tierra de nadie, Chile es tierra de chilenos; el pueblo, a lo largo de años y años de sufrimiento, de deber y esperanza, ha llegado al gobierno y tiene como presidente al compañero de ustedes, que les habla.

Se engañan profundamente los que creen que con amenazas, con presiones, con restringirnos los créditos o con cerrarnos las posibilidades de renegociar la deuda externa van a impedir nuestro camino. Aquellos que han resuelto defender todavía el dominio que tuvieron sobre las riquezas fundamentales de Chile deben entender que hay hechos que son irreversibles, y es irreversible la voluntad de los chilenos de ser dueños de su tierra, de la riqueza de su patria. Se equivocan si acaso pretenden impedir nuestro derecho a crear con nuestro esfuerzo y sacrificio el destino que anhelamos para la patria grande que queremos.

Como presidente de Chile, yo digo frente al pueblo que respeto y respetaré la oposición que se ejercite dentro de los cauces legales de Chile. Pero que sé muy bien distinguir entre la oposición y la sedición, y que los partidos políticos deben fijar su propia responsabilidad.

Quienes pretenden sacarnos del camino que nos hemos trazado, quienes mintiendo y calumniando hablan de que en Chile no hay libertad, que se ha suprimido el derecho de información, que está en peligro la prensa, son los que mixtifican para, engañando, poder encontrar apoyo en determinados sectores, y son los conjurados en el ansia turbia de oponerse a la voluntad popular.

Yo les digo a ustedes, compañeros, compañeros de tantos años, se los digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que

el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera.

Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta Revolución chilena, y defenderé el Gobierno Popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado, no tengo otra alternativa, sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.

Pero que lo piensen y que lo mediten, que hay algo que yo he contribuido a formar: es una conciencia política de las masas populares chilenas. Esta no es —como lo dijera tantas veces— la tarea de un hombre; es el pueblo organizado en sus partidos, en sus sindicatos, en sus poblaciones, en su Central Única, el que está en el gobierno; yo podré ser el intérprete de la voluntad de ustedes, pero mañana estarán junto a ustedes otros compañeros, y si cae uno de ellos, vendrá otro, y otro y otro, y el pueblo seguirá en la Revolución chilena.

No al salto en el vacío*

No está en la destrucción, en la quiebra violenta del aparato estatal el camino que la Revolución chilena tiene por delante. El camino que el pueblo chileno ha abierto, él mismo, a lo largo de varias generaciones de lucha, le lleva en estos momentos a aprovechar las condiciones creadas por nuestra historia para reemplazar el vigente régimen institucional, de fundamento capitalista, por otro distinto, que se adecue a la realidad social de Chile. Se trata, sí, de transformar el aparato burocrático, el aparato del Estado como totalidad, la propia Carta Fundamental, en su sentido de clase y, también, en sus manifestaciones institucionales individualmente consideradas. Lo hemos dicho durante muchos años, está escrito en el programa de gobierno de la Unidad Popular y lo estamos llevando a cabo.

La cuestión teórica que ello plantea reposa en un supuesto que aparece evocado en el Informe Político: el de si la institucionalidad actual puede o no negarse a sí misma, destruirse a sí misma, abriendo paso a un nuevo régimen institucional. Para responder a esta cuestión se requiere, previamente, tener en cuenta dos factores. En primer lugar, si el régimen institucional es o no abierto al

* Informe en el Pleno del Partido Socialista, 13 de marzo de 1972, fragmentos.

cambio. En segundo lugar, qué fuerzas sociales están detrás del régimen institucional, dándole su fortaleza. Ambos factores se corresponden el uno al otro, ya que sólo si el aparato del Estado no es infranqueable a las fuerzas sociales populares puede concebirse que la institucionalidad sea suficientemente flexible para tolerar las transformaciones estructurales sin que estalle automáticamente.

Es concebible que esta cuestión teórica, tan fundamental, planteara dudas en cuanto a su respuesta hace año y medio. Pero no se puede aceptar que todavía hoy sea objeto de una interpretación invertida. El 4 de septiembre de 1970, el régimen institucional chileno fue sometido a una prueba decisiva: la de demostrar hasta qué punto resultaba abierto a que los representantes de las fuerzas sociales contrarias al sistema capitalista llegaran a controlar el gobierno. La burguesía hizo lo posible y lo imposible por destruir en aquel momento la continuidad de un régimen institucional que, por sí mismo, ya no era una barrera infranqueable para los movimientos revolucionarios. Y el Partido Socialista debe tener plena conciencia de que, si el pueblo llegó al gobierno el 4 de noviembre de 1970 en la forma regular que lo hizo, fue, precisamente, a causa de nuestro régimen institucional. Si éste hubiera estado corrompido o carcomido, la quiebra de la institucionalidad se hubiera producido en ese momento y Chile hubiera entrado —probablemente— en un estado de violencia desatada.

Pero el Partido Socialista debe meditar profundamente en este hecho: ¿por qué el régimen institucional resultó tan fuerte como para resistir a una burguesía volcada a su destrucción? Sencillamente porque, por más paradójico que resulte a primera vista, fueron las fuerzas sociales las que sostuvieron —desde dentro— el régimen institucional. Fueron, por supuesto, los partidos y movimientos de la Unidad Popular. Pero también la influencia de los sectores populares agrupados en la Democracia Cristiana encabezada por Radomiro Tomic. Es decir, entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970 fueron las grandes mayorías las que evitaron el derrumbe de la institucionalidad: institucionalidad dentro de la cual se defendieron nuestras Fuerzas Armadas, enfrentando abiertamente la presión de la burguesía, que llegó hasta asesinar al comandante en jefe del Ejército en su afán por utilizarlas como fuerzas de choque contra el libre desarrollo del régimen institucional. Lamentablemente, no podemos decir que el pueblo llegó al

gobierno sin sangre entre septiembre y noviembre de 1970, porque el general Schneider concentró en su inmolación personal la violencia que la burguesía pretendió desatar sobre el pueblo de Chile.

El informe no puede guardar silencio sobre uno de los hechos políticos más significativos que está ocurriendo en los últimos meses: el intento de la burguesía por negar y cambiar la esencia misma de nuestro régimen institucional porque perdió su control. En la batalla en torno al presupuesto, la oposición quiso desconocerle al gobierno de los trabajadores herramientas fundamentales para el manejo del aparato económico del Estado. En la pugna en torno de la calificación de los vetos de la Ley de Arriendos, la oposición quiso desconocerle al presidente de los trabajadores la facultad con que cuenta para negarse a promulgar disposiciones legales ordinarias aprobadas por la mayoría simple del Parlamento. En la confrontación en torno al ministro Tohá, la burguesía quiso acabar con la independencia política del Gobierno Popular frente al Congreso. En el enfrentamiento sobre la reforma constitucional y el problema jurídico de los vetos, la burguesía ha ensayado la posibilidad de cambiar la Constitución vigente al margen del presidente.

¿Qué nos están enseñando estos hechos? Sencillamente, que de nuevo es la burguesía la que intenta desconocer el regular funcionamiento del aparato institucional, hasta el extremo de pretender invalidar un organismo jurisdiccional totalmente independiente como es el Tribunal Constitucional. Y que, de nuevo, si el régimen institucional continúa actuando regularmente es porque las fuerzas populares, dentro de él, lo están sosteniendo.

Pero si el gobierno de los trabajadores es en estos momentos la columna maestra sobre la que reposa el régimen institucional, si los trabajadores organizados están actuando dentro de él en conformidad con sus propias reglas, es porque el régimen institucional ha demostrado no sólo estar abierto a las fuerzas revolucionarias, sino que es suficientemente flexible en sus equilibrios internos para tolerar los cambios revolucionarios y permitir realizarlos. El balance de los últimos quince meses habla por sí mismo y nadie puede hoy hacer abstracción de hechos tan brutalmente golpeadores como los cambios profundos que hemos realizado, y continuaremos realizando, con respeto irrestricto a las normas constitucionales y sin quebrar el régimen institucional.

Todo esto viene a demostrar que, hasta el momento, los hechos concretos desmienten la tesis mantenida por el informe, según la cual “esta institucionalidad no puede negarse, ni destruirse a sí misma”. Tal afirmación está fuera de la realidad. Porque está mal planteada. La institucionalidad no puede negarse a sí misma desde el momento que tampoco se ha creado a sí misma. Este enfoque teórico no es incomprensible. Las instituciones políticas son mecanismos creados por fuerzas sociales materiales. Están ligadas a estas últimas, y de la naturaleza y evolución de las fuerzas sociales dependen la historia y destino de las instituciones.

Las instituciones no son un ente abstracto. La institucionalidad responde a la fuerza social que le da la vida. Y lo que está acaeciéndose ante nuestros ojos es que la fuerza del pueblo, del proletariado, de los campesinos, de los sectores medios, está desplazando de su lugar hegemónico a la burguesía monopolista y latifundista. Que la conciencia y la unidad del pueblo de Chile está arrinconando a la minoría privilegiada aliada con el capital imperialista. La institucionalidad vigente responde a la fuerza social que le da vida. No a abstracciones metafísicas.

Es una postura teóricamente incorrecta atribuir a las normas y a las instituciones un valor absoluto. Más allá de la forma que las encubre, se encuentra el sentido social que anima a quienes las aplican o las utilizan. Los mismos estatutos de la CORFO, puestos en ejecución por los representantes de los monopolios, llevan a resultados totalmente distintos de su puesta en aplicación por los representantes de los trabajadores, como se ha demostrado en la práctica. Ayer la CORFO trabajaba para los capitalistas. Hoy la CORFO está acabando con los monopolios. ¿Por qué empeñarse en atribuirles al sistema normativo y al régimen institucional un carácter abstracto? Nada más incompatible que ello con cualquier análisis marxista. El informe político, al negar la posibilidad de que esta institucionalidad pueda dar paso a través de sus propios cauces a una institucionalidad con sentido de clase, parece haberse olvidado de los principios fundamentales de la dialéctica. Da la impresión de desconocer que la superación de un régimen socioeconómico, su reemplazo por otro, exige el desarrollo de los factores sociales y económicos constitutivamente contrarios a ese régimen. Factores de negación que son, a un tiempo, agentes de las transformaciones y primeras manifestaciones del régimen futuro. Estos factores

motores del proceso revolucionario de cambios no son ni las leyes ni el aparato institucional del Estado propiamente dicho, sino que se encuentran en la estructura económica, en las relaciones de producción nuevas que estamos poniendo en funcionamiento de modo acelerado, en la conciencia de los trabajadores, en las nuevas organizaciones de los trabajadores que los cambios en la infraestructura deben producir, y que los partidos populares deben estimular y guiar. El manejo de los rudimentos científicos del análisis en términos materialistas presupone que la acumulación de cambios cuantitativos produce cambios cualitativos.

La negación del actual régimen institucional chileno no puede concebirse como producto de la acción voluntaria de una minoría osada, sino como fruto de la acción consciente y organizada de las grandes masas que perciben la necesidad de las transformaciones y crean los mecanismos que las hacen posibles. Lo que exige, necesariamente, la acción mantenida y constante a lo largo de años de esfuerzo creador e innovador. Nadie puede ilusionarse en cambiar un régimen social y económico de la noche a la mañana, de un mes para otro. Puede cambiarse en unos días la forma institucional de un Estado, eso sí. Pero la estructura económica no. Una estructura es algo sumamente complejo, cuya trabazón interna no se altera por la sustitución de unos símbolos por otros, de unos elementos formales —supraestructurales— por otros. Es el desarrollo de todo el proceso de cambios lo que desemboca en un nuevo régimen socioeconómico. ¿Cuántos días duró la Asamblea del Pueblo en Bolivia? Más útil hubiera sido para los revolucionarios bolivianos atacar las bases mismas del régimen social capitalista o semifeudal y no empezar el edificio por el techo.

El programa de la Unidad Popular y, por consiguiente, el gobierno, está plenamente de acuerdo con la afirmación del informe de que la transformación total del sistema actual exige un salto cualitativo. Efectivamente, y precisamente esa dimensión es la que dará a nuestra política su significado revolucionario. Pero no es legítimo confundir el resultado del proceso con los medios y mecanismos a través de los cuales se acumulen los cambios en el régimen actual para poder superar el régimen social capitalista. En otros términos, no caben saltos en el vacío. El salto en el vacío no es gratuito. Significa sí, quiebra, derrumbe y destrucción de la actual constitucionalidad. Pero también someter al país —y, principalmente,

al pueblo— a la pérdida de vidas y medios de producción. Supone destruir fuentes de vida, de trabajo y de bienestar que nuestro pueblo necesita para construir un futuro mejor. Representa introducir un factor suplementario de incertidumbre sobre la suerte a corto y medio plazo de la lucha revolucionaria. El proletariado sabe cuál es la correlación de las fuerzas dentro y fuera de Chile.

Nadie puede descartar que la burguesía, en su escalada contra el régimen institucional, llegue a intentar provocar las condiciones de ruptura violenta. Los trabajadores organizados deben estar conscientes de ello, dispuestos a asumir el papel que les corresponde. Pero ello no implica desconocerle al régimen institucional vigente la evidencia de que está dando paso a las transformaciones estratégicas en el régimen de producción que vulneran al capital imperialista y monopolístico, al tiempo que fortalecen el poder de los trabajadores.

Ni el programa de la Unidad Popular ni el gobierno buscan los riesgos del salto en el vacío. Pero ello no significa que los cambios cualitativos que el desarrollo y consolidación del proceso revolucionario exigen, no deban ser realizados con la mayor rapidez posible.

El nuestro es un régimen institucional que reposa en el principio de la legalidad. Transformar la legalidad significa transformar el régimen institucional. Y ello depende, ni más ni menos, de que el pueblo confíe a los partidos que representan sus intereses la mayoría del Parlamento.

Es, por consiguiente, una perspectiva desviada señalar hoy el régimen institucional del Estado actual como el obstáculo estratégico del que depende el futuro de la revolución. Es al pueblo al que hay que mirar. A sus aspiraciones, a sus necesidades, a sus organizaciones, a su formación ideológica, a su movilización, a su persuasión y convencimiento mediante una política revolucionaria activa, inteligente y eficaz. Tareas que los partidos populares, y particularmente el Partido Socialista, pueden hoy asumir en la medida que estén preparados internamente para ello, y en la medida que utilicen correctamente las facultades que la responsabilidad de ser el gobierno del país les proporciona.

En Chile tenemos una administración en funcionamiento que —con todas sus deficiencias, limitaciones y obstáculos— está equi-

pada material, técnica y profesionalmente para el manejo del Estado. No aprovecharla sería absurdo, y pretender reemplazarla exclusivamente por el aparato de los partidos sería también absurdo.

Por estas razones hay que ver con claridad las relaciones entre los partidos y el gobierno. Los primeros dirigen, junto con el presidente de la República, y establecen las medidas a aplicar. Pero la instrumentación y ejecución de la política de gobierno, en lo que a acción administrativa se refiere, debe llevarse a cabo en la forma estructurada, orgánica y jerárquica que el buen éxito de nuestra política exige.

Y esto es competencia del aparato del gobierno y de la administración, en cuyos distintos niveles todos los partidos están presentes. Pero la tarea de los partidos no es la gestión burocrática, sino la dirección política del gobierno y la acción política en las bases, en medio de las masas. Comprender la razón y el sentido de esta diferenciación es uno de los mayores aportes que puede hacerse a los intereses de nuestro pueblo y a la eficacia de nuestro gobierno.

Sociedad de anticonsumo*

Hemos visto cómo la inmensa mayoría de los países del Tercer Mundo está aprisionada por una estructura interna que concentra cada vez más los recursos disponibles en una minoría de la población, lastrando progresivamente su crecimiento socioeconómico potencial. Y se halla aherrojada en una estructura de relaciones económicas internacionales que discrimina a favor de los países más ricos, haciendo cada vez más hondo el abismo de la desigualdad entre la mayor parte de la comunidad mundial y el reducido núcleo de países desarrollados. Ante semejante perspectiva, la humanidad no puede sino esperar que en los años próximos los países compitan en desórdenes internos y en conflictos internacionales de gravedad cada vez mayor.

Pero también estamos contemplando cómo, en el corazón mismo del capitalismo industrial, sus más representativas autoridades económicas se declaran abiertamente impotentes para procurar un crecimiento de su producto interno que satisfaga las exigencias materiales de su población.

* Segundo mensaje al Congreso Pleno, 21 de marzo de 1972, fragmentos.

Precisamente en estos días, la Comunidad Económica Europea ha planteado a los Estados miembros que es imperativo reducir las expectativas del aumento del consumo de bienes materiales, dar prioridad a la producción alimentaria, prolongar al máximo el aprovechamiento de todos los equipos, y someter sus sistema económico a una planificación rigurosa. En otras palabras, hoy se reconoce formalmente como imposible la tan celebrada sociedad de consumo, que no es tal para las grandes masas. Los dirigentes máximos de la economía de los países más desarrollados están anticipando para su propio futuro los rasgos de lo que quizás se denominará sociedad de anticonsumo.

Si los países capitalistas poderosos encuentran semejantes frenos internos a su crecimiento, cuánto más trágica será la perspectiva para aquellos que unen al débil desarrollo de su economía la condición de ser dependientes y, además, explotados por las grandes empresas extranjeras. El capitalismo, como sistema económico y social, en su impotencia de atender las necesidades más vitales y de abrir horizontes más optimistas, autogenera las condiciones para que los estallidos violentos aparezcan como medio de solución.

Nuestro país está abocado a resolver los problemas que confronta el Tercer Mundo. Pero con la profundidad que le imprime el impulso revolucionario, y con la urgencia que exigen nuestros campesinos, técnicos, pobladores, profesionales, obreros y empleados. Las carencias materiales de nuestra población requieren acelerar la expansión económica. Sin embargo, el crecimiento no basta si no está inspirado en atender primero las necesidades de las grandes mayorías, y no la inagotable voluntad de consumo de los más acomodados. Todo modelo de crecimiento, como cualquier diseño político general, contiene un orden de prioridades. Para nosotros, la prioridad la imponen la liberación social y el bienestar de los trabajadores, de los más necesitados.

Mi gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional.

Las entidades de la administración del Estado actúan hoy, no al servicio de la clase dominante, sino al de los trabajadores y de la comunidad del proceso revolucionario; por consiguiente, no se puede pretender destruir lo que ahora es un instrumento para actuar, cambiar y crear en beneficio de Chile y sus masas laborales.

El poder de la gran burguesía no se basa en el régimen institucional, sino en sus recursos económicos y en la compleja trama de relaciones ligadas al sistema de propiedad capitalista.

Una estructura económica caracterizada por la propiedad privada de los medios de producción fundamentales, concentrados en un grupo reducido de empresas en manos extranjeras y de un número ínfimo de capitalistas nacionales, es la negación misma de la democracia. Un régimen social es automáticamente democrático en la medida que proporciona a todos los ciudadanos posibilidades equivalentes, lo que es incompatible con la apropiación por una pequeña minoría de los recursos económicos esenciales del país. Avanzar por el camino de la democracia exige superar el sistema capitalista, consustancial a la desigualdad económica.

Señores miembros del Congreso Pleno:

La empresa histórica de acabar con la supremacía económica de los grandes capitalistas nacionales sólo es realizable si, al mismo tiempo, liberamos a nuestra patria de la sumisión al imperio capitalista a que había sido entregada. Grandes empresas extranjeras, algunas de ellas con mayor poder económico y político que muchas naciones, habían ocupado posiciones estratégicas en nuestro organismo económico, mediatizando su funcionamiento y orientándolo hacia sus propios fines. Con firme resolución patriótica, con sacrificio, mi gobierno conquista la independencia económica de nuestro país, única garantía de independencia política real.

La liberación económica comenzó el mismo día que asumió el Gobierno Popular. Empezamos con la nacionalización del cobre, con la del hierro y del acero, con la del salitre y el yodo. Continuamos con la de los bancos extranjeros, con algunas empresas industriales, con las empresas distribuidoras y, ahora, estamos nacionalizando la Compañía de Teléfonos, enclave de la ITT en nuestra economía.

Hemos avanzado considerablemente, pero aún hay grandes dificultades por resolver. El país sabe que llegamos al gobierno con un endeudamiento externo que sumaba alrededor de 4.125 millones de dólares, al más alto volumen de nuestra historia.

A lo largo de los diecisiete años para los que se dispone de información, las remesas de utilidades y dividendos de la inversión

extranjera fueron equivalentes a cuatro veces los ingresos netos del capital, incluida la reinversión de utilidades obtenidas en el país. La política de endeudamiento externo y de atracción de capitales se tradujo en un flujo neto negativo. Embarcado en tal círculo vicioso, a fines de la década de los 60 Chile estaba constreñido a endeudarse más sólo para poder pagar las deudas anteriores, mientras los sectores estratégicos de la economía pasaban progresivamente a la dominación del capital extranjero.

Contra esta política económica hemos procedido. Al nacionalizar nuestras riquezas básicas, estamos captando excedentes que hasta 1970 perdíamos. No obstante, nos encontramos ante una limitación fundamental: tenemos que distraer una parte de ellos para pagar las deudas contraídas anteriormente.

El gobierno de los trabajadores está en dura lucha contra el poderío del capital extranjero y contra los grandes capitalistas internos que actuaban en simbiosis con aquél. Esta lucha hasta ahora ha sido incruenta; son sus armas la unidad organizada de los trabajadores, la conciencia de su papel en la sociedad y el control de los recursos económicos fundamentales del país. Por eso, cada empresa monopólica o estratégica que pasa a manos de la clase trabajadora es una posición ocupada al capitalismo, un nuevo baluarte de la independencia de Chile y su liberación social.

Entre las fuerzas políticas que sustentan al gobierno subsisten métodos y conductas, adecuados o erróneos, que gravitan negativamente en el proceso revolucionario. Es preciso tener plena conciencia de que el éxito de la empresa que hemos iniciado depende, en gran medida, de la capacidad del movimiento popular y de cada uno de sus hombres, no sólo para admitir honestamente los errores, sino para rectificarlos en el actuar cotidiano.

En primer término, no es dable aceptar que las apreciaciones, diferentes en lo meramente táctico, de las fuerzas políticas que nos apoyan, pueden llegar a ser obstáculos en el camino que hemos emprendido hacia el cumplimiento integral de nuestro programa.

Tales diferencias, siempre superadas en las direcciones, afloran a veces en los órganos de la administración o de la gestión económica, o en las bases del movimiento sindical y político. Es deber ineludible de cada uno de los partidos y movimientos que integran el gobierno continuar esforzándose —día a día— por eliminar tales divergencias dentro de los marcos del pluralismo ideológico.

Por otra parte, nuestras estructuras de dirección en lo político y en lo administrativo han sido capaces de impulsar con éxito la realización del programa de gobierno. Sin embargo, mantienen deficiencias que retardan o entorpecen las decisiones, impidiendo que éstas sean tan prontas y eficaces como demanda la realidad que vivimos. Es imperativo, en consecuencia, aplicarnos al mejoramiento de los mecanismos directivos en todos los campos de actividad y en todas las jerarquías.

Si diferencias tácticas afloran en oportunidades dentro de la Unidad Popular, mayores son las que se manifiestan en otros grupos revolucionarios que, con sus actuaciones, se sitúan en una posición potencialmente conflictiva con el gobierno y los partidos que lo integran. Lo que debe llamar a reflexión. Si el adversario no está en la izquierda, jamás debería estar allí el enemigo.

A lo largo de su historia, nuestra sociedad acumuló contradicciones de tal magnitud que, con frecuencia —en el pasado y en el presente—, las nociones básicas del ordenamiento social y sus expresiones jurídicas fueron cuestionadas por los grupos sociales emergentes. La respuesta de los sectores dominantes fue, a menudo, el desencadenamiento del potencial represivo del Estado.

Hoy, en medio de un proceso de cambios tan radicales, no es extraño que experimentemos los efectos de causas profundas que se traducen en ocupaciones de predios y establecimientos industriales.

Nuestra respuesta no es ni puede ser la misma. Hemos utilizado la persuasión y el llamado a la conciencia de los trabajadores, desestimando los expedientes represivos. Y hemos tenido éxito, en términos generales. Esperamos que los revolucionarios perciban las nuevas condiciones del país, las contradicciones que han surgido, las posibilidades que están abiertas, y rechacen en definitiva las conductas espontáneas que entorpecen el logro de las grandes metas del proceso. Es la confianza de un gobierno que ha sabido y sabrá cristalizar en hechos los anhelos populares.

Chile está ante otros graves problemas políticos. Se libra a cada instante una gran batalla a cuyo desenlace están ligados la paz y el progreso de nuestra patria. Interesa al poder capitalista, como último recurso, enfrentar a campesinos con campesinos, obreros con obreros, y a los sectores medios con el conjunto de los trabaja-

dores organizados. Pero esto perjudica a Chile como nación, como pueblo empeñado en salir del atraso, en librarse del dominio económico foráneo y de una estructura social interna explotadora. Los campesinos militantes de la Democracia Cristiana podrán discrepar sobre una o cien materias con los de cualquier partido de la Unidad Popular. Pero son campesinos. Quienes viven de su profesión no sólo pueden sino que deben manifestar los problemas que afectan a su ejercicio, pero no tienen nada en común con quienes buscan provocar el caos interno con la vana ilusión de preservar odiosas desigualdades.

Mi gobierno se apoya en la fuerza social organizada de la Unidad Popular, pero es consciente de que, por encima de discrepancias ideológicas, representa también los intereses objetivos de sectores medios y populares que no militan en la Unidad Popular. Mantendrá con ellos las relaciones propias del debate político democrático. En la esperanza de que las grandes mayorías sabrán superar sus divergencias internas para enfrentar unidas a quienes no han vacilado antes, y tampoco ahora, en provocar las condiciones que pueden sumergir a Chile en la anarquía.

La nueva Constitución*

El Chile de hoy no es el Chile de comienzos de siglo. El Chile de hoy, 5 de septiembre de 1972, no es el Chile del 4 de septiembre o del 3 de noviembre de 1970.

Chile dictó la Constitución Pelucona en el año 1833 y la Constitución Liberal en el año 1925. Va a cumplir 50 años el año 1975.

Tenemos que dictar una nueva Constitución, una Constitución para esta nueva etapa que estamos viviendo, para este proceso revolucionario.

No podemos dictar una Constitución burguesa, ni una Constitución socialista. Tenemos que dictar una Constitución que abra el camino hacia el socialismo, que consagre derechos y que haga que los trabajadores gobiernen este país.

Debemos entregar, entonces, las ideas fundamentales para que sean discutidas, analizadas y conservadas en el sindicato, en las faenas, en las industrias, en las escuelas, en los hospitales, en el taller y en el hogar.

* Discurso pronunciado en el segundo aniversario del triunfo electoral, 5 de septiembre de 1972, fragmentos.

Que no haya muchacho que no sepa leer ni escribir; que no haya anciano, que no haya analfabeto que no oiga explicar y leer las bases de la Constitución que queremos.

Que el pueblo por primera vez entienda que no es desde arriba, sino que debe nacer de las raíces mismas de su propia convicción la Carta Fundamental que le dará su existencia como pueblo digno, independiente y soberano.

Quiero entregar esta tarde, como tarea al pueblo de Chile, el estudio, la discusión y el análisis de las bases fundamentales de la nueva Constitución que, con esfuerzo, tesón y empuje, pondremos en marcha, una vez que conquistemos el instrumento que nos permita hacerlo.

La solución de las dificultades presentes sólo pueden darla los trabajadores, e imponer su propia concepción del orden social sobre el de la burguesía.

Las instituciones políticas actuales están concebidas para una sociedad capitalista que ya no existe en su contenido original.

Tampoco el socialismo es una realidad. El país se encuentra en movimiento y necesita darse el régimen político más idóneo para organizar y encauzar la vida nacional.

Un Estado como el chileno no puede funcionar indefinidamente con la obstrucción sistemática irreconciliable contra el gobierno por parte de los otros poderes.

En forma sutil, pero real, el Congreso ha construido un cerco de fuerzas alrededor del gobierno, al rechazarle una tras otra iniciativas fundamentales de orden social y económico. Una situación de enfrentamiento de esta naturaleza es peligrosa y crea incertidumbre e inquietud.

Deben, por consiguiente, resolverse para la izquierda, para el Gobierno Popular, las soluciones que da la clase trabajadora. Para la mayoría actual del Congreso, la solución es imponer los intereses de los capitalistas por encima de los trabajadores. Por eso necesitamos redefinir totalmente la Carta Fundamental que rige nuestra vida política y, para ello, tenemos que alcanzar la victoria en la Cámara de Diputados.

En esta Carta Fundamental debemos encauzar dos aspectos esenciales de la vida del pueblo.

Dar más libertades. Ampliar las libertades y derechos, incorporando a la Carta Fundamental la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Garantizar el pluralismo social, político y cultural. Asegurar a los grupos étnicos, autóctonos, el derecho a desarrollar su personalidad cultural y el cultivo de su lengua materna. Reconocer a la Isla de Pascua el derecho a tener un representante en el Congreso.

Establecemos para los trabajadores la estabilidad del empleo y una remuneración mínima digna para ellos y sus familias. La necesidad de superar las diferencias entre el trabajo manual e intelectual, y entre la ciudad y el campo.

Los trabajadores deberán dirigir las empresas. Se dará reconocimiento constitucional a los sindicatos, como expresión orgánica de los trabajadores, y de la CUT, como su expresión máxima.

Las prestaciones de seguridad social deben otorgarse en consideración al estado de necesidad de los beneficiados.

Todas las personas tienen derecho, en igualdad de condiciones, a idénticas prestaciones ante un mismo estado de necesidad. Hay que asegurar el derecho a la educación desde la etapa preescolar y su carácter permanente. Establecer los derechos fundamentales de la familia, reconocer la igualdad plena del hombre y de la mujer. La protección especial de la madre soltera, la investigación de la paternidad y la obligación de hacer efectivos sus principios y deberes básicos.

Todo hombre tiene el deber de trabajar de acuerdo con su propia capacidad y no puede reclamar beneficios de la sociedad si no rinde con sus posibilidades corporales, intelectuales o la creación, un resultado que represente un aporte material, científico o cultural a la comunidad. El derecho se otorga al que cumple con los deberes, y el deber fundamental que establecerá nuestra Constitución es el deber de trabajar por el progreso de Chile.

Hay que establecer el principio de que la economía del país está al servicio del pueblo, delimitar claramente nuestra concepción de la coexistencia necesaria de la economía social, en la industria, minería, agricultura y servicios.

Las libertades políticas*

La elección del 4 de marzo encierra en sí misma un hondo significado que no quiero dejar de señalar. Este Congreso emerge de una consulta electoral ordinaria que ha mostrado en su desarrollo la dinámica, viva y creadora, que anima a nuestra democracia. Que desmiente a quienes anticiparon el término de la participación ciudadana en la gestión de la cosa pública y la supresión de los derechos políticos de la oposición si se instalaban los trabajadores en La Moneda y, también, ridiculiza a los que inventaron imaginarios fraudes electorales para esconder su desahucio histórico. El Tribunal Calificador de Elecciones ratificó el limpio proceder del gobierno.

Es motivo de orgullo para mí, y estoy seguro de que lo comparte la mayoría de los chilenos, comprobar que desde 1970 una nota dominante destaca en nuestra vida política: el vasto aumento de la participación popular en los asuntos públicos. En menos de tres años nuestros ciudadanos han sido convocados a ejercer el sufragio universal en siete oportunidades. Han tenido lugar dos elecciones nacionales. El número de ciudadanos que ha participado

* Tercer informe de gobierno, 21 de mayo de 1973, fragmentos.

directamente en la designación de sus representantes políticos ha pasado de 2.954.000 en 1970, a 3.660.000 en 1973.

Pero sería insuficiente limitarse a comprobar la vigencia de los derechos cívicos en la masiva amplitud que han alcanzado. En este país, donde hay cada día decenas de elecciones —sindicales, comunitarias, profesionales, estudiantiles, vecinales, etcétera—, está desarrollándose un fenómeno de trascendencia cualitativa que distinguirá en la historia patria el esfuerzo realizado en los años que estamos viviendo. Por primera vez, amplios sectores populares, hasta ayer negados, pueden ejercer las libertades políticas al tener medios concretos que les permiten el ejercicio del derecho de expresión y de asociación. Por primera vez, la democracia económica empieza a ser una realidad. Sólo ahora las decisiones que más afectan a cada persona, las que inciden en su dimensión creadora, en su trabajo y en su bienestar, han dejado de ser exclusividad de las minorías poderosas o selectas para ser asumidas por la gran masa organizada en sus centros de trabajo o de residencia. Una nueva etapa recién se ha iniciado para la democracia chilena.

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo han demostrado, igualmente, algo que desespera y obnubila a algunos de nuestros adversarios: el funcionamiento regular de los mecanismos políticos institucionales a través de los cuales se expresa la voluntad popular. Contrariando los designios de quienes no han cesado en sus intentos de destruirlos, porque veían en las elecciones “una meta sin destino”, la jornada del 4 de marzo fue una clara manifestación de defensa del régimen democrático.

Por otra parte, la significación del resultado electoral la da el contexto histórico en que ha tenido lugar. La política gubernamental se ha traducido en el apoyo masivo que han recibido los partidos políticos que lo sustentan, el más alto que gobierno alguno haya alcanzado en los últimos veinte años tras veintisiete meses de gestión. El 4 de marzo ha sido reafirmada la vía chilena al socialismo.

Mientras las capas privilegiadas se exasperan por el deterioro de su estatus hegemónico y por el decrecimiento relativo de la holgura y bienestar que usufructuaban a costa de la gran masa, esta última percibe el sentido revolucionario de las transformaciones que se realizan.

De ahí que, en la consulta nacional del 4 de marzo, se manifestara no sólo el respaldo al gobierno, sino la reafirmación de una voluntad revolucionaria. Es algo más que un simple deseo de cambios. En una coyuntura económica tan desfavorable como la que atravesamos, es la decisión popular de avanzar hacia el socialismo.

Al mismo tiempo, en el resultado del 4 de marzo el gobierno advierte también la necesidad de que se introduzcan algunas modificaciones en la política actual, que no ha encontrado la adhesión de ciertos grupos de trabajadores y capas medias, a pesar de que nuestra acción está orientada en su favor.

La decisión del gobierno de lograr que el Estado sirva a los trabajadores y a la gran mayoría del país y cumpla sus funciones se ve poderosamente contrarestada por la rigidez de nuestra estructura legal y administrativa. Cada día resulta más manifiesta su inadecuación a las necesidades urgentes de la vida económica y política. Así, por ejemplo, cuando la especulación ha adquirido proporciones nunca antes conocidas, el Estado se encuentra prácticamente desprovisto de los instrumentos legales para sancionar el acaparamiento y el mercado negro. Cuando el poder de decisión conquistado por los trabajadores es ya una realidad que promete un firme desarrollo, el aparato del Estado, en cuanto totalidad global, aparece cerrado y refractario a conocerlo y organizarlo. El dinamismo de un proceso revolucionario libera energías reprimidas, hiere intereses dominantes, genera fenómenos sociales nuevos que pueden ser guiables y que el gobierno se ha esforzado en controlar. Pero, para que esto culmine satisfactoriamente, se necesita un régimen institucional flexible.

En otras palabras, la nueva situación configurada en los últimos años requiere de medidas legales y administrativas que no admiten demora. Tanto para perfeccionar sus dimensiones positivas como para corregir sus aspectos negativos. El retraso en adoptarlas no puede sino perjudicar. Sólo si el aparato estatal adquiere un carácter popular, podrá evitarse su progresiva inadecuación al Chile real, desajuste que está estimulando muchos de los conflictos políticos y económicos.

Un año después, no cabe sino reiterar con mayor apremio lo que manifestara al iniciarse la anterior legislatura: "Todo un sistema normativo debe ser modificado y un conjunto de medidas administrativas ser puesto en práctica para ordenar las nuevas necesi-

dades. El sistema bancario, el financiero, el régimen laboral, el de seguridad social, la administración regional, provincial, municipal y comercial, los sistemas de salud y educacionales, la legislación agraria e industrial, el sistema de planificación, la misma estructura administrativa del Estado, la propia Constitución Política, no se corresponden ya con las exigencias que los cambios instaurados están planteando. Este programa, que interesa y pertenece al pueblo entero, debe ser discutido por él, para luego adquirir validez jurídica.”

Hoy reitero, una vez más, que no vemos el camino de la revolución chilena en la quiebra violenta del aparato estatal. Pero la legislación vigente constituye un confuso e inorgánico sistema de normas, que carece de las condiciones necesarias para adaptarse a las nuevas circunstancias.

Al pueblo de Chile*

Al país:

La Cámara de Diputados ha aprobado, con los votos de la oposición, un acuerdo político destinado a desprestigiar al país entero en el extranjero y crear confusión interna. Facilitará con ello la intención sediciosa de determinados sectores.

Para que el Congreso se pronuncie sobre el comportamiento legal del gobierno existe un solo camino: la acusación constitucional según el procedimiento expresamente contemplado por la Constitución. En las elecciones parlamentarias últimas, sectores opositores trataron de obtener dos tercios de los senadores para poder acusar al presidente. No lograron suficiente respaldo electoral para ello. Por eso ahora pretenden, mediante un simple acuerdo, producir los mismos efectos de la acusación constitucional. El inmerecido acuerdo aprobado no tiene validez jurídica alguna para el fin perseguido ni vincula a nadie. Pero contiene el símbolo de la renuncia por parte de algunos sectores a los valores cívicos más esenciales de nuestra democracia.

En el día de ayer, los diputados de oposición han exhortado formalmente a las Fuerzas Armadas y Carabineros a que adopten una

* Respuesta al acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973, declarando la ilegalidad del gobierno y convocando al golpe.

posición deliberante frente al Poder Ejecutivo, a que quebranten su deber de obediencia al Supremo Gobierno, a que se indisciplinen contra la autoridad civil del Estado a la que están subordinadas por mandato de la Carta Fundamental, a que asuman una función política según las opiniones inconstitucionales de la mayoría de una de las ramas del Congreso.

Que un órgano del Poder Legislativo invoque la intervención de las Fuerzas Armadas y de Orden frente al gobierno democráticamente elegido significa subordinar la representación política de la Soberanía Nacional a instituciones armadas que no pueden ni deben asumir funciones políticas propias de la representación de la voluntad popular.

Esta última, en la democracia chilena, está delegada exclusivamente en las autoridades que la Constitución establece. Ninguna magistratura, ninguna persona ni reunión de personas pueden atribuirse, ni aun a pretexto de circunstancias extraordinarias, otra autoridad o derechos que los que expresamente se les hayan conferido por las leyes. Todo acto que contravenga este artículo es nulo (artículo 4 de la Constitución vigente).

El presidente de la República, en uso de sus atribuciones privativas, ha confiado responsabilidades ministeriales a las Fuerzas Armadas y Carabineros para cumplir en el gabinete un deber superior al servicio de la paz cívica y de la seguridad nacional, defendiendo las instituciones republicanas frente a la insurrección y el terrorismo. Pedir a las Fuerzas Armadas y Carabineros que lleven a cabo funciones de gobierno al margen de la autoridad y dirección política del presidente de la República es promover el golpe de Estado. Con ello, la oposición que dirige la Cámara de Diputados asume la responsabilidad histórica de incitar a la destrucción de las instituciones democráticas y respalda, de hecho, a quienes conscientemente vienen buscando la guerra civil.

Dicha mayoría ha desnaturalizado el contenido de la facultad fiscalizadora que el artículo 39 N.º 2 otorga a la Cámara, que establece que los acuerdos u observaciones adoptadas “se transmitirán por escrito al presidente de la República” —no directamente a los ministros, como se ha hecho—, y que “no afectarán la responsabilidad política de los ministros” mientras que sí la contempla el acuerdo mencionado.

Con una fundamentación llena de afirmaciones ya antes refutadas en su integridad por el gobierno, por gratuitas e infundadas, en su mayor parte reversibles contra el uso que la oposición ha hecho de su mayoría parlamentaria, ésta pretende destruir el basamento institucional del Estado y del gobierno republicano, democrático y representativo.

El acuerdo aprobado, más que violar, niega la sustancia de toda la Constitución. Y de modo directo los artículos 1, 2, 3, 4, 9, 10, 22, 23, 39, 60, 71, 72 y 78b de nuestra Carta Fundamental. La oposición está abjurando de las bases del régimen político y jurídico establecido solemnemente en la Constitución de 1925 y desarrollado en los pasados 47 años. Pretende, asimismo, constituir a la Cámara de Diputados en poder paralelo contra la Constitución y revela su intención de concentrar en el Congreso el poder total al arrogarse funciones del Ejecutivo, además de las legislativas que le son propias.

La democracia chilena es una conquista de todo el pueblo. No es obra ni regalo de las clases explotadoras, y será defendida por quienes, con sacrificios acumulados de generaciones, la han impuesto.

Con tranquilidad de conciencia y midiendo mis responsabilidades ante las generaciones presentes y futuras, sostengo que nunca antes ha habido en Chile un gobierno más democrático que el que me honro en presidir, que haya hecho más por defender la independencia económica y política del país, por la liberación social de los trabajadores. El gobierno ha sido respetuoso de las leyes y se ha empeñado en realizar transformaciones revolucionarias en nuestras estructuras económicas y sociales.

Reitero solemnemente mi decisión de desarrollar la democracia y el Estado de derecho hasta sus últimas consecuencias. Y, como dijera el pasado día 2 en carta al presidente del Partido Demócrata Cristiano, “es en la robustez de las instituciones políticas donde reposa la fortaleza de nuestro régimen institucional”.

El Parlamento se ha constituido en un bastión contra las transformaciones y ha hecho todo lo que ha estado en su mano para perturbar el funcionamiento de las finanzas y de las instituciones, esterilizando cualquier iniciativa creadora. Anteayer, la mayoría de la Cámara de Diputados, al silenciar toda condena al terrorismo imperante, en el hecho lo ampara y lo acepta. Con ello, facili-

tan la sedición de los que quieren inmolarse a los trabajadores que bregan por su libertad económica y política plenas. Por ello me es posible acusar a la oposición de querer impedir el desarrollo histórico de nuestra legalidad democrática, elevándola a un nivel más auténtico y alto. En el documento parlamentario se esconde tras la expresión “Estado de derecho” una situación que presume una injusticia económica y social entre chilenos que nuestro pueblo ha rechazado.

Pretenden ignorar que el Estado de derecho sólo se realiza plenamente en la medida que se superen las desigualdades de una sociedad capitalista.

Con estas acciones, la reacción chilena descubre ante el país entero y el mundo los intereses egoístas que defiende.

Son muy trascendentes y graves las medidas económicas y políticas que nuestro país necesita para superar la crisis total a que se nos está queriendo arrastrar, medidas que el gobierno adoptará pese a los obstáculos que se ponen por delante y en las que ha solicitado la colaboración de los sectores democráticos de oposición.

Pero cuando a la parálisis de las instituciones impuesta por el Congreso sucede el intento de destruir al propio Estado, cuando la formidable ofensiva que se ha desencadenado atenta directamente contra la democracia y el régimen de derecho, mi deber patriótico me obliga a asumir y usar en plenitud todos los poderes políticos y administrativos que la Constitución me confiere como Jefe Supremo de la nación.

Cada ataque, cada peldaño que franquea la reacción en su afán de destruir las vidas, los bienes materiales, las instituciones cívicas y las militares, obra esforzada de décadas de historia, fortalecen mi ánimo, multiplican mi voluntad de luchar por el presente de tantos millones de chilenos que buscan paz, bienestar y amor para ellos y la patria.

Hoy, cuando la reacción embiste de frente contra la razón del derecho y amenaza de muerte a las libertades, cuando los trabajadores reivindican con fuerza una nueva sociedad, los chilenos pueden estar seguros de que el presidente de la República, junto al pueblo, cumplirá sin vacilaciones con su deber para asegurar así la plena realidad de la democracia y las libertades, dentro del proceso revolucionario. Para esta noble tarea convoco a los trabajadores, a todos los demócratas y patriotas de Chile.

La seguridad nacional*

Nosotros lo hemos dicho muy claramente: el gobierno jamás dejará de reconocer los derechos que tiene la oposición. Y hemos señalado que la inmensa mayoría de los opositores al gobierno actúan dentro de los marcos constitucionales y legales. Esto mismo nos obliga a respetarlos. Pero hay otros sectores, los mismos que estuvieron comprometidos durante la etapa que transcurrió del 4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970, que participaron en los atentados y desarrollaron acciones directas agresivas, que fracasaron en su propósito de que el Congreso no apoyara mi designación, esos mismos que estuvieron manejando sin recato y con audacia cínica todas las posibilidades extralegales en contra nuestra, que intentan subvertir las instituciones. A veces cubriéndose con el manto de la oposición democrática y legal, pero también engañándola y tratando de arrastrar a algunos elementos de buena fe que no siempre se han dado cuenta de los pasos en que andan esos señores.

Frente a ellos, que son conspiradores natos, el gobierno tiene la obligación de salvaguardar el orden; esta gente casi siempre es

* Entrevista con Víctor Flores Olea, *Excélsior*, 4 de abril de 1972, fragmentos.

amanuense de intereses extranjeros o está vinculada a ellos y trata continuamente, porque no tiene otras posibilidades en nuestro país, de emprender acciones directas y provocadoras, pretendiendo encontrar eco en algunos sectores de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros.

Digo que pretenden encontrar eco porque hasta ahora las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros han tenido una posición implacablemente clara y decidida de respeto a la Constitución y a la ley, y a la voluntad popular expresada en los comicios. Creo personalmente que el país tiene conciencia de que esta es la realidad, de pleno respeto, por parte de unos y otros, al sistema jurídico establecido. Las Fuerzas Armadas y los Carabineros, a su vez, tienen plena conciencia de que yo soy presidente por la voluntad mayoritaria del país; que por mandato de la Constitución soy generalísimo de las Fuerzas Armadas y que es mi obligación hacer que dicha institución, que tanto ha significado en la historia de Chile, esté más y más vinculada a las grandes tareas y transformaciones que Chile reclama en la actualidad.

Nosotros hemos planteado la necesidad de que las Fuerzas Armadas se incorporen al proceso de desarrollo económico, científico y tecnológico de Chile. Por primera vez en su historia, esas fuerzas intervienen en puestos directivos de algunos sectores de la producción, en algunas empresas vinculadas con el cobre, el acero, el petróleo y en la Comisión de Energía Nuclear, etcétera. Buscamos ahora un amplio desarrollo técnico con la participación de esas fuerzas, que pueden contribuir muy eficaz y positivamente al desarrollo del país, aportando sus niveles de conocimiento y su disciplina en tareas de beneficio eminentemente popular.

Tengo la absoluta certeza de que las Fuerzas Armadas tienen plena conciencia de que la seguridad nacional es algo más que la defensa nacional, y de que está íntimamente vinculada a las condiciones de vida de los pueblos. No hay ejército fuerte con un pueblo hambreado ni ejército con importantes recursos técnicos con un pueblo analfabeto. La tecnología moderna implica un nivel superior y, con relación al Ejército nuestro, debemos decir que tiene un alto grado de preparación, pero nos proponemos hacerla aún más sólida. Por otra parte, nos proponemos, como afirmaba, aprovechar su preparación a favor del desarrollo general de Chile.

Relevancia de una gestión*

Señor general

Don Carlos Prats González

Presente

Estimado señor general y amigo:

El Ejército ha perdido su valioso concurso, pero guardará para siempre el legado que usted le entregara como firme promotor de su desarrollo, que se apoyó en un orgánico plan que coloca a tan vital rama de nuestras Fuerzas Armadas en situación de cumplir adecuadamente sus altas funciones.

Su paso por la Comandancia en Jefe significó la puesta en marcha de un programa destinado a modernizar la infraestructura, el equipamiento y los niveles de estudio de nuestro Ejército, para adecuarlo a las condiciones que demandan la tecnología y ciencia actuales. Esto se le reconoce ahora y se apreciará mejor en el futuro.

* Carta al general Carlos Prats con motivo de su renuncia a la comandancia en jefe y su retiro del ejército, 25 de agosto de 1973.

Es natural que quien fuera el alumno más brillante, tanto en la Escuela Militar como en la Academia de Guerra, aplicara, en el desempeño de las más altas tareas del Ejército, elevada eficiencia, celo profesional y efectiva lealtad con los compromisos con la Nación, su defensa y su sistema de gobierno.

No es solamente la autoridad gubernativa la beneficiada con su conducta. Es toda la ciudadanía. Sin embargo, estoy cierto que, dada su recia definición de soldado profesional, usted considera que simplemente cumplió con su deber. A pesar de ello, señor general, me corresponde agradecer, en nombre de los mismos valores patrióticos que defiende, la labor que usted desempeñó.

Expreso, una vez más, el reconocimiento del gobierno por su valiosa actuación como vicepresidente de la República, ministro del Interior de la Defensa Nacional. Su invariable resguardo del profesionalismo militar estuvo siempre acorde con el desempeño de esas difíciles responsabilidades, porque comprendió que, al margen de contingencias de la política partidista, ellas están ligadas a las grandes tareas de la seguridad del país.

El encauzamiento del Ejército dentro de las funciones que le determinan la Constitución y las leyes, su respeto al gobierno legítimamente constituido, fueron reafirmados durante su gestión, de acuerdo con una conducta que ha sido tradicional en nuestra nación, la que alcanzó especial relevancia frente a los incesantes esfuerzos desplegados por aquellos que pretenden quebrantar el régimen vigente y que se empeñan, con afán bastardo, en convertir a los institutos armados en un instrumento para sus fines, despreciando su intrínseca formación.

A usted le correspondió asumir la Comandancia en jefe del Ejército en momentos difíciles para esa institución y, por lo tanto, para Chile; sucedió en el alto mando a otro soldado ejemplar, sacrificado por su riguroso respeto a la tradición constitucionalista y profesional de las Fuerzas Armadas. El nombre de ese general, don René Schneider Chereau, trascendió nuestras fronteras como símbolo de la madurez de Chile, y reafirmó el sentido o'higginiano impreso en el Acta de nuestra Independencia y que consagra el derecho soberano de nuestro pueblo para darse el gobierno que estime conveniente.

Su nombre, señor general, también desbordó nuestro ámbito, al punto que en otras naciones aprecian, en toda su dimensión, su actitud profesional insertada en el proceso de cambios impuesto en Chile por la firme vocación de su pueblo.

Es este un momento en que hay chilenos que callan ante acciones sediciosas, a pesar de hacer constantes confesiones públicas de respeto a la Constitución. Por eso, su gesto significará una lección moral que lo mantendrá como una meritoria reserva ciudadana, es decir, como un colaborador de la patria con el cual, estoy seguro, ella contará cuando las circunstancias se lo demanden.

Los soeces ataques dirigidos contra usted constituyen una parte de la escalada fascista en la cual se ha llegado a sacrificar al comandante de la Armada nacional, mi edecán, mi amigo, Arturo Araya Peters, quien fuera ultimado por personas pertenecientes al mismo grupo social que tronchó la vida del general Schneider. Es este un duro momento para Chile, que usted lo siente de manera muy profunda.

El gesto de su renunciamento, motivado por razones superiores, no es la manifestación de quien se doblega o rinde ante la injusticia, sino que es la proyección de la hombría propia de quien da una nueva muestra de su responsabilidad y fortaleza.

Lo saluda con el afecto de siempre.

Salvador Allende G.
Presidente de la República

Libertad religiosa*

Padre David Turaldo, secretario general del centro de Documentación Juan XXIII, teólogo y escritor italiano, señaló en italiano que había leído con mucho placer la declaración del presidente Allende sobre la libertad religiosa que existe en Chile, como también el discurso del cardenal en ocasión del Te Deum Ecuménico, el cual era un bellissimo gesto litúrgico abierto a la justicia y a la paz. Luego hizo votos por que el progreso de todo el pueblo chileno continúe y se profundice.

Allende: Yo puedo señalar que uno de los hechos más significativos, más trascendentes, que más impresionó a los visitantes y a las misiones que vinieron a la transmisión del mando, fue, precisamente, el Te Deum Ecuménico realizado en la catedral chilena. Te Deum Ecuménico que yo solicité, y lo hice porque he sido educado en el respeto a todas las creencias. Lo hice, porque sé que la mayoría del pueblo chileno es católico y yo tengo la obligación de respetar su fuero íntimo, así como sé que ellos respetan el mío. Las palabras del cardenal de la Iglesia chilena demuestran cómo nuestra iglesia se coloca en la lucha de los hombres frente a los necesi-

* Conferencia de prensa, 5 de septiembre de 1970.

tados y a los humildes, haciendo realidad el Evangelio de Cristo. Puedo afirmarle, con la actitud de toda un vida y no sólo la mía personal, sino la de los partidos que forman la vanguardia del movimiento popular, que nunca hemos incursionado con un dogmatismo intransigente en el derecho de cada cual de tener la creencia que más avenga con su ser íntimo, y que ésta la mantendremos. Y además creo que este entendimiento se hará cada vez más profundo, porque las distintas religiones, fundamentalmente la Iglesia chilena en sus documentos, emanados de altas jerarquías, cada vez con más decisión y con más claridad se acerca al respetable pensamiento de Juan El Bueno.

Informar leal, veraz y oportunamente*

En el Día de los Trabajadores de la Radio, quiero saludar a los que laboran en este importante medio de comunicación. La radio-difusión tiene el carácter de un servicio de utilidad pública y, por lo tanto, los que en ella se desempeñan, tienen una alta misión que cumplir, la que debe manifestarse en cada minuto, en cada segundo de sus transmisiones.

En los momentos difíciles, hemos visto cómo ustedes, trabajadores radiales, con abnegación y sacrificio, han logrado unir a Chile, llevando una palabra de aliento, de orientación, de consuelo. Es esta una actitud que todos conocemos, valoramos y agradecemos; pero también es preciso hacer otras consideraciones: el país está viviendo un proceso de extraordinaria importancia, en el que todos los chilenos debemos participar. Por eso es necesario que el precepto periodístico que señala que el pueblo debe estar leal, veraz y oportunamente informado, se cumpla en forma efectiva.

En este sentido, la mayor responsabilidad recae en las radioemisoras, puesto que sus ondas llegan hasta los rincones más apartados, en los que muchas veces no hay otro medio de información.

*Saludo a los trabajadores de la radio, 21 de septiembre de 1972.

Las apreciaciones políticas que a cada uno le merezcan los distintos acontecimientos no pueden impedir que se cumpla la obligación fundamental. Y esta obligación es proporcionar la noticia tal cual efectivamente es. Otra cosa son los comentarios que, naturalmente, deben ceñirse a las normas éticas y legales que nos rigen. Esta es la forma de utilizar un medio de difusión de tanta importancia: permitiendo que, sobre la base de la verdad y el respeto, la ciudadanía cuente con los elementos de juicio necesarios, en pluralismo, democracia y libertad.

Estoy seguro de que ustedes así lo comprenden. Pero la tarea de las emisoras no sólo se restringe al aspecto informativo. La mayor parte de sus horas de transmisión están dedicadas a entretener al auditor; esa entretención debe significar, al mismo tiempo, abrirse a la cultura, resaltar nuestros propios valores artísticos e intelectuales. En estos momentos, a través de todo el país, se puede apreciar cómo las grandes mayorías están ansiosas de saber, de incorporarse a un mundo nuevo al que no habían tenido acceso, o bien ese acceso fue limitado.

También en este campo, la radiodifusión tiene una vasta labor que desarrollar: el arte popular, la cultura popular, nuestra música tienen que encontrar en las emisoras la expresión que les corresponde, en forma elevada y digna.

El carácter popular de estas manifestaciones no puede ni debe dar margen a que se caricaturice al pueblo, rebajando sus valores como lamentablemente ocurre en algunas oportunidades.

El trabajador radial, radiocontrolador, locutor, libretista o periodista, es parte del pueblo y se respeta a sí mismo en el desempeño de sus funciones cuando vela para que la emisora en la que trabaja —por pequeña que sea— cumpla con los deberes fundamentales enunciados: informar leal, veraz y oportunamente, y abrir cauce a la cultura.

Ningún afán de lucro puede anteponerse a tan importante tarea. El gobierno —como siempre— estará llano a solucionar cualquier petición justa. Pero los trabajadores radiales no deben olvidar que las disposiciones legales vigentes —dictadas hace muchos años— deben ser respetadas. En el cumplimiento de dichas leyes está la mayor garantía para que los que laboran en las distintas emisoras lo hagan en las condiciones técnicas y humanas a que

son acreedores. Estoy seguro de que ustedes, que hoy gozan de un merecido día de descanso, comparten estos principios, porque ellos son los que dignifican la labor profesional de cada uno.

Es por eso que, junto con saludarlos cordialmente, los insto a continuar trabajando con un sentido superior de responsabilidad, que emana de la alta misión que se les ha confiado.

No hay prensa libre*

Yo creo que en el mundo contemporáneo no hay una prensa libre, una prensa independiente. No la hay. Hay diarios que pertenecen —y yo respeto el pluralismo— a partidos, a corrientes ideológicas, a pensamientos que están impregnados de un contenido doctrinario, o de principios. Los hay, algunos, de los sectores de derecha, de centro y de izquierda. Y hay otros, que aparentemente no pertenecen a una colectividad que tenga un pensamiento doctrinario, pero que representan los intereses de los sectores vinculados a las grandes empresas, a las grandes industrias, algunas de ellas monopólicas.

Quiero decir que en el capitalismo, por cierto, a medida que la técnica aumenta y la posibilidad de utilizar medios de impresión ha llegado ya al nivel electrónico, es difícil imaginarse que estos medios de vinculación, de información y culturales, puedan ser adquiridos por los sectores de trabajadores, por los sectores populares.

En el régimen capitalista del que hablamos, la tendencia es, precisamente, a la concentración de la información en grandes

* Discurso en el Día Nacional de la Prensa, 15 de febrero de 1973, fragmentos.

empresas, en periódicos o diarios que tienen el respaldo de las organizaciones políticas. Y eso ocurre en el campo nacional y en el campo internacional. La comercialización de la noticia es un factor de utilidad para estas grandes empresas y para estas grandes agencias informativas.

Hay países como el nuestro, en que durante muchos y muchos años hemos tenido como información internacional la que proviene, y en número muy restringido, de agencias internacionales que tienen su propio sello, defienden sus propias convicciones e informan de acuerdo a los intereses de los sectores que la financian y a los que pertenecen.

El poder de información tiene hoy día una magnitud tan extraordinaria, y es tan importante, que prácticamente no hay sector del mundo donde no llegue la noticia con una rapidez increíble. Y ésta puede y tiene, casi siempre, no la base ética de exponer la verdad, sino que tiene la intención de una información o la deformación de la verdad. No diré que esto es ocurrencia diaria y permanente, pero sí con bastante y demasiada frecuencia.

Como presidente —y antes como senador, como político—, yo podría estar aquí largos minutos, diciéndoles a ustedes cómo uno ve el contenido y el alcance de informaciones que, indiscutiblemente, obedecen a un propósito.

Pero me bastará recordar para ustedes la conversación que sostuviera hace cerca de tres meses, con un enviado especial de su Santidad el Papa, que recorría los países de Latinoamérica. Fue a visitarme y tuve el agrado de recibirlo. Hablaba perfectamente bien el castellano y pude conversar durante un largo rato con él. Sonriente me dijo: “Le voy a decir algo, presidente. Yo me informaba sobre Chile y leía muchas cosas sobre este país y tenía una imagen de lo que aquí pasaba. Y cuando venía aterrizando el avión, yo miraba por la ventanilla y me preguntaba ¿y los tanques?, ¿dónde estarán? Cuando aterrizamos no vi tanques, no vi policías con ametralladoras, no vi Fuerzas Armadas con fusiles automáticos.

Tuve una impresión extraña. Después, en el recorrido al centro de la ciudad hasta la casa donde estoy alojado, me extrañó ver un número muy reducido de policías. Estoy hace 48 horas en Chile y me he venido a pie, desde la casa en que vivo hasta La Moneda, y la ausencia de policías fue casi causa de que me atropellara un au-

to. Pero la verdad es que todo lo que yo he leído de Chile me daba una imagen tan errada, que tengo la obligación de decírselo. Y además, cumpliré con la obligación de decir que lo que se publica sobre Chile es absolutamente falso.”

Es decir que un hombre de la jerarquía del que les hablo a ustedes tenía la impresión de que este país vivía oprimido por una dictadura implacable, donde las fuerzas policiales, las fuerzas represivas, prácticamente hacían imposible el ejercicio de la convivencia democrática, el ejercicio de la libertad.

Si hay algo que golpeó muy fuertemente a los representantes que vinieron a la III UNCTAD, con los cuales conversé tanto en conjunto como con cada delegación en particular, fue el ver que en nuestro país existía una auténtica democracia y una excesiva libertad. Sobre todo, libertad de prensa, que a juicio de un ministro de Relaciones de un país latinoamericano, llega hasta la licencia increíble.

Sin embargo, en este país y en este gobierno, y lo puedo decir con satisfacción, hemos hecho intentos por democratizar los medios de información y por abrir posibilidades para que los trabajadores tengan un medio de expresión propio.

Por primera vez en la historia de este país, un canal de radio ha sido entregado a la Central Única de Trabajadores. ¿Cómo no va a ser lógico que un organismo que agrupa y concentra a los trabajadores organizados, que quiera como se quiera suman más de 1.200.000, pueda tener —como no había tenido hasta ahora— un medio propio de expresión? ¿Por qué pueden tenerlo las colectividades políticas? ¿Por qué pueden tenerlo los que disponen de los medios materiales y el dinero suficiente? ¿Y por qué no tenerlo aquellos otros que tienen la fuerza creadora del trabajo y que representan, sin discusión, mayoritariamente, un vasto, amplio e importante sector de nuestro país?

Este es un aspecto que indiscutiblemente crea interrogantes que van señalando hechos que en este día hay que recordar.

Hay que recordar, indiscutiblemente, junto con la lucha de los trabajadores —que naciera con Recabarren—, la lucha que han dado los propios trabajadores de la prensa, no sólo para ir conquistando derechos limitados en el campo jurídico, sino también para ir alcanzando el nivel que su profesión merece en función de

lo que ella representa como factor y generador de ideas y palanca cultural en cualquier comunidad.

De la misma manera que la preparación del hombre de la prensa, que antes actuaba por vocación, e indiscutiblemente muchos que así lo hicieron han tenido y tienen condiciones de periodista que no alcanzan otros, que han pasado por la universidad. Pero el hecho de que exista una carrera, el hecho de que haya que estudiar algunas disciplinas científicas y humanísticas, le va dando al trabajador de la prensa una dimensión diferente y, por lo tanto, una mayor posibilidad para analizar los grandes problemas que hoy día son comunes a todos los hombres del mundo, cualquiera que sea la latitud donde vivan.

¿Cómo no va a ser importante que un hombre que va a ejercer una carrera trascendente como la de ustedes tenga los conocimientos sociológicos y los básicos de orden económico para comprender las relaciones que existen entre los países, la desigualdad en que se encuentran los países pequeños y dependientes como el nuestro?

¿Cómo no sentir inquietud frente a los planteamientos en que fundamentalmente el problema coyuntural caracteriza la gran preocupación y se pierde la visión de los grandes y permanentes problemas, que no tienen apellido político y que no dependen del gobierno que transitoriamente esté ejerciendo el poder?

¿Cómo no pensar que la etapa que vive la humanidad está marcada por los cambios profundos y que los países no comprometidos, que son un número extraordinariamente alto en todos los foros internacionales, plantean la imposibilidad de la coexistencia frente a la hegemonía de los países económicamente poderosos, en detrimento de los países económicamente débiles?

¿Cuándo y de qué manera hemos visto en nuestro país una campaña que marque la realidad que indiscutiblemente vamos a vivir, que será la imposibilidad de los países en vías de desarrollo de pagar sus compromisos en escala internacional cuando sube de 85.000 millones de dólares la deuda conjunta de esos países?

¿Cómo no destacar que es imposible que pueda haber desarrollo económico, progreso material, elevar las condiciones de vida y de existencia, cuando países que son potencialmente ricos, como el nuestro, son países pobres; cuando países que viven con la in-

quietud de estar solicitando créditos, a veces casi humillantemente, somos países exportadores de capital?

¿Cómo no crear una conciencia que vaya abarcando lo que el mundo contemporáneo vive —y que nosotros hemos vivido—, que es la influencia de las empresas transnacionales, sin bandera, sin patria, sin Dios y sin ley, con la única ley de obtener utilidades, que influyen más allá de los propios gobiernos donde ejercen su influencia económica y que pesan sobre el destino de millones y millones de seres humanos?

¿Es que acaso Chile es el primer país que sufre el embate de una de estas empresas? ¿Es que la ITT, en su acción, sólo tomaba a Chile como un campo experimental?

¿Y cómo no comprender que un sentido nacional superior obliga a una denuncia que está mucho más allá de la ubicación ideológica? Y no digo del interés material porque, por desgracia, los intereses nacionales de los grupos oligárquicos a veces —y con frecuencia— están vinculados a los intereses poderosos del capital foráneo, a las empresas transnacionales y del imperialismo.

¿Pero cómo en los periódicos o en los diarios, donde hay una corriente ideológica que se expresa, no va a primar el sentido nacional para crear también la conciencia nacional, que esté alerta frente a las amenazas que han vivido otros pueblos y que nosotros también hemos vivido, y que pueden llevarnos a desencadenar la guerra civil?

¿Cómo no va a ser importante, entonces, que un instrumento como el Colegio de Periodistas tenga en su función rectora la posibilidad de trazar los grandes rubros de una acción común, si nos preocupa, y con razón, el que termine la etapa que estamos viviendo, donde todos somos culpables, cuál más cuál menos, y que este gobierno trata de impedir que se acentúe cada día más; esto no puede llevarnos a un caos moral mucho más profundo y desquiciador?

¿Cómo no va a ser posible, necesario e indispensable, considerar aquellos aspectos donde sólo una minoría ínfima, inconcebiblemente, está en contra de los grandes y permanentes intereses nacionales?

¿Cómo no contribuir, presionando desde afuera y desde adentro, para que tenga cabida en los diarios la dilucidación de los pro-

blemas que nos golpean a nosotros como país, como nación y como pueblo, a todos sin distinción de la ubicación partidista o del ideario político que tengamos?

Esas son interrogantes que en un día como hoy yo puedo plantearme, sobre todo cuando viene desde el ayer —en los albores de nuestra vida— el acento del primer diario o periódico publicado, cuya característica esencial era ser el vocero de una gran inspiración por la independencia política de Chile.

Por ello, yo pienso que ha llegado el instante en que, en voz alta, los periodistas, los trabajadores de la prensa, hagan también, como debemos hacerlo los gobernantes, gobernados y políticos, un análisis profundo para converger en un esfuerzo que implique llegar a conjugar sin claudicaciones un lenguaje superior de discusión ideológica o doctrinaria, con la acelerada convicción de cada cual, pero en función de principios, sabiendo que existe una tierra que es de todos. ¡La defensa del interés nacional, la defensa de Chile, la defensa de la dignidad de nuestro país, que no ha tenido nunca, ni podrá tener jamás, apellido político!

Por ello, yo pienso que es indispensable una mayor participación, una mayor preocupación, una mayor injerencia de los trabajadores de la prensa en los medios informativos, de los profesionales como tales.

Economía

Chile, un Vietnam silencioso*

Señor presidente, señoras y señores delegados:

Agradezco el alto honor que se me hace al invitarme a ocupar esta tribuna, la más representativa del mundo y el foro más importante y de mayor trascendencia en todo lo que atañe a la humanidad. Saludo al señor secretario general de las Naciones Unidas, a quien tuvimos el agrado de recibir en nuestra patria en las primeras semanas de su mandato, y a los representantes de más de 130 países que integran la Asamblea.

A usted, señor presidente, proveniente de un país con el cual nos unen lazos fraternales, y a quien personalmente apreciamos cuando encabezó la delegación de la República Popular de Polonia a la III UNCTAD; junto con rendir homenaje a su alta investidura, deseo agradecerle sus palabras tan significativas y calurosas.

Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una

* Exposición en el XXVII período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, 4 de diciembre de 1972.

sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los Tribunales de Justicia son independientes del Ejecutivo, en que desde 1833 sólo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional, sin que ésta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada. Un país de cerca de 10 millones de habitantes que en una generación ha dado dos premios Nobel de Literatura: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos hijos de modestos trabajadores. Historia, tierra y hombre se funden en un gran sentido nacional.

Pero Chile es también un país cuya economía retrasada ha estado sometida, e inclusive enajenada, a empresas capitalistas extranjeras, que ha sido conducido a un endeudamiento exterior superior a los 4.000 millones de dólares, cuyo servicio anual significa más del 30 % del valor de sus exportaciones, con una economía extremadamente sensible ante la coyuntura externa, crónicamente estancada e inflacionaria, donde millones de personas han sido forzadas a vivir en condiciones de explotación y miseria, de cesantía abierta o disfrazada.

Hoy vengo aquí, porque mi país está enfrentado a problemas que, en su trascendencia universal, son objeto de la permanente atención de esta Asamblea de las naciones, la lucha por la liberación social, el esfuerzo por el bienestar y el progreso intelectual, la defensa de la personalidad y dignidad nacionales.

La perspectiva que tenía ante sí mi patria, como tantos otros países del Tercer Mundo, era un modelo de modernización reflejo, que los estudios técnicos y la realidad más trágica coinciden en demostrar que está condenado a excluir de las posibilidades de progreso, bienestar y liberación social a más y más millones de personas, relegándolas a una vida subhumana. Modelo que va a producir mayor escasez de viviendas, que condenará a un número cada vez más grande de ciudadanos a la cesantía, al analfabetismo, a la ignorancia y a la miseria fisiológica.

La misma perspectiva, en síntesis, que nos ha mantenido en una relación de colonización o dependencia. Que nos ha explotado en tiempos de guerra fría, pero también en tiempos de conflagración bélica y, también, en tiempos de paz. A nosotros, los países subdesarrollados, se nos quiere condenar a ser realidades de segunda clase, siempre subordinadas.

Este es el modelo que la clase trabajadora chilena, al imponerse como protagonista de su propio porvenir, ha resuelto rechazar, buscando en cambio un desarrollo acelerado, autónomo y propio, transformando revolucionariamente las estructuras tradicionales.

El pueblo de Chile ha conquistado el gobierno tras una larga trayectoria de generosos sacrificios, y se encuentra plenamente entregado a la tarea de instaurar la democracia económica, para que la actividad productiva responda a las necesidades y expectativas sociales, y no a intereses de lucro personal. De modo programado y coherente, la vieja estructura apoyada en la explotación de los trabajadores y en el dominio por una minoría de los principales medios de producción, está siendo superada. En su reemplazo surge una nueva estructura, dirigida por los trabajadores, que puesta al servicio de los intereses de la mayoría, está sentando las bases de un crecimiento que implica desarrollo auténtico, que involucra a todos los habitantes y no margina a vastos sectores de conciudadanos a la miseria y a la relegación social.

Los trabajadores están desplazando a los sectores privilegiados del poder político y económico, tanto en los centros de labor como en las comunas y en el Estado. Este es el contenido revolucionario del proceso que está viviendo mi país, de superación del sistema capitalista, para dar apertura al socialismo.

La necesidad de poner al servicio de las enormes carencias del pueblo la totalidad de nuestros recursos económicos iba a la par con la recuperación para Chile de su dignidad. Debíamos acabar con la situación de que nosotros, los chilenos, debatiéndonos contra la pobreza y el estancamiento, tuviéramos que exportar enormes sumas de capital, en beneficio de la más poderosa economía de mercado del mundo. La nacionalización de los recursos básicos constituía una reivindicación histórica. Nuestra economía no podía tolerar por más tiempo la subordinación que implicaba tener más del 80 % de sus exportaciones en manos de un reducido grupo de grandes compañías extranjeras, que siempre han antepuesto sus intereses a las necesidades de los países en los cuales lucran. Tampoco podíamos aceptar la lacra del latifundio, los monopolios industriales y comerciales, el crédito en beneficio de unos pocos, las brutales desigualdades en la distribución del ingreso.

El cambio de la estructura del poder que estamos llevando a cabo, el progresivo papel de dirección que en ella asumen los traba-

jadores, la recuperación nacional de las riquezas básicas, la liberación de nuestra patria de la subordinación a las potencias extranjeras, son la culminación de un largo proceso histórico. De esfuerzo por imponer las libertades políticas y sociales, de heroica lucha de varias generaciones de obreros y campesinos por organizarse como fuerza social para conquistar el poder político y desplazar a los capitalistas del poder económico.

Su tradición, su personalidad, su conciencia revolucionaria permiten al pueblo chileno el proceso hacia el socialismo fortaleciendo las libertades cívicas, colectivas e individuales, respetando el pluralismo cultural e ideológico. El nuestro es un combate permanente por la instauración de las libertades sociales, de la democracia económica, mediante el pleno ejercicio de las libertades políticas.

La voluntad democrática de nuestro pueblo ha asumido el desafío de impulsar el proceso revolucionario dentro de los marcos de un Estado de derecho altamente institucionalizado, que ha sido flexible a los cambios y que hoy está frente a la necesidad de ajustarse a la nueva realidad socioeconómica.

Hemos nacionalizado las riquezas básicas.

Hemos nacionalizado el cobre.

Lo hemos hecho por decisión unánime del Parlamento, donde los partidos del gobierno están en minoría.

Queremos que todo el mundo lo entienda claramente: no hemos confiscado las empresas extranjeras de la gran minera del cobre. Eso sí, de acuerdo con disposiciones constitucionales, reparamos una injusticia histórica, al deducir de la indemnización las utilidades por ellas percibidas más allá de un 12 % anual, a partir de 1955.

Las utilidades que habían obtenido en el transcurso de los últimos quince años algunas de las empresas nacionalizadas eran tan exorbitantes que, al aplicárseles como límite de utilidad razonable el 12 % anual, esas empresas fueron afectadas por deducciones de significación. Tal es el caso, por ejemplo, de una filial de Anaconda Company que, entre 1955 y 1970, obtuvo en Chile una utilidad promedio del 21,5 % anual sobre su valor de libro, mientras las utilidades de Anaconda en otros países alcanzaban sólo un 3,6 % al año.

Esa es la situación de una filial de Kennecott Copper Corporation que, en el mismo periodo, obtuvo en Chile una utilidad promedio del 52 % anual, llegando en algunos años a utilidades tan increíbles como el 106 % en 1967, el 113 % en 1968, y más del 205 % en 1969. El promedio de las utilidades de la Kennecott en otros países alcanzaba, en la misma época, menos del 10 % anual. Sin embargo, la aplicación de la norma constitucional ha determinado que otras empresas cupríferas no fueran objeto de descuentos por concepto de utilidades excesivas, ya que sus beneficios no excedieron el límite razonable del 12 % anual.

Cabe destacar que, en los años inmediatamente anteriores a la nacionalización, las grandes empresas del cobre habían iniciado planes de expansión, los que en gran medida han fracasado, y para los cuales no aportaron recursos propios, no obstante las grandes utilidades que percibían, y que financiaron a través de créditos externos.

De acuerdo con las disposiciones legales, el Estado chileno ha debido hacerse cargo de esas deudas, las que ascienden a la enorme cifra de más de 727 millones de dólares. Hemos empezado a pagar incluso deudas que una de estas empresas había contratado con la Kennecott, su compañía matriz en Estados Unidos.

Estas mismas empresas, que explotaron el cobre chileno durante muchos años, sólo en los últimos 42 años, se llevaron en ese lapso más de cuatro mil millones de dólares de utilidades, en circunstancia que su inversión inicial no subió de 30 millones. Un simple y doloroso ejemplo: en agudo contraste, en mi país hay 700.000 niños que jamás podrán gozar de la vida en términos normalmente humanos, porque en sus primeros ocho meses de existencia no recibieron la cantidad elemental de proteínas. Cuatro mil millones de dólares transformarían totalmente a mi patria. Sólo parte de esta suma aseguraría proteínas para siempre a todos los niños de mi patria.

La nacionalización del cobre se ha hecho observando escrupulosamente el ordenamiento jurídico interno y con respeto a las normas del Derecho Internacional, el cual no tiene por qué ser identificado con los intereses de las grandes empresas capitalistas.

Este es, en síntesis, el proceso que mi patria vive, que he creído conveniente presentar ante esta Asamblea, con la autoridad que

nos da el que estamos cumpliendo con rigor las recomendaciones de las Naciones Unidas, y apoyándonos en el esfuerzo interno como base del desarrollo económico y social. Aquí, en este foro, se ha aconsejado el cambio en las instituciones y de las estructuras atrasadas; la movilización de los recursos nacionales —naturales y humanos—; la redistribución del ingreso; dar prioridad a la educación y a la salud, así como a la atención de los sectores más pobres de la población. Todo esto es parte esencial de nuestra política y se halla en pleno proceso de ejecución.

Por eso resulta tanto más doloroso tener que venir a esta tribuna a denunciar que mi país es víctima de una grave agresión.

Habíamos previsto dificultades y resistencia externas para llevar a cabo nuestro proceso de cambios, sobre todo frente a la nacionalización de nuestros recursos naturales. El imperialismo y su crueldad tienen un largo y ominoso historial en América Latina, y está muy cerca la dramática y heroica experiencia de Cuba. También lo está la del Perú, que ha debido sufrir las consecuencias de su decisión de disponer soberanamente de su petróleo.

En plena década del 70, después de tantos acuerdos y resoluciones de la comunidad internacional, en los que se reconoce el derecho soberano de cada país de disponer de sus recursos naturales en beneficio de su pueblo; después de la adopción de los Pactos Internacionales sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales y de la Estrategia para el Segundo Decenio del Desarrollo, que solemnizaron tales acuerdos, somos víctimas de una nueva manifestación del imperialismo. Más sutil, más artera, y terriblemente eficaz, para impedir el ejercicio de nuestros derechos de Estado soberano.

Desde el momento mismo en que triunfamos electoralmente, el 4 de septiembre de 1970, estamos afectados por el desarrollo de presiones externas de gran envergadura, que pretendió impedir la instalación de un gobierno libremente elegido por el pueblo, y derrocarlo desde entonces. Que ha querido aislarnos del mundo, estrangular la economía y paralizar el comercio del principal producto de exportación: el cobre. Y privarnos del acceso a las fuentes de financiamiento internacional.

Estamos conscientes de que, cuando denunciamos el bloqueo financiero-económico con que se nos arremete, tal situación aparece difícil de ser comprendida con facilidad por la opinión públi-

ca internacional, y aun por algunos de nuestros compatriotas. Porque no se trata de una agresión abierta, que haya sido declarada sin esbozo ante la faz del mundo. Por el contrario, es un ataque siempre oblicuo, subterráneo, sinuoso, pero no por eso menos lesivo para Chile.

Nos encontramos frente a fuerzas que operan en la penumbra; sin bandera, con armas poderosas, apostadas en los más variados lugares de influencia.

Sobre nosotros no pesa ninguna prohibición de comerciar. Nadie ha declarado que se propone un enfrentamiento con nuestra nación. Pareciera que no tenemos más enemigos que los propios y naturales adversarios políticos internos. No es así. Somos víctimas de acciones imperceptibles, disfrazadas generalmente con frases y declaraciones que ensalzan el respeto a la soberanía y a la dignidad de nuestro país. Pero nosotros conocemos en carne propia la enorme distancia que hay entre dichas declaraciones y las acciones específicas que debemos soportar.

No estoy aludiendo a cuestiones vagas. Me refiero a problemas concretos que hoy aquejan a mi pueblo, y que van a tener repercusiones económicas aún más graves en los meses próximos.

Chile, como la mayor parte de los países del Tercer Mundo, es muy vulnerable frente a la situación del sector externo de su economía. En el transcurso de los últimos doce meses, el descenso de los precios internacionales del cobre ha significado al país, cuyas exportaciones alcanzan a poco más de mil millones de dólares, la pérdida de ingresos de aproximadamente 200 millones de dólares. Mientras los productos, tanto industriales como agropecuarios, que debemos importar, han experimentado fuertes alzas; algunos de ellos, hasta de un 60 %.

Como casi siempre, Chile compra a precios altos y vende a precios bajos.

Ha sido justamente en estos momentos, de por sí difíciles para nuestra balanza de pagos, cuando hemos debido hacer frente, entre otras, a las siguientes acciones simultáneas destinadas, al parecer, a tomar revancha del pueblo chileno por su decisión de nacionalizar el cobre.

Hasta el momento de la iniciación de mi gobierno, Chile percibía por concepto de préstamos otorgados por organismos financieros

internacionales, tales como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, un monto de recursos cercano a 80 millones de dólares al año. Violentamente, esos financiamientos han sido interrumpidos.

En el decenio pasado, Chile recibía préstamos de la Agencia para el Desarrollo Internacional del gobierno de Estados Unidos (AID), por un valor de 50 millones de dólares.

No pretendemos que esos préstamos sean restablecidos. Estados Unidos es soberano para otorgar ayuda externa, o no, a cualquier país. Sólo queremos señalar que la drástica supresión de esos créditos ha significado contracciones importantes en nuestra balanza de pagos.

Al asumir la presidencia, mi país contaba con líneas de crédito a corto plazo de la banca privada norteamericana, destinadas al financiamiento de nuestro comercio exterior, por cerca de 220 millones de dólares. En breve plazo, se ha suspendido de estos créditos un monto de alrededor de 190 millones de dólares, suma que hemos debido pagar al no renovarse las respectivas operaciones.

Como la mayor parte de los países de América Latina, Chile, por razones tecnológicas y de otro orden, debe efectuar importantes adquisiciones de bienes de capital en Estados Unidos. En la actualidad, tanto los financiamientos de proveedores como los que ordinariamente otorga el Eximbank para este tipo de operaciones, nos han sido también suspendidos, encontrándonos en la anómala situación de tener que adquirir esta clase de bienes con pago anticipado, lo cual presiona extraordinariamente sobre nuestra balanza de pagos.

Los desembolsos de préstamos contratados por Chile con anterioridad a la iniciación de mi gobierno, con agencias del sector público de Estados Unidos, y que se encontraban entonces en ejecución, también se han suspendido. En consecuencia, tenemos que continuar la realización de los proyectos correspondientes, efectuando compras al contado en el mercado norteamericano, ya que, en plena marcha de las obras, es imposible reemplazar la fuente de las importaciones respectivas.

Para ello, se había previsto que el financiamiento proviniera de organismos del gobierno norteamericano.

Como resultado de acciones dirigidas en contra del comercio del cobre en los países de Europa Occidental, nuestras operaciones de corto plazo con bancos privados de ese continente —basadas fundamentalmente en cobranzas de ventas de este metal— se han entorpecido enormemente. Esto ha significado la no renovación de líneas de crédito por más de 20 millones de dólares; la suspensión de gestiones financieras que estaban a punto de concretarse por más de 200 millones de dólares, y la creación de un clima que impide el manejo normal de nuestras compras en tales países, así como distorsiona agudamente todas nuestras actividades en el campo de las finanzas externas.

Esta asfixia financiera de proyecciones brutales, dadas las características de la economía chilena, se ha traducido en una severa limitación de nuestras posibilidades de abastecimiento de equipos, de repuestos, de insumos, de productos alimenticios, de medicamentos. Todos los chilenos estamos sufriendo las consecuencias de estas medidas, las que se proyectan en la vida diaria de cada ciudadano y, naturalmente también, en la vida política interna.

Lo que he descrito significa que se ha desvirtuado la naturaleza de los organismos internacionales, cuya utilización como instrumentos de la política bilateral de cualquiera de sus países miembros, por poderoso que sea, es jurídica y moralmente inaceptable. ¡Significa presionar a un país económicamente débil! ¡Significa castigar a un pueblo por su decisión de recuperar sus recursos básicos! ¡Significa una forma premeditada de intervención en los asuntos internos de un país! ¡Esto es lo que denominamos insolencia imperialista!

Señores delegados, ustedes lo saben y no pueden dejar de recordarlo: todo esto ha sido repetidamente condenado por resoluciones de Naciones Unidas.

No sólo sufrimos el bloqueo financiero, también somos víctimas de una clara agresión. Dos empresas que integran el núcleo central de las grandes compañías transnacionales, que clavaron sus garras en mi país, la Internacional Telegraph & Telephone Company y la Kennecott Copper Corporation, se propusieron manejar nuestra vida política.

La ITT, gigantesca corporación cuyo capital es superior al presupuesto internacional de varios países latinoamericanos juntos, y superior incluso al de algunos países industrializados, inició, des-

de el momento mismo en que se conoció el triunfo popular en la elección de septiembre de 1970, una siniestra acción para impedir que yo ocupara la primera magistratura.

Entre septiembre y noviembre del año mencionado, se desarrollaron en Chile acciones terroristas planeadas fuera de nuestras fronteras, en colusión con grupos fascistas internos, las que culminaron con el asesinato del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider Chereau, hombre justo y gran soldado, símbolo del constitucionalismo de las Fuerzas Armadas de Chile.

En marzo del año en curso, se revelaron los documentos que denuncian la relación entre esos tenebrosos propósitos y la ITT. Esta última ha reconocido que incluso hizo en 1970 sugerencias al gobierno de Estados Unidos para que interviniera en los acontecimientos políticos de Chile. Los documentos son auténticos. Nadie ha osado desmentirlos.

Posteriormente, el mundo se enteró con estupor, en julio último, de distintos aspectos de un nuevo plan de acción que la misma ITT presentara al gobierno norteamericano, con el propósito de derrocar a mi gobierno en el plazo de seis meses. Tengo en mi portafolio el documento, fechado en octubre de 1971, que contiene los dieciocho puntos que constituían ese plan. Proponía el estrangulamiento económico, el sabotaje diplomático, el desorden social, crear el pánico en la población, para que, al ser sobrepasado el gobierno, las Fuerzas Armadas fueran impulsadas a quebrar el régimen democrático e imponer una dictadura.

En los mismos momentos en que la ITT proponía ese plan, sus representantes simulaban negociar con mi gobierno una fórmula para la adquisición, por el Estado chileno, de la participación de la ITT en la Compañía de Teléfonos de Chile. Desde los primeros días de mi administración, habíamos iniciado conversaciones para adquirir la empresa telefónica que controlaba la ITT, por razones de seguridad nacional.

Personalmente, recibí en dos oportunidades a altos ejecutivos de esa empresa. En las discusiones mi gobierno actuaba de buena fe. La ITT, en cambio, se negaba a aceptar el pago de un precio fijado de acuerdo con una tasación de expertos internacionales. Ponia dificultades para una solución rápida y equitativa, mientras subterráneamente intentaba desencadenar una situación caótica en mi país.

La negativa de la ITT a aceptar un acuerdo directo, y el conocimiento de sus arteras maniobras, nos han obligado a enviar al Congreso un proyecto de ley de nacionalización.

La decisión del pueblo chileno de defender el régimen democrático y el progreso de la revolución; la lealtad de las Fuerzas Armadas hacia su patria y sus leyes, han hecho fracasar estos siniestros intentos.

Señores delegados: Yo acuso, ante la conciencia del mundo, a la ITT de pretender provocar en mi patria una guerra civil. Esto es lo que nosotros calificamos de acción imperialista.

Chile está ahora ante un peligro cuya solución no depende solamente de la voluntad nacional, sino de una vasta gama de elementos externos. Me estoy refiriendo a la acción emprendida por la Kennecott Copper. Acción que, como expresó la semana pasada el ministro de Minas e Hidrocarburos del Perú en la Reunión Ministerial del Comité Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre (CIPEC), trae a la memoria del pueblo revolucionario del Perú un pasado de oprobio del que fuera protagonista la Internacional Petroleum Co., expulsada definitivamente del país por la revolución.

Nuestra Constitución establece que las disputas originadas por las nacionalizaciones deben ser resueltas por un tribunal que, como todos los de mi país, es independiente y soberano en sus decisiones. La Kennecott Copper aceptó esta jurisdicción y durante un año litigó ante este tribunal. Su apelación fue denegada y entonces decidió utilizar su gran poder para despojarnos de los beneficios de nuestras exportaciones de cobre y presionar contra el gobierno de Chile. Llegó en su osadía hasta demandar, en septiembre último, el embargo del precio de dichas exportaciones ante los tribunales de Francia, de Holanda y de Suecia. Seguramente lo intentará también en otros países. El fundamento de estas acciones no puede ser más inaceptable, desde cualquier punto de vista jurídico y moral.

La Kennecott pretende que tribunales de otras naciones, que nada tienen que ver con los problemas o negocios que existan entre el Estado chileno y la Compañía Kennecott Copper, decidan que es nulo un acto soberano de nuestro Estado, realizado en virtud de un mandato de la más alta jerarquía, como es el dado por

la Constitución política y refrendado por la unanimidad del pueblo chileno.

Esa pretensión choca contra los principios esenciales del Derecho Internacional, en virtud de los cuales los recursos naturales de un país, sobre todo cuando se trata de aquellos que constituyen su vida, le pertenecen y puede disponer libremente de ellos. No existe una ley internacional aceptada por todos, o en este caso, un tratado específico que así lo acuerde. La comunidad mundial, organizada bajo los principios de las Naciones Unidas, no acepta una interpretación del Derecho Internacional subordinada a los intereses del capitalismo, que lleve a los tribunales de cualquier país extranjero a amparar una estructura de relaciones económicas al servicio de aquél. Si así fuera, se estaría vulnerando un principio fundamental de la vida internacional: el de no intervención en los asuntos internos de un Estado, como expresamente lo reconoció la III UNCTAD.

Estamos regidos por el Derecho Internacional, aceptado reiteradamente por las Naciones Unidas, en particular en la Resolución 1803 de la Asamblea General; normas que acaba de reforzar la Junta de Comercio y Desarrollo, precisamente teniendo como antecedente la denuncia que mi país formuló contra la Kennecott.

La resolución respectiva, junto con reafirmar el derecho soberano de todos los países a disponer libremente de sus recursos naturales, declaró que “en aplicación de este principio, las nacionalizaciones que los Estados lleven a cabo para rescatar estos recursos son expresión de una facultad soberana, por lo que corresponde a cada Estado fijar las modalidades de tales medidas, y las disputas que pueden suscitarse con motivo de ellas son de recurso exclusivo de sus tribunales, sin perjuicio de lo dispuesto en la Resolución 1803 de la Asamblea General”.

Esta resolución, excepcionalmente, permite la intervención de jurisdicciones extranacionales, siempre que “exista acuerdo entre Estados soberanos y otras partes interesadas”.

Esta es la única tesis aceptable en las Naciones Unidas. Es la única que está conforme con su filosofía y sus principios. Es la única que puede proteger el derecho de los débiles contra el abuso de los fuertes.

Como no podía ser de otra manera, hemos obtenido en los tribunales de París el levantamiento del embargo que pesaba sobre

el valor de una exportación de cobre. Seguiremos defendiendo sin desmayo la exclusiva competencia de los tribunales chilenos para conocer de cualquier diferendo relativo a la nacionalización de nuestro recurso básico.

Para Chile, esta no es sólo una importante materia de interpretación jurídica. Es un problema de soberanía. Señores delegados: es mucho más, es un problema de supervivencia.

La agresión de la Kennecott causa prejuicios graves a nuestra economía. Solamente las dificultades directas impuestas a la comercialización del cobre han significado a Chile, en dos meses, pérdidas de muchos millones de dólares. Pero eso no es todo. Ya me he referido a los efectos vinculados al entorpecimiento de las operaciones financieras de mi país con la banca de Europa Occidental.

Evidente es, también, el propósito de crear un clima de inseguridad ante los compradores de nuestro principal producto de exportación, lo que no se logrará.

Hacia allá se dirigen, en este momento, los designios de esta empresa imperialista, porque no se puede esperar que, en definitiva, ningún poder político o judicial prive a Chile de lo que legítimamente le pertenece. Busca doblegarnos. ¡Jamás lo conseguirá!

La agresión de las grandes empresas capitalistas pretende impedir la emancipación de las clases populares. Representa un ataque directo contra los intereses económicos de los trabajadores.

Señores delegados: el chileno es un pueblo que ha alcanzado la madurez política para decidir, mayoritariamente, el reemplazo del sistema económico capitalista por el socialista. Nuestro régimen político ha contado con instituciones suficientemente abiertas para encauzar esta voluntad revolucionaria sin quiebres violentos. Me hago un deber en advertir a esta Asamblea que las represalias y el bloqueo dirigidos a producir contradicciones y deformaciones económicas encadenadas, amenazan con repercutir sobre la paz y convivencia internas. No lo lograrán. La inmensa mayoría de los chilenos sabrá resistirlas en actitud patriótica y digna. Lo dije al comienzo: la historia, la tierra y el hombre nuestro se funden en un gran sentido nacional.

Ante la III UNCTAD tuve la oportunidad de referirme al fenómeno de las corporaciones transnacionales y destacué el vertiginoso

so crecimiento de su poder económico, influencia política y acción corruptora. De ahí, la alarma con que la opinión mundial debe reaccionar ante semejante realidad. El poderío de estas corporaciones es tan grande, que traspasa todas las fronteras. Sólo las inversiones en el extranjero de las compañías estadounidenses, que alcanzan hoy a 32.000 millones de dólares, crecieron entre 1950 y 1970 a un ritmo de un 10 % al año, mientras las exportaciones de ese país aumentaron sólo a un 5 %. Sus utilidades son fabulosas y representan un enorme drenaje de recursos para los países en desarrollo.

Sólo en un año, estas empresas retiraron utilidades del Tercer Mundo que significaron transferencias netas a favor de ellas de 1.723 millones de dólares: 1.013 millones de América Latina, 280 de África, 366 del Lejano Oriente y 64 del Medio Oriente. Su influencia y su ámbito de acción están trastocando las prácticas tradicionales del comercio entre los Estados, de transferencia tecnológica, de transmisión de recursos entre las naciones y las relaciones laborales.

Estamos ante un verdadero conflicto frontal entre las grandes corporaciones transnacionales y los Estados Unidos. Éstos aparecen interferidos en sus decisiones fundamentales —políticas, económicas y militares— por organizaciones globales que no dependen de ningún listado y que en la suma de sus actividades no responden ni están fiscalizadas por ningún parlamento. En una palabra, es toda la estructura política del mundo la que está siendo socavada. “Los mercaderes no tienen patria. El lugar donde actúan no constituye un vínculo. Sólo les interesa la ganancia.” Esta frase no es mía, es de Jefferson.

Pero las grandes empresas transnacionales no sólo atentan contra los intereses genuinos de los países en desarrollo, sino que su acción avasalladora e incontrolada se da también en los países industrializados, donde se asientan. Ello ha sido denunciado en los últimos tiempos en Europa y Estados Unidos, lo que ha originado una investigación en el propio Senado norteamericano. Ante este peligro, los pueblos desarrollados no están más seguros que los subdesarrollados. Es un fenómeno que ya ha provocado la creciente movilización de los trabajadores organizados, incluyendo a las grandes entidades sindicales que existen en el mundo. Una vez

más, la actuación solidaria internacional de los trabajadores deberá enfrentar a un adversario común: el imperialismo.

Fueron estos actos los que, principalmente, decidieron al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, a raíz de la denuncia presentada por Chile, a aprobar, en julio pasado, por unanimidad, una resolución disponiendo la convocatoria de un grupo de personalidades mundiales, para que estudien la "Función y los efectos de las Corporaciones Transnacionales en el proceso de Desarrollo, especialmente de los Países en Desarrollo y sus Repercusiones en las Relaciones Internacionales", y que presenten recomendaciones para una Acción Internacional Apreciada.

El nuestro no es un problema aislado ni único. Es la manifestación local de una realidad que nos desborda. Que abarca el continente latinoamericano y el Tercer Mundo. Con intensidad variable y con peculiaridades singulares, todos los países periféricos están expuestos a algo semejante.

El sentido de solidaridad humana que impera en los países desarrollados debe sentir repugnancia porque el grupo de empresas llegue a poder interferir impunemente en el engranaje más vital de la vida de una nación, hasta perturbarlo totalmente.

El portavoz del Grupo Africano, al anunciar en la Junta de Comercio y Desarrollo, hace algunas semanas, la posición de estos países frente a la denuncia que hizo Chile por la agresión de la Kennecott Copper, declaró que su grupo se solidarizaba plenamente con Chile, porque no se trataba de una cuestión que afectara sólo a una nación, sino que afecta potencialmente a todo el mundo en desarrollo. Esas palabras tienen un gran valor, porque significan el reconocimiento de todo un continente de que a través del caso chileno está planteada una nueva etapa de la batalla entre el imperialismo y los países débiles del Tercer Mundo.

La batalla por la defensa de los recursos naturales es parte de la que libran los países del Tercer Mundo para vencer el subdesarrollo. La agresión que nosotros padecemos hace aparecer como ilusorio el cumplimiento de las promesas hechas en los últimos años en cuanto a una acción de envergadura para superar el estado de atraso y necesidad de las naciones de África, Asia y América Latina. Hace dos años, esta Asamblea General, con ocasión del vigésimo quinto aniversario de la creación de las Naciones Unidas,

proclamó en forma solemne la Estrategia para el Segundo Decenio del Desarrollo. Por ella, todos los Estados miembros de la organización se comprometieron a no omitir esfuerzos para transformar, a través de medidas concretas, la actual injusta división internacional del trabajo y para colmar la enorme brecha económica y tecnológica que separa a los países opulentos de los países en vías de desarrollo.

Estamos comprobando que ninguno de estos propósitos se convierte en realidad. Al contrario, se ha retrocedido.

Así, los mercados de los países industrializados han continuado tan cerrados como antes para los productos básicos de los países en desarrollo, especialmente los agrícolas, y aún aumentan los indicios de proteccionismo; los términos del intercambio se siguen deteriorando, el sistema de preferencias generalizadas para las exportaciones de nuestras manufacturas y semimanufacturas no ha sido puesto en vigencia por la nación cuyo mercado ofrecía mejores perspectivas, dado su volumen, y no hay indicios de que lo sea en un futuro inmediato.

La transferencia de recursos financieros públicos, lejos de llegar al 0,7 % del Producto Nacional Bruto de las naciones desarrolladas, ha bajado del 0,34 % al 0,24 %. El endeudamiento de los países en desarrollo, que ya era enorme a principios del presente año, ha subido en pocos meses de 70 a 75 mil millones de dólares. Los cuantiosos pagos por servicios de deudas, que representan un drenaje intolerable para esos países, han sido provocados en gran medida por las condiciones y modalidades de los préstamos. Dichos servicios aumentaron en un 18 % en 1970 y en un 20 % en 1971, lo que es más del doble de la tasa media del decenio de 1960.

Este es el drama del subdesarrollo y de los países que todavía no hemos sabido hacer valer nuestros derechos y defender, mediante una vigorosa acción colectiva, el precio de las materias primas y productos básicos, así como hacer frente a las amenazas y las agresiones del neoimperialismo.

Somos países potencialmente ricos, vivimos en la pobreza. Deambulamos de un lugar a otro pidiendo créditos, ayuda y, sin embargo, somos —paradoja propia del sistema económico capitalista— grandes exportadores de capitales.

América Latina, como componente del mundo en desarrollo, se integra en el cuadro que acabo de exponer. Junto con Asia, África y los países socialistas, ha librado, en los últimos años, muchas batallas para cambiar la estructura de las relaciones económicas y comerciales con el mundo capitalista; para sustituir el injusto y discriminatorio orden económico y monetario creado en Bretton Woods, al término de la Segunda Guerra Mundial.

Cierto es que, entre muchos países de nuestra región y los de otros continentes en desarrollo, se comprueban diferencias en el ingreso nacional, y aún las hay dentro de aquellas donde existen varios países que podrían ser considerados como de menor desarrollo relativo entre los subdesarrollados.

Pero tales diferencias —que mucho se mitigan al compararlas con el producto nacional del mundo industrializado— no marginan a Latinoamérica del vasto sector postergado y explotado de la humanidad.

Ya el Consenso de Viña del Mar, en 1969, afirmó esas coincidencias y tipificó, precisó y cuantificó el atraso económico y social de la región y los factores externos que lo determinan, destacando las enormes injusticias cometidas en su contra, bajo el disfraz de cooperación y ayuda, porque en América Latina grandes ciudades, que muchos admiran, ocultan el drama de cientos de miles de seres que viven en poblaciones marginales, producto de un pavoroso desempleo y subempleo; esconden las desigualdades profundas entre pequeños grupos privilegiados y las grandes masas, cuyos índices de nutrición y de salud no superan a los de Asia y África, que casi no tienen acceso a la cultura.

Es fácil comprender por qué nuestro continente latinoamericano registra una alta mortalidad infantil y un bajo promedio de vida, si se tiene presente que en él faltan 28 millones de viviendas, el 56 % de su población está subalimentada, hay más de 100 millones de cesantes y más de 50 millones con trabajos ocasionales. Más de 20 millones de latinoamericanos no conocen la moneda, ni siquiera como medio de intercambio.

Ningún régimen, ningún gobierno, ha sido capaz de resolver los grandes déficit de vivienda, trabajo, alimentación y salud. Por el contrario, éstos se acrecientan año a año con el aumento vegetativo de la población. De continuar esta situación, ¿qué ocurrirá cuando seamos más de 600 millones de habitantes a fines de siglo?

No siempre se percibe que el subcontinente latinoamericano, cuyas riquezas potenciales son enormes, ha llegado a ser el principal campo de acción del imperialismo económico en los últimos 30 años. Datos recientes del Fondo Monetario Internacional nos informan que la cuenta de inversiones privadas de los países desarrollados en América Latina arrojó un déficit en contra de ésta, de 10 millones de dólares entre 1960 y 1970. En una palabra, esta suma constituye un aporte neto de capitales de esta región al mundo opulento, en 10 años.

Chile se siente profundamente solidario con América Latina, sin excepción alguna. Por tal razón, propicia y respeta estrictamente la Política de No Intervención y de Autodeterminación que aplicamos en el plano mundial. Estimulamos fervorosamente el incremento de nuestras relaciones económicas y culturales. Somos partidarios de la complementación y de la integración de nuestras economías. De ahí que trabajamos con entusiasmo dentro del cuadro de la ALALC y, como primer paso, por la formación del Mercado Común de los Países Andinos, que nos une con Bolivia, Colombia, Perú, Ecuador.

América Latina deja atrás la época de las protestas, que contribuyeron a robustecer su toma de conciencia. Han sido destruidas, por la realidad, las fronteras ideológicas; han sido quebrados los propósitos divisionistas y agresionistas, y surge el afán de coordinar la ofensiva de la defensa de los intereses de los pueblos en el continente, y en los demás países en desarrollo.

“Aquellos que imposibilitan la revolución pacífica, hacen que la revolución violenta sea inevitable.”

La frase no es mía. ¡La comparto! Pertenece a John Kennedy. Chile no está solo, no ha podido ser aislado ni de América Latina ni del resto del mundo. Por el contrario, ha recibido infinitas muestras de solidaridad y apoyo. Para derrotar los intentos de crear en torno nuestro un cerco hostil, se conjugaron el creciente repudio al imperialismo, el respeto que merecen los esfuerzos del pueblo chileno y la respuesta a nuestra política de amistad con todas las naciones del mundo.

En América Latina todos los esquemas de cooperación o integración económica y cultural de los que formamos parte, en el plano regional y subregional, han continuado vigorizándose a ritmo

acelerado y, dentro de ellos, nuestro comercio ha crecido considerablemente, en particular con Argentina, México y los países del Pacto Andino.

No ha sufrido trizaduras la coincidencia de los países latinoamericanos, en foros mundiales y regionales, para sostener los principios de libre determinación sobre los recursos naturales. Y frente a los recientes atentados contra nuestra soberanía, hemos recibido fraternales demostraciones de total solidaridad. A todos, nuestro reconocimiento.

Es justo mencionar las reiteraciones de solidaridad del presidente del Perú, hechas durante la conversación que sostuve con él hace horas, y señalar la fraternal recepción que me brindan el presidente y el pueblo mexicanos en la grata visita que acabo de realizar a su nación.

Cuba socialista, que sufre los rigores del bloqueo, nos ha entregado sin reservas, permanentemente, su adhesión revolucionaria.

En el plano mundial, debo destacar muy especialmente que desde el primer momento hemos tenido a nuestro lado, en actitud ampliamente solidaria, a los países socialistas de Europa y Asia. La gran mayoría de la comunidad mundial nos honró con la elección de Santiago como sede de la III UNCTAD, y ha acogido con interés nuestra invitación para albergar la Primera Conferencia Mundial sobre el Derecho del Mar, que reitero en esta oportunidad.

La reunión a nivel ministerial de los Países No Alineados, celebrada en Georgetown, Guyana, en septiembre último, nos expresó públicamente su decidido respaldo frente a la agresión de que somos objeto por parte de Kennecott Copper.

El CIPEC, organismo de coordinación establecido por los principales exportadores de cobre —Perú, Zaire, Zambia y Chile—, reunido a solicitud de mi gobierno, a nivel ministerial, recientemente en Santiago, para analizar la situación de agresión en contra de mi patria creada por la Kennecott, adoptó varias resoluciones y recomendaciones a los Estados, que constituyen un claro apoyo a nuestra posición y un importante paso dado por países del Tercer Mundo para defender el comercio en sus productos básicos.

Estas resoluciones serán, seguramente, materia de importante debate en la Segunda Comisión.

Sólo quiero citar aquí la categórica declaración de que “todo acto que impida o entorpezca el ejercicio del derecho soberano de los países a disponer libremente de sus recursos naturales, constituye una agresión económica”.

Y, desde luego, los actos de la empresa Kennecott contra Chile son agresión económica; por lo tanto, acuerdan solicitar de sus gobiernos se suspenda con ella toda relación económica y comercial; que las disputas sobre indemnizaciones, en caso de nacionalización, son de exclusiva competencia de los Estados que las decretan.

Pero lo más significativo es que acordó crear un mecanismo permanente de protección y solidaridad en relación al cobre. Este mecanismo, junto a la OPEC, que opera en el campo petrolero, es el germen de lo que debiera ser una organización de todos los países del Tercer Mundo, para proteger y defender la totalidad de sus productos básicos, tanto los mineros e hidrocarburos, como los agrícolas.

La gran mayoría de los países de Europa Occidental, desde el extremo norte con los países escandinavos, hasta el extremo sur con España, han seguido cooperando con Chile y nos ha significado su comprensión.

Por último, hemos visto con emoción la solidaridad de la clase trabajadora del mundo, expresada por sus grandes centrales sindicales, y manifestada en actos de hondo significado, como fue la negativa de los obreros portuarios de Le Havre y Róterdam a descargar el cobre de Chile, cuyo pago ha sido, arbitraria e injustamente, embargado.

Señor presidente, señores delegados:

He centrado mi exposición en la agresión a Chile y en los problemas latinoamericanos y mundiales que a ella se conectan, ya sea en su origen o en sus efectos. Quisiera ahora referirme brevemente a otras cuestiones que interesan a la comunidad internacional.

No voy a mencionar todos los problemas mundiales que están en el temario de esta Asamblea. No tengo la pretensión de avanzar soluciones sobre ellos. Esta Asamblea está trabajando afanosamente, desde hace más de dos meses, en definir y acordar medidas adecuadas.

Confiamos en que el resultado de esta labor será fructífero. Mis observaciones serán de carácter general y reflejan preocupaciones del pueblo chileno.

Con ritmo acelerado se transforma el cuadro de la política internacional que hemos vivido desde la posguerra, y ello ha producido una nueva correlación de fuerzas. Han aumentado y se han fortalecido centros de poder político y económico. En el caso del mundo socialista, cuya influencia ha crecido notablemente, su participación en las más importantes decisiones de política en el campo internacional es cada vez mayor. Es mi convicción que no podrán transformarse las relaciones comerciales y el sistema monetario internacionales —aspiración compartida por los pueblos— si no participan plenamente en ese proceso todos los países del mundo, y entre ellos los del área socialista. La República Popular China, que alberga en sus fronteras a casi un tercio de la humanidad, ha recuperado, después de un largo e injusto ostracismo, el lugar que es el suyo en el foro de las negociaciones multilaterales y ha entablado nexos diplomáticos y de intercambio con la mayoría de los países del mundo.

Se ha ampliado la Comunidad Económica Europea con el ingreso del Reino Unido de Gran Bretaña y otros países, lo que le da un peso mayor a las decisiones, sobre todo en el campo económico. El crecimiento económico del Japón ha alcanzado una velocidad portentosa.

El mundo en desarrollo está adquiriendo cada día mayor conciencia de sus realidades y de sus derechos. Exige justicia y equidad en el trato y que se reconozca el lugar que le corresponde en el escenario mundial.

Motores de esta transformación han sido, como siempre, los pueblos, en su progresiva liberación para convertirse en sujetos de la historia. La inteligencia del hombre ha impulsado vertiginosos procesos de la ciencia y de la técnica. La persistencia y el vigor de la política de coexistencia pacífica, de independencia económica y de progreso social que han promovido las naciones socialistas, han contribuido decisivamente al alivio de las tensiones que dividieron al mundo durante más de veinte años, y han determinado la aceptación de nuevos valores en la sociedad y en las relaciones internacionales.

Saludamos los cambios que traen promesas de paz y de prosperidad para muchos pueblos, pero exigimos que participe de ellos la humanidad entera. Desgraciadamente, estos cambios han beneficiado sólo en grado mezquino al mundo en desarrollo.

Éste sigue tan explotado como antes. Distante cada vez más de la civilización del mundo industrializado. Dentro de él bullen nobles aspiraciones y justas rebeldías que continuarán estallando con fuerza creciente.

Manifestamos complacencia por la superación casi completa de la guerra fría y por el desarrollo de acontecimientos alentadores, las negociaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos, tanto respecto al comercio como al desarme; la concertación de tratados entre la República Federal de Alemania, la Unión Soviética y Polonia; la inminencia de la Conferencia de Seguridad Europea; las negociaciones entre los dos Estados alemanes y su ingreso prácticamente asegurado a las Naciones Unidas; las negociaciones entre los gobiernos de la República Popular Democrática de Corea y de la República de Corea, para nombrar los más promisorios. Es innegable que en la arena internacional hay treguas, acuerdos, disminución de la situación explosiva.

Pero hay demasiados conflictos no resueltos, que exigen la voluntad de concordia de las partes, o de la colaboración de la comunidad internacional y de las grandes potencias. Continúan activas las agresiones y disputas en diversas partes del mundo: conflicto en el Medio Oriente, el más explosivo de todos, donde todavía no ha podido obtenerse la paz, según lo han recomendado resoluciones de los principales órganos de las Naciones Unidas, el asedio y la persecución contra Cuba; la explotación colonial; la ignominia del racismo y del *apartheid*; el ensanchamiento de la brecha económica y tecnológica entre países ricos y países pobres.

No hay paz para Indochina, pero tendrá que haberla. Llegará la paz para Vietnam. Tiene que llegar porque ya nadie duda de la inutilidad de esta guerra monstruosamente injusta, que persigue un objetivo tan irrealizable en estos días como es imponer, a pueblos con conciencia revolucionaria, políticas que no pueden compartir porque contrarían su interés nacional, su genio y su personalidad.

Habrá paz. Pero ¿qué deja esta guerra tan cruel, tan prolongada, tan desigual? El saldo, tras tantos años de lucha cruenta, es sólo la tortura de un pueblo admirable en su dignidad, millones de muertos y de huérfanos, ciudades enteras desaparecidas; cientos de miles de hectáreas de tierras assoladas, sin vida vegetal posible; la destrucción ecológica. La sociedad norteamericana conmovida,

miles de hogares sumidos en el pesar por la ausencia de los suyos. No se siguió la ruta de Lincoln.

Esta guerra deja también muchas lecciones. Que el abuso de la fuerza desmoraliza al que la emplea y produce profundas dudas en su propia conciencia social. Que la convicción de un pueblo que defiende su independencia lo lleva al heroísmo y lo hace capaz de resistir la violencia material del más gigantesco aparato militar y económico.

El nuevo cuadro político crea condiciones favorables para que la comunidad de naciones haga en los años venideros un gran esfuerzo destinado a dar renovada vida y dimensión al orden internacional.

Dicho esfuerzo deberá inspirarse en los principios de la Carta y en otros que la comunidad ha ido agregando, por ejemplo los de la UNCTAD. Como lo hemos dicho, tres conceptos fundamentales que presiden las responsabilidades entregadas a las Naciones Unidas debieran servirle de guía; el de la seguridad colectiva política, el de la seguridad colectiva económico-social y el del respeto universal a los derechos fundamentales del hombre, incluyendo los de orden económico, social y cultural, sin discriminación alguna.

Damos particular importancia a la tarea de afirmar la seguridad económica colectiva, en la cual tanto han insistido recientemente Brasil y el secretario general de las Naciones Unidas.

Como paso importante en esta dirección, la organización mundial cuanto antes debiera hacer realidad la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, fecunda idea que llevó el presidente de México, Luis Echeverría, a la III UNCTAD. Como el ilustre mandatario del país hermano, creemos que *no es posible un orden justo y un mundo estable en tanto no se creen obligaciones y derechos que protejan a los Estados débiles.*

La acción futura de la colectividad de naciones debe acentuar una política que tenga como protagonistas a todos los pueblos. La Carta de las Naciones Unidas fue concebida y presentada en nombre de "Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas".

Las acción internacional tiene que estar dirigida a servir al hombre que no goza de privilegios sino que sufre y labora: al minero de Cardiff, como el *fellah* de Egipto; al trabajador que cultiva el cacao en Ghana o en Costa de Marfil, como al campesino del

altiplano en Sudamérica; al pescador de Java, como al cafetero de Kenia o de Colombia. Aquella debiera alcanzar a los dos mil millones de seres postergados a los que la colectividad tiene la obligación de incorporar al actual nivel de evolución histórica y reconocerles *el valor y la dignidad de persona humana*, como lo contempla el preámbulo de la Carta.

Es la tarea impostergable para la comunidad internacional asegurar el cumplimiento de la Estrategia para el Segundo Decenio del Desarrollo, y poner este instrumento a tono con las nuevas realidades del Tercer Mundo y con la renovada conciencia de los pueblos.

La disminución de las tensiones en las relaciones entre países, el progreso de la cooperación y el entendimiento exigen y permiten simultáneamente reconvertir las gigantescas actividades destinadas a la guerra en otras que impongan, como nueva frontera, atender las inconmesurables carencias de todo orden de más de dos tercios de la humanidad. De modo tal que los países más desarrollados aumenten su producción y empleo en asociación con los reales intereses de los países menos desarrollados. Sólo entonces podríamos hablar de una auténtica comunidad internacional.

La presente Asamblea deberá concretar la realización de la Conferencia Mundial para establecer el llamado Derecho del Mar, es decir, un conjunto de normas que reglen, de modo global, todo lo referente al uso y explotación del vasto espacio marino, comprendiendo su subsuelo. Es esta una tarea grandiosa y promisoría para las Naciones Unidas, porque estamos frente a un problema del cual recién la humanidad, como un todo, adquiere conciencia y aun muchas situaciones establecidas pueden conciliarse perfectamente con el interés general. Quiero recordar que cupo a los países del extremo sur de América Latina —Ecuador, Perú y Chile— iniciar, hace justo veinte años, esta toma de conciencia, que culminará con la adopción de un tratado sobre el Derecho del Mar. Es imperativo que ese tratado incluya el principio aprobado por la III UNCTAD sobre los derechos de los Estados ribereños a los recursos dentro de su mar jurisdiccional y, al mismo tiempo, cree los instrumentos y los mecanismos para que el espacio extrajurisdiccional sea patrimonio común de la humanidad y sea explotado en beneficio de todos por una autoridad internacional.

Reafirmo nuestra esperanza en la misión de las Naciones Unidas. Sabemos que sus éxitos o sus fracasos dependen de la voluntad política de los Estados y de su capacidad para interpretar los anhelos de la inmensa mayoría de la raza humana. De ellos depende que Naciones Unidas pueda ser un foro meramente convencional o un instrumento eficaz.

He traído hasta aquí la voz de mi patria, unida frente a las presiones externas. Un país que pide comprensión, que reclama justicia. La merece, porque siempre ha respetado el principio de autodeterminación y ha observado estrictamente el de no intervención en los asuntos internos de otros Estados. Nunca se ha apartado del cumplimiento de sus obligaciones internacionales y ahora cultiva relaciones amistosas con todos los países del orbe. Ciertamente es que con algunos tenemos diferencias, pero no hay ninguna que no estemos dispuestos a discutir, utilizando para ellos los instrumentos multilaterales o bilaterales que hemos suscrito.

Nuestro respeto a los tratados es invariable.

Señores delegados: he querido reafirmar, así, enfáticamente, que la voluntad de paz y cooperación universal es una de las características dominantes del pueblo chileno. De ahí la resuelta firmeza con que defenderá su independencia política y económica, y el cumplimiento de sus obligaciones colectivas, democráticamente adoptadas en el ejercicio de su soberanía.

En menos de una semana, acaban de ocurrir hechos que convierten en certeza nuestra confianza de que venceremos pronto en la lucha entablada para alcanzar dichos objetivos. La franca, directa y cálida conversación sostenida con el distinguido presidente del Perú, general Juan Velasco Alvarado, quien reiteró públicamente la solidaridad plena de su país con Chile ante los atentados que acabamos de denunciar ante ustedes; los acuerdos del CIPEC, que ya cité, y mi visita a México.

Es difícil, casi imposible, describir la profundidad, la firmeza, el afecto del apoyo que nos fue brindado por el gobierno y el pueblo mexicano. Recibí tales demostraciones de adhesión del presidente Echeverría, del Parlamento, de las universidades y, sobre todo, del pueblo, expresándose en forma multitudinaria, que la emoción todavía me embarga y me abruma por su infinita generosidad.

Vengo reconfortado, porque después de esa experiencia sé ahora, con certidumbre absoluta, que la conciencia de los pueblos la-

tinoamericanos acerca de los peligros que nos amenazan a todos adquiere una nueva dimensión, y que ellos están convencidos de que la unidad es la única manera de defenderse de este grave peligro.

Cuando se siente el fervor de cientos de miles de hombres y mujeres, apretándose en las calles y plazas para decir con decisión y esperanza: *Estamos con ustedes, no cejen, vencerán*, toda duda se disipa, toda angustia se desvanece. Son los pueblos, todos los pueblos al sur del Río Bravo, que se yerguen para decir: *¡Basta! ¡Basta a la dependencia! ¡Basta a las presiones! ¡Basta a la intervención!* Para afirmar el derecho soberano de todos los países en desarrollo a disponer libremente de sus recursos naturales.

Existe una realidad, hecha voluntad y conciencia. Son más de 250 millones de seres que exigen ser oídos y respetados.

Cientos de miles de chilenos me despidieron con fervor al salir de mi patria, y me entregaron el mensaje que he traído a esta asamblea mundial. Estoy seguro de que ustedes, representantes de las naciones de la Tierra, sabrán comprender mis palabras. Es vuestra confianza en nosotros lo que incrementa nuestra fe en los grandes valores de la humanidad, en la certeza de que esos valores tendrán que prevalecer. ¡No podrán ser destruidos!

Nuevos métodos de dominación*

Es conveniente observar que, después de Playa Girón, toda la política de Estados Unidos ha cambiado, adoptando distintas actitudes respecto de la penetración económica, militar y técnica, pero todas ellas destinadas a afianzar el predominio y la penetración norteamericana y a obstruir y aplastar la lucha emancipadora en nuestros pueblos.

Haré un breve resumen de la política del Departamento de Estado en los tres aspectos fundamentales, militar, económico y técnico, de los últimos años.

La titulada “ayuda” de los países imperialistas se transformó, a partir de la Segunda Guerra Mundial, en una de las principales formas de exportación de capitales, esencialmente para Estados Unidos. Dicha “ayuda” se eleva, entre 1945 y 1965, a más de 90.000 millones de dólares.

Esta “ayuda” se presta en tres formas principales a los países latinoamericanos: militar, económica y técnica.

* Discurso pronunciado en el Senado de la República, 5 de mayo de 1965.

a) La ayuda militar

Ella proporciona a Estados Unidos la posibilidad de orientar, cuando no de controlar, a las Fuerzas Armadas del país que la recibe, mediante las misiones asesoras de militares estadounidenses.

Fueron estas unidades las que, por ejemplo, dirigieron el ejército batistiano en su lucha contra el Ejército Rebelde de Cuba. Es el mismo papel que juegan ahora en Venezuela, Guatemala, Colombia, Brasil, etcétera, contra los patriotas de esos países.

La ayuda se concreta en fusiles, ametralladoras, cañones, tanques, aviones y bombas yanquis, lo que posibilita a Estados Unidos privarles del parque cuando esos países tengan gobiernos no gratos a Washington, inutilizándoles así el armamento.

Esta misma forma proporciona a Estados Unidos tropas baratas para sus planes belicistas. Este hecho es reconocido hasta por los propios dirigentes, como el senador Humbert Humphrey, por ejemplo, quien declaró en 1954: "La ayuda militar y la extensión en que debe continuar, según yo lo veo, es exactamente la cuestión de por qué vía podemos hacerlo más barato... En tanto podemos ahorrar algún dinero (mediante la ayuda militar) yo la apoyo. En tanto podamos salvar algunos de nuestros muchachos, yo la apoyo."

El representante Vorys, por su parte, fue todavía más explícito cuando, en 1965, declaró a las Audiencias de la Cámara de Representantes: "El año pasado (1955), costó 5.900 dólares tener un soldado norteamericano, sin un fusil en sus manos. Este programa (el de ayuda militar) costó a Estados Unidos 744 dólares por cada hombre en servicio *con armas en sus manos* situado donde nuestros jefes conjuntos piensan que debe estar para nuestra seguridad mutua."

¿Por qué le resulta más barato a Estados Unidos el mantenimiento de un soldado extranjero? Dos cifras revelan el factor principal. De 1950 a 1960, 56 países, 46 de ellos subdesarrollados, recibieron 23.000 millones de "ayuda", mientras gastaron 141.000 millones de dólares propios. Esto es un poco más de 6 dólares propios por cada dólar recibido. En América Latina la desproporción es mayor. En 1957, por ejemplo, la ayuda ascendió a 32 millones de dólares y los gastos directos de los países sudamericanos fueron 927 millones de dólares. Es decir, 29 dólares propios gastados por cada dólar de "ayuda".

Las finalidades antinacional y antipopular de esta forma de proceder se explican claramente en un reportaje del *Wall Street Journal* a los jefes del Ejército de Estados Unidos, quienes manifestaron que “su objetivo es impedir que se extiendan al continente latinoamericano las revoluciones tipo Castro”.

La utilización de la “ayuda militar” para conseguir los objetivos políticos de los imperialistas norteamericanos fue reconocida por el propio presidente Kennedy. En una carta conjunta a los presidentes de la Cámara de Representantes y del Senado, les informó, el 26 de mayo de 1961, que: “El secretario de Estado proveerá supervisión continua y la dirección general del programa a causa de que la ayuda militar debe claramente servir los objetivos y compromisos de la política exterior de Estados Unidos.”

Por otra parte, esta ayuda significa a los grandes monopolios un magnífico negocio, pues las órdenes de fabricación de armamentos hacen quedar a la industria monopolística de los Estados Unidos cerca del 85 % del total del presupuesto destinado a “ayuda” en América Latina, además de la posterior fabricación y venta de los repuestos necesarios.

b) La ayuda económica

La famosa ayuda económica que reciben los países latinoamericanos, en la práctica, no es más que una burla para los países que la reciben, y a la larga no significa otra cosa que perjuicios para el adquirente. La realiza mediante distintas organizaciones, entre ellas, la Administración de Cooperación internacional, el Fondo de Préstamos para el Desarrollo, el Banco de Exportación-Importación y los organismos creados por la ley de Excedentes Agrícolas.

Entre 1950 y 1957, por ejemplo, solamente el 7 % estuvo destinado a ayuda económica, y el 10 %, a la colaboración técnica, en tanto que la militar ascendía a 83 % del total presupuestado para América Latina. Salvo muy contadas excepciones, esta “ayuda” no es gratuita, ya que devenga intereses como cualquier préstamo bancario.

¿Cuáles son los objetivos que Estados Unidos persigue con esta “ayuda económica”?

Primeramente, crear condiciones para una explotación aún mayor por los monopolios yanquis de las riquezas de los países sometidos al imperialismo, como en forma muy clara lo expresó el difunto John Foster Dulles ante el Senado de Estados Unidos al constituirse el Fondo de Préstamos para el Desarrollo, cuando dijo que “una parte considerable del Fondo será dedicada al financiamiento de obras públicas básicas, como transportes, medios de comunicación, puertos, etcétera, necesarias para crear una situación económica de la que pueda aprovecharse la industria privada”. El nuevo Fondo, agregó, “será, sobre todo, un instrumento de la política exterior de los Estados Unidos”.

Los financiamientos, por supuesto, son pagados por los países subdesarrollados con los correspondientes intereses.

Un segundo objetivo de la “ayuda” económica es, como en el caso de la ayuda militar, promover nuevos mercados a las industrias norteamericanas, además de encontrar salidas a sus sobrantes agrícolas. Este objetivo fue expresado claramente por el presidente Kennedy en su primer mensaje al Congreso sobre “ayuda extranjera”, en mayo 22 de 1961, cuando dijo: “Estamos poniendo el mayor énfasis, tanto en nuestros préstamos para el desarrollo como programas de donaciones. Esto es necesario porque Estados Unidos está sufriendo de recesiones y debilidad económica. Menos del 80 % de nuestra producción industrial está ahora en uso y cerca del 7 % de nuestra fuerza obrera está desocupada.”

Reafirmando este objetivo, Douglas Dillon, secretario del Tesoro, declaró el 5 de junio ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, que el 80 % de la ayuda económica solicitada por el presidente Kennedy *será empleada en comprar productos y servicios de los Estados Unidos*.

Aplicando este 80 % a los 1.029 millones de dólares comprometidos en ayuda para América Latina en el primer año de la Alianza para el Progreso, vemos que ello significa 800 millones de dólares para los monopolios yanquis. No es de extrañar, entonces, que la propia revista *Fortune* haya señalado que “la ayuda económica se ha convertido en un subsidio disfrazado para las exportaciones de Estados Unidos”. Asimismo, el multimillonario y destacado político norteamericano Averell Arriman (que mañana o pasado llega a Chile como embajador especial y personal del presidente Johnson en misión de “convencimiento”) declaró en su oportunidad

que el Fondo de Préstamos para el Desarrollo es “una ayuda para Estados Unidos”.

Una propaganda dirigida tiende a convencer a los pueblos de que las “ayudas” y tratados de ventas de sobrantes agrícolas se pagarán a los Estados Unidos en moneda nacional. Sin embargo, para ejemplo, es conveniente analizar el contrato entre Estados Unidos y Colombia, que establece que el pago del país colombiano será en pesos y no en dólares. La trampa está en el hecho de que Estados Unidos adquirirá con esos pesos platino, por ejemplo —metal estratégico—, para la reserva suya; que pagará gastos propios en Colombia, que se utilizarán los pesos en convenios culturales (que favorecen a Estados Unidos solamente), en fin, decenas de cosas que de otra manera y con un limpio juego económico y comercial significarían desembolso de dólares para los yanquis, hecho que eluden.

Un tercer objetivo de “ayuda” económica es servir de instrumento a su política exterior como órgano de presión o para mantener la fidelidad de gobiernos títeres. Nada más claro puede ser el ejemplo del tratado firmado el 13 de diciembre de 1954 con el gobierno de Castillo Armas, en Guatemala, luego del derrocamiento del presidente Arbenz. En efecto, además de otorgar garantías de procónsules a los comerciantes norteamericanos, establecía en el artículo VI que “el gobierno de los Estados Unidos puede dar por terminada la ayuda proporcionada, en su totalidad o en parte, al determinar que su condición ya no es necesaria o conveniente debido al cambio de condiciones”. Humillante forma de decirle al títere Castillo: “Pobre de ti si osas tomarte libertades.”

Como cuarto objetivo, la “ayuda” económica se propone ensanchar el camino a las inversiones de los monopolios yanquis, destinados a apoderarse de las riquezas básicas de los países recipientes, como es el caso de Chile, con su cobre, hierro, salitre, etcétera, en manos imperialistas.

En resumen, queda claramente establecido que la “ayuda” económica incrementa la dependencia de los países latinoamericanos de los Estados Unidos de América.

c) La ayuda técnica

Esta ayuda, como las otras formas analizadas, es un instrumento de la política exterior imperialista.

Tomemos como ejemplo el Punto IV del presidente Truman. Su pretendido objetivo era ayudar al desarrollo de las áreas atrasadas. Truman fijó un plazo de diez años para que se vieran los efectos beneficiosos del programa. Han pasado quince años y la situación de los países subdesarrollados es más agobiante que nunca, prueba evidente de lo que significan esos “programas de ayuda”.

El verdadero carácter del Punto IV resulta si se considera que formaba parte del programa de política exterior que Truman proponía al Congreso “para luchar contra el comunismo”. Los tres puntos precedentes hablan por sí mismos: el Punto I prometía combatir el principio de unanimidad de los cinco miembros permanentes en el Consejo de Seguridad de la ONU; el II reafirmaba la continuación del Plan Marshall y los esfuerzos por eliminar “las trabas” del comercio internacional; el III anunciaba la aprobación del pacto de la OTAN.

Para calmar los temores de los congresales ante el “desembolso” que significaría el Punto IV, Dean Acheson expresó: “Opino que hay una idea ampliamente extendida de que nosotros vamos a construir minas, grandes fábricas y talleres en esos pueblos subdesarrollados. Eso no es verdad. Nosotros podemos ayudar a la gente de esas áreas con cosas tales como los técnicos de las estadísticas vitales. No se necesita invertir capitales para estas cosas. Los expertos no necesitan ser todos figuras destacadas en sus campos.” ¿Puede haber algo más claro que estas palabras? ¡Nada de industrialización!

Hay convenios firmados, por ejemplo, con Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Haití para la investigación, en cooperación, sobre el cultivo del caucho. Pero ello no es para ayudar a desarrollar una nueva fuente de riqueza en esos países sino porque el 90 % del caucho natural que Estados Unidos necesita proviene del Asia, región donde el imperialismo es cada vez más endeble. De allí que procure asegurarse el abastecimiento de caucho en zonas cercanas.

Los Cuerpos de Paz, forma de “ayuda” técnica, nada aportan a los países que deben recibirlos. Las prospecciones geológicas, levan-

tamientos geográficos, etcétera, que realizan, sólo ayudarán a los Estados Unidos para apoderarse de las riquezas minerales que valga la pena explotar.

Un tercer objetivo de la “ayuda” técnica no es otro que facilitar la penetración del capital norteamericano. En el ejemplo del caucho, ¿quién lo explotará? Nadie más que los monopolios norteamericanos.

Finalmente, la “ayuda” técnica sirve de pretexto para regir la economía de los países que la reciben y para introducir en ellos a los agentes del servicio de espionaje yanqui, como se demostró recientemente en los trágicos sucesos de Brasil.

Integración para el cambio*

Ahí, en Punta del Este, se está tratando de revivir el fantasma de la Alianza para el Progreso. Se está preparando la nueva consigna publicitaria para engañar a los pueblos del continente, abusando de la alta dosis de analfabetismo en que se les ha mantenido sepultados.

La Alianza para el Progreso, como lo anticiparon los espíritus lúcidos de América Latina, nació muerta. Sólo vivió en la esperanza de nuestros pueblos que, engañados, creyeron que ella les significaría ocupación, alimento, techo, salud, seguridad social, educación, cultura y esparcimiento. Hace seis años, en 1961, en este mismo lugar de Punta del Este, los encargados de los diversos gobiernos del continente practicaron un descarnado recuento de la miseria de América Latina, para extender la mano en pos de la propina. Y en el terreno político se puso el acento en la “democracia representativa”.

Cinco años después, uno de los agentes encargados de manejar ese plan publicitario que pasó a ser en la realidad la Alianza pa-

* Conferencia en la Universidad de Montevideo, paralela a la reunión de la Alianza para el Progreso, 13 de abril de 1967, fragmentos.

ra el Progreso, el economista brasileño Rómulo Almeida, al renunciar a su cargo de “supersabio”, de la conocida nómina de “Los 9 sabios”, estableció en un documento dirigido al Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) de la OEA:

“Al sumarse este nuevo hecho a ciertos antecedentes, se justifican las sospechas de que la independencia del Comité —se refiere a la nómina de los nueve— usada para elaborar recomendaciones y opiniones incómodas para la actual política oficial del Departamento de Estado, había dejado de ser tolerable no obstante estar inspirada por la idea de cumplir con la carta de Punta del Este y, de esa manera, mejorar el papel y la imagen de los Estados Unidos en el continente.”

Ese fue el único y verdadero papel de la Alianza para el Progreso. Mejorar la imagen de los Estados Unidos en el continente, después de que éste había conocido la Revolución cubana con el más demostrativo de los ejemplos.

América Latina perdió la esperanza que le hizo alentar la publicidad de la Alianza para el Progreso. Eso lo saben sus creadores. Toman conciencia, a través de las múltiples encuestas que hacen en el continente, y con las cuales perforan la vida privada y la intimidad de los ciudadanos, de que América Latina se halla decepcionada. La frustración aparece, desnuda, ante los ojos de todos los observadores honestos.

Este fenómeno de descapitalización de su prestigio es muy grave para la política del actual gobierno de los Estados Unidos. Comprueba que Europa se halla también decepcionada. El gobierno del presidente Johnson sabe que en la Alemania Federal —otrora aliada suya incondicional— se opera una transformación que la aleja de su lado. Sabe que las tropas de la OTAN debieron abandonar Francia. El vicepresidente de los Estados Unidos se ha familiarizado en su gira europea con el clamor que es uno de los símbolos de nuestra hora: *Yankee, go home*.

Pero el gobierno de los Estados Unidos requiere en la actualidad el apoyo de los aliados incondicionales, porque afronta la crítica universal por su agresión al pueblo de Vietnam.

Lo que ocurre aceleradamente suscita un problema interno al presidente texano y que se encuentra ante un veredicto próximo de las urnas —el año venidero— en sus pretensiones de resultar reelecto.

Johnson necesita apoyo y espera encontrarlo en los gobernantes de América Latina. Por eso ha preparado la reunión de Punta del Este.

Por eso, el gobierno de los Estados Unidos ha aceptado rodear con un halo de esperanza la reunión política de Punta del Este. Eso explica la agenda de seis puntos, entre los cuales se encuentra uno que es el símbolo del fariseísmo moderno: la limitación de armamentos “innecesarios”. ¿Cuáles serían los necesarios? Sólo aquellos destinados a reprimir los movimientos de protesta de los pueblos. Es decir, armas para las “fuerzas especiales”, entrenadas por el Pentágono para aplastar a los campesinos que piden tierra y pan; para arrasar a los obreros y empleados que exigen mejores salarios; para aniquilar a los pueblos que aspiren a conquistar su independencia. Para esas fuerzas especiales, sí que habrá armas; pero no para que los ejércitos cumplan con la función para la cual fueron creados desde los albores de la historia: para defender la soberanía de los países.

La historia de esta reunión de Punta del Este es torva como toda la historia de la Organización de los Estados Americanos. Tiene sus orígenes en el viejo y negociado principio: “Doy para que me des.” En julio de 1954, Estados Unidos derribó al gobierno constitucional de Guatemala. En diciembre de ese año, Estados Unidos convocó a los gobiernos latinoamericanos a una reunión económica, para cubrir con esperanzas el delito cometido.

El 13 de marzo de 1961, Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso. El 16 de abril, el gobierno de Estados Unidos intentó invadir Cuba. En agosto, ese mismo gobierno ofreció la Alianza para el Progreso para ocultar el crimen fracasado.

En abril de 1965, el gobierno de Estados Unidos agredió al pueblo dominicano. En noviembre de 1965, ese mismo gobierno aceptó, en la conferencia de la OEA de Río de Janeiro, que se introdujeran modificaciones económicas a la Carta de los Estados Americanos.

En 1967, el gobierno de Estados Unidos pidió a los gobiernos latinoamericanos que instalen una fuerza policial contra sus pueblos: “la Fuerza Interamericana de Paz”, impetrando, además, apoyo para su agresión en Vietnam. A cambio de todo esto, ofre-

ce la actual reunión de Punta del Este en la que enuncia una nueva esperanza publicitaria: la integración económica.

Hace seis años en Punta del Este se proyectó la Alianza para el Progreso. Seis años después podemos hacer un amargo recuento económico, social y político del continente.

Se planteó la Alianza como un esfuerzo conjunto para mejorar rápidamente las condiciones de vida de la población y acelerar el ritmo de crecimiento económico de los países latinoamericanos, y hasta se firmó el compromiso de alcanzar metas mínimas de crecimiento de 2,5 % anual en el ingreso por habitante.

En los hechos, no sólo se ha estado muy lejos de cumplir esa meta, que no era nada de espectacular, sino que además, en lugar de acelerarse, disminuyó sustancialmente el ritmo de crecimiento económico.

Las cifras de la CEPAL revelan que la tasa de aumento del producto por habitante fue de 2,5 % como promedio anual en el período 1950-1955: disminuyó a 1,8 % en 1955-1960, y desde que se puso en marcha la Alianza se redujo todavía más, resultando de apenas 1,3 % como promedio en los años 1960-1966.

Invito a meditar sobre estos datos que son lapidarios.

Desde que se puso en vigor la Alianza, América Latina ha avanzado económicamente a uno de los ritmos más bajos de este siglo.

Poco, muy poco, ha podido así ganar la población latinoamericana, y algunos sectores, incluso, han empeorado visiblemente su situación. Por ejemplo: se estima que en 1960 el desempleo abierto y disfrazado, en forma de servicios marginales, afectaba a dos millones de personas, en tanto que en 1965 afectaba a 3,2 millones de trabajadores americanos, cifra que no ha disminuido en 1966. También esta comprobación es tremenda.

¡Desolador recuento después de seis años de ebriedad publicitaria! Veamos otro antecedente: antes de la Alianza, en el período 1951-1960, la entrada neta de capitales extranjeros llegó a un total de 11.400 millones de dólares; pero, en el mismo período, las salidas por el pago de intereses y utilidades de empresas extranjeras representaron 11.000 millones de dólares, de manera que en esos diez años el aporte neto de los capitales extranjeros no llegó a los 400 millones de dólares. Pero hay un hecho más grave todavía, si ello es posible. Durante ese lapso, América Latina perdió,

por el empeoramiento de los términos del intercambio, más de 9.000 millones de dólares.

La Alianza no mejoró sino, por el contrario, empeoró aún más este cuadro. En los cinco años comprendidos entre 1961 y 1965 —plena vigencia de la Alianza—, las entradas netas representaron 6.800 millones de dólares, mientras las salidas por intereses y utilidades fueron más de 8.000 millones de dólares.

Nuestra dependencia del imperialismo norteamericano nos impide el acceso a un comercio mundial más amplio y más significativo.

La Alianza para el Progreso no ha reportado más ayuda financiera para nuestro continente. Tampoco ha implicado mayores oportunidades de participación en el comercio mundial y ni siquiera en el mercado de Estados Unidos.

Así, en 1961, al inicio de la Alianza, los productos latinoamericanos representaban 27,7 % de las importaciones totales de Estados Unidos; en 1966, no llegaron a representar 16 %.

En ese mismo período, se produjeron aumentos considerables de la participación de todas las otras áreas poco desarrolladas en el comercio mundial y, en especial, se amplió enormemente el comercio exterior de los países socialistas. Pero América Latina no se beneficia en nada con tal expansión y su cuota representa cada vez menos en el comercio internacional.

Si se hubiera mantenido la participación en ese comercio que tuvimos en 1961, ello habría representado muchos millones de dólares más de ingresos por exportaciones, sin endeudamiento y sin entreguismo a los intereses norteamericanos.

Nada cambió en este período de la Alianza. Se nos compró menos, se nos pagó peor y se nos siguieron imponiendo las mismas condiciones colonialistas de otras épocas.

Más sombrío se torna el panorama de este continente si proyectamos la miseria de hoy hacia el futuro. Advertimos cómo se distancian estos pueblos nuestros de las naciones desarrolladas, en las cuales la tecnología y la ciencia provocan diariamente avances notables.

¿Qué va a pasar a nuestros pueblos, a Latinoamérica potencialmente tan rica, promisoría y fecunda, si continúan los mismos ín-

dices de producción y las mismas relaciones del intercambio que hemos señalado? Veamos.

En 1900 éramos 60 millones de habitantes.

En 1958 éramos 158 millones.

En 1965 éramos 230 millones.

En 1970 seremos 365 millones, y en el 2000 seremos 638 millones de habitantes.

Hoy, 60 % del pueblo latinoamericano tiene déficit cuantitativo y cualitativo en su alimentación. Faltan proteínas, grasas, vitaminas. La FAO afirma perentoriamente que debemos aumentar en 200 a 300 % la producción agrícola.

De los 230 millones que somos ahora, 170 millones comen menos o mucho menos que lo indispensable; 115 millones son analfabetos o semianalfabetos y sufren enfermedades endémicas. Y, aunque parezca extraño, millones y millones desconocen la moneda.

El crecimiento económico apenas cubre el incremento demográfico. Hay cada vez menos pan para un número cada vez mayor de bocas. La FAO, organismo de las Naciones Unidas, afirma en trabajos recientes que la producción de alimentos por persona, para el consumo interno, en América Latina es inferior a la de preguerra y desde 1959 acusa un descenso continuo, que en el año 64 se estimó en 8 %.

Hoy somos 230 millones de habitantes y el continente tiene un déficit de más de 14 millones de viviendas. ¿Qué sucederá cuando seamos 360 ó 630 millones? Sabemos que ningún país latinoamericano construye en relación con el aumento vegetativo de su gente.

Hoy tenemos tres millones de cesantes. ¿Qué va a acontecer en el año 1970 o en el año 2000, si no se aumentan las posibilidades de trabajo o de ocupación? Estos son interrogantes que tenemos derecho a plantearnos. Esta es la dramática perspectiva que se puede vislumbrar.

La explosión demográfica, forma de autodefensa de los pueblos, nos señala lo siguiente: cada cinco segundos surge un habitante nuevo y, diariamente, 17.280 habitantes.

La natalidad varía de 3 a 7 %.

17.280 nuevos habitantes diariamente. ¿Bastará con planificar la familia? Rotunda y categóricamente decimos: “no”.

Estamos en el umbral del desarrollo. Sin poder cruzarlo para ingresar al mundo actual de la era, precisamente, del desarrollo.

Veamos qué es lo que ingresa al “haber” Estados Unidos, en este balance de sus relaciones con América Latina.

No son hoy menores que antes el número y la magnitud de las empresas extranjeras que explotan nuestros recursos naturales y envían al exterior enormes utilidades que se sustraen de los recursos que podrían aplicarse a nuestro desarrollo interno. El año recién pasado, esas remesas de utilidades de empresas extranjeras representaron más de 1.500 millones de dólares, suma declarada y muy inferior a las utilidades reales, ya que resulta después de dudosos manejos contables sobre depreciaciones, gastos en el exterior, sueldos y gratificaciones del personal extranjero que ocupa los cargos directivos, etcétera.

Los préstamos, que se representan como contribución “generosa” del capital extranjero, dieron lugar en 1966 al pago de intereses —entiéndase bien, sólo de intereses, no de amortizaciones— por un monto cercano a los 160 millones de dólares. O sea que los beneficios declarados en forma de intereses y de utilidades de las inversiones extranjeras fueron en 1966 superiores a 2.100 millones de dólares.

Pero eso no es todo. Cuando los mismos intereses controlan directa o indirectamente los mercados mundiales, deciden sobre los precios de nuestros productos de exportación y los precios de los productos que tenemos que importar, la dominación imperialista se hace sentir con más fuerza a través del deterioro de los términos de intercambio de nuestro comercio exterior. Por esa vía, buena parte del esfuerzo de nuestros campesinos, de nuestros obreros de la minería y otras actividades, por aumentar la producción, no se traducen en mayores ingresos disponibles para nuestros países sino que se transfieren a la potencia imperial. Los estudios técnicos disponibles concluyen que, en relación a la situación de precios existentes en 1950, las pérdidas por el deterioro de la relación de intercambio representaron para América Latina más de 9.000 millones de dólares en el período 1951-1960, y más de 12.000 millo-

nes de dólares entre los años 1961-1966. Qué absurdo aparece frente a cifras de esa magnitud el regateo que ha precedido a esta reunión de presidentes para lograr 1.500 millones de dólares de “ayuda” norteamericana a la integración latinoamericana en un plazo de cinco años.

Todavía subsiste en algunos de nuestros países la autoridad abierta de la empresa extranjera en la plantación, el centro minero o la explotación petrolífera; en otros casos, su autoridad aparece disfrazada en dudosos arreglos de “empresas mixtas”, de asociaciones con el capital nacional forzadas por la misma presión imperialista; y en muchos casos, como concesión a los símbolos de modernidad, se ha reemplazado la autoridad abierta del capataz de plantación por la autoridad delegada en el inspector del Fondo Monetario Internacional, representante moderno pero no menos auténtico de los mismos intereses.

En este balance entre el deber y el haber, se ha llegado a un punto conflictivo, que yo quiero denunciar en esta alta tribuna. América Latina alcanzó ya un nivel de saturación como continente deudor. Ya nada gana, en pro de su deseo de marchar hacia el desarrollo económico, con recibir recursos externos en calidad de préstamo.

El imperialismo ha conseguido su objetivo. Ha llevado a muchos países latinoamericanos a una situación tal de endeudamiento acumulado y de compromiso con esas deudas, que los ha metido en el círculo vicioso de tener que pedir nuevos préstamos para pagar los anteriores aumentando de nuevo la deuda acumulada.

No hay que forjarse ilusiones respecto a esto. Nuestros países han llegado a un punto en que ya no les sirven nuevos recursos externos, en que no pueden esperar ningún aporte neto para financiar su desarrollo de un endeudamiento mayor.

Pienso que no habría ahora mejor colaboración que la de que no se nos diera un dólar más de préstamo, pero que se suspendieran al mismo tiempo el servicio de la deuda acumulada y la salida exorbitante de las utilidades de las empresas extranjeras.

Las soluciones hay que buscarlas ahora por otros caminos. Por los caminos estructurales y el esfuerzo interno; por condiciones distintas del comercio internacional y de los países de nuestros pro-

ductos exportables. Ahí está el verdadero problema de las relaciones económicas externas y de los recursos para aumentar nuestro ingreso y repartirlo equitativamente entre los distintos sectores de la población.

Todo esto viene a agregarse a las sucursales que de estos bancos tienen en nuestros países y a las sociedades financieras y fondos de inversión que dependen de ellos, como Inversiones Esso, de Colombia, los Fondos Crecinco de Brasil, Chile y otros países, etcétera.

Esta nueva forma de penetración tiene una finalidad bien clara: los consorcios estadounidenses, que son dueños de gran parte de la industria automotriz, de la petroquímica, de la industria de maquinaria eléctrica y de muchas otras, tendrán ahora también los mecanismos financieros para facilitar el funcionamiento de esas empresas. Con los recursos provenientes de los ahorros y depósitos de los latinoamericanos, esos organismos financieros podrán otorgar préstamos a las empresas de Estados Unidos que operan en nuestros países.

De esta manera, nuestros países empobrecidos y sujetos al subdesarrollo estarán prestando ayuda financiera a los grandes consorcios norteamericanos que nos explotan.

Nosotros recogemos la vieja herencia de quienes compartieron sus afanes y luchas entre la unidad latinoamericana y el mejoramiento económico y social de sus respectivos pueblos. Estamos, pues, sin reservas a favor de la integración. Es más, creemos que esa antigua aspiración sólo podrá ser realidad efectiva cuando se modifiquen las condiciones políticas que hoy predominan en América Latina y la capacidad de decisión esté, efectivamente, en manos de la mayoría de la población de cada país y, en consecuencia, pueda decidirse por encima de los privilegios e intereses creados.

Pero apoyar la idea de la integración latinoamericana no significa aceptar cualquier camino, cualquier mecanismo. Porque lo que nos interesa no es la integración en sí misma sino la integración como un medio, entre otros, para acelerar el mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de la población de cada uno de nuestros países.

Por eso, porque tomamos como punto de partida preocupaciones fundamentales, es que no podemos aceptar, indiscriminadamente, cualquier esquema de integración. Debemos antes confrontarlo a preguntas que para nosotros son esenciales: ¿En favor de quiénes se hará la integración? ¿Cómo se relacionan los esfuerzos de integración con las reformas estructurales que urge emprender en cada uno de nuestros países? ¿Se trata de una integración para reafirmar una personalidad propia e independiente de América Latina o para subordinarla más a uno de los bloques?

De aquí partimos nosotros, y es en el contexto de esas preocupaciones esenciales que surgen nuestro desacuerdo y nuestra oposición a lo que se ha planteado en Punta del Este.

Comencemos por reconocer el hecho de que el único paso concreto que se ha dado hasta ahora ha sido el establecimiento de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, aparte de los arreglos especiales que han venido acordando los países centroamericanos. El Tratado de Montevideo, que estableció la ALALC, constituye un reflejo de cómo entienden la integración y hasta dónde están dispuestos a llegar los actuales grupos dominantes. Pues bien, ha transcurrido ya tiempo suficiente como para comprobar hasta qué punto la idea de la integración ha sido disminuida en un cuidadoso afán de no tocar ningún interés creado importante.

No se ha mirado al futuro de una América Latina para que se desarrolle rápidamente y ofrezca cada día mejores condiciones de vida a sus pueblos. Por el contrario, la preocupación principal se ha puesto en “liberalizar lo esencial del intercambio tradicional”, es decir, en las pequeñas fórmulas para hacer más fácil un comercio escuálido, de manera que no entre en conflicto con el mantenimiento del estatus en cada país.

A las negociaciones periódicas, de las listas en que se acuerdan las pequeñas concesiones recíprocas, no se llega con el criterio abierto de encontrar las cosas que pueden ofrecer más beneficio común, sino con las exigencias de los grandes intereses agrícolas y los monopolios industriales de que no se toquen sus privilegios.

Quien quiera ver las cosas objetivamente tendrá que arribar a una conclusión bien clara: por el camino de la ALALC no se llega

rá a la integración latinoamericana. Se lograrán entendimientos donde no haya contraposición de privilegios o donde pueda compensarse, generosamente, el interés privado que se afecte. El comercio entre los países de la región podrá pasar, por ejemplo, de un tres a un seis por ciento de su comercio global, pero de allí a una integración efectiva hay un abismo, que en el actual esquema político latinoamericano resulta insalvable.

No es difícil anticipar lo que ocurrirá si en estas condiciones se quisiera romper el estancamiento de la ALALC e imitar con más audacia el Mercado Común Europeo.

En primer lugar, la falta de capacidad de acción propia de los empresarios latinoamericanos dejará abierto el campo de las industrias de integración a las inversiones privadas extranjeras, cuya posición dominante se verá seriamente reforzada. Como no habría barreras al comercio dentro de la región, la localización de estas inversiones dependerá más que nada del trato tributario y otros privilegios que ofreciera cada país, con lo que nos veríamos enfrentados en una carrera entre los distintos países por ofrecer condiciones cada vez más favorables a la inversión extranjera.

Esto probablemente obligaría a uniformar el trato a la inversión extranjera, pero sería ilusorio que en el establecimiento de esas condiciones comunes no serían las propias empresas extranjeras —directamente o a través de otros mecanismos de presión— las que en definitiva impusieran sus privilegios. Nos acercaríamos, pues, a la integración, pero no para beneficio de las empresas latinoamericanas, sino del capital foráneo.

Enfrentados a la competencia entre sí, los empresarios de los distintos países tratarían, naturalmente, de defenderse reequipando y modernizando sus instalaciones tradicionales. Bajo otras condiciones, esto sería positivo; pero en las actuales condiciones latinoamericanas significaría canalizar todos los recursos hacia una modernización prematura de la industria tradicional, perdiendo toda posibilidad de establecer nuevas líneas industriales y en consecuencia diversificar nuestras economías.

Corolario lógico de lo anterior sería el agravamiento drástico del problema ocupacional.

La modernización de la industria significará disminuir la ocupación actual, sin que al mismo tiempo se creen nuevas fuentes para absorber la mano de obra que se desplazaría.

Por eso nosotros no podemos desvincular el problema de la integración de otro que nos parece fundamental: el de los cambios estructurales que es urgente emprender dentro de cada país latinoamericano.

Hay que jerarquizar y dar a la integración su sitio justo dentro del conjunto de los problemas básicos de América Latina. Esto hay que decirlo claramente, porque muchas opiniones interesadas quieren hacer aparecer la integración como una panacea que solucionará todos los problemas. Con argumentos falaces se está engañando a la opinión latinoamericana.

Se repite con majadería que nuestros mercados internos son muy pequeños y que, en consecuencia, no podemos progresar sin arreglos que permitan trabajar para mercados más amplios, exigencia que, según esas opiniones, sólo podrá satisfacerse por medio de un mercado común regional.

Nosotros no aceptamos verdades a medias como ésta. Porque, si bien la asimilación del fabuloso progreso técnico que se da en el mundo de hoy irá exigiendo escalas de producción cada vez más amplias, la magnitud de los mercados nacionales no es invariable y no es un hecho con el que hay que contar como fatal y que no pueda modificarse. Cuando se piensa en la decena de millones de latinoamericanos que hoy apenas si tienen acceso a manufacturas elementales, cuando se piensa en el tremendo mercado potencial que significan nuestros campesinos y la población marginal de las grandes ciudades, cuando se reflexiona sobre tantas legítimas aspiraciones de bienestar material que no puede satisfacer la clase media, no puede aceptarse que la magnitud del mercado interno esté ya dada. Por el contrario, hay que decir claramente que, para muchos, la integración es la forma de atender con más eficiencia las demandas superfluas de pequeños sectores de altos ingresos, o de abrir perspectivas a una que otra gran empresa industrial, pero no la forma de elevar sustancialmente los niveles de vida de las grandes masas de nuestra población.

¡No queremos una integración para evitar el cambio y fortalecer temporalmente la situación injusta que hoy existe!

¡Queremos una integración al servicio del cambio, como un instrumento más que lo apoye y lo facilite!

La integración económica constituye una antigua aspiración de muchos sectores, incluso, por cierto, de los partidos populares del continente.

Pero esta integración —esta que ahora se impulsa en Punta del Este— no la aceptamos, porque tiene las huellas digitales del gobierno de Estados Unidos, y por lo tanto constituye otra maniobra del imperialismo, es otra consecuencia de ese flagelo que azota a nuestros débiles ecónomos.

Yo no estoy haciendo una suposición. Por el contrario, me baso en un documento que, con el carácter de confidencial, envió el 31 de enero del año en curso, a los cancilleres latinoamericanos, el embajador de Estados Unidos en la OEA, Sol Linowitz.

En el párrafo uno del documento de Linowitz, titulado “Integración Económica Latinoamericana”, se lee:

“Los presidentes afirmarían la finalidad de hacer del decenio de 1970 a 1980 un período de integración económica latinoamericana estableciendo tan pronto como sea posible un mercado común en que participen todos los países de la América Latina.”

No se trata de meros consejos. Parecen más bien “instrucciones” para los presidentes latinoamericanos.

Veamos con cuánta facilidad han respetado las “instrucciones” los presidentes latinoamericanos. En el punto uno de la agenda definitiva de la Conferencia de Punta del Este, se lee:

“A tales fines, los presidentes de las Repúblicas latinoamericanas hemos acordado tomar acción sobre los siguientes puntos:

a) Crear en forma progresiva, a partir de 1970, el Mercado Común Latinoamericano, que deberá estar sustancialmente en funcionamiento en un plazo no mayor a 15 años.”

Como puede apreciarse, el actual concepto de la integración latinoamericana es una receta que viene de América del Norte.

Hace 10 años, ningún gobernante de Estados Unidos apoyaba tal proceso. ¿Es que acaso Estados Unidos ha descubierto que es mejor ayudar sinceramente a América Latina?

Nada de eso. Estados Unidos ya encontró el medio de prove-

char en beneficio propio el proceso integrador. Por eso no sólo lo recomienda, sino se apresta a imponerlo.

En un momento, Estados Unidos temió que la integración latinoamericana le crease los mismos problemas que le ha suscitado el Mercado Común Europeo. Ahora, ha descubierto una nueva fórmula para el afianzamiento de su poder económico en el continente. Y, por lo mismo, no le asusta el proceso.

La nueva fórmula es clarísima. Se trata de las asociaciones del capital imperialista con los intereses de nuestros países, ya sea que estos se expresen mediante organizaciones del Estado o aun de empresarios privados. Pero la vinculación con el Estado es la más frecuente, por corresponder tales asociaciones a negocios de tremenda importancia para el país de que se trate.

A través de la asociación, el capital americano consigue:

1. Protección para sus intereses, a través de un apoyo directo que los gobiernos prestan a los empresarios privados.
2. Descartar las nacionalizaciones.
3. Obtener utilidades sin riesgo de ofrecer blanco a las críticas de los sectores nacionalistas y socialistas.

Para incrementar la ilusión y el optimismo en los latinoamericanos sobre las ventajas de tales integraciones, se esgrimen argumentos como este: los países latinoamericanos, con pocas excepciones, tienen mercados internos pequeños, de manera que sus industrias, por su tamaño también reducido, acusan costos altos. Si en vez de instalar varias plantas pequeñas en distintos países se instala una de vastas dimensiones para abastecer al conjunto de ellos, se obtienen costos más bajos. Y para que todos los países puedan aprovechar tales ventajas, será necesario llegar a acuerdos que permitan eliminar las barreras aduaneras que los separan.

La realidad no es así: en Costa Rica, antes de que se instalara el Mercado Común Centroamericano, existía una fábrica pequeña de cemento, que apenas se defendía en un mercado reducido. Con el Mercado Común pudo ampliarse, porque su fuente de consumo pasó a estar integrada por toda América Central. Pero hoy esa fábrica es norteamericana.

En los últimos años, la penetración norteamericana en América Latina ha alcanzado a las instituciones financieras, con lo que culmina el proceso de dominación económica.

La doctrina Allende*

Quiero que cada hombre y cada mujer que me escucha comprenda la importancia del acto en el cual vamos a firmar el proyecto destinado a modificar la Constitución Política, para que Chile pueda ser dueño de su riqueza fundamental, para que podamos nacionalizar sin apellidos, definitivamente, el cobre; para que el cobre sea para los chilenos.

Deseo entregar algunas cifras, porque sólo concientizando al pueblo éste tendrá el sentido superior de su propia responsabilidad. Nacionalizar el cobre ahora, el hierro, el salitre y la riqueza que, indiscutiblemente, obligará a una gran unidad de los que defienden a Chile y sus fronteras económicas. Yo reclamo que estén junto a nosotros aquellos que no tienen nuestro mismo domicilio político ni nuestras mismas ideas, pero que piensan en Chile y en su destino. El paso que vamos a dar, absolutamente dentro de los cauces legales, seguramente será distorsionado a escala internacional, y también, resistido por un grupo pequeño de malos chilenos. Pero el pueblo de Chile y el Gobierno Popular que presido han

* Así se denominó en el ámbito económico la fórmula de descontar las utilidades excesivas al fijar el monto de las indemnizaciones. Discurso en la Plaza de la Constitución, Santiago, 21 de diciembre de 1970.

medido claramente la responsabilidad de la medida que es indispensable tomar para fortalecer la economía de Chile, para romper su dependencia económica, para completar la esperanza y el anhelo de los que nos dieron la libertad política, para conquistar nuestra segunda independencia, la independencia económica de nuestra patria.

Vean ustedes algunos antecedentes: valor no retornado, es decir, que no volvió a Chile en la gran minería del cobre. Antes de 1930 no había control. No existía la posibilidad de una estadística veraz. Entre 1930 y 1969 han salido de las fronteras de la patria 3.700 millones de dólares, que han ido a engrosar la gran fortaleza de las empresas que, en escala internacional, controlan los yacimientos cupríferos en los cinco continentes. En 1969 no retornaron 166 millones de dólares. Quiero destacar que 3.700 millones de dólares es el 40 % de la riqueza total de Chile, del esfuerzo acumulado durante 400 años por todos los chilenos. El 40 % de esa riqueza ha salido del año 30 al 69, y este hecho no lo podemos olvidar. Chile sabe también que en total, más o menos en esos mismos años, además de por el cobre, por el hierro, el salitre, la electricidad y los teléfonos, han salido de Chile algo así como 9.600 millones de dólares, lo que representa el valor total de la riqueza de Chile. Otro Chile ha salido, por irresponsabilidad o complicidad de las castas gobernantes, por sobre las fronteras de la patria, mientras el hombre del pueblo se debatía entre el hambre, la incultura y la ignorancia. Por eso haremos que el cobre sea chileno, como etapa inicial de nuestras riquezas.

Quiero que el pueblo sepa que las utilidades netas en Chuquibambilla, Salvador y El Teniente, entre 1965 y 1970, alcanzaron a 650 millones de dólares, es decir, un promedio de 110 millones por año. 110 millones de dólares bastan, por ejemplo, para construir tres fundiciones y tres refinerías electrolíticas con capacidad de 100.000 toneladas cada una. Por ejemplo, esos 110 millones de dólares bastarían para alimentar a 250 mil familias durante cerca de 15 meses; entregar un par de zapatos por año a 2,5 millones de chilenos.

Quiero que sepa el pueblo que las inversiones en la Gran Minería y en la Andina después de 1965, según el plan de expansión, significó la inversión o significarían la inversión de 690 millones

de dólares, para incrementar la producción en 412.000 toneladas al año. De éstos, ya se han invertido 140 millones, pero Chile debe 530, es decir, la expansión de las explotaciones mineras se ha hecho endeudando al país.

Quiero que el pueblo sepa que El Teniente, vale decir la Kennecott antes de los pactos, era propietaria del 100 % de las acciones del mineral llamado El Teniente, y las utilidades retiradas representaban un 17,4 %; las utilidades, repito. Después del pacto, habiendo entregado el 51 % de las acciones, siendo propietaria del 49 % y habiendo recibido una apreciable suma de millones de dólares, la Kennecott ha recibido el 56 % de las utilidades que corresponden a la explotación; o sea, la Kennecott, ahora con el 49 %, ha tenido tres veces más utilidades que cuando controlaba el 100 % de El Teniente.

Quiero que sepan lo ocurrido en escala mundial con la Anaconda. Utilidades netas consolidadas por esta empresa: en 1969, la Anaconda obtuvo utilidades en escala mundial por 99 millones de dólares. De esas utilidades, 79 millones, vale decir, el 80 %, las obtuvo en Chile. Sin embargo, en Chile sólo tiene invertido un 16 % de las inversiones que tiene a escala mundial. El 16 % de sus inversiones le da el 80 % de las utilidades. ¡Caramba que es buen negocio para la Anaconda invertir su plata en Chile!

Quiero que Chile no ignore que no controla ni la explotación, ni las ventas, ni el manejo financiero del cobre, que alcanzó a 1.000 millones de dólares en 1969. En años anteriores esto ha significado una verdadera sangría para el país. Se imponía, por ejemplo, un precio de venta inferior al internacional. Para no citar más que tres años, el déficit en el valor de las ventas por menor precio que se nos pagó, por un precio inferior al precio internacional, entre 1964 y 1966, fue de 668 millones de dólares, que fueron utilidades exclusivas para las empresas. Quiero destacar que, sobre la base de la nacionalización, según las estimaciones de los técnicos y de acuerdo con los antecedentes disponibles, se calcula que, a 45 centavos la libra y al nivel de producción actual, la nacionalización reportará para Chile 70 millones de dólares anuales suplementarios, más que los ingresos que hoy tenemos, es decir, 70 millones más que por el solo concepto de utilidades.

Quiero, por último, decirles a ustedes que, según antecedentes técnicos, las reservas mundiales de cobre alcanzan a 275 millones

de toneladas métricas y que Chile tiene reservas que representan un 30 % del total, o sea, más de 80 millones de toneladas. Quiero que sepan que la ley promedio en escala mundial es de una riqueza de 1,5 y la ley promedio de Chile es de 1,7 a 1,8, es decir, somos un país que tiene ilimitadas reservas y una gran riqueza. Por eso es que en este instante, nosotros, al dar este paso, estamos encarrando una gran posibilidad para el pueblo y para la patria, y lo vamos a hacer dentro de los cauces legales, lo vamos a hacer como un derecho del pueblo de Chile, como una obligación del Gobierno Popular que ustedes pusieron. Lo vamos a hacer posible para el progreso material de nuestra patria. Para asegurar nuestra soberanía y para demostrar que la dignidad de Chile y su independencia no tiene precio, ni está sometida a ninguna presión ni a ninguna amenaza.

Por lo demás, quiero que se entienda perfectamente bien, esto no es una agresión al pueblo norteamericano ni al gobierno norteamericano. Ni tampoco es una agresión porque vamos a utilizar la ley y a indemnizar según sea lo justo, y a través de los organismos regulares del Estado chileno y de las propias empresas. Quiero decir públicamente, para terminar con infundios, o para impedir que la conjura internacional se desate en contra nuestra, que estamos llanos, y así ya se ha resuelto, a utilizar los mismos usuarios que han comprado nuestro cobre en Estados Unidos o en Europa, que no nos negamos a negociar con ellos como a negociar cobre con cualquier país del mundo. El que nos pague más y mejor y el que nos compre semielaborado se llevarán gran parte de la producción chilena.

Quiero señalar que no queremos quitar cobre a nadie que nos haya comprado y lo necesite. Lo que quiero decir es que sí vamos a ser dueños de la riqueza esencial de Chile; vamos a controlar su producción; vamos a intervenir directamente los mercados y saber defender el interés de Chile por sobre todas las cosas, siendo nosotros dueños de nuestro destino económico.

Deseo, en forma muy breve, hace una síntesis del proyecto que entregaremos mañana al Congreso. En ese proyecto se deja establecido, definitivamente, el dominio absoluto del Estado sobre los yacimientos y minas, de modo que los particulares tendrán sobre ellos sólo el derecho de concesionarios. Se establecen las reglas para fijar los montos y formas de pago de las indemnizaciones en

caso de expropiación; para ello se debe dictar una ley que determine lo que es Gran Minería, y que puede referirse igualmente al cobre, al hierro, al salitre o a otro mineral cualquiera. Con este proyecto se da término definitivamente a toda posibilidad de existencia de contratos-leyes.

El Estado queda en libertad para modificar lo que haya pactado con particulares, si así lo requiere el interés nacional, sin otra obligación que la de indemnizar al afectado.

El Estado queda facultado para tomar posesión material de los bienes en el momento mismo en que se dicte la orden de expropiación; esto, en cuanto a las normas generales. En lo que se refiere al caso concreto de la nacionalización de las actuales minas de cobre de la Gran Minería, y de la Compañía Andina, incluida entre éstas, se aplican las normas generales antes indicadas. De modo que no se necesita de una nueva ley. Los minerales y las instalaciones quedarán en poder del Estado por el Ministerio de la Reforma Constitucional, que deja sin efecto la compra de las empresas que se habían hecho en virtud de los convenios de cobre y se declaran disueltas las actuales empresas mixtas. Lo que se haya pagado por concepto de compra de acciones se abona a la indemnización que debe pagarse.

No se paga indemnización alguna por los yacimientos: el pago por los bienes expropiados es en dinero, a 30 años de plazo, con cuotas anuales con el interés del 3 % sin reajuste. El pago puede suspenderse si los expropiados entorpecen la marcha de los minerales y se reducirá en la cantidad que hubiesen recibido las compañías por utilidades superiores al promedio anual. Este proyecto está dentro de nuestro derecho. Va al Congreso, donde será discutido y se oirán las corrientes de opinión pública en él representadas.

Estamos actuando dentro de los cauces jurídicos y legales. Y, además, puedo recordar que las Naciones Unidas han reconocido el derecho de los pueblos a nacionalizar las riquezas fundamentales que están en manos del capital foráneo. Chile no renunciará a este derecho, porque ello implica romper nuestra dependencia económica, lo que significa también plena soberanía e independencia cultural. Por ello, esta tarde, al firmar ante ustedes el decreto que crea el Consejo Nacional Campesino y el proyecto que implica la modificación de la Constitución, creo que el pueblo entiende

que estamos dando un paso decisivo en la vida histórica de la patria.

Y si la juventud se va a movilizar y el campesino va a entregar su energía creadora y su capacidad, al igual que la energía creadora y la capacidad de la juventud, serán los mineros, los trabajadores del metal rojo, los empleados técnicos y los profesionales chilenos los que sientan el orgullo de trabajar en una riqueza que será de todos los chilenos. Y, por primera vez en la historia, la bandera de la patria flameará izada en el mástil del esfuerzo de los trabajadores chilenos, para entregar su capacidad productora al progreso de Chile y al pueblo nuestro.

La banca al servicio del país*

Pueblo de Chile, trabajadores:

No he querido que termine este año sin hacer a ustedes un anuncio trascendental para el cumplimiento de nuestros planes económicos y que se refiere a la nueva política bancaria y crediticia.

Ante la conciencia ciudadana, nos comprometimos a lograr que la banca dejara de ser un instrumento al servicio de una minoría, para utilizar sus recursos en beneficio de todo el país.

Pues bien, de acuerdo a las disposiciones legales, corresponde al Banco Central fijar el nivel máximo de las tasas de interés, para el primer semestre de 1971.

El propósito del Gobierno Popular es que esta decisión sea acompañada por un conjunto de otras medidas, para que ella tenga, efectivamente, el significado que queremos darle.

Nuestra determinación es la siguiente:

* Discurso por radio y televisión, 30 de diciembre de 1970.

1. Desde el 1 de enero habrá una reducción sustancial de la tasa máxima de interés.

La disminución será, aproximadamente, de un 25 % respecto del nivel que ha regido para el segundo semestre del presente año. De este modo, el costo total máximo del crédito, incluido impuesto y comisiones, se reduce del 44 al 31 %.

2. Se establecerán tasas sustanciales inferiores a la máxima, para ciertas actividades económicas y algunos sectores empresariales.

Así es como se verán favorecidos los pequeños industriales y artesanos, las centrales de compra, las cooperativas campesinas, las sociedades agrícolas de Reforma Agraria, los campesinos atendidos por INDAP, los constructores de viviendas económicas e industrializadas, los exportadores, los empresarios que operan líneas de créditos según presupuesto de Caja, los industriales que mantengan convenios con el Ministerio de Economía para desarrollar productos de consumo popular.

Así, la tasa de interés se transforma en un instrumento efectivo de orientación del desarrollo económico y de apoyo a ciertos sectores productivos, particularmente, los pequeños y medianos empresarios.

3. Se impulsará una fuerte redistribución del crédito, haciéndolo fácil y rápidamente accesible a sectores que hasta ahora han sido postergados por las instituciones bancarias.
4. Se impulsará su descentralización, de modo que las regiones y provincias dispongan de mayores recursos y de una más alta capacidad de decisión en la propia zona.

Conviene tener presente que, el 30 de septiembre de este año, el 70 % del crédito se colocaba en Santiago.

Toda esta política, junto a ubicar a la banca al servicio del desarrollo nacional, está destinada a derrotar la inflación.

Gastos financieros menores significan, necesariamente, menores presiones inflacionarias.

Sin embargo —y óiganlo bien—, a nuestro juicio, para que esta política pueda aplicarse en forma efectiva, con toda su ampli-

tud y de manera permanente, es preciso que el sistema bancario sea de propiedad estatal.

La banca siempre buscará la forma de evitar los controles mientras su administración directa no esté en manos del gobierno.

Los hechos han demostrado que los controles indirectos que pueden ejercerse son ineficaces.

Así ha sucedido, por ejemplo, con la concentración del crédito. En diciembre del año pasado, el 1,3 % de los deudores del sistema acaparaba el 45,6 % del crédito. Esta concentración ha ido en aumento. A esa fecha, era mayor que en 1965.

Igualmente, hay razones fundadas para suponer que en estas últimas semanas la concentración del crédito ha aumentado como postrer intento de succionar toda la capacidad crediticia de la banca privada.

Esto se refleja en que clientes tradicionales de esa banca han encontrado cerradas sus puertas, lo que está provocando fuertes presiones sobre el Banco del Estado.

Si no tomamos la administración de los bancos para dar más créditos a los pequeños y medianos empresarios, para impedir que los monopolios lo acaparen, la baja de la tasa de interés seguirá favoreciendo a los pocos privilegiados que siempre han usufructuado de él.

Igualmente, los controles indirectos se han mostrado ineficaces para prevenir operaciones ilegales, o para descentralizar el crédito o para orientarlo en su uso como instrumento ejecutivo de planificación.

Sólo estando los bancos en manos del pueblo, a través del gobierno que representa sus intereses, es posible cumplir con nuestra política.

En vista de lo anterior, he resuelto enviar en la próxima semana, al Congreso, un proyecto de ley para estatizar el sistema bancario.

No obstante esta decisión, el gobierno quiere ofrecer otra alternativa que, además de acelerar el proceso, represente una buena opción para todos los accionistas, especialmente los pequeños. El gobierno ofrece, desde el lunes 11 hasta el 31 de enero, comprar las acciones de la banca privada.

Esta opción se hará por intermedio del Banco del Estado, a través de sus agencias en todo el país y de acuerdo a las condiciones siguientes:

1. Las acciones se valorizarán al precio promedio en que fueron transadas en la Bolsa de Comercio, durante el primer semestre del presente año. Este procedimiento es similar al que se adopta por el pago del impuesto patrimonial.

Es necesario señalar que el precio para las acciones considerado en el proyecto de Ley de Estatización de la Banca es inferior a éste.

2. Las formas de pago oficiales son:

- a) Los primeros 10.000 escudos en acciones valorizadas en la manera indicada se pagarán a todos sus tenedores en Certificados de Ahorro Reajustables, que podrán ser liquidados en el momento que lo deseen.
- b) Los poseedores de más de 10.000 escudos en acciones bancarias recibirán hasta 40.000 escudos adicionales, en Certificados de Ahorro Reajustables, que podrán ser liquidados después de dos años de efectuada la operación.
- c) A quienes tengan en su poder más de 50.000 escudos en acciones bancarias, se les pagará la parte que exceda esta cantidad a siete años de plazo, con dos años de gracia, en cuotas anuales reajustables, que devengarán un 5 % de interés.

Estas condiciones favorecerán a los accionistas, especialmente a los pequeños, teniendo en cuenta que en el proyecto de ley para nacionalización de la banca se fija un plazo de pago de 15 años, en cuotas no reajustables, con un 5 % de interés anual.

Igualmente, el pago en bonos CAR es, para el pequeño accionista, una alternativa más segura aún, y más rentable que la que han tenido hasta ahora con sus acciones; agregando como complemento de

seguridad el respaldo que el Gobierno Popular da a estas formas de ahorro.

Las instancias que no persiguen fines de lucro tendrán un tratamiento especial.

3. Para los efectos de pago, se considerarán las últimas listas oficiales de accionistas entregadas por los bancos a la Superintendencia.

El ofrecimiento del gobierno es por la totalidad de los valores que tenga cada accionista y no por parte de sus acciones.

Sin prejuicio del ofrecimiento anterior, y con el fin de cautelar desde ya los intereses del país, la superintendencia de los bancos designará inspectores en cada institución.

Hacemos un llamado a las autoridades bancarias para que, sin desmedro de lo anterior, voluntariamente deleguen desde ya sus facultades de gestión en personas que para esos efectos designará el gobierno, evitándose así que, durante la discusión en el Parlamento del proyecto de ley que estatiza la banca, se cree el más mínimo elemento de inestabilidad del sistema financiero.

Los conceptos anteriores tienen una excepción: los bancos extranjeros que se atienen a un estatus jurídico especial. Con ellos se buscarán entendimientos directos, basados en el interés del país, habida consideración a sus derechos.

Todas las medidas anteriores garantizarán los depósitos. Los depositantes pueden estar seguros de que los organismos de gobierno prevendrán y sancionarán severamente cualquier intento de lesionar su integridad.

He querido dejar para el final algunas palabras dirigidas a los trabajadores de los bancos.

Al adoptar estas disposiciones, el gobierno tiene en cuenta y valoriza la posición asumida por ellos en su último congreso, en el que se pronunciaron por la estatización de la banca privada.

El gobierno cuenta con su apoyo y participación activa para cumplir este objetivo.

Al mismo tiempo, atenderemos sus legítimas aspiraciones, reclamadas desde hace muchos años y que tienen relación con:

1. Carrera bancaria por mérito y antigüedad, para llegar con una nivelación paulatina a una carrera única, con el fin de facilitar la especialización bancaria.
2. Posibilidad de estudios y perfeccionamiento para todo el personal, con énfasis en la preparación para tareas de mecanización bancaria y de comercio exterior.
3. Redistribución de remuneraciones, favoreciendo los niveles inferiores.
4. Eliminación de privilegios tales como diferencias en la alimentación, uso de vehículos, etcétera.
5. Supresión de imposiciones tan humillantes y retardatorias al personal, como por ejemplo: obligación de solicitar permiso para casarse, término de contrato para mujeres que se casan, exigencia de recomendación o aval para ser contratado, etcétera.
6. Entrega de los campos deportivos a inmobiliarias que sean propiedad de los sindicatos, los que deberán delegar su administración en sus propios clubes.
7. Estudio de una política habitacional especial para los compañeros bancarios, teniendo en cuenta el volumen de bienes raíces que poseen sus instituciones.

Todo esto se complementa con el compromiso, ya enunciado, de que el Gobierno respetará las conquistas de los trabajadores bancarios.

Además, la baja de la tasa de interés no afectará los ingresos de cada uno de ellos; y ellos se incorporarán, al fin, a las gestiones de sus propias empresas.

Área social de la economía*

Conciudadanos:

La construcción del área de propiedad social es uno de nuestros grandes objetivos. La incorporación a ella de la mayor parte de nuestras riquezas básicas, del sistema bancario, del latifundio, de la mayor parte de nuestro comercio exterior, de los monopolios industriales y de distribución, es una tarea ya iniciada que debemos profundizar.

En el plano económico, instaurar el socialismo significa reemplazar el modo de producción capitalista mediante un cambio cualitativo de las relaciones de propiedad y una redefinición de las relaciones de producción. En este contexto, la construcción del área de propiedad social tiene un significado humano, político y económico. Al incorporar grandes sectores del aparato productor a un sistema de propiedad colectiva, se pone fin a la explotación del trabajador, se crea un hondo sentimiento de solidaridad, se permite que el trabajo y el esfuerzo de cada uno formen parte del trabajo y del esfuerzo comunes.

* Primer Informe de Gobierno, 21 de mayo de 1971, fragmento.

En el campo político, la clase trabajadora sabe que su lucha es por socializar nuestros principales medios de producción. No hay socialismo sin área de propiedad social. Incorporarle día por día nuevas empresas exige el estado de alerta permanente de la clase trabajadora. Requiere, también, un alto grado de responsabilidad. Construir el socialismo no es tarea fácil, no es tarea breve. Es una larga y difícil tarea en que la clase trabajadora debe participar con disciplina, con organización, con responsabilidad política, evitando las decisiones anárquicas y el voluntarismo inconsecuente.

La importancia del sector público es tradicional en nuestro país. Aproximadamente el 40 % del gasto es público. Más del 70 % de la inversión es de origen estatal. El sector público fue creado por la burguesía nacional para favorecer la acumulación privada, para consolidar las estructuras productivas concentradas desde el punto de vista tecnológico y patrimonial.

Nuestro gobierno pretende hacerlo cuantitativamente más importante todavía, pero también cualitativamente distinto.

El aparato estatal ha sido usado por los monopolios para desahogar sus angustias financieras, obtener apoyo económico y consolidar el sistema. Lo que caracteriza hasta ahora a nuestro sector público es su naturaleza subsidiaria de la activación privada. Por eso algunas empresas públicas acusan déficit globales importantes, mientras otras son incapaces de generar excedentes de igual magnitud al de algunas empresas particulares.

Por otra parte, el aparato estatal chileno ha carecido de la necesaria vertebración entre sus distintas actividades. Mientras no la tenga, será imposible que haya un aporte decisivo a una economía socialista. El control de algunas ramas de producción no significa que el área pública disponga de los mecanismos de dirección para cumplir con objetivos socialistas en cuanto a empleo, acumulación, aumento de productividad y redistribución del ingreso.

Por lo tanto, es preciso ampliar la propiedad social y construirla con una nueva mentalidad. Las expropiaciones de los medios de producción más importantes permitirán lograr el grado de cohesión del aparato público imprescindible para los grandes objetivos nacionales. De ahí que uno de los criterios generales para definir el área de propiedad social es la necesidad de concebir-

la como un todo único, integrado, capaz de generar todas sus potencialidades en corto y mediano plazo.

Esto implica la urgencia de establecer un sistema de planificación que asigne los excedentes económicos a las distintas tareas de la producción. Este año hemos comenzado a estructurar dicho sistema creando órganos asesores como los Consejos Nacionales y Regionales de Desarrollo; se ha formulado el Plan Anual 1971 y durante el resto del año los organismos de planificación elaborarán el Plan de Economía Nacional 71-76. Es nuestro propósito que ningún proyecto de inversión se lleve adelante si no está incluido en los planes que centralmente aprobará el gobierno. Así pondremos fin a la improvisación e iremos organizando la planificación socialista, en cumplimiento del Programa de Unidad Popular. La existencia de la propiedad socializada requiere, por definición, un método planificador capaz y efectivo, dotado de la suficiente fuerza institucional.

Las ventajas del socialismo no surgen espectacularmente en las primeras etapas de su construcción. Pero los obstáculos se superan con la creación de una verdadera moral de trabajo, con la movilización política del proletariado no sólo alrededor de su gobierno, sino alrededor de sus medios de producción.

El establecimiento del área de propiedad social no significa crear un capitalismo de Estado, sino el verdadero comienzo de una estructura socialista. El área de propiedad social será dirigida conjuntamente por los trabajadores y los representantes del Estado, nexo de unión entre cada empresa y el conjunto de la economía nacional. No serán empresas burocráticas e ineficaces, sino unidades altamente productivas que encabezarán el desarrollo del país y conferirán una nueva dimensión a las relaciones laborales.

Nuestro régimen de transición no contempla la existencia del mercado como única guía del proceso económico. La planificación será la principal orientadora de los recursos productivos. Algunos pensarán que hay otros caminos. Pero formar empresas de trabajadores integradas al mercado liberal significaría disfrazar a los asalariados de supuestos capitalistas e insistir en un medio históricamente fracasado.

La supremacía del área de propiedad social supone la captación y utilización del excedente por ello generado. Por consiguien-

te, es necesario garantizar que el sector financiero y gran parte del sector de distribución integran el área de propiedad social. En síntesis, es preciso controlar el proceso productivo, el financiamiento y, parcialmente, el de comercialización.

Debemos fortalecer el área de propiedad social volcando en su favor el poder del Estado traducido en su política económica: las políticas crediticia, fiscal, monetaria, de salarios, científica y tecnológica, la política de comercio exterior, deben quedar subordinadas a las necesidades de acumulación socialista, es decir, a los intereses de los trabajadores.

Paralelamente, debemos ayudar en la ejecución de su aporte a los pequeños y medianos industriales, comerciantes, agricultores, que han sido durante muchos años un estrato explotado por los grandes monopolios.

Crisis de los sistemas de posguerra*

La conferencia que hoy se inicia tiene como misión fundamental sustituir un orden económico-comercial caduco y profundamente injusto por uno equitativo que se funde en un nuevo concepto del hombre y de su dignidad, y reformular una decisión internacional del trabajo intolerable para los países retrasados, porque detiene su progreso, mientras favorece únicamente a las naciones opulentas.

Para nuestros países esta es una prueba suprema. No podemos seguir aceptando con el nombre de cooperación internacional para el desarrollo un pobre remedo de lo que concibió la Carta. Los resultados de la conferencia nos dirán si los compromisos asumidos en la Estrategia Internacional del Desarrollo para el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo respondieron a una auténtica voluntad política o fueron sólo un expediente dilatorio.

Para que los análisis y decisiones de la conferencia en su tercer período de Sesiones sean realistas y relevantes, hay que afrontar el mundo tal cual es, defendiéndonos de ilusiones y mixtificaciones,

* Discurso ante la III UNCTAD, 13 de abril de 1972, fragmentos.

pero abriendo la imaginación y la creatividad a soluciones nuevas de nuestros viejos problemas.

La primera constatación es que nuestra comunidad no es homogénea, sino fragmentada en pueblos que se han hecho ricos y pueblos que se han quedado pobres. Más importante aún es reconocer que, incluso entre los pueblos pobres, hay por desgracia países todavía más pobres, y hay también muchos en condiciones insostenibles; potencias foráneas dominan su economía; el extranjero ocupa todo o parte de su territorio; padecen todavía el yugo colonial; o tienen la mayoría de su población sometida a la violencia, al racismo, al *apartheid*. Peor aún: en muchos de nuestros países hay profundas diferencias sociales que aplastan a las grandes mayorías, beneficiando a reducidos grupos de privilegiados.

La segunda comprobación es que nosotros, los pueblos pobres, subsidiamos con nuestros recursos y nuestro trabajo la prosperidad de los pueblos ricos.

Es evidente la validez de lo declarado por los ministros del Tercer Mundo en Lima: la participación de nuestros países en el comercio mundial ha descendido entre 1960 y 1969 del 21,3 % al 17,6 %. Nuestro ingreso per cápita en el mismo período aumentó sólo en 40 dólares, mientras en las naciones opulentas subía en 650 dólares.

El flujo y reflujo del capital extranjero al Tercer Mundo nos significó en los últimos 20 años una pérdida neta de mucho más de 100.000 millones de dólares, además de dejarnos una deuda pública cercana a los 60.000 millones de dólares.

Las inversiones directas del capital extranjero, presentadas frecuentemente como un mecanismo de progreso, se revelaron casi siempre negativas. Así América Latina, según datos de la Organización de Estados Americanos, entre 1950 y 1967 recibió 3.900 millones de dólares y entregó 12.800 millones de dólares. Pagamos cuatro dólares por cada dólar recibido.

Una tercera constatación: este orden económico-financiero-comercial, tan perjudicial para el Tercer Mundo precisamente por ser ventajoso para los países opulentos, es defendido por la mayor parte de éstos con infatigable tenacidad, con su poderío económico, con su influencia cultural y, en algunas ocasiones, por algunas potencias a través de casi irresistibles presiones, a través de inter-

venciones armadas que violan todos los compromisos asumidos en la Carta de las Naciones Unidas.

Otro hecho de trascendencia innegable, que atraviesa y engloba las relaciones económicas internacionales y que burla en la práctica los acuerdos entre gobiernos, es la expansión de las grandes compañías transnacionales.

En círculos económicos y aún en conferencias como ésta, suelen barajarse hechos y cifras de comercio y crecimiento, sin medir realmente cómo ellos afectan al hombre, cómo afectan sus derechos fundamentales, cómo atentan contra el mismo derecho a la vida, que implica el derecho a la plena expansión de personalidad. El ser humano debe ser sujeto y fin de toda su política de desarrollo y de toda deseable colaboración internacional. Concepto que debe estar presente en cada discusión, en cada decisión, en cada acto de política que pretenda fomentar el progreso, tanto en el plano nacional como en el multilateral.

Si se perpetúa el actual estado de caos, 15 % de los habitantes del Tercer Mundo está condenado a morir de hambre. Como además la atención médico-sanitaria es deficiente, la expectativa de vida es casi la mitad que en los países industrializados y una gran parte de los habitantes nunca contribuirá al progreso del pensamiento y de la creación. Puedo repetir aquí lo que nuestro pueblo dolorosamente sabe. En Chile, un país de 10 millones de habitantes y donde ha existido un nivel alimenticio, sanitario y educacional superior al término medio de los países en desarrollo, hay 600.000 niños —hijos de chilenos, niños del pueblo— que por falta de proteínas en los primeros ocho meses de su vida jamás alcanzarán el pleno vigor mental que genéticamente les habría correspondido.

Hay más de 700 millones de analfabetos en Asia, África y América Latina y otros tantos millones no han pasado de la educación básica. El déficit de viviendas es tan colosal que sólo en Asia hay 250 millones de habitantes sin techo apropiado. Cifras proporcionales se comprueban en África y América Latina.

El desempleo y el subempleo alcanzan cifras pavorosas y siguen aumentando. En América Latina, por ejemplo, el 50 % de la población activa está cesante o tiene una desocupación disfrazada, cuya remuneración, particularmente en el campo, está muy por debajo de las necesidades vitales. Esto es lógica consecuencia

de un hecho conocido: las naciones en desarrollo, que concentran 60 % de la población mundial, disponen de sólo el 12 % del producto bruto. Hay algunas decenas de países cuyo ingreso per cápita no pasa de 100 dólares al año, mientras en varios otros es cerca de 3.000 y en Estados Unidos llega a 4.240 dólares.

Unos tienen, como expectativa, medios de vida que todo les permiten. Otros nacen para morir, inevitablemente, de hambre. E incluso, en medio de la abundancia, hay millones que sufren una vida discriminada y miserable.

Corresponde a nosotros, los pueblos postergados, luchar sin desmayo por transformar esta vieja estructura económica antiigualitaria, deshumanizada, por una nueva, no sólo más justa para todos, sino capaz de compensar la explotación secular de que hemos sido objeto.

Cabe preguntarse si nosotros, los pueblos pobres, podemos hacer frente a este desafío a partir de la situación de dominación o de dependencia en que nos encontramos. Debemos reconocer viejas debilidades nuestras, de distinto orden, que contribuyeron considerablemente a perpetuar las formas de intercambio desigual que condujeron a una trayectoria, de los pueblos también desigual. Por ejemplo, la connivencia de ciertos grupos dominantes nacionales es el factor causante de su atraso. Su propia prosperidad se basaba, precisamente, en su papel de agentes de la explotación foránea.

No menos importante ha sido la alienación de la conciencia nacional. Ésta ha absorbido una visión del mundo elaborada en los grandes centros de dominación y presentada con pretensión científica como explicación de nuestro atraso. Atribuyen a supuestos factores naturales como el clima, la raza o la mezcla de razas, o el arraigo de tradiciones culturales autóctonas la razón de un inevitable estancamiento de los continentes en desarrollo. Pero no se ocuparon de los verdaderos causantes del retardo, como la explotación colonial y neocolonial foránea.

Otra culpa que debemos mencionar es que el Tercer Mundo no ha logrado todavía la unidad total, respaldada sin reservas por cada uno de nuestros países.

Los gobiernos de los países del Tercer Mundo han formulado ahora una filosofía mucho más consciente y acorde con la reali-

dad de hoy. Así, la Declaración de Lima, junto con reiterar la enfática afirmación de la Carta de Argel de que la responsabilidad primordial de nuestro desarrollo nos incumbe a nosotros mismos, certificó el compromiso de sus firmantes de efectuar las reformas necesarias en sus estructuras económicas y sociales, para movilizar plenamente sus recursos básicos y asegurar la participación de sus pueblos en el proceso y en los beneficios del crecimiento. Condenó, asimismo, toda forma de dependencia que pudiera agravar el subdesarrollo.

En Chile, no sólo apoyamos sino que practicamos plenamente esta filosofía. Lo hacemos con profunda convicción, de acuerdo con nuestra realidad socioeconómica y política.

El pueblo y el gobierno están comprometidos en un proceso histórico para cambiar de manera fundamental y revolucionaria la estructura de la sociedad chilena. Queremos echar las bases de una nueva, que ofrezca a todos sus hijos igualdad social, bienestar, libertad y dignidad.

La experiencia, muchas veces dura, nos ha demostrado que, para satisfacer las necesidades de nuestro pueblo y para proporcionar cada uno de los medios que le garanticen una vida plena, era indispensable superar el régimen capitalista dependiente y avanzar por un nuevo camino. Ese nuevo camino es el socialismo que empezamos a construir.

La tarea asignada al tercer periodo de sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo es diseñar nuevas estructuras económicas y comerciales, precisamente porque aquéllas establecidas en la posguerra, que perjudican duramente a los países en desarrollo, se están derrumbando y desaparecerán.

Las concepciones de Bretton Woods y de La Habana, que dieron vida al BIRF, al FMI y al GATT, se caracterizaron por sistemas monetarios, de intercambio comercial y de financiamientos para el desarrollo, fundados en la dominación y en el interés de unos pocos países. Evolucionaron en la expectativa de una guerra —considerada inevitable— entre los países industriales de Occidente y el mundo socialista. Como siempre, el interés económico y el interés político se combinaron para someter a los países del Tercer Mundo.

Dichos sistemas fijaron las reglas de juego del intercambio comercial. Cerraron mercados a los productos del Tercer Mundo, a través de barreras tarifarias y no arancelarias, de sus propias estructuras de producción y distribución, antieconómicas e injustas. Crecieron nocivos sistemas de financiamiento. Además, en el transporte marítimo fijaron prácticas y normas, decidieron el valor de los fletes y así obtuvieron un virtual monopolio de la carga. Dejaron también al Tercer Mundo al margen del avance científico y nos exportaron una tecnología que muchas veces constituyó un medio de alienación cultural y de incremento de la dependencia. Las naciones pobres no podemos tolerar que continúe esta situación.

Por otra parte, las concepciones de Bretton Woods y de La Habana fueron incapaces de elevar el nivel de vida de más de la mitad de la humanidad, y ni siquiera capaces de mantener la estabilidad económica y monetaria de sus propios creadores, como lo evidenció la crisis del dólar que precipitó el derrumbe.

Es evidente para todos que las concepciones financieras de la posguerra se desmoronan; que los centros nuevos o robustecidos de poder político y económico provocan contradicciones notorias entre los países industrializados. Se impuso finalmente la coexistencia pacífica entre las naciones capitalistas y socialistas. Y, después de 20 años de injusticia y atropello del Derecho Internacional, ha terminado la exclusión de la República Popular de China de la comunidad mundial.

Por otra parte, en nuestros países se va creando una resistencia cada vez más fuerte a la dominación imperialista y también a la dominación clasista interna, un sano nacionalismo adquiere renovado vigor. Se abren algunas posibilidades, todavía larvadas, aunque promisorias, de que los esfuerzos de autosuperación de las naciones atrasadas se realicen bajo menor presión externa y a un costo social menos penoso. Entre éstas se cuenta la toma de conciencia de los pueblos pobres sobre los factores causales de su atraso. En ocasiones, este convencimiento es tan profundo que ninguna potencia extranjera y ningún grupo privilegiado nativo puede ya doblegarlo, como lo demuestra el heroísmo invencible de Vietnam. Pocos osan aún pretender que todas las naciones del mundo sigan los mismos modelos de formación económico-social. Se hace compulsivo, en cambio, el respeto recíproco que posibilita la con-

vivencia y el intercambio entre naciones de sistemas sociopolíticos distintos. Hoy surgen posibilidades concretas de construir formas nuevas de intercambio económico internacional, que por fin abran posibilidades de equitativa cooperación entre pueblos ricos y pueblos pobres.

Estas perspectivas reposan en dos hechos: por un lado, las decisiones que afectan sustancialmente al destino de la humanidad son cada día más influidas por la opinión mundial incluyendo la de los países partidarios del *statu quo*. Por otro lado, surgen condiciones que tornan ventajoso para las propias naciones centrales (aunque no para todas sus empresas) establecer, en el plano específicamente económico, nuevas formas de relación con las naciones periféricas. Evidentemente, todavía no hay una retirada general de las fuerzas restrictivas. Las nuevas esperanzas que prometen liberarnos pueden conducir a nuevas formas de colonialismo. Se concretarán en un sentido u otro según sean nuestra lucidez y capacidad de acción. De ahí, la extraordinaria importancia y oportunidad de este tercer período de sesiones de la conferencia.

En efecto, tal como en el siglo pasado las fuerzas desencadenadas por la revolución industrial transformaron los modos de ser, de vivir y de pensar de todos los pueblos, hoy en día recorre el mundo una ola de renovación técnico-científica con el poder de operar cambios todavía más radicales, entrando en contradicción con los sistemas sociales preexistentes.

Debemos evitar que el avance de la ciencia y de sus aplicaciones, al operar bajo el condicionamiento de estructuras sociales y políticas rígidas —tanto internacionales como nacionales—, conspire contra la liberación humana. Sabemos que la revolución industrial, y la ola de transformaciones que trajo consigo, representó para muchos pueblos el mero tránsito de la condición colonial a la neocolonial y, para otros, la colonización directa. Por ejemplo, el sistema internacional de telecomunicaciones implica un peligro formidable. Está en un 75 % en manos de los países desarrollados de Occidente; más del 60 % de ese 75 % es controlado por los grandes consorcios norteamericanos.

Quiero decirle al señor secretario general, y a las delegaciones aquí presentes, que en menos de 10 años penetrará a nuestras instituciones comunitarias y a nuestros hogares, dirigidas desde el extranjero por satélites de gran poder transmisor, una información y

una publicidad que, si no se contrarrestan con medidas oportunas, sólo aumentarán nuestra dependencia y destruirán nuevos valores culturales. Este peligro debe ser conjurado por la comunidad internacional que debe exigir control por las Naciones Unidas.

Igualmente, cabe considerar como una perspectiva más favorable las contradicciones, cada vez más evidentes, entre los intereses públicos de las naciones ricas (aquellos que verdaderamente beneficien a sus pueblos) y los intereses privados de sus grandes corporaciones internacionales. En efecto, el costo global —militar, económico, social y político— de operar a través de empresas transnacionales excede a los que ellas aportan a las economías centrales y tiende a ser cada vez más oneroso para los contribuyentes.

Consideremos, además, la acción expoliadora de esos consorcios y su poderosa influencia corruptora sobre las instituciones públicas, tanto de las naciones ricas como de las naciones pobres. Los pueblos se resisten a esta explotación, y exigen que los gobiernos interesados cesen de entregar parte de su política económica exterior a las empresas privadas, que se atribuyen el papel de agentes impulsores del progreso de las naciones pobres, y se han convertido en una fuerza supranacional que amenaza tornarse incontrolable.

Esta realidad, que nadie puede negar, tiene profundas consecuencias para el quehacer de esta conferencia. Corremos el grave riesgo de que, aun cuando lleguemos a entendimientos satisfactorios entre los representantes de Estados soberanos, las medidas que acordemos no tengan efectos reales, por cuanto estas compañías manejan de hecho, en silencio y conforme a sus intereses, la aplicación práctica de los acuerdos.

Elas tienen sus objetivos, sus políticas comerciales, sus políticas navieras, sus políticas internacionales, sus políticas de integración económica, su propia visión de las cosas, su propia acción, su propio mundo.

En los foros internacionales estamos discutiendo los elementos visibles de la estructura de dependencia del Tercer Mundo, mientras pasan a nuestro lado, invisibles como los tres cuartos sumergidos de un iceberg, las raíces condicionantes de esta situación.

La UNCTAD debe estudiar muy seriamente esta amenaza. Esta flagrante intervención en los asuntos internos de los Estados es

más grave, más sutil y peligrosa que la de los gobiernos mismos condenada por la Carta de las Naciones Unidas. Han llegado a pretender alterar la normalidad institucional de otras naciones, desatar campañas de dimensiones globales para desprestigiar a un gobierno, provocar contra él un boicot internacional y sabotear sus relaciones económicas en el exterior. Casos recientes y bien conocidos, que han escandalizado al mundo y que nos afectan directamente, constituyen una voz de alarma para la comunidad internacional, que está imperiosamente obligada a reaccionar con vigor.

Deseo ocuparme ahora de otros problemas. Corresponde a las delegaciones que participan en esta conferencia plantear las soluciones que consideran adecuadas. Existe una abundante documentación preparada por las Naciones Unidas, y muy particularmente, la Declaración y Principios del Programa de Acción de Lima.

Por mi parte, sólo quiero exponer a esta asamblea alguna de mis preocupaciones como jefe de Estado de una nación del Tercer Mundo sobre ciertos problemas del programa.

La primera de mis preocupaciones es el peligro de que la reestructuración de los sistemas monetario y comercial internacionales se lleve a cabo, nuevamente, sin la plena y efectiva participación de los países del Tercer Mundo.

En relación con el sistema monetario, particularmente desde la crisis de agosto de 1971, los países en desarrollo han hecho valer su protesta en todos los foros mundiales y regionales. No les cabía responsabilidad alguna en la crisis de mecanismos monetarios y comerciales manejados sin su injerencia. Han sostenido, insistentemente, que la reforma monetaria debe ser elaborada con la concurrencia de todos los países del mundo; que debe fundarse en un concepto más dinámico del comercio mundial; que debe reconocer las nuevas necesidades de los países en desarrollo; y que nunca más debe ser manejada exclusivamente por unos pocos países privilegiados. Es vital que la conferencia afirme, sin vacilaciones y sin reservas, estos objetivos.

Es cierto que los detalles de un nuevo sistema pueden completarse en otros foros más especializados. Pero es tal la conexión de los problemas monetarios con las relaciones comerciales y de desarrollo, como se evidenció en la crisis de agosto de 1971, que la

UNCTAD tiene la obligación de discutir a fondo esta materia y velar por que el nuevo sistema monetario, estudiado, preparado y manejado por toda la comunidad internacional, sirva también para financiar el desarrollo de los países del Tercer Mundo, a la par que a la expansión del comercio mundial.

En lo que toca a la indispensable reforma comercial, hay hechos que nos alarman. Hace pocas semanas, Estados Unidos y Japón, por una parte, y Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea, por la otra, enviaron sendos memorandos al GATT. Estos dos documentos, casi idénticos, declaran que los patrocinantes se comprometen a iniciar y apoyar activamente la realización de acuerdos integrales en el seno del GATT a partir de 1973, con miras a liberar y expandir el comercio internacional. Agregan que persiguen, además, mejorar el nivel de vida de todos los pueblos, lo que puede ser logrado, entre otros métodos, a través del desmantelamiento progresivo de los obstáculos al comercio, y procurando mejorar el marco internacional dentro del cual se realiza el intercambio.

Naturalmente, es satisfactorio que tres grandes centros de poder decidan revisar a fondo las relaciones económicas internacionales, teniendo en cuenta el mejoramiento de los niveles de vida de todos los pueblos. También es plausible que mencionen la necesidad de reorientar la política comercial a través de acuerdos internacionales o regionales que tiendan a la organización de los mercados. Pero no se nos escapa que liberar el comercio entre los países industrializados de Occidente borra de una plumada las ventajas del sistema general de preferencias para los países en desarrollo.

Y lo que más nos inquieta es que las tres grandes potencias económicas pretenden realizar esta política, no a través de la UNCTAD, sino del GATT. Éste se preocupa fundamentalmente de los países poderosos; no tiene ligazón seria con las Naciones Unidas ni está obligado a orientarse por sus principios, y su composición choca con el concepto de participación universal.

Pienso que los países desarrollados deben poner fin a estos continuos embates contra la UNCTAD. Ésta constituye el foro más representativo de la comunidad mundial y ofrece oportunidades excepcionales para negociar las grandes cuestiones económicas y comerciales en un pie de igualdad jurídica. Por el contrario, los países en desarrollo hemos propuesto perfeccionar la actual insti-

tución y ampliar su mandato. Es indispensable que la UNCTAD complete su autonomía y se convierta en un organismo especializado del Sistema de Naciones Unidas para que actúe con mayor libertad de acción, con mayor influencia, con mayor capacidad de solución de los problemas cruciales que son de su competencia. Nosotros, pueblos del Tercer Mundo, que no supimos hablar en Breton Woods ni en las reuniones posteriores que diseñaron el sistema financiero vigente; nosotros, que hoy participamos en las decisiones del Grupo de los Diez sobre la estrategia financiera de los intereses de las grandes potencias occidentales; nosotros, que no tenemos voz en los debates sobre la reestructuración del sistema monetario mundial, nosotros necesitamos un instrumento eficaz que defienda nuestros intereses amenazados. Por ahora, este instrumento sólo puede ser la propia UNCTAD, convertida en una organización permanente.

Mi segunda preocupación se refiere a la deuda externa. Los países en desarrollo ya debemos más de 70.000 millones de dólares, aunque hayamos contribuido a la prosperidad de los pueblos ricos desde siempre, y más todavía en las últimas décadas.

Las deudas externas contraídas, en gran parte para compensar los perjuicios de un injusto intercambio comercial, para costear el establecimiento de empresas extranjeras en nuestro territorio, para hacer frente a especulaciones con nuestras reservas, constituyen uno de los principales obstáculos al progreso del Tercer Mundo. Ya la Declaración y Principios del Programa de Acción de Lima y la resolución 2807 (XXVI) de la Asamblea General de las Naciones Unidas se preocuparon del endeudamiento. Esta resolución consideró, entre otras cosas, las cargas cada día más pesadas que imponen al Tercer Mundo los servicios de las deudas, el debilitamiento de la transferencia bruta de recursos a los países en desarrollo y el deterioro de los términos de intercambio. Pidió enfáticamente a las instituciones financieras competentes, así como a las naciones acreedoras, que dieran trato favorable a las solicitudes de renegociación o consolidación con plazos de gracia, amortizaciones adecuadas y tasas de interés razonables. Además, invitó a los mismos países e instituciones a estudiar formas más racionales para financiar el desarrollo económico del Tercer Mundo. Esto es, para nosotros, muy satisfactorio. Yo creo que es indispensable realizar un estudio crítico sobre cómo el Tercer Mundo ha contraído su deuda

externa y las condiciones requeridas para que sea rescatado de ella sin perjudicar sus esfuerzos por superar el atraso. Este estudio podría ser realizado por el secretario general de la UNCTAD y presentado a la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Chile ilustra en este momento la gravedad de la situación. El valor de nuevas exportaciones es de 1.200 millones de dólares al año.

Este año nos correspondería pagar 408 millones. No es posible que un país deba dedicar a servir su deuda externa 34 dólares de cada 100 que ingresan a sus arcas.

Mi tercera preocupación está directamente relacionada con la anterior. Conciérne a la presión real y potencial para coartar el derecho soberano de los pueblos de disponer de sus recursos naturales para su beneficio. Éste ha sido proclamado por los pactos internacionales de derechos humanos, en varias resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, y en el primer principio general aprobado por la Conferencia en su primer periodo de sesiones.

La Declaración de Lima de los 77 formula con toda claridad un principio adicional para la defensa de nuestros países contra ese orden de amenazas. Necesitamos elevarlo de la condición de principio a la práctica económica imperativa. Dice así:

El reconocimiento de que todo país tiene el derecho soberano de disponer libremente de sus recursos naturales en pro del desarrollo económico y del bienestar de su pueblo; toda medida o presión externa, política o económica, que se aplique contra el ejercicio de este derecho es una flagrante violación de los principios de libre determinación y de no intervención, según los define la Carta de las Naciones Unidas y, de aplicarse, podría constituir una amenaza a la paz y a la seguridad internacionales.

Ciencia y tecnología modernas para el Tercer Mundo*

También pido la atención de esta asamblea sobre la urgencia de que el Tercer Mundo tenga acceso a la ciencia y a la tecnología modernas. Los obstáculos que hemos encontrado hasta ahora constituyen factores determinantes del atraso.

La industrialización, como parte fundamental del proceso global de desarrollo, está en íntima relación con la capacidad nacional de creación científica y tecnológica para una industrialización adecuada a las características reales de cada región, cualquiera que sea su grado de evolución actual.

Hoy, nuestra capacidad de creación tecnológica es muy insuficiente, como resultado de un histórico proceso de dependencia. Así, nuestras investigaciones siguen modelos teóricos del mundo industrializado. Se inspiran más en las realidades y necesidades de este último que en las nuestras. Y, cada vez con mayor frecuencia,

* Intervención en la III UNCTAD, 13 de abril de 1972, fragmento.

miles de científicos y profesionales abandonan sus patrias para servir en los países opulentos; exportamos ideas y personas capacitadas; importamos tecnología y dependencia.

Atender este problema, que nos permitiría terminar con la subordinación tecnológica, es difícil, costoso y lento. Nos quedan dos posibilidades.

Por una parte, podemos seguir industrializándonos con inversiones y tecnología extranjeras, agudizando cada vez más la dependencia que amenaza con recolonizarnos. América Latina experimentó un largo período de euforia con la política de la industrialización por sustitución de importaciones. Es decir, la instalación de fábricas para producir localmente lo que antes se importaba, subsidiando la operación con costosas regalías: facilidades cambiarias, defensas aduaneras, préstamos en moneda local y avales del gobierno para financiamiento proveniente del exterior. La experiencia demostró que esta industrialización —promovida principalmente por corporaciones internacionales— resultó ser un nuevo mecanismo de recolonización. Entre sus efectos dañinos se encuentra la creación de una capa técnico-gerencial cada vez más influyente, la cual pasó a defender los intereses extranjeros, que confundió con los suyos. Todavía más graves han sido los efectos sociales. Las grandes plantas que utilizan técnicas sofisticadas generan graves problemas de desempleo y subempleo, y llevan a la quiebra a la pequeña y mediana industria nacional. Debemos sancionar también la tendencia a centrarse en industrias de consumo, que sirven a una estrecha capa de privilegiados, e indirectamente crean valores y formas de consumo ostensivo en perjuicio de los valores característicos de nuestra cultura.

La otra posibilidad consiste en crear o reforzar nuestra capacidad científico-tecnológica, recurriendo entretanto a una transferencia de conocimientos y medios apoyada decididamente por la comunidad internacional e inspirada en una filosofía humanista que tenga al hombre como su principal objetivo.

En la actualidad, esta transferencia se traduce en el comercio de una mercancía que aparece bajo distintas formas: asistencia técnica, equipos, procesos de producción y otras. Este comercio ocurre bajo ciertas condiciones explícitas e implícitas extremadamente desfavorables para el país comprador, sobre todo si éste es subde-

sarrollado. Recordemos que en 1968 América Latina desembolsó más de 500 millones de dólares sólo por concepto de adquisición de tecnología.

Estas condiciones deben desaparecer. Debemos poder seleccionar la tecnología en función de nuestras necesidades y nuestros planes de desarrollo.

Economías pretendidamente “sanas”*

Conciudadanos:

Si bien un proceso revolucionario no puede juzgarse por su resultado económico inmediato, asigno especial gravedad a la situación presente. La causa reside sobre todo en el conflicto político-social en curso y no puede abordarse superficialmente con prescindencia de la estructura económica y productiva heredada.

Quiero ser enfático en señalar que uno de los procedimientos principales de la reacción interna y externa para impedir nuestro camino hacia el socialismo es la búsqueda deliberada de una crisis económica.

Si unos entienden el orden público y la institucionalidad como medios para oponerse a la transformación económico-social y otros consideran que ésta exige, indefectiblemente, su ruptura, el diálogo se hará imposible y se terminará en la violencia. La única manera de mantener las formas democráticas pluralistas y transformar las estructuras es crear un nuevo régimen institucional que

* Tercer Informe de Gobierno, 21 de mayo de 1973, fragmentos.

encauce las transformaciones y en el que el orden no sea opuesto a cambio ni sinónimo de conservación.

La inmensa mayoría de los chilenos está contra el caos político y económico, contra la inseguridad y la violencia, lo que posibilita el camino democrático. Transitarlo supone facilitar la adaptación institucional y otorgar al Ejecutivo las herramientas para evitar una crisis. Supone, a su vez, por parte del gobierno, la definición precisa de las metas inmediatas perseguidas y el respeto a la reglas de la nueva institucionalidad.

La superación de los obstáculos a una apertura institucional tiene, ciertamente, un costo muy inferior al que provocarían el desborde de la violencia y el enfrentamiento entre chilenos. Por lo tanto, no dejaré de insistir en el diálogo, de llamar a todos a elevar el nivel de discusión política, a hacer del respeto por la verdad y la honra de las personas una regla inquebrantable; a convertir los medios de comunicación opositores y partidarios del gobierno en vehículos de debate ideológico, y no de odios y alimento de la irracionalidad. La alternativa al diálogo es la violencia que, salvo los obcecados, nadie quiere en Chile.

Además del cambio institucional, se requiere superar los problemas económicos que agobian a las grandes masas. Transformar es mucho más que administrar. La eficacia de la administración se mide por sus resultados inmediatos. La transformación, por la cantidad y calidad del cambio y sus resultados, tarda el tiempo que exige llegar a administrar con eficacia lo ya transformado. Sobre nosotros recae, por la singularidad de la vía escogida, la necesidad de hacer coexistir ambos procesos, resolviendo en lo posible esta contradicción. Parte significativa de los problemas económicos que sufrimos están generados por desajustes inevitables.

Lo señala la historia de todas las revoluciones, incluida, por cierto, la revolución de la burguesía, que franqueó el camino a la libre empresa y al capitalismo, y en la cual se inspiran muchos de nuestros opositores.

Las dificultades económicas se explican también por la reacción de los intereses nacionales y extranjeros afectados.

La lucha por impedir la crisis es la lucha por la preservación del camino democrático.

En las conquistas político-sociales no puede haber retroceso, no sólo por decisión nuestra, sino por decisión del pueblo.

No porque el gobierno sea minoría en el Parlamento, puede renunciar a formular y aplicar severamente un plan antiinflacionario de desarrollo, de organización y de dirección económica, y de democratización y participación popular. Si así no lo hiciera, no cumpliría con la obligación de dirigir la economía del país y de evitar el caos.

Señores parlamentarios:

No he usado ni usaré esta tribuna para hacer cargos infundados a la oposición. Tampoco estoy aquí para ocultar nuestros desaciertos, deficiencias y errores.

Quiero expresar, claramente, que el país corre el riesgo de muy graves consecuencias económicas si continúan primando las razones subalternas en la consideración de problemas que exigen un alto grado de responsabilidad y patriotismo.

Quiero, además, declarar que la responsabilidad de la situación económica presente es compartida, en un grado u otro, por el gobierno y por la oposición.

Tienen responsabilidad los que desfinancian los proyectos del Ejecutivo; los que incitan a paros sediciosos; los que ayer fueron monopolistas, latifundistas o banqueros y hoy, con oportunismo, prohíjan reivindicaciones económicas de los trabajadores; los que desataron y mantienen una campaña desatinada a sembrar la desconfianza en nuestra capacidad económica, los que promueven un mercado negro como política de resistencia al gobierno. Repito: todos ellos tienen responsabilidad.

Se persigue colocar al gobierno entre el populismo y la violencia. Es parte de una táctica nefasta para la comunidad, que denuncio.

Padecemos las limitaciones de la capacidad productiva, lastre del pasado, y el aumento de la demanda derivado de la política redistributiva del presente. Las primeras son consecuencias del pasado que pesan sobre el presente, el segundo es la anticipación de un futuro por conquistar y que choca con la débil capacidad actual de producción. Pasado y presente se contradicen profundamente cuando este último no es una simple prolongación del ayer, sino una revolución.

El proceso revolucionario no puede satisfacerse con lo disponible porque, además de insuficiente, fue producido no para las necesidades del pueblo sino para colmar a las minorías. El desabastecimiento de bienes de hoy fue conjurado ayer en el desabastecimiento de ingresos para los trabajadores. Si mañana tuviéramos que racionar algunos productos, será porque antes se prefirió

racionar los salarios en vez de aumentar la capacidad de producción para las mayorías. Esto hace que el avance hacia el socialismo no sea un mero reparto, sino principalmente producción y esfuerzo de todos y para todos. Si se impone el populismo fácil, tendremos una inflación en ascenso porque, en el capitalismo dependiente, tan agudo como la desigualdad es el subdesarrollo de la producción. Los trabajadores deben estar conscientes de la actitud de quienes, siendo responsables del subdesarrollo, exageran la demanda frente a una capacidad restringida de oferta para que el caos económico frustre nuestra vía de transformación. Los propios trabajadores serían perjudicados. Por nuestra parte, debemos reconocer que hasta ahora no hemos podido crear una dirección económica adecuada a las nuevas condiciones, que nos ha atrapado la maraña burocrática, que no hemos contado con los instrumentos necesarios para captar excedentes de la burguesía y que la política distributiva ha ido más allá de las posibilidades reales de la economía.

Todo ello ha contribuido, en alguna medida, a acentuar ciertos desajustes y problemas. Más adelante me referiré a las acciones que el gobierno ha adoptado, en estos días, para resolverlos.

No oculto lo grave de la situación económica. Podremos enfrentarla si prima la responsabilidad y un superior sentido nacional. Preveo horas muy duras para el país y la seguridad de los chilenos. Apelo a la oposición democrática para que no continúe su obstrucción creciente.

Si nosotros hubiéramos sido una simple continuación de la política burguesa, si hubiéramos racionado los salarios, aceptado la desocupación, protegido los monopolios, mantenido los latifundios y estrechado manos con la explotación extranjera, no tendríamos más altos niveles de producción que hoy. No obstante, algunos dirían que Chile tiene una economía "sana". Pero nosotros no queremos una economía pretendidamente sana, con desocupación, explotación, injusticia, sometimiento al extranjero y desigualdad extrema en la distribución del ingreso. No queremos una economía con desnutrición y alta mortalidad infantil, incultura y desprecio por la dignidad del hombre. Para nosotros, semejante economía está irremediabilmente enferma. Los pobladores, los desocupados, los desnutridos no entienden cómo puede ser sano un sistema que los excluye y los somete. No viven de índices, conceptos o palabras de banqueros internacionales. Sienten día a día y saben muy bien qué está sano y qué está irremediabilmente enfermo.

En la perspectiva del 2000*

Latinoamérica conoce su dependencia cultural. Pocos se atreven ya a cuestionarla. Pero estamos lejos todavía de comprender su profundidad y sutileza; particularmente en el campo de la ciencia y de la técnica, que al presentar formulaciones de valor universal o abstracto, de hecho encierran a menudo elementos contingentes que es difícil percibir.

La investigación, los conocimientos científicos, las técnicas que de ellos se elaboran, son una de las claves esenciales para el desarrollo de los pueblos. En el sacrificado esfuerzo que viene realizando el hombre para poner la naturaleza a su servicio, hemos llegado a un punto de horizonte asombroso. A un nivel de conocimientos que, aplicado a fines prácticos, puede dar resultados extraordinarios y cuyos efectos multiplicadores podrían dar a los que bordearán el año 2000, dominio sobre la naturaleza terrestre y la primera aproximación del cosmos a nuestro planeta.

Pero el progreso científico-técnico no ha reconocido en el hombre su principal razón de ser; el concepto de humanidad encubre las más trágicas e intolerables desigualdades entre los pueblos. És-

* Conferencia de la UNESCO sobre ciencia, tecnología y desarrollo, 7 de abril de 1971, fragmentos.

tos, lejos de aunarse para obtener el bienestar de todos, sufren una sorda, cuando no violenta, lucha por hegemonías y privilegios. La ciencia y la tecnología, dimensión fundamental que determina tan directamente la modalidad y el ritmo de desarrollo de los pueblos, es una manifestación más de la inferior potencia de los países subdesarrollados con relación a los desarrollados.

No se ha dado debida importancia en nuestros países a la introducción y desarrollo de las actividades científicas, de las investigaciones y aplicaciones técnicas que mejor convienen a nuestra específica realidad social, a la explotación racional de nuestros recursos naturales y al crecimiento rápido de nuestra economía interna.

En primer lugar, los países en posesión técnica y ciencia de vanguardia, deben ponerlas al alcance de los países en desarrollo. Este llamado al gesto solidario se convierte en reivindicación cuando afecta directamente a la explotación de nuestras riquezas básicas por empresas extranjeras.

En segundo lugar, la transmisión de la ciencia y la tecnología moderna a los países dependientes, debe hacerse en términos generosos y no egoístamente interesados. En las circunstancias de hoy, ante los problemas vitales que agobian a la mayor parte de nuestros habitantes, no se concibe obligarnos a recorrer de nuevo el largo y costoso camino que condujo a la ciencia actual.

En tercer lugar, hay que tomar medidas para limitar el continuo drenaje de técnicos y especialistas. Entre 1962 y 1968, hemos perdido temporal o definitivamente más de dos mil profesionales chilenos. Mil de ellos fueron a los Estados Unidos.

En 1962, 6.000 profesionales latinoamericanos entregaron su capacidad creadora a Norteamérica; en 1968, el doble: 13.300, durante esos seis años se acumuló un total estremecedor de más de 60.000 profesionales perdidos para América Latina. Ello nos priva de capacidad e inteligencia insustituible para nuestro progreso, y permite el absurdo de que nuestras inversiones en la formación de esta gente se aproveche, sin ningún costo previo, para los países desarrollados.

Es imperioso relacionar directamente la ciencia y la tecnología con las necesidades prioritarias del país. Y es igualmente urgente crear una conciencia cívica entre científicos y técnicos, y la realidad social donde nacieron, gracias a cuyo esfuerzo colectivo han alcanzado sus grados de especialización individual.

Políticas sociales

Las fuerzas sociales hicieron posible esta victoria*

Con profunda emoción les hablo desde esta improvisada tribuna por medio de estos deficientes amplificadores. ¡Qué significativo es —más que las palabras— la presencia del pueblo de Santiago que, interpretando a la inmensa mayoría de los chilenos, se congrega para reafirmar la victoria que alcanzamos limpiamente el día de hoy, victoria que abre un camino nuevo para la patria y cuyo principal actor es el pueblo de Chile aquí congregado! ¡Qué extraordinariamente significativo es que pueda yo dirigirme al pueblo de Chile y al pueblo de Santiago desde la Federación del Estudiante! Esto posee un valor y un significado muy altos.

Nunca un candidato triunfante por la voluntad y el sacrificio del pueblo usó una tribuna que tuviera mayor trascendencia. Porque todos lo sabemos: la juventud de la patria fue vanguardia en esta gran batalla, que no fue la lucha de un hombre, sino la lucha

* Discurso desde los balcones de la Federación de Estudiantes de Chile en la madrugada del 5 de septiembre de 1970, ante miles de trabajadores que festejaban el triunfo electoral.

de un pueblo; ella es la victoria de Chile alcanzada limpiamente esta tarde.

Yo les pido a ustedes que comprendan que soy tan solo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades que tiene un hombre; y si puede soportar —porque cumplía una tarea— la derrota de ayer, hoy sin soberbia y sin espíritu de venganza acepto este triunfo que nada tiene de personal y que se lo debo a la unidad de los partidos populares, a las fuerzas sociales que han estado junto a nosotros. Se lo debo a radicales, socialistas, comunistas, socialdemócratas, a gente del MAPU y del API, y a miles de independientes. Se lo debo al hombre anónimo y sacrificado de la patria, se lo debo a la humilde mujer de nuestra tierra. Le debo este triunfo al pueblo de Chile, que entrará conmigo a La Moneda el 4 de noviembre.

La victoria alcanzada por ustedes tiene una honda significación nacional. Desde aquí declaro, solemnemente, que respetaré los derechos de todos los chilenos. Pero también declaro, y quiero que lo sepan definitivamente, que al llegar a La Moneda, y siendo el pueblo gobierno, cumpliremos el compromiso histórico que hemos contraído, de convertir en realidad el programa de la Unidad Popular.

Lo dije: no tenemos ni podríamos tener ningún propósito pequeño de venganza. Sería disminuir la victoria alcanzada. Pero, si no tenemos un propósito pequeño de venganza, tampoco, de ninguna manera, vamos a claudicar, a comerciar el programa de la Unidad Popular, que fue la bandera del primer gobierno auténticamente democrático, popular, nacional y revolucionario de la historia de Chile.

Dije, y debo repetirlo: si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad, la nueva convivencia social, la nueva moral y la nueva patria.

Pero yo sé que ustedes, que hicieron posible que el pueblo sea mañana gobierno, tendrán la responsabilidad histórica de realizar lo que Chile anhela para convertir a nuestra patria en un país señero en el progreso, en la justicia social, en los derechos de cada hombre, de cada mujer, de cada joven de nuestra tierra.

Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de

importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso en Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.

Por eso, esta noche que pertenece a la historia, en este momento de júbilo, yo expreso mi emocionado reconocimiento a los hombres y mujeres, a los militantes de los partidos populares e integrantes de las fuerzas sociales que hicieron posible esta victoria, que tiene proyecciones más allá de las fronteras de la propia patria.

Para los que están en la pampa o en la estepa, para los que escuchan en el litoral, para los que laboran en la precordillera, para la simple dueña de casa, para el catedrático universitario, para el joven estudiante, el pequeño comerciante o industrial, para el hombre y la mujer de Chile, para el joven de la tierra nuestra, para todos ellos, el compromiso que yo contraigo ante mi conciencia y ante el pueblo —actor fundamental de esta victoria— es ser auténticamente leal en la tarea común y colectiva. Lo he dicho: mi único anhelo es ser para ustedes el compañero presidente.

Han sido el hombre anónimo y la ignorada mujer de Chile los que han hecho posible este hecho social trascendental. Miles y miles de chilenos sembraron su dolor y su esperanza en esta hora que al pueblo pertenece. Y desde otras fronteras, desde otros países, se mira con satisfacción profunda la victoria alcanzada. Chile abre un camino que otros pueblos de América y del mundo podrían seguir. La fuerza vital de la unidad romperá los diques de las dictaduras y abrirá el cauce para que los pueblos puedan ser libres y puedan construir su propio destino.

Somos lo suficientemente responsables para comprender que cada país y cada nación tiene sus propios problemas, su propia historia y su propia realidad. Y frente a esta realidad serán los dirigentes políticos de esos pueblos los que adecuarán la táctica que deberá adoptarse. Nosotros sólo queremos tener las mejores relaciones políticas, culturales, económicas, con todos los países del mundo. Sólo pedimos que respeten —tendrá que ser así— el derecho del pueblo de Chile a haberse dado el Gobierno de la Unidad Popular. Somos y seremos respetuosos de la autodeterminación y de la no intervención. Ello no significará acallar nuestra adhesión solidaria con los pueblos que luchan por su independencia económica y por dignificar la vida del hombre en los distintos continentes.

Sólo quiero señalar ante la historia el hecho trascendental que ustedes han realizado, derrotando la soberbia del dinero, la presión y amenaza; la información deformada, la campaña de terror, de la insidia y la maldad. Cuando un pueblo ha sido capaz de esto, será capaz también de comprender que sólo trabajando más y produciendo más podremos hacer que Chile progrese y que el hombre y la mujer de nuestra tierra, la pareja humana, tengan derecho auténtico al trabajo, a la vivienda, a la salud, a la educación, al descanso, a la cultura y a la recreación.

Pondremos toda la fuerza creadora del pueblo en tensión, para hacer posibles estas metas humanas que se ha trazado el programa de la Unidad Popular.

Juntos, con el esfuerzo de ustedes, vamos a realizar los cambios que Chile reclama y necesita. Vamos a hacer un gobierno revolucionario.

La revolución no implica destruir, sino construir; no implica arrasar, sino edificar; y el pueblo de Chile está preparado para esa gran tarea en esta hora trascendente de nuestra vida.

Compañeras y compañeros, amigas y amigos:

¡Cómo hubiera deseado que los medios materiales de comunicación me hubieran permitido hablar más largamente con ustedes, y cada uno hubiera oído mis palabras, húmedas de emoción, pero al mismo tiempo firmes en la convicción de la gran responsabilidad que todos tenemos y que yo asumo plenamente!

Yo les pido que esta manifestación sin precedentes se convierta en la demostración de la conciencia de un pueblo.

Ustedes se retirarán a sus casas sin que haya el menor asomo de una provocación y sin dejarse provocar. El pueblo sabe que sus problemas no se solucionan rompiendo vidrios o golpeando un automóvil. Y aquellos que dijeron que el día de mañana los disturbios iban a caracterizar nuestra victoria, se encontrarán con la conciencia y la responsabilidad de ustedes. Irán a su trabajo mañana o el lunes, alegres y cantando; cantando la victoria tan legítimamente alcanzada, y cantando al futuro. Con las manos callosas del pueblo, las tiernas manos de la mujer y las risas del niño, haremos posible la gran tarea que sólo un pueblo consciente y disciplinado podrá realizar.

América Latina y más allá de la frontera de nuestro pueblo miran el mañana nuestro. Yo tengo plena fe en que seremos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente serenos y fuertes, para abrir el camino venturoso hacia una vida distinta y mejor para empezar a caminar por las esperanzadas alamedas del socialismo, que el pueblo de Chile con sus propias manos va a construir.

Reitero mi reconocimiento agradecido a los militantes de la Unidad Popular, a los que integran los partidos Radical, Comunista, Socialista, Social Demócrata, MAPU y API, y a los miles de independientes de izquierda que estuvieron con nosotros. Expreso mi afecto y también mi reconocimiento agradecido a los compañeros dirigentes de esos partidos, que por sobre las fronteras de sus propias colectividades hicieron posible la fortaleza de esta unidad que el pueblo hizo suya. Y porque el pueblo la hizo suya, ha sido posible la victoria, que es la victoria del pueblo.

El hecho de que estemos esperanzados y felices no significa que vayamos nosotros a descuidar la vigilancia. El pueblo, este fin de semana, tomará por el talle a la patria y bailaremos desde Arica a Magallanes, y desde la cordillera al mar, una gran cueca, como símbolo de la alegría sana de nuestra victoria. Pero al mismo tiempo, mantendremos nuestros comités de acción popular en actitud vigilante, en actitud responsable, para estar dispuestos a responder a un llamado, si es necesario, que haga el comando de la Unidad Popular. Llamado para que los comités de empresas, de fábricas, de hospitales, en las juntas de vecinos y en los barrios y en las poblaciones proletarias vayan estudiando los problemas y las soluciones; porque presurosamente tendremos que poner en marcha el país. Yo tengo fe, profunda fe, en la honradez, en la conducta heroica de cada hombre y de cada mujer que hizo posible esta victoria.

Vamos a trabajar más. Vamos a producir más.

Pero trabajaremos más para la familia chilena, para el pueblo y para Chile, con orgullo de chilenos y con la convicción de que estamos realizando una grande y maravillosa tarea histórica.

¡Cómo siento en lo último de mi fibra de hombre, cómo siento en las profundidades humanas de mi condición de luchador, lo que cada uno de ustedes me entrega! Esto que hoy germina en una larga jornada. Yo sólo tomo en mis manos la antorcha que encendieron los que antes que nosotros lucharon junto al pueblo y por el pueblo.

Este triunfo debemos tributarlo en homenaje a los que cayeron en luchas sociales y regaron con su sangre la fértil semilla de la Revolución chilena que vamos a realizar.

Quiero, antes de terminar, y es honesto decirlo así, reconocer que el gobierno entregó las cifras y los datos de acuerdo con los resultados electorales. Quiero reconocer que el jefe de plaza, general Camilo Valenzuela, autorizó este acto; acto multitudinario, en la convicción y la certeza que yo le diera de que el pueblo se congregaría, como está aquí, en actitud responsable, sabiendo que ha conquistado el derecho de ser respetado; respetado en su vida y respetado en su victoria, el pueblo que sabe que entrará conmigo a La Moneda el 7 de noviembre de este año.

Quiero destacar que nuestros adversarios de la democracia cristiana han reconocido, en una declaración, la victoria popular. No le vamos a pedir a la derecha que lo haga. No lo necesitamos. No tenemos ningún ánimo pequeño en contra de ella. Pero ella no será capaz jamás de reconocer la grandeza que tiene el pueblo en sus luchas, nacida de su dolor y de su esperanza.

Nunca como ahora sentí el calor humano; y nunca como ahora la Canción Nacional tuvo para ustedes y para mí tanto y tan profundo significado. En nuestro discurso lo dijimos, somos los herederos legítimos de los padres de la patria y juntos haremos la segunda independencia: la independencia económica de Chile.

Ciudadanas y ciudadanos de Santiago, trabajadores de la patria: ustedes y sólo ustedes son los triunfadores. Los partidos populares y las fuerzas sociales han dado esta gran lección, que se proyecta más allá, reitero, de nuestras fronteras materiales.

Les pido que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada. Esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño para hacer cada vez más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria.

Gracias, gracias, compañeras. Gracias, gracias, compañeros. Ya lo dije un día. Lo mejor que tengo me lo dio mi partido, la unidad de los trabajadores y la Unidad Popular.

A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo; con la lealtad del compañero presidente.

Democracia económica para lograr la igualdad social*

El pueblo nos dio como tarea avanzar en el camino de la democracia económica, para asegurar la liberación de los trabajadores de la explotación de las clases minoritarias dominantes. Durante siglo y medio, una minoría tuvo el control de la vida política y económica del país; y el desarrollo económico, el proceso industrial, estuvo al servicio de esta minoría. Su influencia política estuvo destinada, precisamente, a defender sus privilegios de clase. Por eso, la tarea fundamental y básica ha sido liberar a los trabajadores de esta explotación.

Sabemos perfectamente bien que no lo hemos alcanzado plenamente, y no soñamos con alcanzarlo en algunos meses y en algunos años. Es un problema difícil construir la nueva sociedad. No se realiza ni en días, ni en horas, ni aun en años. Pero caminamos hacia esta nueva concepción de la existencia humana, de la convivencia social, con el empuje y la decisión del pueblo, que sabe cuál es la tarea que debe realizar.

* Informe al pueblo en el Segundo Aniversario del Gobierno, 3 de noviembre de 1972, fragmentos.

Avanzar en el camino de la democracia económica supone mayor igualdad social en el trabajo. Es decir, hacer posible que no haya distancias siderales entre los ingresos y remuneraciones de técnicos y profesionales, obreros y campesinos.

Igualdad en el trabajo implica dar la oportunidad de que tenga trabajo el obrero chileno.

El gobierno que presido ha derrotado precisamente la cesantía, alcanzando los índices más bajos de los últimos quince años en nuestro país.

Mayor igualdad social significa luchar para que todos, o la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, derroten el conventillo insalubre, la choza, la pocilga, la vivienda insalubre. Para ello, hemos impulsado un plan que no ha alcanzado —y lo reconozco— los niveles que hubiéramos deseado, porque Chile no está preparado en su infraestructura, en su capacidad productiva para poder levantar cien mil viviendas al año como quisiéramos. Falta hierro, falta cemento, falta cómo dotar la vivienda en la producción de línea blanca. Este es todo un proceso que requiere una planificación, que ha de llevarnos, en una etapa inicial, a construir superando el aumento vegetativo de la población y superando el déficit de arrastre que tenemos de 600.000 viviendas que faltan.

Mayor igualdad social implica que tengan acceso a la salud todos los chilenos. La salud no se puede comprar, porque hay gente que no tiene cómo pagar esta compra. La salud es un derecho para nosotros, como lo es el trabajo y la vivienda. Sin embargo, para dar salud a todos los chilenos, tenemos que saber que carecemos de los recursos humanos, además de las deficiencias materiales. El gobierno, dentro de esta realidad tan cruda, ha hecho lo imposible por aumentar —y ha aumentado extraordinariamente— el número de atenciones; por llevar los consultorios a las poblaciones, y entregar medicamentos, ampliando el formulario nacional, y aprovechando mejor los recursos humanos, pidiéndole a las universidades que aumenten la matrícula en la carrera de medicina y en las carreras paralelas o anexas a lo médico, a fin de poder contar, a años plazo, con un número suficiente de gente que sea, a la vez, constructora de la salud.

Mayor igualdad social significa dar más educación. Lo hemos hecho, llegando a niveles satisfactorios en Educación Básica. Un

97 % de los niños de Chile se matriculan en la enseñanza esencial. Hemos aumentado la matrícula en la Educación Media y se ha llegado a un porcentaje nunca antes alcanzado en la educación y preparación universitaria: 130.000 estudiantes universitarios.

El gran problema para el futuro estará en dar trabajo a los que egresen de la universidad, en la gran demanda de ocupación que crea esta apertura de la universidad. Por primera vez hay en las universidades cursos para obreros y convenios entre la Central Única de Trabajadores y las universidades.

Mayor igualdad social significa modificar las leyes de seguridad social o de previsión social. Lo hemos hecho mejorando los beneficios monetarios de las leyes de previsión, en relación con el subsidio de lactancia; con mayor plazo a la mujer que espera un hijo, con un mayor tiempo de lactancia después del parto. Lo hemos hecho con la modificación de las leyes que tienen relación con las montepiadas, con los jubilados. Con qué satisfacción puedo señalar que hace dos años que no vemos por las calles de Santiago o de provincia a las ancianas y a los ancianos reclamando una migaja para que sus pensiones fueran incrementadas. El incremento de las pensiones ha sido extraordinario; nosotros hemos podido hacerlo y con ello cumplir con algo tan humano y tan justo, tan indispensable, como es dar tranquilidad en sus últimos años a cientos y miles de chilenos.

Mayor igualdad social significa nivelar las asignaciones familiares. Lo hemos hecho con la de los obreros, campesinos, empleados públicos, Fuerzas Armadas y Carabineros. Sólo queda todavía la asignación familiar de los empleados particulares, que es superior a la de los grupos denominados.

Esperamos que en 1974 haya una sola asignación familiar para todos los chilenos.

Mayor igualdad social significa aumentar, dar más previsión social; entregar seguridad social a miles y miles de chilenos que no tenían ningún beneficio previsional. Setecientos veinticinco mil que carecían de ellos han sido incorporados a las leyes que el gobierno ha patrocinado y ha logrado que sean despachadas.

Mayor igualdad social significa redistribuir en forma justa el ingreso. Lo hemos hecho, a niveles nunca antes alcanzados.

Avanzar en el camino de la democracia económica implica organizar el poder económico y social de los trabajadores. Para ello, nos hemos empeñado en construir y establecer el área social de la economía. Lamentablemente, no hemos obtenido el despacho de las leyes presentadas que delimitan las áreas social, mixta y privada, como tampoco aquellas que dan seguridad y garantía, y estimulan a los pequeños y medianos productores, comerciantes, empresarios agrícolas o comerciales. Sin embargo, el área social (si no se ha alcanzado plenamente, ha dado ya los pasos necesarios para consolidar una fuerza de producción sólida en manos de los trabajadores) ha permitido crear los consejos de administración, de acuerdo con el compromiso CUT-gobierno. Por primera vez en la historia, los trabajadores dirigen estas empresas fundamentales, que son estratégicas en el desarrollo económico del país.

Avanzar en el camino de la democracia económica significa erradicar el latifundio y la expropiación de cinco millones seiscientos mil hectáreas. Junto a ello se han creado los Consejos Campesinos, para la participación activa, responsable, de los trabajadores de la tierra en los procesos de la producción, en el conocimiento de la marcha de los predios expropiados, en el estímulo de la creación de las cooperativas o las áreas reformadas, para que el campesino sea, fundamentalmente él, el que pueda comprender la tarea que tiene que realizar, ayudando técnica, económicamente, con medios y elementos de utillaje.

Allí está el esfuerzo para entregar cientos de tractores, mecanizando el trabajo agrícola, con insumos y quimificación de la tierra y abonos. Avanzar en el camino de la democracia económica significa organizar al pueblo para que esté presente en la justa distribución y ayuda al control de precios. Así nacieron las JAP, juntas de abastecimiento y control de precios, tan combatidas. Ellas tienen una labor muy clara que, muchas veces lo hemos dicho, no va contra los comerciantes, detallistas o minoristas, sino por el contrario, cooperan con ellos para que puedan recibir en las distribuidoras centrales las mercaderías que requieren, para que además los precios se mantengan dentro de las normas que permitan utilidades justas.

Avanzar en el camino de la democracia económica significa dar vida a los centros residenciales, a las juntas vecinales de cooperación y vigilancia que deben preocuparse de los problemas que

tienen relación con las necesidades esenciales de los vecinos, de la población, que al mismo tiempo sean un factor coordinador de la vida de aquellos que tienen una tarea tan noble y tan grande como es la transformación económica y social del país.

También recibimos como mandato popular incrementar el ritmo de crecimiento económico, pero dando más trabajo y mayores recursos a los trabajadores. Los índices de crecimiento en los últimos años son los más altos que en Chile ha tenido desde hace mucho tiempo. Es decir, y para sintetizar, se nos dio la tarea de cambiar las estructuras económicas y sociales sobre las que se apoyaba el caduco sistema capitalista. Aumentar el crecimiento de las actividades económicas, conjunción prácticamente no lograda fácilmente y quizás —podemos decirlo sin vanidad— no alcanzada en la etapa inicial de un proceso revolucionario hasta ahora; por lo tanto, lo que hemos hecho tiene el sello peculiar de algo propio, de algo nuestro. Además, lo hemos realizado, tal como lo dijéramos, en democracia, pluralismo y libertad.

Valorar el capital humano*

Si para todo régimen político y económico es deber resolver en forma eficaz el problema permanente de la inseguridad de los trabajadores, lo es más para un gobierno cuya extracción popular le señala el imperativo inmediato de proteger a las clases económicamente más débiles del país.

Una de las formas más efectivas que la experiencia ha señalado para realizar esta acción es, sin duda, la implantación del Seguro Social Obligatorio, cuyas ventajas sobre las otras formas de previsión (el ahorro libre y el seguro voluntario) han sido unánimemente reconocidas por los tratadistas, los organismos técnicos de previsión, las Conferencias del Trabajo y la Organización Internacional del Trabajo; a tal punto que se puede afirmar, con esta última institución, que “en todos los continentes y bajo todos los regimenes políticos, económicos y sociales, liberales o autoritarios, capitalistas o colectivistas, se reconoce que el Seguro Obligatorio constituye un elemento esencial de toda política social racional”.

* *La realidad médico-social chilena*. Libro-diagnóstico sobre el tema, que presentó en 1939, siendo ministro de Salubridad del presidente Pedro Aguirre Cerda, fragmentos.

Representa una aspiración social y constituye una verdadera necesidad económica el que este sistema de protección a los trabajadores se extienda no sólo a la población asalariada, sino también a la no asalariada del país, de modo que se la ampare totalmente contra los riesgos sociales y profesionales que amenazan su existencia.

En Chile estamos muy lejos aún de haber obtenido el objetivo enunciado. Podemos afirmar que apenas una parte de la población indigente se encuentra parcialmente amparada contra los riesgos sociales y profesionales, y en cuanto a los asalariados —que constituyen la cuarta parte de los habitantes—, ellos se encuentran sometidos a regímenes de previsión que sólo pueden cubrir una parte de dichos riesgos.

En nuestro país, 44 instituciones de previsión organizadas bajo los regímenes más diversos, que van desde las Cajas de Ahorro —cuya principal finalidad consiste en acumular fondos para imponentes— hasta nuestra Caja de Seguro Obligatorio, agrupan a la totalidad de los obreros y empleados.

De estas 44 Cajas interesa particularmente considerar seis, pues a ellas se encuentran afectos más del 95 % de los asalariados. El resto apenas sirve a más o menos 20.000 imponentes sobre un total de trabajadores y empleados que pasan de un millón.

Los problemas financieros de estos dos grupos de instituciones tal como ellas existen en nuestra realidad son, pues, fundamentalmente distintos.

Las primeras otorgan beneficios para los cuales tienen importancia decisiva una serie de factores eventuales, los riesgos —que miden por determinaciones estadísticas prolijas y complicadas— se otorgan bajo ciertas condiciones reglamentarias de “monto” y “plazo de entrega” a individuos indeterminados en un momento dado, y que sólo adquieren realidad porque, a su conjunto, se le pueden aplicar los principios y las deducciones del cálculo de probabilidades y de la estadística matemática.

Son beneficios individualmente inciertos pero colectivamente cerrados entre límites de valor, cuya determinación corresponde a dicho cálculo y que deben ser tales que su divergencia o desvío no sea demasiado grande, sin lo cual, o bien los fenómenos no están sometidos al azar, condición indispensable de toda estimación de

seguro, ya sean privados o sociales, o bien dichos cálculos no representan en absoluto la realidad.

El segundo grupo de las instituciones mencionadas otorgan individual y determinadamente a las personas los beneficios que contemplan en sus leyes. Cada uno obtiene algo previsible de antemano en todos los casos, existiendo para este sistema el absurdo de que el que “menos” necesita, porque tiene una capacidad de trabajo mayor debido a su longevidad, buena salud, es el que obtiene más, porque es el que goza más largo tiempo de los beneficios de la acumulación individual; produciéndose, a la inversa, que el individuo que posee menos capacidad de trabajo, por enfermedad y, por ende, expuesto al fallecimiento prematuro, es el que acumula menos en beneficio de sí mismo o de su propia familia. Podría pues, este último, llamarse el sistema de la contra-previsión; absolutamente inadmisibles, tanto económica como socialmente.

En este segundo grupo de instituciones no hay, por lo general, un problema financiero por resolver, ya que se acumula solamente lo que el tiempo y el número de imponentes permite; no hay, en consecuencia, un problema social por abordar, o sea, transformar ese sistema absurdo en un sistema compatible con la exigencia cada vez más amplia e intensa de la solidaridad. Cabe, sí, mencionar que a su aspecto negativo en cuanto a previsión viene a agregarse a ellas el grave problema de la desvalorización de las imposiciones acumuladas por individuos que depositan en una cierta moneda, o sea, la unidad monetaria, y retiran posteriormente, muchos años después, sus haberes “nominales” acumulados que, apreciados con ese índice, única medida real de valor, resultan inmensa e injustamente inferiores al sacrificio personal que constantemente se hizo a lo largo de la vida; y especialmente injusto, porque en nada participa para agravar este mal el propio imponente afectado, ya que permanece incapacitado por la ley para impedirlo. Toda la política de inversiones está en manos del Consejo de ese instituto de “imprevisión”.

Muy diferente es el caso de las instituciones de previsión. Completas e incompletas tienen compromisos determinados legalmente con una población de asegurados. Allí existe siempre un compromiso de la institución que se estima por su valor probable y que es aferente a la totalidad de los asegurados, valor que, como se ha dicho, no puede admitir variaciones mayores que un redu-

cido porcentaje de él. E igualmente también debe existir un valor probable de todos los aportes que el Estado, los patronos o los propios imponentes harán en el futuro, para subvenir a los gastos que origine continuamente el plan de beneficios fijados en la ley.

Estos valores probables pueden calcularse ya sea por un tiempo indefinido de la ley, lo que no se hace casi nunca, o para lo que dura en relaciones con la institución afectada, por ejemplo, la totalidad de los imponentes que existan en el momento de la valuación; es decir, hasta que hayan desaparecido en sus relaciones con la Caja, ya sea como derechohabiente de algún beneficio o causante de él, todas las personas que, por cualquier causa, tengan que recibir en el futuro algún beneficio de dicha institución.

Ahora bien, la diferencia entre estos dos valores probables, efectuada en el momento de la evaluación, es lo que constituirá en términos financieros el “superávit” o “déficit” actuarial.

Estas diferencias podrán provenir de varias causas:

- a) Las primas o imposiciones efectuadas no han sido suficientes (estas imposiciones deficitarias agravarán constantemente el déficit y no habrá otro recurso para reabsorberlo que completarlas en las formas adecuadas, tratando al menos de paralizar su crecimiento).
- b) La rentabilidad de los capitales acumulados y que representan las reservas matemáticas correspondientes a los beneficios otorgados y por otorgarse no alcanza a la tasa mínima exigida por los cálculos actuariales.
- c) Por haber considerado como un pasivo necesario de cubrir todos aquellos compromisos que, emanando de las leyes de previsión, no tuvieren oportunamente la contrapartida de aportes correspondientes y que constituyen lo que se llama un pasivo transitorio, a veces de apreciable importancia. De más está decir que no se puede en la mayoría de los casos prescindir de él, ya que envuelve la condición social de poner en funciones la ley para todos los actuales imponentes, que habiendo adquirido un derecho por razones de trabajo, no estuvieran, sin embargo, sometidos a ningún régimen de previsión.

Se comprende, pues, perfectamente que todo régimen de previsión nazca a la vida social tarado ya por considerables déficit actuariales. En primer lugar, toda determinación de primas o imposiciones para una ley nueva es prácticamente ilusoria. Nos es desconocido el medio biodemográfico en que nos encontramos y sería un círculo vicioso pretender fijarlas con exactitud, cuando es precisamente la aplicación de dicha ley la que viene a permitirnos conocer estadísticamente el medio social al cual se aplica.

Como en todo fenómeno económico-social, existe una acción recíproca entre el proceso jurídico que se establece por la ley y las condiciones materiales de vida de los individuos afectados. Determinaciones estadísticas que pudieren efectuarse, si fuera posible, antes del dictado de las leyes de previsión, arrojarían valores muy diferentes a las que darían después de cinco, diez o quince años de su aplicación. Se amplía considerablemente el campo de aplicación de la ley en la medida en que se comprende mejor, en la proporción en que se compenetran más los trabajadores sobre la legitimidad de sus derechos sociales, y perfeccionan así, por su propia acción, no sólo el mecanismo sino el texto mismo de las leyes.

En segundo lugar, la rentabilidad de estos “capitales sociales” no puede alcanzar, en el régimen económico de la producción capitalista, el grado de rentabilidad que alcanzan los capitales privados; y si algo, desde este punto de vista, puede precisamente caracterizar a la actual forma evolutiva de la economía es la transformación lenta aunque irrefrenable que se observa, de gran parte de los capitales privados, a causa de los regímenes mismos de previsión, en auténticos capitales sociales. Sólo basta que a estos últimos se les impulse cada vez más a trabajar simplemente como “capitales en el sentido general”, para que su plusvalía pueda ser repetida con un sentido ampliamente social, ya que lo que caracteriza y determina a un régimen económico es la forma de distribución de la plusvalía total.

La rentabilidad de aquellos capitales está, pues, condicionada a una profunda transformación del orden económico general.

Y en tercer lugar, toda ley de previsión, por los medios mismos en que se desarrolla y las razones que impulsan su progreso, se encuentra permanentemente en un régimen transitorio; o sea, en un régimen que exige ampliaciones cada vez más grandes, ya que ciertos derechos dan inevitablemente nacimiento a otros.

Así pues, todo déficit actuarial tiene solamente una importancia relativa. Mientras a ellos se les conceda un significado estricta y exclusivamente financiero se comete una gran puerilidad. En verdad, ¿qué importancia real tienen cifras determinadas con 40 ó 50 años de anticipación en un medio social que cambia constantemente en su triple aspecto: económico, biológico y jurídico?

No interesa, pues, su monto absoluto, sino su incremento o decremento. El déficit actuarial, en todo caso —y por eso debe ser tan exacto y minucioso como sea posible—, ha de constituir uno de los mejores índices sociales que se puede construir técnicamente, para significar el estado general de una población. Él debe, pues, conducir a políticas urgentes e inmediatas, ya que ese déficit, antes de constituir uno de orden financiero, significa ya en forma inaparente un déficit más grave de orden biológico de la sociedad. No se puede separar en su análisis al biólogo del matemático sin exponerse a considerables errores de apreciación y de significado, y en consecuencia debe ser analizado desde el punto de vista de la correlación permanente que debe existir entre los dos tipos de indemnizaciones que ha de otorgar la previsión social: las de orden económico y las de orden biológico. Ellas serán diferentes en los distintos grupos sociales, pero en ningún caso debe olvidarse que la mayor importancia que tenga la indemnización biológica en el grupo de obreros, por ejemplo, debe superar el límite en que se empieza a menoscabar la indemnización económica mínima necesaria a este grupo de asalariados. Cuando esto tiende a suceder —y es lo que pasa actualmente en el Seguro Obrero—, hay que recordar también otro principio fundamental de orden social que nos dice que las prestaciones de orden biológico no pueden ser únicamente obligaciones de las instituciones de previsión, sino que afectan a la responsabilidad total de la nación. Hay, pues, que ir a tomar medidas generales de todo orden cuando los déficit tiendan a desplazarse desde el orden financiero al orden demográfico.

Estas consideraciones generales permitirán apreciar en su justo valor el estado financiero de la previsión en el país.

La Caja del Seguro Obrero tiene actualmente un déficit, al 30 de junio de 1939, ascendente a \$ 549.000 millones. Este mismo déficit ascendía al 30 de junio del año anterior sólo a \$ 321.000 millones; lo que nos indica un crecimiento, a primera vista grave en un año de plazo, de \$ 228.000 millones.

La ley de la Caja, como se ha expresado en la parte expositiva de este estudio, divide la forma de financiarse los beneficios que ella otorga en dos regímenes distintos. Los de orden médico figuran entre los beneficios financiados a prorrata; los restantes, financiados por un régimen de capitalización. En el hecho, sin embargo, ellos no funcionan separadamente; lo que sucede es que los beneficios a prorrata, es decir, los que podrían llamarse indemnizaciones de orden biológico, superan ya en forma considerable las cuotas que según los principios actuariales estrictos se les debía asignar. A eso, pues, corresponde el incremento —de otra manera inexplicable en un balance actuarial— de ese déficit en curso del año 1938-1939.

Pero ese déficit así constituido está acusando, por sí mismo, que parte considerable de su monto se forma por motivos de orden biológico general, y especialmente por la morbilidad, consecuencias de variadas causas que no es el caso volver a enumerar. La necesidad de su absorción debe, pues, conducir a una política sanitaria mucho más eficaz. Si esto puede obtenerse, el déficit determinado no tiene en verdad mayor importancia. Lo que deberá hacerse, no por una combinación técnica de los actuales recursos que fija la ley, ya que son insuficientes, sino por un aumento de ellos, que permita mejorar con su gestión gran parte de ese déficit biológico de la población.

La creciente necesidad de proteger y cuidar la capacidad de trabajo del obrero, cada vez más amenazada por el considerable desarrollo del industrialismo y sus conocidos resultados (bajos salarios, mala vivienda, trabajo intensivo y en gran escala), ha originado, en los países de estructuración económica capitalista, el establecimiento de los seguros sociales que ya hemos estudiado, y junto con ellos el Seguro de Accidentes del Trabajo.

En Chile, la primera disposición legislativa sobre Accidentes de Trabajo fue la Ley 3170, de fecha 27 de diciembre de 1916, que consultaba sólo parcialmente la doctrina del riesgo profesional, por lo que tuvo un campo de aplicación muy reducido y no pasó de ser una manifestación de buena voluntad.

Ella contemplaba como instituciones aseguradoras a sociedades chilenas de seguro con suficiente garantía y asociaciones mutuas patronales. Excluía entre los accidentes reparables a los ocasionados

por la culpa grave de la víctima y entregaba su determinación a la justicia ordinaria.

El 8 de septiembre de 1924 se dictó la Ley 4055, que modificó la anterior, estableciendo la doctrina del riesgo profesional en forma más completa, y esta ley se encuentra vigente con algunas modificaciones introducidas por los decretos N.º 379, 238, 235, 1123, 1165, etcétera.

La ley en referencia contempla, además del riesgo de accidentes de trabajo, el de las enfermedades profesionales, y agrega a las sociedades a primas fijas y mutualidades patronales, que eran las únicas instituciones aseguradoras, la Caja Nacional de Ahorros. Por otra parte, ella mantiene el sistema facultativo de seguro.

Las condiciones en que se desenvuelve este seguro, que cubre un riesgo de trascendencia social y público como es el de accidentes del trabajo, importan un inexplicable estado de cosas, ya que la reparación del riesgo que en mayor proporción y gravedad afecta a la capacidad de trabajo del obrero, ya sea en forma súbita (accidente) o más lenta, ocasionada por productos nocivos industriales (enfermedad profesional), se encuentra en manos de entidades comerciales, que participan de las características que se expresan a continuación.

1. Tienen una finalidad mercantil o de lucro, pues sus utilidades están destinadas a incrementar haberes particulares.
2. La prevención en los accidentes y enfermedades del trabajo no existe, o de existir se supedita al fin comercial de la empresa.
3. La protección del trabajo contra estos riesgos no puede ser sistemática ni organizada.
4. La entidad comercial particular de Seguro no tiene mayor interés en la reeducación y recuperación de los accidentados.
5. Las indemnizaciones se calculan sobre el salario anual del accidentado, el cual se presume no puede ser inferior a 900 ni superior a 3.600 pesos al año.
6. La incapacidad temporal se indemniza con un máximo de 1.800 pesos, en caso de que tenga un año de duración, y la

incapacidad permanente se indemniza con un máximo de 7.200 pesos, de una vez, y esto solamente en los casos excepcionales en que llega a ser total.

Es decir, que un obrero accidentado, en el mejor de los casos, debe satisfacer sus necesidades personales y las de su núcleo familiar con la suma irrisoria de seis pesos diarios, durante un año o con un total de 7.200 pesos para toda su vida, en el caso de la invalidez absoluta. Y si ésta es la situación del obrero, se comprenderá cuánto más injusta y precaria es la de los aprendices, quienes, por su calidad de tales, que los hace ser inhábiles en el manejo de los instrumentos de trabajo, están más expuestos a los riesgos de accidentes y sólo son indemnizados de acuerdo con sus salarios ínfimos.

Se ve, por estas cifras, que el monto de las indemnizaciones es bajísimo, cubre el riesgo sólo de una mínima parte, y no cumple la finalidad social que le corresponde a una ley de esta naturaleza.

Hemos expresado ya en el curso de este trabajo que la salud depende directamente de los factores económico-sociales, del medio ambiente.

Su equilibrio se mantiene mediante la armónica relación de tres sectores:

- A. Un estado económico individual suficiente para el desarrollo biológico normal.
- B. Buen estado sanitario ambiental.
- C. Existencia de los medios técnicos necesarios para la conservación de la salud o su reintegración una vez perdida.

La ley 6174 de Medicina Preventiva —que tiene por objeto descubrir precozmente algunas enfermedades crónicas, cuando todavía hay posibilidades de curación— debe ser considerada como un buen medio técnico de lucha, aunque con las limitaciones que más adelante analizaremos.

No se la puede denominar con exactitud Ley de Medicina Preventiva, por cuanto el concepto científico de esta denominación involucra la atención integral de la salud. Una verdadera medici-

na preventiva debe comprender a todos los individuos desde su gestación a su fallecimiento, y la Ley 6174 se refiere únicamente a los imponentes activos de las Instituciones de Previsión, quedando fuera de sus beneficios los imponentes pasivos y los individuos que no imponen en Caja alguna. No considera asimismo los factores salario e higiene ambiental, cuya importancia señalamos.

Además, colocándose fuera del concepto amplio de la previsión de las enfermedades, la ley se preocupa solamente de determinados tipos de afecciones crónicas, quedando al margen de su atención las personas afectadas por cualquier otra.

Las modalidades que rigen los contratos de trabajo han determinado que, en la mayoría de los casos, los individuos sometidos a reposo en virtud de la ley son despedidos al regresar al empleo, ya sea por temor al contagio o por suponer disminuida su capacidad de trabajo. Esto está en vías de remediarse, debido a un proyecto de ley presentado por el diputado doctor Raúl Morales Beltramí, en el cual se prohíbe el desahucio de un asalariado que se encuentra en el caso antes dicho, dentro de cierto plazo.

Por otra parte, los empleadores han creado frente a la ley un arma de defensa. Los servicios médicos contratados y mantenidos por éstos se preocupan de eliminar al enfermo o candidato a enfermo en los momentos mismos en que buscan trabajo; y, como requisito previo a cualquier contrato que han de celebrar con los empleadores, está el examen médico de admisión. Ha aparecido así una clase de cesantía, la más peligrosa de todas, la del enfermo o candidato a enfermo, indigente y huérfano de todo recurso para subvenir a sus necesidades orgánicas y aumentadas por las propias de su enfermedad.

El angustioso panorama demográfico y sanitario del país debe hacer reflexionar hondamente a todos los chilenos; a ricos y a pobres, a izquierdas y a derechas; a gobernantes y gobernados. La salubridad nacional es uno de aquellos problemas cuyas consecuencias afectan a unos y a otros. Ninguna clase social, por muy defendida biológicamente que esté, puede sentirse inmunizada a las epidemias y exenta de pagar tributo a las enfermedades infecto-contagiosas. Las condiciones ambientales afectan a todos los seres. Es cierto que las personas biológicamente bien dotadas resisten mejor los estímulos patológicos de un ambiente malsano, pero no

es menos cierto que el bacilo, el contacto infeccioso, el agente transmisor, acecha y ataca sin distinción a todos los habitantes.

Es posible que este cuadro escueto de nuestra realidad sanitaria llene de estupor a muchos de nuestros conciudadanos; no creo que haya alguien que tenga un ademán de indiferencia ante la magnitud de él. Es posible que otros reaccionen tratando de buscar culpables en esta especie de tragedia invisible del pueblo. No pocos se resignarán ante el consuelo de que otros países sufren males parecidos.

Nosotros no podemos conformarnos con lamentar la triste realidad presente. Es menester que se ponga a prueba la vitalidad del organismo nacional y la capacidad de las masas populares, con el fin de reivindicar las cualidades de la raza y el derecho a vivir como pueblo culto. Es necesario que la nación toda reacciones movilizándose en el sentido de reparar todos los errores, malos e imprevisiones; que todas las fuerzas y reservas económicas, morales y espirituales de los habitantes empujen y afronten una acción conjunta para sanear el país, para establecer condiciones que permitan al hombre chileno desarrollar sus actividades dentro de un medio favorable, para iniciar una lucha tenaz contra los flagelos y vicios, para llevar hasta los más apartados rincones los adelantos de la ingeniería sanitaria y de la medicina social.

La crudeza con que hemos analizado la realidad nacional tiene por objeto dar a conocer toda la magnitud del problema, pesar la herencia que hemos recibido, medir las proyecciones y estudiar las soluciones que más convengan.

Yo sé que estamos muy distantes de aquellos días en que se consideraba impolítico y antipatriótico el que un ministro de Estado mostrara a sus conciudadanos la verdad descarnada de los hechos. Ni tal es el pensamiento que hoy informa la mentalidad pública, ni hay otra manera de conocer y examinar las realidades biológicas de un pueblo.

En materias como ésta no puede haber subterfugios, ni simulaciones.

La higiene social, la salubridad pública, la medicina no admiten transacciones.

Las enfermedades, la desnutrición, el alcoholismo, las endemias y epidemias y la ignorancia actúan y corroen por debajo y

por dentro de todas las apariencias y son inexorables en sus efectos. Nuestro país ha sido víctima de ello y a ese hecho se debe que estemos ante una realidad médico-social que alarma.

El capital humano, que es la base fundamental de la prosperidad económica de un país, ha sido subestimado y ha estado abandonado a su propia suerte. Ahí radica principalmente la causa de que nuestra población haya aumentado tan escasamente; ella debe ser mejorada y acrecentada a base del número y de la calidad de los habitantes autóctonos; su crecimiento progresivo es la condición primera de la prosperidad de un país, y resulta del estado de salud y de cultura de sus componentes.

En términos históricos, los países se valoran por la calidad de sus habitantes y por el volumen de su población, antes que por sus disponibilidades materiales. Cualquier plan de gobierno requiere una población densa, sana, capaz de producir y de hacer florecer el desarrollo industrial y económico. Esta es la misión del capital humano.

Toda otra forma de riqueza: materias primas, instrumentos de trabajo y demás, pierde su significado para el país que las posee, si no dispone de hombres capaces de valorizarla y defenderla; si no cuenta en suma con un pueblo robusto y fuerte que le dé destino.

Nuestro capital humano ha sido, pues, seriamente afectado por el abandono y la imprevisión sociales. Tenemos, desde luego, casi la más alta mortalidad infantil y adulta del mundo, comparable sólo con la de los países más atrasados. El censo de morbilidad es pavoroso, sin que haya sido posible aún disminuir, en términos apreciables, los estragos de la tuberculosis, de la sífilis, de las enfermedades infectocontagiosas. El aumento vegetativo de la población está por debajo de lo normal, lo que hace que, en 60 años, Chile apenas haya aumentado su población de 2.075.871 habitantes en 1876 a 4.200.000 en 1936. El término medio de la vida del habitante chileno, a través de las estadísticas, alcanza a lo sumo a 24 años, en tanto que en Suiza, Alemania, Dinamarca, Inglaterra, sobrepasa los 50.

El enorme número de muertes y la subida cuota de morbilidad que registran nuestros índices demográficos, aparte de determinar el estancamiento de la población, influyen en el volumen de la producción y afectan grandemente las posibilidades económicas

generales, porque las horas de trabajo que se pierden y la disminución de consumo que representan significan una merma considerable en la riqueza nacional.

Nuestra patología social evidencia que se elimina del trabajo al 20 % de la población activa, reduciendo en una cifra más o menos igual el valor de la producción nacional. Esto es lo mismo que si la quinta parte de los trabajadores se hallaran en huelga, y, sin embargo, ni los patrones ni la sociedad se sienten conmovidos, ni se afanan en buscar las causas y sus remedios. Sumemos a esto la cesación transitoria del hombre de trabajo que enferma temporalmente, o de aquel cuya insuficiencia orgánica no ha llegado a expresarse en un accidente mórbido.

Agreguemos, finalmente, el enorme porcentaje de desnutridos y subalimentados donde encuentran campo propicio las epidemias y las calamidades; la carencia de abrigo y la vivienda; la reducida cuota de organización que existe en el país; el incipiente desarrollo de la eugenesia entre los habitantes; el número subido de analfabetos, y tendremos, entonces, las verdaderas proyecciones de la realidad social de Chile.

Los gobiernos pasados consideraron la necesidad de la salubridad nacional como gastos postergables y de importancia secundaria. No quisieron jamás prevenir; ni detenerse a pensar que el capital humano, que es la base de toda riqueza, constituye la más alta responsabilidad de un Estado moderno.

Todo espíritu progresista tendrá que convenir, con el ministro de Salubridad, que no se debe perder más tiempo y que hay que planificar, organizar y poner en marcha la gran empresa restauradora de la nacionalidad en sus tres aspectos fundamentales: mejoramiento económico efectivo de las clases laboriosas; intensificación y extensión de las medidas de profilaxis y de salubridad nacional, e intensa campaña de alfabetización en las capas ignoras del país. Para realizar toda esta inmensa labor se creó el Frente Popular.

Ya la Convención Médica de Chile, reunida en 1936 en Valparaíso, había declarado que “nuestra estructura económico-social debe sufrir modificaciones fundamentales para asegurar al hombre condiciones óptimas de bienestar a través de una equitativa distribución del producto del trabajo”; declaró también que el Estado debe regular “la producción, distribución y precio de los artí-

culos de alimentación y vestuario”, afirmó que “la habitación, como propiedad, es por esencia una función social y el Estado debe intervenir en la fijación de los cánones y calidad de las habitaciones”; afirmó, finalmente, “que los problemas del trabajo deben constituir una preocupación médica por las desastrosas condiciones en que se realiza, por la alta cifra de morbomortalidad que se registra en las clases laboriosas, y por la deficiente reglamentación que rige las relaciones entre el capital y el trabajo”. Con lo cual quiso significar que la solución del problema médico-social del país requería precisamente la solución de los problemas económicos que afectan a las clases proletarias.

Con la franqueza que ha caracterizado su acción política y perfectamente compenetrado de su responsabilidad presente, el ministro de Salubridad advierte, pues, que debe considerarse al país en estado de emergencia, y señala la imperiosa necesidad de arbitrar todos los medios para conjurar este peligro que amenaza la existencia misma de la nación. Es necesario que las clases poseedoras contribuyan sin regateos, por la seguridad de ellas mismas. Es necesario que todos y cada uno de los ciudadanos secunden la enorme tarea de levantar económica, sanitaria y culturalmente al país, con lo cual se habrá hecho el más digno y efectivo bien a la República.

Participación popular*

El proceso de cambios que caracterizó a 1971 se ha acelerado en los últimos 12 meses. La transferencia del poder económico hacia la clase trabajadora continuó realizándose en la forma anunciada en el Programa de Gobierno. Mientras en 1971 se erradicó de nuestra patria a las empresas imperialistas que controlaban las riquezas básicas, en 1972 se acentuaron los cambios internos. Fue profundizada la Reforma Agraria, se incorporó al Área Social parte de las empresas monopólicas, se completó la nacionalización de los bancos, algunos consorcios de la distribución mayorista fueron puestos bajo control estatal.

El pueblo empezó a organizarse a fin de cooperar a distribuir justa y equitativamente los productos esenciales.

En el curso del último año ha sido expropiada prácticamente la casi totalidad de los fundos de más de 80 hectáreas de riesgo básico, los que han pasado a manos de los campesinos. La ancestral oligarquía terrateniente ha perdido la base económica de su poder. En ese período, 1.192 predios expropiados se sumaron a los del año anterior, completándose un total de 3.570. Los campesinos

* Tercer mensaje al Congreso Nacional, 21 de mayo de 1973, fragmentos.

han conquistado, de este modo, cinco millones de hectáreas, con lo que, considerando lo hecho antes de mi gobierno, el 35 % de la superficie agrícola total del país está hoy en el sector reformado.

Un proceso de desarrollo de nuevas relaciones sociales ha quedado abierto en el agro. El número de asentamientos duplica al que había en 1970. Se han creado más Centros de Reforma Agraria y de Producción. A fines de 1972, sobre un total de 275 comunas agrarias, se habían constituido 253 Consejos Campesinos. También se establecieron por la base de los Consejos Provinciales Campesinos de Ñuble, Colchagua, Bío-Bío, Malleco, Cautín, Valdivia y Magallanes. Las Cooperativas Campesinas se elevaron a casi 300.

Todo ello aparece animado por el creciente vigor del movimiento campesino. Hoy es mucho mayor el número y la capacidad de movilización de las Confederaciones, los Sindicatos de Trabajadores Agrícolas y Consejos Comunales. La cantidad de miembros de las organizaciones sindicales campesinas es del orden de los 278.000, es decir, 33 % más que en 1971 y 168 % superior al existente en 1969.

El sector minero, básico para el desarrollo económico del país, al fin podemos decirlo, es de los chilenos. No sólo respecto de la Gran Minería es válida esta afirmación. En la Mediana Minería, fueron incorporadas al Área Social, a través de ENAMI, las principales minas, como Merceditas, Sauce, Manto Verde, Disputada, La Africana y otras tantas. Chile ha asumido la responsabilidad de la explotación, procesamiento y comercio de sus recursos mineros. Tarea que constituye un desafío para la capacidad económica existente en el país y que debemos cumplir en forma óptima, superando dificultades objetivas y errores. Durante este gobierno, a pesar de todo, la producción de cobre de la Gran Minería ha bordeado en 1972 la cifra de 600.000 toneladas, contra 540.000 en 1970. Estamos produciendo 50.000 toneladas más que antes, aumento que dista mucho de dejarnos satisfechos.

En lo que se refiere a las empresas industriales estratégicas, la resistencia de los propietarios privados al alcance del programa revolucionario se ha hecho cada vez más ostensible y enconada. Definidos por el gobierno los límites del Área Social Industrial; determinado el número de identidad de las empresas que deben integrarlas, los sectores afectados han recurrido a todos los medios a

su alcance para entorpecer su constitución. No obstante, en la industria manufacturera el Estado controlaba en 1970 apenas el 3 % de la producción y hoy controla sobre el 30 %. Están incorporadas al Área Social más de 200 empresas, incluidas las que eran propiedad pública antes de 1970.

El ingreso al Área Social de un centro productivo representa un hecho absolutamente distinto a un simple cambio de patrón. Es el comienzo de una transformación radical en las relaciones de trabajo y en el modelo organizativo, cuyo desarrollo va a ocupar durante muchos años a los trabajadores. Los mecanismos de participación son el símbolo del desaparecimiento del poder empresarial. Son la dignidad del hombre de trabajo y su labor creadora las que están contenidas en el proceso de socialización de los medios productivos. Las formas concretas que adopte la participación deben adaptarse a las circunstancias cambiantes. La experiencia adquirida por los trabajadores y autoridades administrativas en los dos años de práctica del convenio CUT-gobierno sugiere la necesidad de corregir numerosos efectos y la instauración de nuevos métodos. Del deber nacional de los trabajadores deben surgir proposiciones concretas para este pilar fundamental de nuestra política.

Otro sector que ha experimentado cambios esenciales es el sistema bancario-financiero. Más del 90 % del crédito está bajo el control público a través del Banco Central y de los bancos nacionalizados, lo que ha permitido su democratización y el acceso a él de los medianos y pequeños productores.

En el área de la distribución, el Estado controla apenas un tercio del comercio mayorista; pero se ha organizado un conjunto de empresas, como DINAC, llamadas a cooperar decisivamente en la racionalización del consumo. Ya no se atiende sólo a los barrios privilegiados. La distribución es directa en los sectores donde existe comercio establecido. El desarrollo de las Juntas de Abastecimientos y Precios permite que la población asuma, junto con los comerciantes, la responsabilidad de asignar mejor los artículos fundamentales; la Secretaría Nacional de Distribución realiza una labor que progresivamente hará posible atender en forma racional su abastecimiento. Lo alcanzado con la valiosa cooperación de las Fuerzas Armadas es parte de la gran tarea que tenemos que cumplir.

El papel del Área Social en las importaciones y exportaciones también se ha incrementado, lo que ha permitido disminuir severamente las adquisiciones suntuarias y el desaprovechamiento de divisas.

Ante los países del Tercer Mundo que comparten nuestra situación, demostramos que nuestro pueblo es capaz de asumir la dirección económica de Chile. Los trabajadores están destruyendo, en los hechos, la imagen distorsionada que habían creado los que siempre mandaron: latifundistas, banqueros, monopolistas y portavoces del imperialismo.

Desplazada la clase dominante de los latifundios, de los bancos y de la industria monopólica, ha desviado parte de su poder económico a la especulación; organiza y fomenta el mercado negro; acapara mercancías; causa escasez artificial; incentiva la psicosis de consumo; provoca la desconfianza y estimula la espiral inflacionista. Son varios miles de millones de escudos los que tiene consagrados a estas dolorosas actividades y no a las productivas propias de las Áreas Mixta y Privada.

Pero el hecho más relevante consiste en que las transformaciones estructurales y la transferencia del poder económico hacia las organizaciones populares han abierto el camino de la socialización del poder político. La jerarquía, la autoridad y el orden burgués han perdido su vigencia ante los trabajadores, quienes se esfuerzan por crear, dentro del régimen institucional del Estado y su normativa legal, un orden y una disciplina que repose socialmente en ellos mismos. Comités de Dirección del Área Social, Consejos Comunales Campesinos, Consejos de Salud, Consejos Mineros, Juntas de Abastecimientos y Precios, Cordones Industriales, Comandos Comunales, etcétera, son otras tantas manifestaciones de esta realidad surgida después de 1970. En pugna con la estructura de la antigua clase dominante, las instituciones de la naciente organización social están buscando, ensayando, criticando y recreando su propio estatuto de trabajo y disciplina.

La responsabilidad de los trabajadores en el gobierno*

Estamos aquí en este día que tiene una profunda y honda significación; que es trascendente porque están aquí ustedes, trabajadores de Chile, junto con nosotros; porque estamos aquí gobierno y pueblo y, por serlo, interpreta las ansias y los anhelos de las grandes mayorías.

Hemos llegado al gobierno y avanzamos a la conquista del poder. La diferencia con el pasado es notoria, no sólo por la concentración multitudinaria que desde aquí diviso, que triplica y quizás aumenta en cantidad superior a los actos realizados otros años, sino porque veo a miles y miles de mujeres. A ellas les rindo homenaje en dos ancianas que hace más de una hora las estoy observando, y que han llegado con su cansancio de siempre a decirnos, con su ejemplo, cómo sienten y apoyan al Gobierno Popular.

Saludo a los representantes que han venido de otros países en su calidad de dirigentes sindicales, trayendo a los nuestros su pa-

* Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del Día del Trabajo, 1 de mayo de 1971, fragmentos.

labra solidaria. Saludo a los personeros de países amigos, diplomáticos o jefes de misiones comerciales, y destaco un hecho muy significativo y me enorgullezco de hacerlo: la presencia de esta tribuna del jefe de la Iglesia chilena, cardenal Raúl Silva Henríquez. Ello implica un hecho de profundo contenido, porque él tiene conciencia de que en el gobierno del pueblo han sido y serán respetadas todas las creencias. Siendo mayoritaria la Iglesia Católica chilena, recibe el cariño popular porque cada vez su verbo está más cerca del pensamiento de Cristo.

Algo grande y trascendente ha sucedido en la patria con la victoria del 4 de septiembre. No ha sido un hecho casual; ha sido el esfuerzo sacrificado y anónimo de millares y millares de chilenos que tuvieron fe en ellos mismos, que creyeron en los partidos populares y que entendieron la gran tarea histórica que debemos cumplir. Éste ha sido el fervor de las generaciones y generaciones que supieron de la cárcel, del destierro y de la muerte, para darnos la posibilidad de llegar al gobierno y conquistar el poder. Pero la victoria alcanzada en las urnas implica una gran responsabilidad, y yo quiero que se entienda muy bien, muy claramente. Desde luego, que se sepa, que se aprecie, que se medite lo que significa que un pueblo por vez primera en la historia, dentro de los cauces legales y de las leyes de la democracia burguesa, haya alcanzado el gobierno para transformar la sociedad e ir abriendo camino a las profundas transformaciones estructurales que conduzcan al socialismo. Reitero: es la primera vez que esto acontece. Queremos que las libertades políticas así conquistadas se transformen en libertades sociales. Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no se destruye absoluta y totalmente un régimen o un sistema para construir otro; se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas. Es conveniente que eso se entienda y se adentre en la conciencia de cada uno de ustedes.

Las conquistas políticas las mantendremos, porque el pueblo las alcanzó en sus luchas y las consagraron las leyes y la Constitución chilenas. Y los logros positivos en el orden económico, derivados del gobierno Popular de Pedro Aguirre Cerda y expresados en el acero, en el transporte, en energía, combustibles y electricidad, serán punto de apoyo, para extenderlos y organizar el capital social de que tanto hemos hablado.

En otro sentido, es conveniente no olvidar jamás que tenemos un compromiso y que lo vamos a cumplir: acatar el derecho de opinión, el derecho a crítica.

Quiero recordarles que tenemos un programa y que vamos a cumplirlo cualesquiera sean las dificultades que tengamos que vencer. Para que Chile rompa el retraso, la cesantía, la inflación, la miseria moral y fisiológica; para que el niño tenga futuro y el anciano tranquilidad, debemos aprovechar los excedentes que producen economías e invertirlos planificadamente en el desarrollo económico y social de nuestro país. Por eso es que son fundamentales las nacionalizaciones para fortalecer el área de la economía social de la que habla nuestro programa. Por eso vamos a nacionalizar las riquezas fundamentales en manos del capital foráneo, así como los monopolios que actualmente detenta el capital extranjero o el gran capital nacional.

Queremos hacerlo en función de las necesidades de Chile y del pueblo, de nuestra capacidad técnica para mantener las empresas estratégicas, no en iguales, sino en más altos niveles de producción. Es esencial entender esto y también darse cuenta de que es el gobierno el que debe acelerar o detener este proceso de acuerdo con la realidad. Y yo apelo a la conciencia de los trabajadores para que entiendan que es ese, su gobierno, el que fija la técnica de cómo proceder y que deben dispensarle la confianza necesaria para que pueda alcanzar las metas que se ha trazado.

Estamos abriendo en Chile un nuevo horizonte para ustedes. En los sectores social y mixto de la economía, los trabajadores dejarán de ser simples asalariados. Óiganlo bien, van a dejar de ser simples asalariados para integrarse, junto con los representantes del Estado —que son ustedes mismos—, a la dirección de esas empresas, respetando la organización sindical, que tiene una actividad diferente. Si planteamos eso respecto del Área Social y del Área Mixta, debe entenderse que es fundamental que en las empresas privadas funcionen comités de producción. Hay en el país más de 35.000 empresas, y nosotros, en esta etapa, tan sólo vamos a nacionalizar menos del 1 % —óiganlo bien—, y en Chile existen 35.000. Por lo tanto, debe comprenderse que la actividad de las empresas no nacionalizadas, las empresas medianas y pequeñas, es indispensable en el proceso del desarrollo económico. Queremos que en ellas haya comités de producción, porque el trabajador no

es una máquina, es un ser humano que piensa, sufre, tiene esperanzas y puede contribuir al mejoramiento de la producción, aun en esas organizaciones.

Cuando yo hablo de ampliar el poder político, pienso que, más allá de los límites de la Unidad Popular, hay miles y miles de ciudadanos que pueden estar junto a nosotros; hay cientos y miles sin domicilio político; y hay otros que, teniéndolo, no pueden olvidar ni los principios, ni las ideas, y por eso yo los llamo fraternalmente, limpiamente, a trabajar por el Chile nuevo y por la patria mejor, que queremos para todos los chilenos.

Consolidar y ampliar el poder popular supone vitalizar los partidos populares, sobre la base de hacer efectiva la unidad, para mantener un diálogo ideológico, político, crítico, pero con lealtad y no mirando la parcela partidaria, sino la gran responsabilidad común que enfrentamos.

Fortalecer el poder popular y consolidarlo significa hacer más poderosos los sindicatos, con una nueva conciencia, la conciencia de que son un pilar fundamental del gobierno; pero que no están dominados por él sino que, conscientemente, participan, apoyan, ayudan y critican su acción.

Significa fortalecer el poder popular, organizar la movilización del pueblo, pero no tan sólo para los eventos electorales; movilizarlo diariamente porque el enfrentamiento de clases se produce todos los días, a todas horas, minuto a minuto.

Por eso tenemos que tener conciencia: *la revolución no se hace en las palabras, compañeros, se hace en los hechos*. Y hacer la revolución no es tan fácil, si no ya la habrían realizado otros pueblos, en otras latitudes o en este continente.

Se necesita tener el nivel político, la responsabilidad necesaria para entenderlo; no basta hablar de la revolución. Hay que hacer la revolución interior, que le dé autoridad a uno para poder exigirles a los demás, y por eso les hablé así en el día 1.º de mayo, con pasión, frente a la responsabilidad que tenemos nosotros ante Chile y ante la historia. Nuevas metas, más organización, más disciplina, desprendimiento, no egoísmo; superar el horizonte pequeño de cada empresa, industria o de cada cerco para mirar el problema de clases en su conjunto, sean campesinos, obreros, empleados, técnicos o profesionales.

Cuando hablo de trabajadores, hablo de campesinos, obreros, empleados, técnicos, intelectuales, profesionales. Hablo de pequeños, medianos empresarios, individuales y comerciantes. *La responsabilidad la tienen los trabajadores.* Lo que debilita divide a los trabajadores, debilita al gobierno, y tienen que entenderlo. Lo que fortalezca a los trabajadores, fortalece al gobierno, y tienen que entenderlo. El futuro de la Revolución chilena está, hoy más que nunca, en manos de los que trabajan. De ustedes depende que ganemos *la gran batalla de la producción.* El gobierno, día a día, muestra lo que es capaz de hacer. Pero no podrá realizar más si no contamos con el apoyo, la voluntad consciente y revolucionaria de ustedes, compañeros trabajadores.

La revolución necesita la presencia de la mujer*

*P*eriodista: *La mujer en el nuevo proceso socialista es muy importante. ¿De qué manera el gobierno está proveyendo medidas para integrarla más activamente al nuevo proceso?*

Allende: Agradezco su pregunta. Quisiera disponer de más tiempo; trataré, porque lo encuentro muy importante, de sintetizar—cosa que me cuesta— mi pensamiento y la realidad.

Creo que la revolución sin la presencia de la mujer no puede ni afianzarse ni desarrollarse; por lo tanto, para nosotros, la presencia de la mujer es fundamental en el proceso que vive nuestro país. Además, en el régimen capitalista, sin discusión, la mujer está en condiciones de inferioridad frente al hombre, y se hace más evidente en los países como el nuestro.

Inferioridad jurídica, inferioridad en cuanto a remuneraciones; a igual trabajo, la mujer no gana lo mismo que el hombre, gana

* Conferencia de prensa en la sede de la ONU, 4 de diciembre de 1972, fragmentos.

menos; la mujer no tiene capacidad plena desde el punto de vista jurídico; la mujer, además, sufre las consecuencias de una moral injusta, la sufre ella y la sufren sus hijos.

De nuestros países, puedo poner el ejemplo de Chile que es un país que tiene una tradición institucional muy seria donde la mujer ha alcanzado niveles que no ha alcanzado en otras partes. Cuando estoy diciendo esto, quiero dar un antecedente a los señores periodistas, que les permita formarse una idea. El Congreso de Chile tiene sus 160 años de vida ininterrumpida. Sólo Estados Unidos e Inglaterra en el mundo tienen congresos de más larga data que el nuestro; sin embargo, en Chile la mujer está en condiciones de inferioridad ante la ley; nosotros hemos enviado un proyecto de ley para igualar a la mujer con el hombre.

Enseguida —y esto sí que es doloroso—, las legislaciones de nuestros países consagran diferencias entre los hijos. Por ejemplo, hay hijos naturales, hijos legítimos e ilegítimos. ¿Qué culpa tiene el hijo? Además, a nadie, supongo, le parecería impropio que lo diga, la mujer tiene menos expectativas de trabajo, de educación en nuestros países. Jamás, por lo menos técnicamente, científicamente, se le ha hablado de los problemas de la vida y sufre consecuencias de las lacras sociales. Entonces, los problemas de la prostitución y del aborto —cosa que se puede tratar aquí con respeto, pero con realidad— tienen una densidad que golpea muy fuertemente en muchos países. Claro que esas cosas se callan, pero nosotros las hablamos. Y las puedo hablar porque soy médico; he sido cinco años presidente del Colegio Médico de mi patria, y he sido profesor de medicina social.

La madre soltera, por ejemplo, es un drama; marginada de la posibilidad de tener trabajo; marginada de la vida; golpeada por una moral injusta.

La irresponsabilidad del hombre que engendra un hijo en nuestros países marca también lo que es una moral injusta.

Por ello, para nosotros, preocuparnos de la mujer es preocuparnos de un factor esencial, y la mujer en un proceso revolucionario es la que más tiene que ganar. Si hay alguna cosa que nos interesa, es precisamente enseñarles a los hombres de nuestra patria el respeto que le deben a su mujer, a las mujeres; y bastaría que pensarán en sus madres para que lo tuvieran.

La economía de Chile reclama una Reforma Agraria*

Fui candidato a los partidos populares y, en las provincias agrícolas del país, obtuve una votación sin precedentes. El campesino chileno se ha movilizado. No se movilizó, como lo han dicho, artera y cobardemente, algunos editorialistas en cierta prensa llamada seria, porque alguna vez un hombre responsable de los partidos populares les había ofrecido potreros pertenecientes a determinados propietarios. Eso jamás sucedió.

Tuve especial interés en ser yo, el candidato de los partidos populares, quien planteara al país la reforma agraria. Dicha reforma, señor presidente y señores senadores, es un hecho social y económico imposible de detener en el país. Pero la planteé siempre con la responsabilidad del hombre que ha estudiado, junto con sus compañeros, esta materia; convencido de que la economía de Chile reclama una reforma agraria; con plena conciencia de que la realidad social chilena la exige. Y por eso ha repetido, hasta la saciedad, que estamos gastando 100 millones de dólares al año para

* Intervención en el Senado de la República, 10 de diciembre de 1958, fragmentos.

traer alimentos que podríamos producir. Señalé la necesidad de esta reforma porque conozco, como médico, los déficit de alimentación. Sé cómo está marcado el niño proletario, y conozco las diferencias que existen entre los niños que van a las escuelas primarias y los de las preparatorias de los liceos. Es decir, lo hice con patriótico fervor, para evitar que mañana la insurgencia sin destino vaya, quizás, a caer en la violencia y puedan segarse vidas injustamente. Por eso hemos reclamado una preocupación seria sobre la reforma agraria. Y demostraremos esta necesidad con hechos, mediante datos irrefutables de la FAO y de la CEPAL, que expon-dremos en la próxima semana.

Pero mientras tanto, con emocionada gratitud, recuerdo al esforzado trabajador del campo que rompió su silencio y, gallardamente, frente a la amenaza del patrón, con desprecio hacia el cohecho y a la prebenda, votó limpiamente por una realidad que reclama, de generación en generación, la posibilidad, siquiera, de trabajar mañana un pedazo de tierra para él y para sus hijos.

Por eso queremos, mediante este proyecto, establecer el reajuste del salario vital del campesino. Cuesta imaginar hasta qué punto es brutal el desnivel de los salarios entre los trabajadores agrícolas. Deseamos terminar con la burla que muchos patrones agrícolas hacen de la asignación familiar, y que ésta sea pagada directamente a los campesinos. Queremos, señor presidente y señores senadores, que el campesino tenga derecho a organizarse.

Queremos que el campesino adquiera el poder de compra que le corresponde, y fortalezca, de esa manera, la industria nacional.

Por todo lo anterior, nuestra iniciativa abarca esos aspectos sociales indispensables relativos al trabajador agrícola. Al mismo tiempo, establece mejoras y nivelación de los beneficios sociales, entre los cuales figura, en primer lugar, el reajuste de la asignación familiar.

Dignificación del campesino y el mapuche*

Quiero, ahora, de la misma manera, destacar la importancia que para nosotros tiene la creación del Consejo Nacional Campesino.

Pretendemos —lo hemos expresado reiteradamente— un desarrollo económico que dé riquezas, que impulse el progreso del país.

Pero un desarrollo económico que implique un régimen social más justo, que dé al hombre más libertad al garantizar su existencia al margen de los riesgos de la vida, para terminar con su alienación; vale decir, garantizándolo contra la enfermedad, la cesantía, la incultura, la falta de vivienda, de salud, de recreación y de descanso.

Factor fundamental en este esfuerzo solidario, en esta gran tarea común, será el aporte del campesino chileno, del trabajador de nuestra tierra, de aquel ciudadano negado durante el siglo y medio que ha vivido postergado, desconocido, ignorado y explotado.

* Discurso pronunciado en la creación del Consejo Nacional Campesino, 22 de diciembre de 1970.

Que ha vivido siempre sobre el surco ajeno, sembrando para otros y comiendo a veces su propia hambre. Frente a una realidad injusta a la que, con una auténtica y profunda reforma agraria, nosotros pondremos término, y con ello la presencia del campesino será activa en la vida de Chile.

Para comprender la importancia que tiene la reforma agraria, que es una parte de un proceso de desarrollo económico; para entender que ella implica la ayuda técnica, el crédito, la mecanización en el trabajo agrícola, el cambio en el sentido de la propiedad de la tierra; para tener conciencia cabal de lo que representa este proceso, quiero que el pueblo no ignore dos cosas fundamentales: que Chile tiene una situación agrícola de 6 millones de hectáreas arables sin limitación y que ello alcanza a 5 millones con limitación. En total: 11 millones de hectáreas arables, de las cuales tan sólo 2,6 millones son tierras aradas hoy.

Cuando incorporemos a la producción el trabajo calificado y técnico del Ministerio de Agricultura y de los organismos esenciales que de él dependen; pero, sobre todo, cuando incorporemos más tierras, con la presencia del trabajador de ella dignificado en su esfuerzo y reconocido como ciudadano igual al resto; cuando el campesino tome en sus manos esta gran responsabilidad y comprenda que su esfuerzo y su trabajo son indispensables, cuando él sepa que Chile no puede seguir comprando en el extranjero 140 ó 160 millones para importar carne, grasa, trigo, mantequilla y aceite; cuando el campesino chileno no ignore que el 47 % de la población se alimenta mal; cuando el campesino sepa que lo que ocurre con su propia familia se proyecta a lo largo de la patria, sólo entonces tendremos la certeza y la seguridad de que la auténtica reforma agraria será el bastión que asegure nuestro progreso, porque habrá un hombre nuevo: el campesino del Gobierno Popular, que será el factor fundamental en el trabajo y en la producción de la tierra.

Por ello, esta tarde firmaremos un decreto que crea el Consejo Nacional Campesino, que estructura el Consejo Nacional como una entidad que oficializa la participación de los campesinos en la dirección de la política agraria, sus planes, programas, presupuestos, producción, reforma agraria, precios y tributos que se relacionen con el agro. Deberá formular sugerencias, proposiciones y denuncias para coordinar la acción del gobierno y las aspiraciones del campesinado.

Dije, al mismo tiempo, que así como íbamos a organizar el Consejo Nacional Campesino, así como nos íbamos a preocupar con decisión, rapidez y responsabilidad de la situación de los mapuches, así también señalé que había dos clases de propietarios agrícolas: aquellos que han cumplido con las leyes, que han trabajado la tierra, su tierra, que han respetado al hombre que con ellos colabora, que han sabido respetar la dignidad del campesino; y que, por desgracia, había también otro sector de propietarios agrícolas —no me refería a las entidades gremiales— que estaban vinculados a procesos reaccionarios, a conspiraciones larvadas o en desarrollo, que habían actuado tenebrosamente, que habían contrabandeado armas, y a este respecto quiero precisar muy bien mis palabras, ya que un diario sostiene que han venido armas de Argentina, sin señalar la fuente de lo expresado. Este tipo de propietario agrícola ha contrabandeado armas, y en el sur de Chile, sobre todo en las provincias de Cautín, Bío-Bío y Malleco, hay propietarios que están armados, que tienen armas largas y metralletas, que las han usado ya y que han anunciado que las seguirán usando. Yo he dicho, categóricamente, que no queremos la violencia, que no queremos que el acero chileno se convierta en armas para enfrentar a chilenos contra chilenos, que queremos que el acero sea picota, azadón, martillo, herramientas de trabajo; pero he sostenido que si esos propietarios no entienden, será el propio gobierno el que imponga el respeto a la ley y a la vida de los trabajadores de la tierra. He conversado con los sindicatos, mejor dicho, con los representantes de los sindicatos patronales de la Sociedad Nacional de Agricultura, y les he dicho que el memorándum que entregaron al Ministerio de Agricultura será respondido a la brevedad. Que en veinte interrogantes que plantean no vamos a escamotear ninguna respuesta. Yo quiero que todos los propietarios agrícolas sepan cuál va a ser nuestra actitud y el camino que vamos a seguir, e indiscutiblemente los pequeños y medianos agricultores, los que trabajan bien la tierra, sabrán que el Gobierno Popular irá en su ayuda, pero cumpliremos inmejorablemente la reforma agraria como una necesidad económica y social; incluso iremos a modificar la actual ley, pero lo haremos por los cauces legales. Si le exigimos al mapuche, al indígena y al trabajador de la tierra respecto a la ley, se la exigiremos implacablemente a los que tienen la obligación todavía mayor de respetarla por su cultura y su educación.

Quiero decirle al pueblo de Chile lo que ayer aprendí en Cautín, mientras se realizaba el Segundo Congreso de los Mapuches. Y hay que saber que en Chile existen 3.048 reducciones indígenas, entre Bío-Bío y Llanquihue; 392.616 individuos mapuches y que la máxima concentración está en Cautín, con 189.000; en Malleco hay 89.000; en Valdivia, 3.000, en Arauco, 5.000, etcétera. Es la actividad básica de los mapuches, la agricultura y la ganadería y hay mapuches que se alimentan tan sólo de piñones, ahí, en los sectores agrícolas de la costa de la provincia de Bío-Bío.

Quiero decirles a ustedes que la raza que defendió con heroísmo el renglón inicial de nuestra historia ha ido perdiendo sus tierras y siendo postergada; quiero señalar que la ley que se dictara para darles determinados privilegios tiene un sentido paternalista y que el mapuche no puede, por sí mismo, determinar su actitud. No pueden enajenar su tierra ni arrendarla. Todo debe serles tramitado en los juzgados de Indios que son un número pequeño y que, además, trabajan limitadas horas del día. Quiero señalar que corresponde más o menos una hectárea y media o una hectárea y cuarto por mapuche y que esta tierra tan sólo puede ser cultivada en un 60 %.

Y quiero decir que las condiciones de vida de esa gente son dramáticamente trágicas. Quiero destacar que existen 77.800 niños en edad escolar y que faltan escuelas y maestros; sobre todo maestros que entiendan y comprendan la psicología, carácter y temperamento del mapuche. Quiero decir que hay más de 37.000 niños en edad preescolar absolutamente abandonados y 27.000 lactantes sin atención médica, muchos de los cuales jamás tomaron un vaso de leche. Quiero decirles que es una obligación nacional, es un imperativo de nuestra conciencia, no olvidar lo que Chile le debe al pueblo y a la raza araucana, origen y base de lo que somos. Por lo tanto, el Gobierno Popular irá con responsabilidad a encarar esta situación; elevará el nivel material y espiritual del hombre araucano, del mapuche nuestro; legislará con un sentido distinto; les entregará tierras, dignificará su existencia, como una necesidad de su presencia, humana también, en la vida del pueblo de Chile. Por eso, ayer dije a los mapuches que la juventud se reunirá hoy, aquí en Santiago, para iniciar su trabajo voluntario. Y les pido más que eso, les exijo a los jóvenes estudiantes de quinto y sexto año de medicina, a los estudiantes del último año del curso

de odontología, les pido a médicos y dentistas jóvenes, que vayan con premura, con cariño, con ternura humana, a trabajar durante uno o dos meses allí, en las comunidades; que se identifiquen con la realidad dramática del pueblo mapuche, que lleven, junto a la técnica, la palabra alentadora en el remedio y en el diagnóstico. Que vayan también los maestros y los estudiantes normalistas. Por nuestra parte, movilizaremos el INDAP, la CORA y todos los organismos necesarios para cambiar la vida y trabajo del mapuche. Ese es un compromiso de honor, y yo sé que la juventud que me escucha considera mi petición y mi mandato, mandato que emana del dolor y de la esperanza de los araucanos de la zona sur de Chile.

El acceso a la tierra*

Gustavo Adolfo Ruecar, de Telemundo 12, Montevideo, Uruguay: Señor presidente: la opinión pública de mi país sigue con profundo interés el proceso que está viviendo en estos momentos Chile. Lógicamente, no tiene otra forma de información que no sea aquella que proviene de las agencias informativas. A través de ellas existe inquietud por saber cuáles son las razones que tiene lugar, por parte del gobierno, con respecto a la ocupación de los fundos. Se habla mucho de eso en el exterior. Si la ocupación de los fundos es totalmente ilegal, si el gobierno la tolera o no la tolera, cuál es la actitud del gobierno con respecto a la ocupación de fundos.

Allende: Nosotros hemos explicado claramente la posición del gobierno; hemos dicho que la actitud nuestra está marcada claramente por las distintas disposiciones legales contenidas en la Ley sobre Reforma Agraria. No sólo lo hemos expresado verbalmente, sino que lo hemos dicho por escrito y nuestra actitud la conocen muy de cerca los dirigentes patronales de los organismos que cobijan o agrupan a dueños de predios, fundamentalmente la Socie-

* Conversación con periodistas extranjeros, 20 de marzo de 1971, fragmentos.

dad Nacional de Agricultura, que tiene ramas en el norte, centro y sur del país.

Hemos afirmado que terminaremos con el latifundio, fuera de haber expropiado ya 256.000 hectáreas en Magallanes, de una Sociedad Anónima (la Tierra del Fuego). Además, haber dictado un decreto en relación con las zonas fronterizas que incorporan 326.000 hectáreas en regiones que tienen muy baja densidad de población, donde las condiciones de vida de la gente que trabaja, sobre todo en los aserraderos, es muy mala, es pésima, en zonas donde las posibilidades de contrabando se hacen muy manifiestas y donde, además, se han estado distribuyendo las riquezas de bosques naturales que se debieran preservar.

Fuera de esto, hemos afirmado, rotundamente, que los pequeños y medianos productores nada tienen que temer. Ahora, es cierto que ha habido ocupación de predios. Esto, que hasta hace unos veinte días tenía caracteres muy agudos, ha disminuido bastante ya que ha encontrado una explicación. En primer lugar, el campesino ha sido postergado, diría yo engañado; el espejismo de una reforma agraria lo vivió en el gobierno anterior, donde se realizó en una forma muy lenta, sin satisfacer las apetencias de tierras de los campesinos.

Se habló de que se iban a hacer 100.000 propietarios; no creo que hayan hecho ni 10.000. El campesino, entonces, estimulado por los planteamientos de los sectores mayoritarios, vale decir, las fuerzas populares e incluso, por cierto, la Democracia Cristiana, y aun sectores del partido Nacional, que sostenían que ellos habían dictado el primer proyecto de Reforma Agraria, ha creído que era justo que tuviera acceso a la tierra.

Tome en cuenta el medio cultural que han vivido y vive, y piense que durante siglos los campesinos y sus antepasados han reclamado un pedazo de tierra. Agréguese a esto que hay zonas donde el proceso es mucho más conflictivo, por condiciones raciales, etnológicas, como es el caso de los mapuches, de los araucanos en la zona de Cautín; gente a quienes arbitrariamente se les despojó de sus tierras, que son ciudadanos de cuarta o quinta categoría, que están en situación disminuida frente a la propia ley, cuya existencia está marcada por una desmoralización absoluta, por miseria física, miseria fisiológica y miseria moral.

Es la primera vez que esta gente tiene la posibilidad de expresarse y ver que es posible que sus anhelos se satisfagan. Además, tratan de recuperar la tierra que les perteneció a los suyos. Para esa gente, es difícil entender lo que es el peso de la ley. Para nosotros, existía un problema: no podíamos, de acuerdo con nuestras convicciones, y no lo haremos, utilizar fuerzas represivas.

Nosotros hemos creído que, a pesar de la incultura, del retraso en que una sociedad injusta ha mantenido a sectores de campesinos y fundamentalmente los mapuches, nosotros podíamos hacer que se entienda nuestro lenguaje y nuestra decisión de cumplir los compromisos que implica el programa de la Unidad Popular sobre Reforma Agraria. Y hemos demostrado que teníamos razón.

Pero el campesino ha entendido que es fundamental y esencial que ellos contribuyan al proceso de reforma agraria y que ellos tengan conciencia de que necesitamos una tierra que produzca más, en un país que tiene que importar 160 millones de dólares en carne, trigo, grasa, mantequilla y aceite. En un país donde hay un porcentaje alto de chilenos subalimentados y en un país donde hay 300.000 niños retrasados mentales, porque no reciben proteínas en los primeros ocho meses de vida.

Este es un proceso que, para nosotros, es mucho más difícil. Primero, porque tenemos conciencia de lo que implica el hecho de que hay tantos y tantos chilenos en condiciones de subalimentación. Por otra parte, la necesidad de que el campesino entienda que la reforma agraria forma parte de un proceso de desarrollo económico. Y que reforma agraria no es sólo tomar la tierra; además que estas tomas de tierra no se pueden hacer indiscriminadamente; que hay que respetar una disposición legal. Y que nosotros, dentro de esta disposición legal, hemos acelerado al máximo lo que hemos podido hacer. Seguiremos con ese criterio y en ese camino.

Creo que lo que ha realizado el gobierno popular en estos meses señala que muy pocos países del mundo, en tan breve plazo y dentro de un régimen burocrático burgués, han hecho lo que hemos hecho nosotros.

Política exterior

América Latina en busca de un nuevo proyecto*

Señor presidente del Senado de Colombia, señores parlamentarios, señoras y señores:

Con emocionadas palabras quisiera expresarles lo que representa para mí que el Congreso de Colombia se reúna en ambas Cámaras para darme la oportunidad de levantar mi voz en este recinto, prestigiado ante su patria y ante América.

Aquí, ha habido debates que han estremecido al pueblo y a la conciencia de los hombres y mujeres de Colombia. Esta actitud de ustedes, señores parlamentarios, está destinada —lo agradezco aún más—, a honrar a mi patria. Mi pueblo —como lo ha dicho en elocuentes palabras el señor presidente del Senado— es hermano de Colombia en la iniciación de nuestras vidas. Juntos continuaremos la gran batalla de los pueblos, por una América distinta, digna y soberana.

Hablar en este Parlamento es recordar al Parlamento de mi patria. Tiene años y años, como el vuestro. Allí estuve 27 años; dos

* Discurso pronunciado en el Congreso de Bogotá, Colombia, 30 de agosto de 1971.

como diputado, 25 como senador. Sé lo que es actuar en un Congreso, tener la responsabilidad de plantear ideas y principios, defender proyectos, ser hombre de gobierno y ser hombre de oposición. En el debate público taladré mi personalidad, respetando al adversario, pero reclamando el derecho —que nunca se me negó— para exponer con claridad mi pensamiento y mis principios.

Desde esta prestigiosa tribuna, expresé mi reconocimiento al señor presidente de la República por su atenta invitación, que me ha permitido llegar a Colombia. A ustedes, señores congresales, por recibirme en su Parlamento. Al pueblo, que he visto, he sentido, he recibido sus vítores y sus aplausos desde que llegara al aeropuerto y al recorrer las calles desde la embajada de Chile en Colombia, hasta aquí. A este pueblo, que está congregado en la plaza, expreso, en nombre de los trabajadores chilenos, mi saludo más emocionado. Llegue a ellos también el saludo del obrero, del campesino, del estudiante, de toda la colmena humana que vive de su esfuerzo y de su trabajo. Cuánto significa para mí, señor presidente, el contenido de sus palabras: se las dictaron el afecto de un colombiano por el pueblo de Chile. Gracias señor presidente.

Uso esta tribuna como un combatiente de América Latina.

América Latina necesita culminar una etapa que se iniciara en el siglo XVIII, cuando en el Perú, Tupac-Amaru levantara la rebelión de los indios y con frases lapidarias marcara una época, al decirles a los suyos: “El patrón no comerá más de tu hambre.”

En el siglo XVIII, Galán y Antonia Santos en Colombia también lucharon contra los sectores y grupos diferentes, contra la dominación social y política.

En el fragor heroico del combate, hombres y mujeres de diferentes latitudes se unieron en el llamado, en el sentimiento, en la voluntad rebelde de independizar nuestras acciones. Los próceres señeros de este continente, como Bolívar, San Martín, Sucre, Morelos y O’Higgins, el Padre de mi patria, impulsaron la lucha de nuestros pueblos contra los grupos oligárquicos, que se aliaron a las fuerzas foráneas y a los capitales extranjeros.

La lucha de los pueblos ha tenido héroes que han sabido interpretarlos levantando con gallardía patriótica su decisión de luchar por una existencia mejor. Martí se expresaba de esta manera: “El trabajador que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cues-

tas el mundo y parece decidido a sacudirlo de los hombros y busca poder andar sin tantos sudores por la vida; los acaudalados, los que prosperan en su sombra, no se ocupan de defender estas reclamaciones de justicia, sino en sobornar a los que dictan las malas leyes para que les pongan a sus pies las libertades públicas.”

Desde un ángulo distinto en esta lucha emancipadora, un hombre de mi tierra —que pagó con su vida el amarla tanto—, el presidente José Manuel Balmaceda, en el año 1888 planteaba ante la conciencia nacional la necesidad impostergable de preservar para Chile las riquezas básicas que estaban siendo atrapadas por el capital foráneo. Decía Balmaceda: “Porque el crédito y el capital que juegan a las especulaciones de todo género en los recintos brillantes de las grandes ciudades se retraen y dejan al extranjero fundar bancos en Iquique, donde la fragua del trabajo humano hace brotar una riqueza que deslumbra, y abandona a los extranjeros la explotación de la salitrera de Tarapacá, de donde emana la savia que vivifica al mundo envejecido; y para conducirlo, para lo cual van y vienen escuadras mercantiles que no cesan de llegar y partir jamás. Y el extranjero explota estas riquezas y toma el beneficio del valor nativo, para que vaya a dar a otros pueblos y a personas desconocidas los bienes de esta tierra, nuestros propios bienes y riquezas que nosotros necesitamos.”

Necesitamos continuar esta lucha y señalar las estructuras de poder en América Latina. Debemos luchar contra un sistema interno y externo que limita nuestro desarrollo. Somos países dependientes, con una economía retrasada, y la realidad de nuestros pueblos la confrontamos dramáticamente después de más de 150 años. Séame permitido señalarlo en breves cifras, ya que entre hermanos no podemos avergonzarnos, sino en conjunto, del dolor y del sufrimiento de nuestros pueblos. América Latina, continente próspero, con grandes posibilidades, con riquezas infinitas, marca el drama de sus densas multitudes, sometidas a una vida infrahumana. América Latina tiene 80 millones de analfabetos y 40 millones de semianalfabetos, 80 millones es el 30 % de la población total. América Latina, con 65 millones de seres humanos, el 28 % no tiene cómo emplear su capacidad, no hay mano de obra para ellos. América Latina, donde el promedio de alimentación alcanza a 2.500 calorías por persona; el mismo en los países desarrollados sube de 3.000. Aquí el hombre nuestro consume 65 gramos de

proteínas al día, y en los países europeos pasa de 100. América Latina, donde faltan 14 millones de viviendas y donde hay —que parece no ser cierto— 25 millones de seres humanos que no conocen la moneda, como valor de intercambio. América Latina, con su cultura inicial, con la grandeza de los creadores indios. América Latina, con el valor de la raza secular. América Latina, con los hijos de Atahualpa o de Lautaro, dominada durante siglo y medio. En las cifras breves que entregamos, podemos palpar el drama común de nuestros pueblos que reclaman, más que nunca, la presencia combatiente de nosotros.

He dicho que somos países dependientes, englobados en el proceso de desarrollo económico de las grandes metrópolis. La razón dialéctica se expresa con claridad. Existe el subdesarrollo porque existe el imperialismo. Existe el imperialismo porque existe el subdesarrollo.

Medidas económicas tomadas desde afuera repercuten violenta y dramáticamente en la existencia de todos nuestros pueblos y nosotros estamos ausentes de poder influir, de poder opinar —y a veces—, de poder protestar. La realidad nos señala que, cuando los países poderosos o el país hegemónico confrontan las consecuencias de una crisis, somos también nosotros los que sufrimos y los que tenemos que soportar las medidas que golpean tan fuertemente a nuestros pueblos. Ya antes, el mundo lo vivió en una época cruenta; y está próximo, quizás, a vivirlo de nuevo.

Yo puedo, aquí, incursionar indebidamente en la vida interna y en la conducción de un gran país. Lincoln decía de su propia patria que “era mitad esclavos y mitad libres”.

Sabemos la realidad que señala el proceso interno financiero del más poderoso país capitalista del mundo. En 1949, poco después de la guerra, Estados Unidos tenía en reservas de oro 24.600 millones de dólares. En 1960, 17.800 millones; ahí comienza a intensificarse el proceso de penetración en Asia. La guerra de Vietnam es una consecuencia también de la realidad que Estados Unidos nos refleja, cuando sus reservas descienden a 10.000 millones de dólares. La deuda externa de este gran país, a corto plazo, ha subido 40.000 millones de dólares, especialmente comprometidos con Europa occidental y Japón. Como puede verse, es cuatro veces más alta que sus reservas actuales. Estos hechos son aleccionadores y nos obligan imperativamente a meditar sobre las consecuen-

cias que para nuestras economías podrán tener las repercusiones que ya se sienten, como resultado de las medidas tomadas. Pueblos como los nuestros, siendo explotadores de capitales, viven la angustia de conseguir unos cuantos millones de créditos. Paradójicamente se gastan 66 millones de dólares al día —24.000 millones de dólares al año— en la guerra de Vietnam; frente a un pueblo pequeño que, como los nuestros, tiene pleno derecho a la autodeterminación.

Frente a ustedes, como una obligación de Latinoamérica, en forma muy resumida, quiero demostrarles ¡lo que somos!, ¡lo que queremos!, ¡por qué luchamos en nuestra patria!

Chile es un país con un proceso político que alcanzó altos niveles en el desarrollo de la democracia burguesa. Este año, el Parlamento chileno va a cumplir 166 años de existencia ininterrumpida. Acordes con nuestra historia, hemos dado una batalla en que las fuerzas populares, por los cauces del sufragio, han alcanzado el gobierno.

No ha sido un proceso que, como aluvión populista, haya arrasado con las viejas concepciones partidarias.

Desde hace muchos años en nuestro país, las fuerzas llamadas de izquierda se han ido conglomerando. En 1938, ya se hizo presente la decisión de Chile, de su pueblo, de sus mayorías, de alcanzar el gobierno para los sectores populares. Fuimos uno de los tres países del mundo en que hubo un gobierno de Frente Popular. La campaña internacional y nacional que siguieron en contra nuestra, no es necesario recordarla. Mientras el francés desapareció en el silencio de la inacción, mientras el Frente Popular español devino en una dolorosa guerra civil, nuestro Frente Popular aglutinó a los sectores de la clase media y a los obreros, en el gobierno del pueblo.

Se organizaron los trabajadores en una Central Única y se creó la Corporación de Fomento que ha permitido dar a Chile electricidad, petróleo y acero, o sea, echaron las bases de la industria pesada del país. Nosotros no renegamos del pasado, ni desconocemos lo que otros hombres hicieron en nuestra patria, en su época y en su oportunidad.

El Frente Popular chileno fue el acuerdo de los partidos Radical, Socialista, Comunista y Democrático, para formar la izquierda del

régimen capitalista y realizar profundas innovaciones, sobre todo en el campo social. Posteriormente, los gobiernos —uno similar al del Frente Popular y otro que se desviaría— posibilitaron estas fórmulas. Por último, en el periodo pasado, como expresión de la disconformidad frente al sistema capitalista, se levantó también la voluntad de cambio de la Democracia Cristiana que alcanzó el gobierno.

Podemos decir, basándonos en los hechos, que jamás en Chile, y tampoco en ningún país de América Latina —cualesquiera que hayan sido las fórmulas de su gobierno—, se han podido solucionar los problemas urgentes de nuestras masas populares. Ni de la vivienda, ni del trabajo, la salud, la educación, la recreación o el descanso.

Somos un país de 10 millones de habitantes. Sobre la base de una producción agraria diferente, podríamos alimentar a 25 millones más. En el hecho, ocurre que todos los años tenemos que importar carne, trigo, grasa, mantequilla y aceite por un valor de 180 a 200 millones de dólares. ¿Qué ocurriría en mi patria si el aumento vegetativo de la población aumentara con el ritmo que tiene —que no es el más alto de América Latina— y se mantuvieran los niveles de producción agraria? El año 2000 tendríamos que importar 1.000 millones de dólares. Actualmente, todo el comercio de exportación alcanza en Chile tan sólo a 1.200 millones de dólares, de los cuales 1.030 a 1.050 corresponden al cobre, que hasta hace poco era nuestro, pero que hemos reconquistado por la voluntad del pueblo.

En nuestro país los presidentes quisieron dar techo, abrigo, descanso a sus compatriotas, pero no pudieron hacerlo porque estuvieron limitados, constreñidos, amarrados a la dependencia, a la influencia foránea que siempre ha marcado los caminos que tenemos que seguir.

En 1938 creamos un poderoso movimiento popular, cuyas raíces las encontramos en los primeros pasos de nuestra vida independiente. En el acento de los padres de la tierra, como O'Higgins o Manuel Rodríguez, que conquistaron la libertad política y nos enseñaron el camino de la libertad económica.

El camino es auténticamente nuestro. Cada país tiene su propia libertad, su propia historia y sus propias características. Fren-

te a ellas está la obligación de sus dirigentes populares: saber encontrar la solución.

La revolución no es una receta que pueda aplicarse en cualquier latitud. La revolución es un cambio profundo, es la transformación del sistema, es abrir paso a las grandes mayorías, es hacer que el campesino, que yo también, seamos ciudadanos iguales.

La revolución es aprovechar lo mejor que otros hicieron y lo mejor de nuestra historia, de nuestro pueblo, para cimentar el futuro. La revolución no es arrasar y destruir. Es construir y levantar con una nueva mentalidad una patria más amplia y generosa para todos los chilenos. Anhelamos —y lo hemos demostrado— hacer nuestro camino revolucionario con el menor costo social posible, ¡sin costo social! Buscamos el camino del sufragio —dentro de una ley que no dictó el pueblo—, y hemos triunfado. Somos y seremos la fuerza revolucionaria si la reacción pretende imponer la contra-revolución.

En Chile llegamos al gobierno, como lo ha recordado el señor presidente del Senado, por la voluntad expresada primero en las urnas y ratificada después en el Congreso. En actitud ejemplar, tradicional de nuestras Fuerzas Armadas, Institutos Profesionales y Carabineros —que a lo largo de su vida han demostrado su capacidad técnica— acataron el dictado de la constitución y de la ley junto a la voluntad del pueblo.

Nosotros no exportamos Unidad Popular. En el homenaje a Cuba hablé como presidente de Chile; ahora hablo como latinoamericano, exponiendo en lo personal el combate de mi patria, dentro de sus propias características. Sobre la base del respeto mutuo podremos destruir, definitivamente, las fronteras ideológicas que se levantaron por insolencias pretendiendo impedir las nuevas ideas y el pensamiento revolucionario de los pueblos.

Vamos hacia el socialismo, en democracia de inspiración revolucionaria, en pluralismo y libertad. Democracia, para que el pueblo —a través de sus partidos políticos y organizaciones sindicales— tenga acceso a los niveles de nuestra existencia política, social, económica y administrativa.

Democracia para que el pueblo sepa que no queremos su voto cada seis años. Jamás pedí un voto en mi patria. Siempre sostuve que quería conciencias que votaran y no votos que no tuvieran conciencia ni ideas, ni principios ni doctrinas.

Queremos más democracia, para que coexista el respeto a todas las ideas.

El movimiento nuestro está integrado por maestros, universitarios, campesinos, mineros y estudiantes, por simples dueñas de casa, pequeños comerciantes, agricultores e industriales. Es un movimiento pluralista en lo social y en lo político.

Nos hemos unido frente a un programa y a la decisión implacable de hacer progresar a Chile. Elevar los niveles de nuestras masas. Trabajar en forma tesonera y apasionada dentro de nuestra propia tierra. Mirar por sobre las fronteras materiales a América Latina para contribuir, sin soberbia, sin pretensiones hegemónicas, a que algún día América sea la voz de un pueblo continente.

Hemos asegurado la libertad de reunión, libertad de asociación, libertad de prensa, libertad de pensamiento y el respeto irrestricto a todas las creencias. Sobre esa base marchamos con la decisión de convertir la libertad abstracta en una libertad concreta que la sienta y la viva, que la comprenda y la defienda el pueblo. En democracia, pluralismo y libertad, caminamos con decisión a construir en Chile una nueva sociedad, la sociedad socialista.

Hemos cambiado nuestra realidad. Ustedes, señores parlamentarios de Colombia, deben comprender que, a pesar de que hemos usado los cauces legales y la Constitución; a pesar de respetarnos y haber presentado con honradez, ante el pueblo, nuestro programa, somos implacablemente agredidos por una campaña planificada y organizada, destinada a desfigurar los perfiles de nuestro pueblo y nuestra voluntad constructora. Las horas que vienen serán más duras. Entonces, tendremos que apelar a la comprensión solidaria, a la fe revolucionaria de estos pueblos pequeños como el mío, pero grandes en su pasado histórico y en la esperanza de su futuro. La dignidad no se mide en los países por el ingreso per cápita de sus ciudadanos, y si los países poderosos y grandes creen que son dignos, los somos también los países pequeños, por nuestra historia y nuestro futuro.

Ser revolucionario es ir contra el hecho de lo que se juzga absurdo y perjudicial; pero seriamente, metódicamente. El revolucionario sabe que la labor es ardua, dura, difícil, y por tanto considera que las relaciones no son para hoy, que las pirámides no se comienzan por el vértice. El revolucionario ideal no comprende la

revolución sino como una culminación de una evolución, antecedente orgánico y formal. Afianzamos esos conceptos y agregamos: para ser revolucionarios hay que iniciar la revolución interior. Alguien escribió, en los momentos agitados de los estudiantes, en las murallas de La Sorbonne: “La revolución comienza por las personas, antes que por las cosas.”

Si queremos ser revolucionarios, tenemos que entender el superior contenido de esa expresión y crear una nueva moral, un nuevo espíritu, un sentido distinto de la vida en lo colectivo y en lo humano. A los jóvenes, sobre todo, me dirijo. Comprendo el derecho a sus rebeldías. Entiendan que no hay una lucha de generaciones. No es un problema entre jóvenes, hombres maduros o ancianos; es más profundo, es un problema de clases sociales y debemos estar ubicados en el mismo frente, jóvenes, hombres maduros, mujeres y ancianos para combatir con conciencia revolucionaria. Los jóvenes, tan presurosamente dedicados, a veces, al verbalismo revolucionario, tienen que entender que los gobiernos revolucionarios necesitan técnicos, profesionales, obreros calificados, estudiantes modelos. ¡Antes de ser dirigente universitario, agitador, para tener autoridad moral, hay que ser un estudiante como tal!

Hay que trabajar más, hay que producir más, hay que sacrificarse más. La conducción socialista implica renunciamiento y sacrificio, capacidad y preparación. Claro que es distinto producir para el pueblo en su mayoría. Con emoción de compañero presidente —así me llaman los trabajadores de mi patria—, les digo que ellos han entendido este lenguaje. Nosotros planteamos frente a América Latina la realidad de nuestro presente. ¿Podremos, por los viejos caminos de siempre, garantizar al hombre nuestro el derecho al pan, al libro, al descanso y a la recreación? Irán a aumentar más y más los grandes déficit que caracterizan y golpean a nuestras multitudes? ¿No se hace cada vez más evidente que se ensancha la línea que separa a los países en vía de desarrollo de los países poderosos e industriales?

América Latina está abocada a una nueva lucha, en busca de un proyecto nuevo para ella misma.

Los líderes, conductores de las fuerzas populares, deben comprender cuán fundamental es emanciparnos de viejos prejuicios, de dominios de clases, de hegemonías foráneas. Tenemos, sobre to-

do, que reivindicar nuestra cultura. Necesitamos hacer que brote de nuevo la capacidad creadora del hombre y la mujer de nuestra tierra.

Bolívar dijo de nosotros: “No somos europeos; no somos indios, sino una especie media entre aborígenes y españoles, una civilización que tiene su propia personalidad que hay que desarrollar, sin complejos de inferioridad.” Las palabras del Libertador nos señalan el mandato que debemos seguir: crear de nuevo la fuerza de nuestra cultura. Reivindicar la cultura latinoamericana, sin sentirnos inferiores. Al contrario, orgullosos de los aborígenes que trazaron los caminos iniciales de nuestra raza. La lucha de Bolívar coincidió con la revolución industrial y sus combates fueron contra una estructura de poder colonial y de dominación.

Ahora nos encontramos frente a una revolución tecnológica, con sus propias manifestaciones de dominación y de neocolonialismo, desde las nuevas formas de gestación a las empresas multinacionales. En la lucha contra esa realidad tenemos dos alternativas: la movilización refleja, es decir, la modernización refleja que algunos quieren imponernos como fórmulas de las viejas castas, y la aceleración de la evolución en la dirección latinoamericana, autónoma y propia, en forma profunda, sistemática y organizada, con un espíritu definido claramente en el pensamiento revolucionario.

¿Será posible que olvidemos a las masas populares que hoy están marginadas de la vida y que mañana aumentarán en número creciente —como lo he señalado en el caso nuestro— ahondando aún más las grandes fallas del sistema y haciendo más dramática la existencia del hombre? ¿Será posible que con medidas técnico-científicas y neomaltusianas podamos solucionar de verdad nuestras patrias? ¿Es que América no tiene respuestas? ¿Es que América tendrá, en la riqueza de sus bosques, en lo infinito de sus mares, en lo profundo de sus tierras —en la mina, en el árbol, en la madera o en la pesca— que encontrar lo necesario para impulsar su desarrollo y lograr una vida distinta y mejor para el hombre latinoamericano? Yo pienso que sí. El problema es organizarse de manera distinta, prepararse de manera diferente. Buscar, de acuerdo a la realidad de cada país, primero el camino y después la ancha avenida por donde pase el pueblo. Ayer luchaban hombres. Hoy luchan las masas. Ayer eminentes ciudadanos le-

vantaron su vista y avizoraron el porvenir. Hoy el hombre-masa sabe que a él pertenece el porvenir y nosotros sabemos que es en el pueblo donde tenemos que apoyarnos. Señalo frente a ustedes, con inquietud de hombre de Latinoamérica, que estamos en el vértice de una etapa. No podemos retroceder, pero es difícil avanzar si no conquistamos nuestra independencia económica, garantía de nuestra independencia política y de nuestra plena soberanía. Como hombre de Chile, no traigo un mensaje ni un llamado. Simplemente, como latinoamericano, que me siento y soy, hablo ante ustedes para decirles que los dirigentes tenemos la obligación de no vivir sólo en el presente, sino avizorar el mañana. ¿De qué manera romper los cercos que aprisionan nuestras vidas como hombre individual y como países colectivamente hablando? ¿Cómo hacer para que América Latina encuentre una dimensión distinta para que sea ella misma América Latina? No podemos aceptar seguir siendo siempre los países de segunda categoría. Debemos levantarnos por nuestro propio esfuerzo.

El esfuerzo individual no se aquilata. Necesitamos el esfuerzo común y colectivo. Necesitamos que las fronteras se hagan pequeñas, para no recibir la influencia de un régimen a otro sino para fortalecer en la unidad y la lucha combatiente una América Latina. Necesitamos establecer el Estatuto del hombre latinoamericano. Que sea nuevo, auténtico, con los derechos de nuestros pueblos, levantando su propia voz sin estar sometidos a tutelajes o a presiones de orden político o económico. Queremos una Carta de América Latina que sea lo que quisieron los padres de la Independencia, como guía señera de la unidad de este continente.

Queremos un Estatuto del Hombre Americano —como lo dijera anoche brevemente, en un fragmento del discurso que pronunciará frente al presidente, señor Pastrana—, queremos el Estatuto del Hombre Americano para sentirnos, en realidad, hombres de un mismo pueblo, sin perder nuestra nacionalidad. Anhelamos que haya una historia común, que hable del pasado nuestro.

ONU: Interrogantes y escepticismo*

Señor presidente: de los acuerdos, de los tratados, de los arreglos que emergieron después de la guerra de 1914-1918, en el panorama internacional quedaron nuevos hechos como una expresión contradictoria al régimen capitalista y como una evidente demostración de la lucha de intereses contrapuestos.

Los gobiernos europeos, en el deseo de atajar el desenvolvimiento social, de defender los principios de la clase que representaban en el poder, no sólo toleraron, sino que prácticamente amantaron el fascismo.

A nuestras costas llegó el eco de estas actitudes y, tanto partidos como dirigentes, observaron con indiferencia lo que ocurría en la vieja Europa, e inclusive hombres de arraigadas convicciones democráticas, de los partidos de derecha, no pesaron, no vieron ni comprendieron la trascendencia que tenía para los pueblos la amenaza del fascismo.

Es conveniente recordar estas cosas, porque hoy día, todos, absolutamente todos en Chile, aparentan ser esencialmente partidarios de la democracia. Parece que jamás en nuestro suelo hubiera

* Congreso Nacional, análisis de la Carta de las Naciones Unidas, 12 de septiembre de 1945.

habido partidarios del nazifascismo. Hoy, todos, en la hora del triunfo, hacen gala de una trayectoria democrática limpia y pura. Y esto no ha sido así. Basta leer la prensa, la prensa campanuda, sesuda y seria, para comprobar lo contrario; basta imponerse de los discursos de distintos hombres de distintas tiendas, de distintos campos políticos, para ver que hubo ciegos y obcecados defensores del totalitarismo, que fue ciega y sorda la actitud de muchos hombres, especialmente de los sectores de la derecha chilena, frente a la amenaza del fascismo. Es penoso dejar constancia de la falta de acuerdos, determinaciones o resoluciones tomadas por las colectividades en su conjunto; de la falta de un pronunciamiento de las entidades políticas de la derecha chilena en relación con el panorama internacional.

Por esto decía, señor presidente, en noches pasadas, que el Partido Socialista reclama para sí el haber tenido siempre una línea política internacional consecuente; el haber encarado el problema internacional con una visión panorámica exacta y el haber pedido en el momento del peligro, frente a la indecisión de la mayoría y a la cobardía de muchos, se tomaran las medidas que correspondía adoptar, de acuerdo con nuestra tradición democrática, con nuestra trayectoria de país libre y con nuestro arraigado concepto de la dignidad individual y colectiva. No son muchos los partidos que pueden decir lo mismo. He leído y oído con sumo interés, tanto de senadores de derecha como de izquierda, que tienen conocimientos especializados, sobre todo de derecho internacional, juicios que me han hecho meditar serenamente sobre lo que representa para los pequeños países este nuevo concepto jurídico de la soberanía y el alcance y trascendencia del veto, hechos ambos que colocan a los Cinco Grandes como los únicos tutores efectivos de la paz del mundo.

Es cierto, es probable que esta Constitución Política Internacional, que esta Carta Mundial, por lo menos cree, sobre la base de la experiencia de la guerra de 1914-1918, la posibilidad de una paz duradera. Si los pueblos luchan porque se conviertan en realidad sus compromisos, es probable que la paz no sea alterada. Pero para ello habrá que recordar lo que hemos oído a algunos pensadores, que “la paz no podrá ser duradera ni podrá persistir mientras haya países pobres y países ricos, países de gran desarrollo industrial y países sometidos a un coloniaje económico”.

Es cierto que en esta Carta se considera la existencia de un Consejo Económico, que estudiará esencialmente las condiciones de vida de los ciudadanos de los países democráticos y que se esforzará por elevar el estándar de vida moral, material y espiritual de los habitantes del mundo. Pero, señor presidente, frente, no diré a la alegría, sino a la emoción que me produce el esfuerzo de las Naciones Unidas por preservar y defender la paz, debo destacar que, por desgracia, ya apuntan algunas contradicciones en el orden económico que es necesario anotar.

La cesación de la Ley de Préstamos y Arrendamientos es un hecho extraordinariamente grave, gravísimo. Ello ha hecho que en la Inglaterra laborista se levante tanto la voz de Attlee como la de Churchill para decir que esta medida es arbitraria e injusta, y demuestra, a mi juicio, que la desaparición prematura del gran republicano y demócrata señor Roosevelt ha permitido que en ciertas esferas políticas y económicas de Estados Unidos intervengan hombres que no tienen la visión solidaria de él. La cesación de la Ley de Préstamos y Arrendamientos es un hecho extraordinariamente serio, que pesa ya en la balanza internacional, porque Inglaterra, gran potencia, defensora única en los momentos más difíciles que atravesaron las democracias, ha levantado su voz para decir que esto no es posible y que deben buscarse algunas formas para otorgar la ayuda económica que requiere el Imperio inglés, devastado material, moral y físicamente por el conflicto bélico.

Si esto ha sucedido en Inglaterra, no es errado prejuzgar lo que pueda acontecer con los pequeños países que, como el nuestro, tanto necesitan de la ayuda material de la gran República del norte.

¿Irá a cambiar la política económica de Estados Unidos? ¿Se pondrán cortapisas a las necesidades de industrialización que tienen los pequeños países que, como el nuestro, viven de la exportación de materias primas?

¿La Carta Mundial asegura o no la posibilidad de que los pueblos vivan sin temor a la miseria, a la cesantía? Parece que esta ha sido la esperanza y el deseo de sus creadores y signatarios. No obstante, ya estamos ante hechos que nos golpean con toda su crudeza o que dicen lo contrario.

Es conveniente que sepan los hombres y los gobernantes norteamericanos que nuestro pueblo está junto al de Estados Unidos,

pero que vemos con temor la amenaza de una vieja política económica que, por desgracia, apunta nuevamente.

Honorable Senado, entre los años 1914 a 1918, Chile recibió 26 centavos por cada libra de cobre, y vendió 60.000 toneladas de ese metal. Durante la actual guerra, Chile ha recibido solamente 11,75 centavos por libra de cobre, dinero que se ha pagado en una moneda depreciada en un 40 %, ya que en el año 1935 fue depreciado el dólar.

Todos sabemos que la Metal Reserve fijó precios para la adquisición de la totalidad de nuestros productos mineros poco antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, y todos sabemos también que la Metal Reserve ya no se interesa por adquirir estas materias primas a los países sudamericanos, especialmente Chile.

¿Acaso no hemos oído al presidente de la Sociedad Nacional de Minería, nuestro honorable colega el señor Videla Lira, hacer presente el peligro que representan para Chile la cesación de estas compras de cobre y la consiguiente paralización de la pequeña minería? Se plantea, pues, un grave interrogante para la tranquilidad de los países exportadores de materias primas, que es muy necesario destacar.

Si hemos sido leales con los pueblos que lucharon por la democracia, no puede aceptarse que, una vez terminada la guerra, de inmediato, en forma violenta y drástica se cancelen las medidas económicas que permitieron vivir siquiera medianamente a estos países. Yo me he preguntado muchas veces cómo es posible que los hombres, frente a la amenaza de morir, frente a la amenaza de la guerra, sean capaces de tomar ciertas medidas de orden económico; pero que, horas después de sonar el clarín de la paz, que lleva la alegría y la tranquilidad a los corazones, se olviden inmediatamente de los sacrificios que se hicieron en defensa de los intereses humanos, tanto materiales como espirituales.

¿Cómo es posible que los países pequeños no tengamos la seguridad de llegar a desarrollarnos industrialmente?

He conversado con algunos funcionarios de la Corporación de Fomento de la Producción y me han manifestado su pesimismo frente a la ayuda que el Eximbank de Washington proporcionará en cuanto a los capitales que Chile necesita, a fin de aprovechar sus materias primas y poder iniciar su industria pesada. El diario

de hoy comunica que se ha obtenido una ayuda de 33 millones de dólares para la siderúrgica. Ojala sea esto efectivo. En todo caso, yo puedo asegurar que ha habido que vencer grandes resistencias. Iguales resistencias han nacido para que nosotros aprovechemos la técnica y las marcas que antes usaba Alemania en la industria química, no obstante que, en Estados Unidos y otros países, los propios norteamericanos las siguen usando.

Queda perfectamente destacado, entonces, que si bien desde el punto de vista político la Carta de las Naciones Unidas tiene grandes posibilidades de mantener teóricamente la paz, desde el punto de vista de algunos hechos ya se muestran algunas contradicciones. Y es aquí donde tenemos obligación de levantar nuestra voz para decirle al pueblo, y a los gobernantes de los Estados Unidos, que esto no puede ocurrir; que si la presión política y militar del fascismo es deleznable, también lo es la opresión económica que los países del capitalismo superdesarrollado ejercen sobre las naciones de incipiente formación económica. Por eso muchas veces hemos destacado la necesidad de llevar a cabo la unión de los países indoamericanos, la unión de este continente virgen en sus posibilidades, porque el problema del salitre y del cobre en Chile es lo mismo que el del café en Brasil, que el de la carne y la lana en Argentina, e igual al del estaño en Bolivia y del azúcar y el algodón en Perú, para no enumerar otros. De manera que somos países con necesidades similares y que, desgraciadamente, no aprovechamos este conflicto mundial para trazar la gran política de unidad, por encima de las fronteras y de los intereses pequeños, para convertir en realidad el sueño de nuestros padres y de los progenitores de nuestra independencia, de manera que hubiésemos creado la posibilidad de un entendimiento económico y político entre pequeños países. Alguien aseveraba, y con razón, que con un día de lo gastado en la guerra se podían comprar los materiales necesarios para las 400.000 habitaciones que Chile requiere. Y es posible que con el costo de diez o quince superfortalezas pudiéramos instalar una planta de fundición de cobre. ¿Comprenderán las grandes potencias que ellas mismas, desde el punto de vista comercial, les conviene elevar el poder comprador de este continente de 300 millones de habitantes?

Muchos países de América financian sus presupuestos esencialmente con una o dos materias primas que exportan. Chile cubre la cuarta parte del suyo con los derechos sobre el cobre.

Lamento, en estos momentos, la ausencia del señor ministro de Relaciones Exteriores, quien nos habría podido explicar algunos hechos que es necesario conocer.

¿Existe o no la posibilidad de que desde el punto de vista económico nosotros podamos cambiar el rumbo? ¿Hay comprensión para las imperativas urgencias y necesidades de estos países?

¿Seguiremos en una política económica internacional que nos obliga a exportar nuestras materias primas a precios reducidos y pagar cien a quinientas veces más por las mismas materias manufacturadas? Recuerdo que nuestro país, por una tonelada de hierro, ha recibido seis pesos oro de seis peniques, en circunstancias que por la misma tonelada manufacturada ha tenido que pagar \$ 1.336 de seis peniques. ¿Cómo es posible que exista este desnivel? En estas condiciones, ¿podrán respetarse y resguardarse los claros conceptos y la visión del señor Roosevelt? ¿Estarán garantizadas con esta política las cuatro libertades de que nos habla la Carta del Atlántico?

Por desgracia yo soy escéptico y lamento que el ministro de Relaciones Exteriores no haya dado al Senado una visión de las medidas que él y el gobierno han patrocinado en este aspecto. Sé que muchos de los señores senadores y muchos de los delegados nuestros a la Conferencia de San Francisco piensan lo mismo. También veo que es indispensable que venga al Senado el funcionario que está a cargo del Ministerio de Defensa Nacional, a explicarnos si los compromisos contraídos por Chile en la Carta, que establecen la aceptación de un ejército internacional, son o no ventajosos para nuestro país desde el punto de vista material, ya que nadie puede desconocer que lo son como posibilidad para preservar la paz.

Nosotros, que somos un país escuálido y sin capitales, ¿vamos a seguir invirtiendo millones de pesos en armamentos? ¿Acaso no hemos reparado en las nuevas prácticas que ha traído el progreso técnico antes de seguir adquiriendo elementos que nadie va a usar?

No pretendo hacer una exposición de lo que puede significar la bomba atómica, pero me he impuesto del futuro presupuesto de guerra que tiene nuestro país y he visto que en sus inversiones sigue el mismo criterio de años anteriores, al margen de los progresos de la técnica y la experiencia de la guerra. Efectivamente, en

él se destaca el más alto porcentaje para el Ejército, después la Marina y por último la Aviación, en circunstancias que esta guerra fue ganada por el empleo de la aviación, y que en un país como el nuestro, de escasos medios de locomoción y de pocos caminos, debe impulsarse el desarrollo de la aviación civil y militar.

No se vea en mis palabras una crítica con nuestras instituciones armadas y menos se piense que yo niego o discuto lo que ellas han dado al prestigio del país.

Pero es conveniente ponerse a tono con el perfeccionamiento técnico de la humanidad y encarar la necesidad de modificar el criterio con que actúan hombres e instituciones.

Nosotros no sabemos lo que el gobierno piensa al respecto de todos y cada uno de estos aspectos. De ahí que hayamos criticado constantemente la ausencia en esta Sala de los ministros responsables, sea en el aspecto internacional, sea en el aspecto económico, sea —como en este caso específico— en el aspecto militar.

Estimo de alto interés que los senadores de la República profundicen estas cosas, porque día a día estamos angustiándonos, tanto los senadores de derecha como los de izquierda, frente al panorama económico que Chile presenta, frente a la visión social que este país ofrece, y estamos reclamando constantemente que se adopten por el gobierno las medidas decisivas que el momento actual exige.

Quiero finalizar diciendo que, así como en los años 1939, 1940 y 1941 hemos planteado y predicado la necesidad imperiosa de que todos los países de América se unan, en el año 1944 destacábamos la necesidad de crear una Carta de América que consultara todas las seguridades, sociales, culturales, educacionales, de salubridad, etcétera, para el desarrollo, crecimiento y bienestar de los pueblos americanos.

Decía nuestro Partido:

“El Partido Socialista, al luchar por una CARTA DE AMÉRICA, lo hace convencido de que no basta la adhesión a la Carta del Atlántico, porque ésta no significa para los pueblos sojuzgados y semicoloniales de las Américas ninguna garantía eficaz.

Las cuatro libertades: libertad de expresión, libertad religiosa, libertad de subsistir o liberación de la miseria y libertad de vivir sin temor, sólo serán eficaces en aquellos países que poseen la fuerza

suficiente para imponerlas dentro de su propio territorio y de hacerlas respetar por los demás. Ello requiere la existencia de democracias bien constituidas y una verdadera conciencia democrática en las grandes potencias capitalistas, que garantice esas libertades y las respete y ayude a respetar en los países de estructura económica débil como los nuestros.

No es suficiente la existencia de una política de buena vecindad que se aplica en las formas convencionales del comercio o de la producción de materias primas; pero que nada determina en lo que al resguardo de las libertades internas de cada país se refiere.”

Esta ha sido nuestra posición; por esto hemos luchado; por esto hemos recibido críticas; por esto hemos sido incomprensidos y por esto hemos sido, muchas veces, calumniados.

Hoy he querido en esta exposición demostrar que, en materia internacional, el Partido Socialista ha tenido, tiene y tendrá una visión clara de las responsabilidades que le corresponden a un partido que, como el nuestro, lucha por la independencia económica del país, dentro de una América unida política, financiera y socialmente.

Cuba y la revolución latinoamericana*

Rendimos homenaje a las milicias inmoladas hace siete años en el asalto al cuartel Moncada y lo hacemos expresando que los sectores populares de Chile, la inmensa mayoría del pueblo siente, comparte y vive los ideales de la revolución cubana. Tal hecho no puede ser extraño para nadie porque en la conciencia del pueblo chileno existe la inmensa y profunda convicción de que América Latina está viviendo uno de los minutos más trascendentales de su historia; que las revoluciones mexicana y boliviana señalaron ya una etapa, y que la cubana marca con caracteres imborrables un proceso de superación al dar sólidos pasos hacia la plena independencia económica y señalar, con su lucha, el camino que han de seguir los pueblos latinoamericanos para afianzar y acelerar la evolución política, económica y social que los lleve a ser auténtica y definitivamente libres.

Nosotros hemos expresado reiteradamente que, con estrategia

* Discurso pronunciado en el Senado de la República de Chile, en homenaje a la Revolución cubana, el 27 de julio de 1960, fragmentos.

y tácticas distintas, tal proceso deberá aflorar en los diversos países de América Latina para terminar con la etapa de vasallaje político, de explotación económica; para poner fin a la angustia, al hambre y a la miseria de los miles y miles de hombres de esta parte del hemisferio; para detener la voracidad implacable del imperialismo; para poner fin al régimen feudal de explotación de nuestras tierras; en resumen: para hacer posible el desarrollo económico y el cambio político capaces de crear un porvenir de dignidad y grandeza para el pueblo latinoamericano.

Por eso, los hombres de nuestras naciones miran con profundo interés la Revolución cubana, pues es un símbolo antiimperialista y antifeudal.

La revolución latinoamericana, con características distintas en su táctica y estrategia —repito— en cada uno de nuestros pueblos, tendrá como fondo indiscutible una lucha emancipadora en lo económico, una frontal batalla contra el imperialismo y un combate decisivo contra el régimen feudal de explotación de la tierra y del trabajador del agro.

La revolución latinoamericana —pensamos y lo hemos dicho— deberá ser, además de antiimperialista y antifeudal, democrática, a fin de que la sientan, compartan y comprendan las masas ciudadanas. Deberá ser profundamente humana, al preocuparse de la realidad de la vida opaca, gris, sin destino ni juventud del hombre común latinoamericano, y darle un futuro de trabajo, salud y educación.

Por ello no puede extrañar a nadie que a lo largo y ancho de América del Sur exista un pensamiento solidario y de lealtad hacia Cuba, su gobierno y su revolución.

He estado en tres oportunidades en esa nación y me enorgullecí de decirlo. He sido testigo presencial de cómo es un pueblo movilizado, material y espiritualmente, al sentirse interpretado por su gobierno en la etapa fecunda de una realización de características dramáticas de urgencia, pero con estabilidad permanente por su alcance y contenido.

He tenido ocasión de estar en otros países y de asistir a actos políticos en los Estados Unidos. Lo he hecho, también, en diversos países de América Latina, como Uruguay, Perú, Argentina, Venezuela. Estuve en el estadio Dinamo de Moscú. Fui testigo presen-

cial de la celebración del quinto aniversario de la revolución en la República Popular China, y allí vi desfilar a 700.000 personas. Pero nunca he visto, en proporción al número de habitantes, a un pueblo movilizado como lo vi en La Habana, el 26 de julio del año pasado y como lo vi este año, el 1 de mayo. Ello sólo puede lograrse cuando un gobierno ha creado un sentido místico, cuando ha sido capaz de darle a los ciudadanos una gran tarea colectiva, al servicio de la patria.

En los actos del 1 de mayo del año pasado estaban convocados los guajiros, o sea, los campesinos. Los vi desfilar por las calles de La Habana —ciudad calificada anteriormente como una especie de “cabaret” flotante— con expresiones dignas, conscientes de lo que significaban ahora, en esta etapa de la historia de su patria libre. La concentración fue un hecho inolvidable. En una gran explanada, cuatrocientos o quinientos mil campesinos, con sus casas blancas, con sus grandes sombreros de paja, con sus machetes al cinto, y allá, destacándose a la distancia, la estatua de Martí parecía tomar vida y, desde el silencio sonoro, volvían sus palabras a señalar el camino del sacrificio y la victoria. Cuando golpeaban los machetes —forma que tienen los campesinos de expresar su adhesión a las palabras de Fidel Castro—, yo sentía el anuncio de lo que esos sonidos sembraban en América: la reforma agraria.

Este año vi a un pueblo organizado, consciente, no una masa humana reunida espontáneamente, con fervor instintivo, como la de los campesinos de la vez anterior. Ahora se trata de un pueblo organizado, disciplinado, absolutamente consciente de la gran tarea que debe realizar. Las consignas, los gritos y, sobre todo, la alegría de esa inmensa multitud —más de 700.000 personas— están señalando de qué manera están fundidos pueblo y gobierno, revolución y pueblo, revolución y gobierno.

He visto en Cuba las más grandes demostraciones de masas posibles de imaginar.

Contrasta lo que yo he visto, lo que he leído, lo que he aprendido de lo realizado por la Revolución cubana, con la inmensa, con la brutal, con la descompuesta, con la intencionada propaganda que, por medio de las agencias informativas internacionales, día a día y minuto a minuto se lanza contra la revolución. Me parece innecesario destacar de qué manera la UPI y las agencias informativas controladas por el capital norteamericano han defor-

mado y deforman lo ocurrido en Cuba. Tan sólo es comparable este tipo de información con la existente cuando se avecinaba ese gran atraco internacional perpetrado años atrás en contra de Guatemala.

Juan José Arévalo, el maestro presidente, nos definía a su país como el del 70 %: porcentaje de analfabetos, de palúdicos, de descalzos y del presupuesto invertido en gastos militares.

La propaganda de ese entonces es la misma desatada hoy día, desde hace meses, en contra de Cuba.

Ayer era Guatemala el polvorín comunista que ponía en peligro la hermandad americana. Hoy es Cuba.

Ayer y hoy, el Departamento de Estado norteamericano defiende, impúdicamente y por los peores métodos de presión económica y atropello, los intereses de sus connacionales, su influencia política.

Ayer y hoy, muchos gobiernos de Latinoamérica aceptan dócil y servilmente la voz de orden del poderoso país del norte.

Como siempre, la raída bandera del anticomunismo se esgrime para atentar en contra de la soberanía de los pueblos: ayer, contra Guatemala; hoy, contra Cuba.

Reemplazar a la OEA*

Los honorables colegas que me han precedido en el uso de la palabra —y deseo abreviar las mías, apremiado por el tiempo— han expresado con claridad que la actitud de Estados Unidos y las vacilaciones de la Organización de Estados Americanos demuestran su inoperancia y que el panamericanismo ha hecho crisis; que la OEA es un organismo sometido a la presión norteamericana y que, por lo tanto, es fundamental que los pueblos latinoamericanos vean la necesidad y conveniencia de crear un instrumento que efectivamente sea independiente y soberano; que no se deje presionar por la acción norteamericana, y que impida que gobiernos serviles vayan a organismos como la OEA únicamente a apoyar la política de Estados Unidos, contraria a los intereses de nuestros pueblos.

Deseo hacer resaltar que la posición de la inmensa mayoría de los chilenos señala la necesidad imperiosa de que Estados Unidos retire sus tropas de Santo Domingo; que no podemos aceptar una acción conjunta de la OEA, por cuanto ello implicaría sancionar la actitud de Estados Unidos y aceptar que sus tropas permanez-

* Senado de la República, 5 de mayo de 1965, fragmentos.

can en Santo Domingo. Por su parte, nuestro partido ha hecho presente la necesidad de aplicar sanciones que en este caso, si hubiera una Organización de los Estados Americanos con dignidad, se aplicarían contra los Estados Unidos, agresor e invasor, que ha pisoteado los principios permanentes de respeto a la autodeterminación y soberanía de los países.

Ya se ha recordado el caso de Cuba, quien, por el solo hecho de suponerse —sobre la base de una opereta de tipo internacional— el envío por dicho país de armas a Venezuela, fue nada menos que expulsado de la Organización de los Estados Americanos.

El bloqueo internacional, el cierre del comercio, la actitud asumida por Estados Unidos frente a Cuba, están señalando el propósito irrevocable de aquel país de impedir que los movimientos emancipadores de América Latina conquisten el poder para cristalizar sus ideales. Esta no es una aseveración sin fundamento, pues uno de los acuerdos fundamentales de la Conferencia de Punta del Este rechaza la posibilidad de que en América Latina puedan existir gobiernos marxistas o que tengan este pensamiento doctrinario. De allí que no nos extraña que en la pasada contienda presidencial se desencadenara, nacional e internacionalmente, una campaña de terror e insidia contra el movimiento popular chileno. Por eso, los hechos nos han dado constantemente la razón. Hemos sostenido —y la historia está señalando la verdad de nuestras palabras— que nuestros países jamás tendrán la posibilidad de obtener independencia económica y política si no derrotamos al imperialismo, al opresor que está aliado, en este caso, con las rancias oligarquías y con la Iglesia católica. La nueva táctica empleada después de Playa Girón, la Alianza para el Progreso, la serie de organismos creados ad-hoc para afianzar la organización económica, la penetración sindical, política, educacional y técnica, señalan la necesidad de una nueva mentalidad, un nuevo espíritu en América Latina. Y la unidad en la lucha y en la acción contra el imperialismo deberá alcanzarse en escala continental.

Lo que estamos señalando indica el camino que inevitablemente deberemos recorrer.

Desde el punto de vista nacional, reconocemos hidalgamente que la actitud del señor Frei ha sido correcta y justa, al solicitar concretamente el retiro de las tropas americanas de Santo Domingo. Al respecto deseo señalar que los sectores reaccionarios del país

no sólo desfiguran esta política, sino hasta las palabras del canciller. Sin concordar nosotros con algunos juicios emitidos por él en una entrevista concedida ayer al diario *El Mercurio*, debo destacar que ya se ve la intención y el propósito de disminuir en la escala internacional la posición moral y digna de Chile, por medio de las publicaciones que aparecen en los diarios reaccionarios como *Golpe*, *El Mercurio*, *El Diario Ilustrado* y *La Unión*, de Valparaíso. Son los viejos grupos de la reacción chilena quienes, indiscutiblemente, no pueden aceptar en la política internacional que se señale con claridad cuáles son los factores fundamentales de la distorsión que ponen en evidencia la crisis del panamericanismo y del fracaso definitivo de la Organización de los Estados Americanos, y que se pida salgan las tropas estadounidenses de la República Dominicana.

Coordinar los movimientos antiimperialistas*

A tanto han llegado la insolencia y la inquietud del imperialismo, frente al súbito desarrollo del movimiento popular, que descaradamente ha debido plantear la llamada Doctrina Johnson, según la cual los Estados Unidos se reservan el derecho de intervenir unilateralmente, por la fuerza de las armas, en cualquier lugar de América Latina en que estimen amenazado el orden social, vale decir, sus intereses económicos y políticos.

La doctrina Johnson significa la negociación absoluta del principio de autodeterminación de los pueblos, de la no intervención y de la soberanía de nuestros países.

Además, frente a las fronteras geográficas, plantea las denominadas fronteras ideológicas, lo que implica la limitación del pensamiento y la bastarda defensa de sus bastardos intereses.

Finalmente, envuelve una advertencia y una notificación de

* Discurso en la Primera Conferencia Tricontinental, La Habana, 5 de enero de 1966. En esta reunión se acordó crear, a propuesta de Allende, la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

que los Estados Unidos impedirán con la violencia el triunfo de los movimientos de liberación nacional en nuestras tierras.

La doctrina Johnson constituye para el pueblo chileno, como para todos los países de América Latina, una declaración explícita de que los imperialistas opondrán la violencia a cualquier movimiento popular que en nuestro continente esté en condiciones de alcanzar el poder. Ello determina que el movimiento popular chileno, que ha logrado señalados triunfos en la ampliación y profundización de la democracia en nuestro país, sepa ahora, claramente, que los Estados Unidos le impedirán por las armas el acceso democrático y legal al poder.

Ello determina, también, en consecuencia, nuestra obligación de acentuar la lucha; movilizar las masas, vincular la acción antiimperialista a las reivindicaciones cotidianas de la población: la huelga, la ocupación de tierras, la movilización colectiva y la toma de conciencia de que a la violencia reaccionaria se opondrá y opondremos la violencia revolucionaria.

Será el propio pueblo de Chile y las condiciones de nuestro país lo que determine que hagamos uso de tal o cual método, para derrotar al enemigo imperialista y sus aliados.

No se nos escapa que esta lucha es excesivamente dura y difícil para un país solo y que, para hacerla más fácil, deberá contar con el respaldo, el apoyo y la solidaridad internacional.

Es fuerte y poderoso el imperialismo, pero, en conjunto, los pueblos oprimidos son mucho más fuertes que él y están en condiciones de vencerlo. De ahí por qué valoramos nosotros, extraordinariamente, la lucha antiimperialista de todos los pueblos del mundo y la sentimos como nuestra.

La Segunda Declaración de La Habana, aprobada en la Asamblea General del Pueblo de Cuba, dijo:

“¿Qué es la historia de América Latina?” “¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de África, Asia y Oceanía?” “¿Y qué es la historia de estos pueblos sino la historia más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?”

Estamos con los pueblos de Asia y África y el mundo árabe, que combaten con las armas en el Congo, en las colonias portuguesas, en el Yemen, en Laos, especialmente en el Vietnam, en contra del enemigo común.

Estimamos que sus luchas son valiosas ayudas para los pueblos latinoamericanos que, a su manera y en cada uno de los frentes, se oponen al imperialismo.

Estamos con los combatientes de Guatemala, Colombia, Venezuela, Perú, y en especial con el valeroso pueblo dominicano, con cuya heroica batalla por conquistar su libertad y expulsar a los invasores yanquis nos solidarizamos.

Estamos también con los que bregan por derrotar al imperialismo.

Hemos estado, estamos y estaremos con Cuba, que construye valerosamente el socialismo. No olvidemos que, contra este país, se descarga día a día una feroz acción imperialista que, entre otros aspectos, se traduce en el despiadado bloqueo económico. Esta isla que, a menos de cien millas de sus costas, levanta en sus aguerridos brazos la bandera de la dignidad, no sólo de su pueblo sino de América Latina toda y de todos los pueblos oprimidos del mundo.

Compañeros delegados: los representantes del movimiento popular chileno hemos llegado a esta histórica Conferencia para insistir en que su máxima importancia consiste en la posibilidad de lograr, sobre la base de la lucha sin renuncios contra el imperialismo, una combativa unidad a favor de la liberación de Asia, África y América Latina. La unidad de los pueblos en su lucha emancipadora es la base esencial de la victoria definitiva.

Esperamos que de esta Conferencia emerja una acción concertada y permanente de sus organizaciones de masas, representadas aquí para luchar resueltamente contra el imperialismo, creando las autoridades y mecanismos adecuados que, sin perjuicio de los organismos regionales existentes o por existir, permitan ligar más estrechamente sus luchas con la de los países de América Latina.

Sostenemos, asimismo, que de esta Conferencia debe salir una iniciativa destinada a relacionar y coordinar en forma permanente la acción antiimperialista del pueblo latinoamericano.

La Conferencia de México, en 1961, por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, y el Congreso de los Pueblos, realizado en La Habana en 1962 en pro de la autodeterminación y la no intervención, constituyen jalones señalados de un proceso de coordinación de los movimientos populares antiimperialistas del continente.

Compañeros: la delegación de Chile se esforzará porque la solidaridad de los pueblos de los tres continentes alcance en esta Conferencia los mejores instrumentos de acción, colocando, por sobre todo, su afán de unidad mundial antiimperialista. Unidad basada en la lucha intransigente que lleva a la derrota a las fuerzas que obstaculizan el avance de los pueblos de Asia, África y América Latina hacia la democracia, el socialismo y la paz; unidad para pasar con decisión a la ofensiva y conquistar la independencia económica y la soberanía política de nuestros pueblos. Unidad para darle al hombre la dignidad que hoy se le niega.

Unidad para terminar con el hambre, la enfermedad y la miseria moral y fisiológica.

Unidad para estructurar la nueva sociedad, sin explotados y explotadores.

Unidad para construir el socialismo.

Operación UNITAS VII en Chile*

Señor presidente, en realidad era mi propósito, y lo es, tratar de esforzarme para exponer un pensamiento general sobre esta materia al analizar lo que significan estas séptimas maniobras militares. Pero, frente a algunas aseveraciones hechas aquí y para que no se pierdan en la ráfaga de argumentos, creo indispensable referirme a ellas, con bastante cuidado —por así decirlo— ya que quiero mantenerme estrictamente dentro del compromiso contraído por nosotros de que las sesiones de la comisión fueran secretas.

Se ha sostenido algo que en verdad es diferente a lo que aconteció. El honorable señor Teitelboim, impugnando el contenido político y la filosofía de estas maniobras, y haciendo ver que ellas constituyen parte de un plan, entregó a conocimiento de la Comisión y en presencia de los Jefes de nuestras Fuerzas Armadas algunos documentos y antecedentes. Así, por ejemplo, leyó las opiniones del contralmirante J. A. Tyree Jr., vale decir, hombre de gran tradición militar, comandante de las Fuerzas del Atlántico Sur. Esas opiniones constan en un folleto editado por la Marina norteamericana que circula profusamente en Chile. En él puede leerse lo siguiente: “Este adiestramiento conjunto de la Operación UNITAS

* Senado de la República, 6 de octubre de 1966.

probó ser de gran efectividad en la cuarentena naval impuesta a Cuba. Su actuación fue sobresaliente y la cooperación de las mismas debería ser tenida más presente por cualquier país que tratara de amenazar la paz de las Américas.”

Lo que el honorable señor Teitelboim dijo es lo que sostenemos nosotros: que estas operaciones forman parte de una gran estrategia, de una gran concepción de la defensa de los intereses norteamericanos, que no son los intereses del continente latinoamericano ni los de Chile y de los chilenos.

Señor presidente, es indispensable que nosotros aprovechemos esta oportunidad para plantear, con la amplitud debida y la profundidad necesaria, nuestro pensamiento, el pensamiento socialista que no es improvisado y no obedece a actitudes transitorias u oportunistas que lo obliguen a convertirse en algo maleable, que se fuerza según cada ocasión.

Hemos nacido a la vida política de este país para luchar, esencialmente, contra la penetración imperialista norteamericana, porque sabemos que ello constituye el obstáculo más fuerte y poderoso que impide nuestro desarrollo económico, social y cultural. Hemos nacido para luchar por la independencia económica de Chile, que hoy no existe, porque somos un país estrujado por el imperialismo norteamericano, dueño de nuestra riqueza fundamental.

Hemos nacido a la vida política para luchar consecuentemente por nuestra independencia económica, por nuestra independencia política. Muchas veces, senadores de otras bancas rasgan sus vestiduras para sostener que no hay presión política, y agregan que somos un país independiente. Nosotros nos remitimos a los hechos, a la historia.

Nuestro continente, a poco caminar, con una seudoindependencia política, cuando rompió las amarras del coloniaje español, supo primero de la penetración del imperialismo inglés. Después del imperialismo americano y, acto seguido, de la declaración de principios de tipo internacional que durante muchos años ha marcado el camino de Estados Unidos frente a Latinoamérica, expresada en la doctrina Monroe, “América para los americanos”. En el hecho, América Latina para los norteamericanos.

En reiteradas ocasiones, frente a la indiferencia más absoluta

de la mayoría de los sectores del Congreso, hemos leído y mencionado las reiteradas oportunidades en que la política agresiva del Departamento de Estado se ha ejercido, en forma brutal, en contra de gobiernos o movimientos populares de América Latina. No es invención nuestra, señores senadores. Basta leer, para comprobarlo, inclusive a tratadistas norteamericanos que tienen un sentido objetivo y realista y que expresan su condenación por esa actitud que se ha llamado alternativamente, “la política del garrote”, “la diplomacia del dólar” o “la buena vecindad”.

Nosotros hemos hecho lo imposible por señalar que, con distintos matices y con significación diferente, siempre nuestros países han sufrido las consecuencias de esta política brutal que implica sometimiento político, especialmente, y explotación económica. Esa actitud nuestra podrá ser resistida y combatida por otros sectores, pero merece respeto y debe merecerlo, porque está en la esencia de nuestro pensamiento doctrinario y de nuestros principios.

Por eso decimos que en los países en vías de desarrollo, subdesarrollados, sumergidos o como quiera llamárselos, no pide haber revolución liberadora si ella no es antiimperialista.

En nuestros países no podría alcanzarse un desarrollo económico que permita satisfacer las necesidades esenciales de nuestros pueblos si no somos dueños de nuestras riquezas; si no somos dueños de nuestro propio destino; y esta sí es una posición auténticamente nacional y evidentemente patriótica.

Señores senadores: los hechos, el proceso social y económico, el caminar de los pueblos por la historia nos han dado implacablemente la razón. Por eso vemos ahora que senadores tan decididamente reaccionarios como el honorable señor Pedro Ibáñez hablan, en la monolítica dureza de sus convicciones, desde otro ángulo que el nuestro, de la posibilidad, siquiera, de decir que la política norteamericana es contraria, en algunos aspectos, a su pensamiento doctrinario.

Lentamente, sectores impermeables a lo ocurrido en este continente van entendiendo la realidad y, al mismo tiempo, los sectores ciudadanos se van dando cuenta de lo que son el lenguaje del oportunismo demagógico de la revolución en libertad y la auténtica libertad.

Y nosotros queremos, esta tarde, con seriedad, con respeto a nuestros adversarios, pero con firmeza, decir a los señores senadores que esta operación UNITAS VII forma parte de una gran estrategia del imperialismo, que se expresa, en el caso de nuestro continente, en una penetración económica, cultural y sindical, y aun en una penetración hasta dentro de las Fuerzas Armadas.

Puedo decir, sin vulnerar nuestro compromiso de mantener en secreto lo que se conversó en la Comisión de Defensa Nacional, que es satisfactorio que el pensamiento político-militar de las Fuerzas Armadas sea, como lo suponíamos, esencial y básicamente defensivo. Y eso es algo que tiene que satisfacer a todos los chilenos. No es patrimonio de este gobierno: lo es de la tradición nuestra, de gente que ama la paz, el diálogo entre los gobiernos y que sólo ante un ataque, ante la violencia, podrá recurrir a una guerra. Lo digo porque es útil dejar constancia de que este fue el pensamiento que allí se expresó y que mereció de parte de todos nosotros, por cierto, la más absoluta y total adhesión.

Por eso, a mí por lo menos, me parece un poco exagerado argumentar trayendo aquí como antecedente de gran significación una que otra frase del discurso pronunciado por el señor ministro de Relaciones Exteriores de Chile en el amplio anfiteatro de las Naciones Unidas. En realidad, no creo que se necesite ser genio para darse cuenta de que el perfeccionamiento de la potencia nuclear puede significar romper la paz; y estimo que el descubrimiento hecho por el señor ministro de Relaciones de Chile, de que la paz está rota por la guerra de Vietnam, podría haberlo hecho cualquier alumno de quinta preparatoria que sepa leer.

¡Si la paz está rota hace mucho rato! Y cuesta millones y millones de esfuerzos a hombres y mujeres que quieren defenderla. El problema está en entender quién ha roto la paz y cuál es el fondo del objetivo que se busca. Y en este sentido me parece necesario señalar lo siguiente: Estados Unidos ha comprobado que, merced precisamente al perfeccionamiento de la técnica bélica y al desarrollo de las fuerzas nucleares, sus fronteras ahora no son invulnerables. Por ello ha acentuado su política agresiva. Uno de los puntales de esta política se basa en la concepción táctica que fija las fronteras estratégicas de Estados Unidos más allá de sus propias fronteras y consiste en hacerlas residir en una línea que comienza en Noruega —en Europa—, y culmina en un conjunto de bases instaladas en el

Extremo Oriente y en el sudeste de Asia; en el paralelo 38, que separa Corea del Norte de Corea del Sur; en el paralelo 27, que divide Okinawa de otras islas de Japón, y en el paralelo 17, que separa Vietnam del Norte de Vietnam del Sur.

En esta concepción, América Central y América del Sur figuran como territorios exclusivamente reservados para Estados Unidos, para que en ellos ejerza “protectorado” político y para disponer de todos sus recursos, tanto económicos como humanos.

Estados Unidos, de acuerdo con esa línea político-militar, ha promovido la celebración de pactos que lleven a una especie de solidaridad automática con Washington a aquellas naciones que se encuentran dentro de sus fronteras estratégicas.

Se tiene así, por ejemplo, el caso de la OTAN u Organización del Atlántico Norte; la OTASO, u Organización del Tratado del Sureste de Asia; y antes la OEA, u Organización de los Estados Americanos, y sus pactos militares y todo su mecanismo de organizaciones paramilitares (la OTASO, firmada en Manila el 8 de diciembre de 1954 por los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia, Filipinas y Pakistán).

Todos estos tratados se basan en el automatismo de la reacción bélica. De ahí la actitud de De Gaulle.

Señalo, señores senadores, que cuando planteamos que la paz está rota y echamos de menos, no el descubrimiento del señor ministro de Relaciones Exteriores, sino la entereza para declarar quién rompió la paz y de qué manera se está cometiendo un genocidio contra un país que tiene derecho a defender su libertad, y donde mueren todos los días heroicos hombres y mujeres, tenemos la solvencia de nuestros propios argumentos. Pero queremos apoyarnos también con las opiniones de otros que tienen, en escala mundial, una alta situación política, en el caso de De Gaulle, o una alta jerarquía en el caso de U Thant, secretario general de las Naciones Unidas. Tengo a mano el discurso pronunciado por De Gaulle en Camboya. Solicito que la parte pertinente se intercale en mi intervención, señor presidente, y le ruego recabar la autorización de la Sala.

El Señor REYES (presidente). —Si a la Sala le parece, se intercalará el documento mencionado por el señor senador en la parte correspondiente a su intervención.

Acordado.

El señor ALLENDE. —Dijo el presidente De Gaulle en Camboya: “Todas las soluciones para Vietnam dependen de la actitud de Estados Unidos respecto a la retirada de sus tropas, dentro de un tiempo prudencial”, aseguró el Jefe de Estado francés. “Comprendemos cabalmente que esto quizás no podría hacerse en poco tiempo.”

Añadió que “a nombre de dos siglos de amistad”, Francia hace un llamado a Estados Unidos para que tenga ese gesto. “No existe la posibilidad de que los pueblos de Asia se sometan a la ley de los extranjeros que vienen del otro lado del Pacífico.”

Siguió diciendo que Francia considera que los combates que están registrándose en la otrora Indochina “sólo atañen a los habitantes” de esa región. “No hay otra cuestión que resolver. Francia estima que no es posible hallar una solución militar al conflicto y pensar que la que hay equivale a ver al mundo rodar hacia una catástrofe”, indicó.

Eso dijo el presidente de Francia. No hay solución militar al conflicto, y pretender imponerla es acentuar la posibilidad de una conflagración mundial.

Y U Thant, que ha renunciado al más alto cargo que existe en el mundo por tratarse de una organización internacional de la significación de las Naciones Unidas, expresó en su carta-renuncia, entre otras cosas, lo siguiente:

“La presión que ejercen los acontecimientos está llevando despiadadamente hacia una guerra mayor, mientras que los esfuerzos tendientes a invertir los acontecimientos se arrastran desastrosamente detrás.”

Manifestó que, según su punto de vista, el error trágico de confiar en el uso de la fuerza y de los medios militares como medios engañosos para perseguir la paz” se está repitiendo.

- El final del documento cuya inserción ha sido acordada es del tenor siguiente:

“Aludió también U Thant a la ausencia de China comunista de las Naciones Unidas, diciendo que siente una especie de ‘insatisfacción’ ante el hecho de que la organización no haya alcanzado la universalidad, en el número de sus miembros.”

Declaró: “Estoy seguro de no estar solo en ese pensamiento. Muchos de los problemas que afectan hoy al mundo, sean ellos de

carácter regional o global, se están tornando intratables debido a esta circunstancia.”

“Esto resulta verdadero, por ejemplo, ante la falta de progreso logrado en campos tan triviales como el del desarme.”

El señor ALLENDE. —Por eso, cuando entregamos estos antecedentes no estamos cometiendo el error de desviarnos del punto central del debate.

Lo dije al comienzo de mi intervención: estas maniobras UNITAS, como las otras que ya se han realizado —y esta es la séptima—, tienen el mismo sello, la misma orientación, el mismo pensamiento. Y nuestra actitud ha sido siempre igual, con argumentos sólidos, con antecedentes irrefutables. Frente a un Congreso que se ha renovado parcialmente o casi en su totalidad, hemos estado aquí sosteniendo lo mismo ante la indiferencia más absoluta hasta el presente. Y ahora vemos que pétreos sectores empiezan a comprender siquiera que en muchos de nuestros planteamientos había absoluta razón.

Tengo a mano los libros en que están consignados los acuerdos que emanan del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y del Pacto Militar.

El artículo 3.º del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca dice:

“La Altas Partes Contratantes convienen en que un ataque armado por parte de cualquier Estado contra un Estado americano será considerado como un ataque contra todos los Estados americanos, y en consecuencia cada una de dichas Partes Contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque, en ejercicio del derecho inmanente de legítima defensa individual o colectiva que reconoce el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas.”

En virtud de los compromisos y convenios que la mayoría del Congreso aprobó anteriormente y mantiene, Chile forma parte de una gran estrategia, que implacablemente, hasta ahora, nos vincula al lado de Estados Unidos en la guerra fría y, mañana, nos obligaría en caso de un conflicto bélico. Y el único adversario del régimen capitalista, lógicamente —porque frente a frente en el mundo no hay otro—, es el socialismo, que avanza, por suerte, arrollador en todo el orbe.

Sostuve hace poco que, si algo me había impresionado, en mi visita a los países socialistas, es la increíble devoción que tienen por la paz. Creo que estos pueblos que visité tienen como sacrosanta preocupación la defensa de la paz, porque ellos sufrieron una guerra devastadora, porque fueron empujados a un conflicto, porque el mundo sabe que la vinculación de los intereses centralizados del poder financiero germánico y los militaristas alemanes provocó la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial.

Ahora, Alemania Occidental y el gobierno de Bonn, impúdicamente, señor ministro, han planteado ante todo el mundo la reivindicación de sus fronteras, es decir, las fronteras que tenía Alemania durante la dictadura brutal y siniestra de Hitler, lo que significa amagar a Polonia, Yugoslavia y Checoslovaquia, y crea un polvorín en el corazón de Europa.

Y cuando los cables anunciaban que el Ministerio de Relaciones Exteriores de Bonn, hace horas, minutos, segundos —porque en la historia estos son segundos— estuvo frente a Johnson reclamando participación en el manejo de las armas nucleares; cuando uno lee los despachos cablegráficos publicados en *El Mercurio* ayer o anteayer, conoce la opinión de Eisenhower —cito su nombre por lo que ha representado en la política de Estados Unidos, como presidente en dos períodos, e incluso en la política mundial, como jefe de las fuerzas de los países capitalistas en la Segunda Guerra— y sabe que este ex mandatario norteamericano ha planteado la posibilidad del uso de armas nucleares en el conflicto de Vietnam, ¡cómo es posible que hombres de cultura, de capacidad política y de sentido patriótico puedan creer que esta política, continuación de la que trazaron otros con anterioridad, no es una política que amarra a Chile en compromisos brutales! Porque, señor ministro de Defensa, el Pacto Militar, la relación que hay en el hecho entre Chile y Estados Unidos, es la misma que existe entre la pulga y el elefante, entre el caballo y el jinete, y pongo este ejemplo para que me entienda.

El tratado de Ayuda Militar entre Chile y Estados Unidos debe ser similar al acordado entre Estados Unidos y el resto de los países de América Latina; pero cabe destacar que Argentina no lo firmó sino hace tan sólo —me parece— dos años. Y lo apuntaba con mucha razón en la sesión de ayer el honorable señor Raúl Ampuero. Es muy importante precisamente no olvidar este hecho, porque la proporcionalidad de la ayuda militar cambia si se toma en

cuenta lo que se ha entregado a ese país en dos años y lo entregado a otros que firmaron el Pacto hace cinco o seis años.

En una parte del artículo 1.º del Convenio de Ayuda Militar entre Chile y Estados Unidos se expresa lo siguiente:

“Esa ayuda se destinará de manera que fomente la defensa del hemisferio y estará de acuerdo con los planes de defensa que acepten ambas Partes conforme a los cuales participarán en misiones importantes para la defensa del hemisferio dentro de la región definida en el artículo 4.º del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca.”

Continúa todo este artículo 1.º refiriéndose a la defensa hemisférica. Y resulta extraordinariamente paradójico que se venga a sostener en este recinto que estas maniobras no tienen una significación destinada a prevenir una agresión al continente por un enemigo extracontinental. Es decir, señor ministro, no hay argumento valedero. Sería útil tener la entereza de decir: “Sí, señor. Por tal tratado que firmó Chile, que el Congreso aprobó, patrocinado por otros gobiernos y que nosotros mantenemos, esta es la obligación imperativa que nos impone determinado compromiso internacional.” Estos son hechos; esto el país lo entendería. Pero que nos vengan a decir que ésta no es una maniobra para considerar un hipotético adversario exterior, es estimarnos capaces de comulgar, no con ruedas de carreta, sino con todo un aserradero. ¡No! ¡La realidad es muy clara! ¡Si Estados Unidos reparte y facilita los armamentos! ¡Si Estados Unidos arma, de acuerdo con el oportunismo de sus intereses, a determinados países, inclinando un año la balanza hacia determinado sector, para apuntar contra determinado gobierno o para señalarle a otro que no sea vacilante cuando en su país hay fuerzas que tienen significación auténticamente revolucionaria!

Yo expuse en la Comisión de Defensa Nacional algo que es un secreto a voces. Si el movimiento popular chileno hubiera alcanzado por las urnas el poder que no alcanzó debido a la propaganda y corrupción en 1964, Estados Unidos no habría desembarcado *marines* en Chile. Si lo hubiera hecho, se que aun en las bancas más reaccionarias habría habido un sentido nacional para estar junto al gobierno del pueblo. No me cabe duda de que habría habido muchos hombres de la derecha, del centro y de la Democracia Cristiana defendiendo con nosotros la dignidad del país. Pero

Estados Unidos no iba a desembarcar *marines*. Iba a crear conflictos limítrofes; iba a movilizar los intereses del Perú, los intereses revanchistas, que no son los del pueblo peruano; iba a estimular a Bolivia, como la ha estimulado, señor ministro de Defensa, porque Estados Unidos armó al Ejército boliviano. Además, ha financiado el presupuesto de ese país, que es la única revolución del mundo financiada por el imperialismo en su porcentaje más alto durante muchos años, ¡y ningún país imperialista y capitalista regala millones de dólares! Habría acentuado el sentido hegemónico de una política que denunciamos hace mucho tiempo aquí, durante el gobierno de Gabriel González Videla, frente al ministro Germán Riesco, cuando hablamos de la Logia Redeco, logia militar proyectada en América Latina, y el eje Buenos Aires-La Paz-Lima.

Por eso, señalamos estos hechos. Porque su raíz política nadie puede negarla honestamente y porque la política llamada del “garrote”, de la “diplomacia del dólar” o de la “buena vecindad”, con una aureola de entendimiento aparente, del gobierno de Roosevelt, ha sido modificada y hoy día los pueblos que luchan por su independencia deben reconocer que hay una estrategia y una táctica del imperialismo.

Ya me he referido a la línea de las fronteras materiales que dibujan toda actitud agresiva de Estados Unidos. Mis colegas representantes del movimiento popular en este recinto ya han hablado, como yo lo he dicho otras veces, de las fronteras ideológicas y del ejército interamericano de paz. Y un propio contralmirante de Estados Unidos expresa lo que han sido las maniobras UNITAS; precisamente para atacar a un país que tiene el derecho de darse el gobierno que más se avenga con el pensamiento de su pueblo.

Digo esto para refutar, de paso, algunas aseveraciones del honorable señor Ibáñez sobre Cuba, que tienen el polvo de la incompreensión y la centenaria macidez reaccionaria que a veces caracteriza a Su Señoría.

El señor IBÁÑEZ. —¿Por qué?

El señor ALLENDE. —En el momento oportuno lo voy a precisar. Esa es la realidad. Estamos enfrentados a estas cosas, señor ministro de Defensa. Tengamos la entereza de decirlo, pongamos las cartas sobre la mesa y exprese el gobierno demócrata-cristiano: “Somos un gobierno capitalista, creemos en el reformismo capita-

lista; giramos, como lo dijo el señor Frei en la campaña, dentro de la órbita de Estados Unidos, y creemos que debemos entendernos con el país del norte." La demostración más evidente de tal política son los convenios del cobre.

¡Eso es honesto, eso es claro, eso fija un camino, un derrotero, y precisa una concepción! La combatiremos, como es lógico, pero sabremos dónde están, cuál es la realidad. Pero pretender que olvidemos lo que dijeron como oposición en el pasado y que ahora ustedes desconozcan todo un proceso continental y mundial no lo podemos aceptar.

Decía hace un instante que Estados Unidos ha cambiado su estrategia y su táctica. Y el gran error de los países socialistas de Europa que visité —no estuve en la Unión Soviética— es no comprender que, si ellos defienden la paz, nosotros tenemos que atacar el imperialismo como enemigo fundamental, y que del ataque a éste saldrá la consolidación de la paz, porque Latinoamérica es la bodega del imperialismo norteamericano.

Y esto es lo que se expresa en lo que se ha llamado ayuda técnica, ayuda financiera, ayuda militar, que he analizado en otras ocasiones. La ayuda militar significa economía para Estados Unidos, como lo hice presente con cifras irrefutables, porque no tiene que destacar hombres en estos países, ya que dispone de ejércitos nacionales al servicio de su política general.

El honorable señor Ibáñez manifestaba, con razón, que Estados Unidos había iniciado una política nueva, la Alianza para el Progreso, que a él y, creo, a la mayoría de este Congreso les da el espejismo de una gran posibilidad para nuestros pueblos. Pero nosotros, muy a tiempo en dos, diez, quince oportunidades, en el Senado, en la tribuna pública, en el periódico, en la revista, en la campaña presidencial, dijimos lo que era la Alianza para el Progreso: una gran maniobra política, una extraordinaria maniobra política, nacida antes de la derrota de Playa Girón y consolidada en Punta del Este para hacer posible la mantención de la brutal influencia financiera norteamericana en estos pueblos: Alianza para el Progreso que ni siquiera consideró el precio efectivo y real de nuestras materias primas.

El honorable señor Tomás Pablo, eufórico, afirmaba que Chile mantenía muy buenas relaciones con Brasil y que pronto llega-

rían a nuestro país dos senadores, dos diputados y el ministro de Relaciones Exteriores de ese país. ¡Ojalá el Senado chileno, por dignidad nacional e internacional, no reciba a senadores que han permitido que medio Congreso sea aventado y que se prive de sus derechos ciudadanos hasta a ex presidentes de su patria, porque hablar de democracia y de senadores brasileños es una vergüenza!

Daré lectura a las palabras del actual ministro de Hacienda de Brasil, antes de que fuera el “capo” del Fondo Monetario Internacional, como lo es ahora. Cuando era embajador del entonces presidente Goulart en Washington, en 1963, decía lo siguiente:

El señor IBÁÑEZ. —¿Quién era?

El señor ALLENDE. —Don Roberto Campos. ¡No es Campos Méndez; es Campos no más...!

Decía el citado ministro de Hacienda: “La ayuda (se refería a la Alianza) queda condicionada a la compra de bienes norteamericanos. Es parte de un programa de ampliación de mercados en el extranjero, para absorción de sus excedentes y alivio de su superproducción en la industria de exportación.” Es decir, en cuatro frases, todo un proceso de raíz política e interés financiero era definido por el “capo” del Fondo Monetario Internacional y ministro de Hacienda del “extraordinariamente democrático” gobierno de Castello Branco.

Y el presidente Johnson decía, con impudicia increíble, en un mensaje dirigido a su país y refiriéndose concretamente a las instituciones de crédito: “Requirió a todos los bancos para que restrinjan el otorgamiento de préstamos extranjeros siempre que éstos no tengan el claro y directo propósito de financiar las exportaciones de productos y servicios norteamericanos.” Es lo que hemos dicho: lo que dijo un día el ex presidente Goulart en el Salón de Honor del Congreso de Chile, ante todos los parlamentarios: “Los países pequeños como el nuestro, productores de materias primas —Goulart hablaba como presidente de Brasil, jerarquía que le duró poco por querer hacer una pequeñísima reforma agraria y pretender limitar las utilidades de las grandes empresas norteamericanas—, compramos caro y vendemos barato.”

En realidad, deseaba referirme también a otros aspectos. Declaro al señor ministro que pensaba hacerlo en su presencia, pero la premura del tiempo me impide satisfacer este anhelo.

Yo vinculo toda esta táctica, todo este proceso de la Operación UNITAS, como lo he repetido hasta la saciedad, a una completa estrategia de tipo mundial; y ahora último, a una orquestación que interesa al imperialismo y que apoyan los gobiernos obsecuentes de América Latina, contra el derecho de nosotros a organizarnos y defender la posibilidad de ser países independientes, contra los movimientos populares auténticamente revolucionarios. De ahí las declaraciones contra la Conferencia Tricontinental de La Habana y contra la Organización de Estados Americanos.

Tenía la intención de recordar, además, las palabras pronunciadas por el señor ministro de Defensa, al día siguiente del drama de El Salvador, cuando acusó de subversivos a los trabajadores de ese mineral y dijo que detrás de ese movimiento reivindicativo había clara intención política. Quería rememorar también cómo, en la misma oportunidad, el señor ministro asombró a Chile al afirmar que había gente armada con pertrechos bélicos —300 hombres preparados para ese acto— y que las Fuerzas Armadas habían sido compelidas al cuartel de Carabineros y obligadas a defenderse.

El señor ministro sabe la deferencia que tuvimos en la sesión secreta de la Comisión. En lo personal, pensaba mantener esa misma actitud deferente en la sesión pública.

Deseaba plantear *in extenso* que, en este proceso, Chile aportó en El Salvador su cuota de sangre, y ahora, una vez más, en las maniobras UNITAS, expresa su adhesión a una política que nos amarra al interés foráneo frente a un hipotético agresor continental. Y ese hipotético agresor no puede ser otro que el socialismo, los países socialistas. Y yo declaro que si hay algo que las naciones socialistas desean es la paz. Y nosotros sostenemos que si existe un agresor que esté poniendo en peligro la paz mundial ese no es otro que Estados Unidos, en Vietnam.

Tengo a la mano treinta, cuarenta, cincuenta artículos escritos por norteamericanos, por estudiantes y maestros universitarios que señalan a la administración Johnson como un gobierno que está manchando de sangre la historia y haciendo la más dramática ignominia de este siglo: el genocidio contra un pueblo.

Por eso, he dicho que nuestra lucha es continental; que la gesta emancipadora de nuestras naciones es en escala mundial, que

lo que pasa en Vietnam debe interesar a los chilenos del mismo modo que debe interesarnos lo ocurrido ayer en Santo Domingo frente a la tremenda cobardía colectiva, lo acontecido en Argentina cuando derrocaron al presidente Illia, lo sucedido en Brasil cuando destituyeron a Goulart, lo acaecido en Guatemala cuando derrocaron a Arbenz, y lo que ha pasado y seguirá pasando mientras el imperialismo defiende sus intereses y en nuestras patrias haya gobernantes que olviden los intereses nacionales para defender pequeños intereses foráneos.

Vietnam lucha por todos*

En diversas oportunidades nos hemos referido en el Senado a este problema y hemos dicho que la lucha librada en Asia por ese pueblo, centenaria o milenariamente agredido, no es sólo la batalla de quienes pelean en su propio suelo por su independencia económica, sino la expresión del combate frontal contra el imperialismo, que debe repercutir en nuestros países; hemos señalado que, si bien aparentemente tenemos libertad política, estamos sometidos a la tiranía y a una brutal presión económica, y que dicha libertad política —reiteradamente así se ha manifestado— es una gran farsa. Por tal motivo, no puede haber fronteras para los países en vías de desarrollo en esta lucha común. El heroísmo del pueblo vietnamita es un ejemplo de ello. Los patriotas vietnamitas luchan por ellos mismos, y también por la libertad de todos los países oprimidos en los distintos continentes.

En verdad, constituye una maravillosa lección poder comprobar que un pueblo pequeño, de economía agraria, que durante toda su historia ha debido derrotar a invasores, que prácticamente —podría afirmarse sin exagerar— ha vivido cientos de años con

* Senado de la República, 6 de febrero de 1968.

las armas en la mano, que hace tan sólo cinco o seis años tuvo la audacia creadora de derrotar al imperialismo francés y señalar el camino de su independencia, haya resistido primero y derrotado después al país capitalista más poderoso, que dispone de la técnica bélica más desarrollada y que no se ha detenido ante nada, empleando a veces procedimientos absolutamente proscritos por los conceptos más elementales de humanidad para destruir no sólo al hombre, sino también la economía del pueblo vietnamita. Así es como ha utilizado gases venenosos con los cuales asesina a poblaciones civiles y, además, destruye la posibilidad de la tierra de poder germinar y entregar sus frutos para las generaciones futuras.

Ante la resistencia de un pueblo que lucha por dignidad, movido por sus ansias y anhelos infinitos de ser libre y soberano y de trazarse él mismo su propio destino, uno debe sentir una íntima, profunda e ilimitada admiración. El motivo esencial de esa lucha, el contenido patriótico de sus combates, prácticamente son irresistibles.

En esta hora en que se escribe en la historia emancipadora de los países la gesta heroica de Vietnam, junto con rendir homenaje y tributo a quienes han sacrificado sus vidas por la tarea superior de tener un país independiente y soberano, debemos recordar a quienes han contribuido moralmente a su victoria: a todos los hombres independientes y dignos que desean también que sus patrias sean soberanas; a los países socialistas, fundamentalmente a la Unión Soviética, que han contribuido y contribuyen materialmente, con armas y esfuerzo bélico, a hacer posible la derrota del imperialismo, cuyo papel, en este caso, ha sido escribir una de las páginas más tenebrosas de los genocidios de la humanidad. De ahí nuestra admiración y apoyo a la heroica lucha sostenida por el pueblo de Vietnam.

Relaciones Chile-Estados Unidos*

Quiero desde aquí y midiendo la dimensión de lo que representa ser presidente de un país pequeño, pero señalando que la grandeza de los pueblos no se mide tan sólo por el número de habitantes, ni por su riqueza o desarrollo industrial, quiero decir que es conveniente señalar los párrafos fundamentales de una comunicación muy vasta que el presidente de los Estados Unidos hiciera en relación con Chile.

Dice así fundamentalmente:

“Nos entendemos con los gobiernos como ellos son. Estas relaciones no dependen de sus estructuras internas o sistemas sociales, sino de las acciones que nos afectan a nosotros y al sistema interamericano. La legitimidad de este gobierno no está cuestionada, pero su ideología puede influir en sus acciones. La decisión de Chile de establecer lazos con Cuba comunista, contrariando la política colectiva de la OEA, es un desafío al sistema interamericano. Nosotros y nuestros socios de la OEA, por consiguiente, observaremos cuidadosamente la evolución de la política exterior chilena. Nuestra política bilateral es mantener las líneas de comunicación

* Discurso en Punta Arenas, 27 de febrero de 1971.

abiertas. No seremos nosotros quienes alteraremos las relaciones tradicionales. Presumimos que los derechos y obligaciones serán respetados. También reconocemos que las acciones del gobierno de Chile estarán determinadas, fundamentalmente, por sus propios propósitos. Y que ellos no serán desviados simplemente por el tono de nuestra política.

En suma, estamos preparados para tener la clase de relaciones con el gobierno de Chile que ellos están dispuestos a tener con nosotros.”

Indiscutiblemente, y el pueblo debe saberlo, hay aspectos positivos en esas declaraciones del presidente de Estados Unidos. El reconocimiento explícito de la legitimidad del actual gobierno chileno por su origen democrático y legal; los propósitos de promover la cooperación con todos los países de América Latina, cualesquiera que sean sus ideologías, y de respetar las decisiones soberanas; el compromiso expreso de atender el plano económico y de algunas aspiraciones latinoamericanas reiteradamente expuestas, reconociendo la influencia del Consenso de Viña del Mar, en la formulación de su política respecto a América Latina.

Estos aspectos positivos podrían ser la base para una política de comprensión y colaboración recíproca con los Estados Unidos, ya que nuestra política se basa en el respeto y cumplimiento de los compromisos libremente contraídos, por la autodeterminación de los pueblos, la no intervención, como ya lo he dicho. Sin embargo debo destacar que, a nuestro juicio, hay también algunos aspectos que no estimamos positivos en la intervención del presidente de Estados Unidos.

En su discurso insiste en señalar la significación del actual sistema interamericano, identificándolo con los intereses de Estados Unidos. Esto implica desconocer un hecho básico de la realidad política del continente. Ya el canciller Valdés, ministro de gobierno de Frei, sostuvo en 1969 —cuando expuso en nombre de América Latina el contenido del llamado Consenso de Viña del Mar al propio presidente Nixon— que hay “una profunda crisis en los conceptos, los hechos y en las instituciones del sistema interamericano, que afectan las realizaciones hemisféricas”. Esta crisis se ha vuelto a manifestar en la pasada Asamblea de Washington, reunida para analizar el carácter represivo sobre el problema del terrorismo. Nadie puede negar que la OEA y el sistema interamericano atravie-

san una etapa que puede conducir a una crisis. Estimamos que no es justo, que es casi una ficción la igualdad de Estados Unidos con el resto de los miembros de la OEA. Que no hay ni puede haber una pretendida identidad de intereses, incluyendo a los Estados Unidos, y una comunidad de ideologías y propósitos. La desigualdad de hecho entre los integrantes del sistema y el desequilibrio del poder, en favor de los Estados Unidos, han significado ventajas para el más poderoso en desmedro de los más débiles. No hay identidad fundamental, reitero, entre los intereses de los Estados Unidos y América Latina. Ya el Consenso de Viña del Mar, reunión de ministros de Relaciones Exteriores de América Latina, aclaró que América Latina y los Estados Unidos tenían intereses divergentes, como resultado de la dependencia de la primera en relación a los segundos. Dice así:

“La brecha económica y científico-técnica entre el mundo en desarrollo y las naciones desarrolladas ha crecido y sigue creciendo, y los obstáculos internos, que frenan el rápido crecimiento económico de los países latinoamericanos, no sólo han sido removidos, sino que tienden a aumentar. Una manifestación de esta situación es el desequilibrio entre lo que América Latina recibe de los Estados Unidos y lo que entrega.”

“Las inversiones privadas —dice el canciller Valdés— han significado y significan para América Latina que los montos que se retiran de nuestro continente son varias veces superiores a los que se invierten.” No hay identidad ideológica. Los Estados Unidos se interesan por mantener el actual estatus en el mundo, que le ha permitido alcanzar y afianzar su hegemonía. América Latina, como región dependiente y subdesarrollada, debe romper ese estatus para terminar con esa condición. La ideología de los pueblos latinoamericanos, expresada recientemente, busca romper la decadencia y debe, esta ideología, ser progresista, reformista o revolucionaria, favorable en todo caso a los cambios y de acuerdo con la realidad expresa de cada país, de acuerdo con su historia y con su idiosincrasia. Chile desea mantener relaciones cordiales y de cooperación con todos los países del mundo y fundamentalmente, lo expreso aquí, con los Estados Unidos, pero sobre la base de la diferencia de intereses entre ambos, de la comunidad de intereses que debe unir a América Latina, en general, y en particular, de sus agrupaciones subregionales.

Esta nueva política, esta nueva manera de concebir las relaciones interamericanas fueron enunciadas en el consenso de Viña del Mar y continuadas por CECLA. Y serán promovidas por el gobierno nuestro, como manera de sanear y de llevar a un nivel equitativo y realista las vinculaciones entre nuestros países y los Estados Unidos.

Estas ideas no son nuevas en Chile y en América Latina; ya el canciller Valdés, en su discurso del 11 de junio de 1969, ante el presidente Nixon expresó: "Tanto la cooperación internacional como, en particular, la cooperación interamericana han sido definidas en innumerables foros y documentos a los más altos niveles; sin embargo, no sólo no hemos podido acercar los resultados a los objetivos, sino que la distancia va en aumento. Esto tiene una explicación, que los intereses actuales de los gobiernos de América Latina no son idénticos a los de los Estados Unidos, incluso tienden a ser contradictorios en muchos aspectos."

Por su parte, el canciller brasileño Magalhaes Pinto dijo al inaugurar la Conferencia de CECLA, en Viña del Mar: "Estamos conscientes de que nuestra unidad deriva de características latinoamericanas y de fisonomía nacional, cuyos rasgos comunes de país a país componen una personalidad continental."

La conciencia de nuestra identificación debe ser la fuente inspiradora de nuestra solidaridad. Nuestra diferencia de intereses, reitero, no significa que no podamos resolver, y debemos hacerlo, amistosamente nuestras diferencias. Queremos llegar a acuerdos, es lo que intentamos a propósito de nuestra decisión soberana de nacionalizar el cobre, el hierro y el salitre. Esta acción no debería, pensamos, interferir en el plano de las relaciones positivas entre Chile y Estados Unidos.

Que nuestra actitud en esta materia no es conflictiva se demuestra en que, no obstante nuestra crítica al sistema de la OEA, permanecemos en ese organismo para plantear allí nuestros puntos de vista. En la esperanza de que se imponga un diálogo, que vaya abriendo paso a un nuevo concepto de las relaciones interamericanas.

Quiero, por último, decir algunas palabras en relación con los conceptos emitidos por el señor presidente de los Estados Unidos en cuanto a la determinación de Chile de establecer relaciones diplo-

máticas, comerciales y culturales con Cuba. Chile, en la oportunidad en que la OEA tomó la medida de romper con Cuba, no compartió sus fundamentos. Ahora, con un Gobierno Popular, tenía la obligación moral y política de reparar una injusticia cometida en nombre de intereses e ideologías que no eran las suyas ni las de su pueblo. Por eso establecimos nuevamente relaciones con Cuba.

No se puede, por lo tanto, interpretar esta actitud chilena como un desafío al sistema interamericano, tal como lo concebimos: basta recordar también que México no rompió con Cuba. Queremos que nuestra actitud se valore como un serio y reflexivo intento de corregir una política y procedimientos que han conducido a la crisis del sistema, que debe basarse en la convivencia pacífica y en el respeto mutuo de todos sus integrantes y en la libertad de cada uno de mantener relaciones soberanas con todos los países del mundo y particularmente con un gobierno latinoamericano.

El presidente Nixon ha dicho que los Estados Unidos tendrán con Chile la clase de relaciones que Chile quiera tener con ellos. El gobierno de Chile quiere relaciones amistosas con el país más poderoso del hemisferio, siempre que admita discrepar, disentir y negociar desde distintos puntos de vista. Y hemos demostrado nuestra actitud. Y no ha salido del gobierno de Chile una sola expresión, nada que implique una crítica desorbitada. Por el contrario, hemos buscado la posibilidad del diálogo que tuviéramos con el delegado del gobierno americano, Charles Meyer, que vino a la transmisión de mando. Hemos conversado con el almirante señor Humboldt, y él me planteó en el transcurso de esta conversación si acaso veríamos nosotros con agrado la presencia del barco de guerra *Enterprise* en nuestro puerto. Yo le dije que con sumo agrado y que lo invitaba como presidente de Chile, porque quería que los 3.600 tripulantes de ese barco conocieran la realidad auténtica y democrática que vive nuestra patria, donde se respetan todas las ideas, todos los principios y pensamientos.

Integración más allá de lo económico*

Quiero decirles, finalmente, que es nuestro propósito plantear ante la conciencia de América Latina algunas posibilidades de acción conjunta y común, que no implican de ninguna manera intervenir en la vida nacional de cada pueblo, pero yo creo que son hechos que están ya, también, en la conciencia colectiva; somos partidarios, por ejemplo, de crear un fondo, que puede representar un porcentaje de nuestros presupuestos nacionales, para que Latinoamérica lo maneje y lo utilice en el caso de las catástrofes que lamentablemente nuestros pueblos sufren. Todos, cual más cual menos, hemos sabido de la ayuda solidaria y fraterna que sin apellido político de los gobiernos llega a los países latinoamericanos cuando una hecatombe, cuando un proceso sísmico azota a alguno de nuestros pueblos. Sabemos perfectamente bien la espontaneidad y la generosidad con que se reacciona, pero creemos que por sobre esto debe haber la organización de una ayuda sometida al esfuerzo común, que permita tener la certeza de que no necesitamos recurrir más allá de nuestras fronteras como Latinoamérica

* Discurso ante la delegación del Parlamento Latinoamericano, 9 de julio de 1971, fragmentos.

para estar presentes en el dolor y la necesidad de cualquiera de nuestros pueblos que pueda ser azotado inclementemente por la naturaleza o por cualquier hecho de tipo común, como podría ser, por ejemplo, una epidemia.

Creemos también que es indispensable que ustedes, que usan el lenguaje necesario destinado a crear una conciencia de integración, miren al hombre latinoamericano en el sentido de sus derechos. Hemos pensado muchas veces, por ejemplo, que sería tan fácil que sobre la base de la seguridad social de cada país pudiera haber una seguridad social para el hombre latinoamericano, en su aspecto médico y económico, cuando por determinadas circunstancias sufra, fuera de su patria, una enfermedad o un accidente. Quizá por ser médico he estado más cerca de este problema, pero me inquieta profundamente el que cualquier hombre, de cualquier país, que llega a nuestra patria y sufre una enfermedad o un accidente, se siente extraño y al margen de un derecho que sería tan fácil de otorgarle, porque sería recíproco, y que podría alcanzarse sobre la base, sencillamente, de balances anuales, la compensación material, que siempre será pequeña en comparación con lo que representaría un derecho del pueblo latinoamericano en cualquiera de las patrias en que ese hombre, representante de ese pueblo unido, tuviera esa enfermedad o accidente.

De la misma manera, hemos pensado cómo es de apremiante la necesidad de una información, de un intercambio en el campo cultural. No es posible que los países latinoamericanos ignoremos los niveles alcanzados en otros pueblos y que estemos nosotros repitiendo, muchas veces, investigaciones o experiencias, que ya se han hecho a plenitud, inclusive en países a veces limítrofes.

Es lamentable ver cómo las capacidades intelectuales del hombre de este continente son desconocidas más allá de las fronteras de sus propios países y, sin embargo, tienen prestancia internacional y mundial, porque, inclusive, hay premios Nobel cuyos trabajos y cuyo aprovechamiento de esos trabajos se desconocen en el resto de los países latinoamericanos.

En el campo de la cultura, indiscutiblemente, esto adquiere una gran significación, sobre todo tomando en cuenta que hoy en día el mundo avanza sobre la base de la inteligencia del hombre y el dominio de la naturaleza. Y por cierto que los países dependientes como los nuestros están, desde el punto de vista económico, res-

tringidos para superar la brecha tecnológica de los países industriales del capitalismo y del socialismo, con la realidad que nosotros tenemos que enfrentar diariamente. Es por ello también que pensamos que eso es un aspecto que no puede escapar a la preocupación de un Parlamento Latinoamericano, de gente que, como ustedes, buscan el camino de un lenguaje más fraterno, más íntimo, más profundo entre nuestros pueblos. También hemos pensado, y es lógico que así sea, que pueda haber en América Latina escuelas fronterizas, donde maestros de los países que viven en esas fronteras pueden enseñar en una misma aula para formar también una misma mentalidad, un mismo espíritu, para hacer posible una historia en función de las realidades de este continente y para proyectar sobre la base de los ciudadanos futuros, un pensamiento que tenga el contenido del pasado y las grandes expectativas del futuro. Son así, desmadejadamente, unas cuantas ideas, que hemos entregado ya al conocimiento público y que queremos reafirmar como un mensaje fraterno frente a ustedes, que representan a pueblos hermanos y que luchan por hacer posible el sueño de los Padres de las Patrias.

Proyectar América Latina en el mundo*

La lucha emancipadora señaló la norma de unión entre chilenos y argentinos. Se puso a prueba, a veces, la solidez de nuestra amistad, pero siempre superamos los obstáculos para retomar, con vigor renovado, nuestro común destino.

El primer diplomático argentino acreditado ante nuestra Junta Gubernativa de 1810 recibió del gobierno de Buenos Aires instrucciones que definieron premonitoriamente lo que serían en adelante nuestras relaciones. Ellas dicen: “La naturaleza misma parece haber preparado la unión del Reino de Chile y de las Provincias del Río de la Plata, tanto en la situación local de ambos países como en los medios de proveer sus recíprocos auxilios.”

Así, tratados, protocolos, laudos arbitrales, negociaciones directas han tenido como objetivo alejar de nuestras diferencias toda solución que no fuese pacífica y amigable, hasta que conformamos una lección viviente: dos naciones con cinco mil kilómetros de

* Discurso en la manifestación ofrecida por el presidente Lanusse de Argentina. Salta, Argentina, 23 de julio de 1971.

frontera no han recurrido jamás a medidas de fuerza y ni siquiera han interrumpido, en ciento sesenta años, sus vínculos oficiales. Jamás han visto debilitarse su afecto de pueblo a pueblo.

Así está escrito en la historia.

Los chilenos queremos contribuir decididamente a proyectar la América Latina hacia el mundo, con personalidad propia, dignidad e independencia, lo que requiere profundas transformaciones en su estructura interna, social y política. Sabedores de la fuerza que depara la unidad de nuestros pueblos, podremos emprender grandes tareas en beneficio colectivo. Sin subordinarnos a directrices extrañas, con absoluto respeto a la autodeterminación, a la no intervención y al diálogo sin fronteras. Son los únicos principios que, aplicados también al ámbito mundial, pueden garantizar la paz y la cooperación internacionales.

No concebimos conflictos armados entre latinoamericanos. En cambio nos amenazan catástrofes de otro tipo, desatadas por las fuerzas naturales, y deseamos crear un sistema común que nos permita enfrentarlas solidariamente.

Insistiremos en todo aquello que una a nuestros pueblos: elaborar textos que enseñan la misma historia. Establecer empresas mixtas bilaterales y multilaterales. Organizar un régimen común de seguridad social. El arte y el pensamiento del hombre americano han de difundirse libremente por nuestro continente. Los científicos deben tener iguales garantías. Es la nuestra una época de vertiginoso avance tecnológico. De nuevos valores humanos. De una rebelde juventud. Es preciso no olvidarlo.

Alguna vez se establecerá el estatuto del hombre americano. Y un día llegaremos, manteniendo la propia nacionalidad, a la nacionalidad latinoamericana.

En esta perspectiva hemos avanzado. Chile se identifica con la política de integración del Pacto Andino, con Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Los signatarios de los Convenios de Cartagena actúan dentro del marco del Tratado de Montevideo. Su fortalecimiento vitaliza a la ALALC.

Continuación lógica y necesaria de esta conducta es el desarrollo complementario de las economías chilena y argentina. Pocos países como los nuestros tienen más amplias posibilidades. Pocas re-

giones, como lo ha dicho el señor presidente, pueden demostrar mejor que Salta la conveniencia de una progresiva integración.

Chile y Argentina, cada uno de acuerdo con su realidad específica, enfrentan el mismo reto. Compartamos las actividades que requieren sumar esfuerzos nacionales, desde el terreno de la investigación científica y el uso de la energía nuclear hasta el apoyo mutuo en las reuniones internacionales.

Cumpliendo estas tareas, haremos realidad el mandato de los próceres, San Martín y O'Higgins: la construcción de dos patrias soberanas, amigas y hermanas siempre.

No intervención*

En 1848, con un gran sentido de la Unidad Continental, los países que hoy integran el Grupo Subregional Andino firmaron un Tratado de Confederación, para defender sus respectivas soberanías contra ultrajes extraños a América Latina.

En virtud de este tratado, chilenos y ecuatorianos se comprometieron a defenderse mutuamente, por las armas en caso necesario, contra cualquier acto de intervención que pretendiera alterar las instituciones republicanas, que fuese contrario al derecho de gentes, o que persiguiera impedir la ejecución de las leyes o la aplicación de sentencias libremente dictadas.

Menos de veinte años más tarde, firmaban un nuevo tratado de alianza defensiva, reiterando los acuerdos anteriores, y obligándose las partes contratantes a defenderse recíprocamente contra toda agresión que —desde fuera de América Latina— tuviere por objeto privar a una de ellas de sus derechos. Entre estos actos de agresión figuraba, en forma taxativa, aquel que buscare alterar violentamente su régimen interno. Hoy, miramos con proyección histórica y constatamos cuán diferente hubiera sido la trayectoria de Amé-

* Discurso de agradecimiento al presidente Velasco Ibarra, Quito, Ecuador, 25 de julio de 1971.

rica Latina si otros países hermanos hubieran acordado entre ellos la solidaridad activa para disuadir ambiciones imperialistas.

La experiencia que hemos adquirido como pueblos soberanos nos ha enseñado, dolorosamente, que no basta preservar la independencia política para asegurar el normal desarrollo de nuestros países. El patrimonio, los pilares fundamentales del proceso productivo interno nos fueron enajenados, para ser explotados en perjuicio de nuestra potencialidad económica. Debemos sacar provecho de la triste lección, para asociarnos en pro de nuestra independencia económica.

A más de un siglo de la fecha de aquellos tratados, hoy podemos apreciar la profunda continuidad latinoamericana de sus principios plenamente vigentes. Podemos también apreciar, en perspectiva, nuestra política de no intervención, de preservar países de apetencias extrañas a Latinoamérica.

En defensa de este principio, Andrés Bello exhibió en Chile, en 1846, una de sus más brillantes páginas.

A los que apoyaban la intervención extranjera en los asuntos internos de Ecuador, la legitimaban poderosos motivos, o la impulsaban grandes intereses, preguntó Bello:

“¿Quién juzga de lo poderoso de estos motivos? ¿Quién mide la magnitud de sus intereses? La nación interventora, por supuesto. Y ¿quién nos garantiza que ella no calificará de grande todo interés suyo y poderoso todo motivo que pueda, directamente o indirectamente, conducir a su propio provecho? Nadie mirará como un derecho de los estados poderosos el subyugar a los débiles a pretexto de hacerlos felices.”

Al fundamentar su política exterior en la no intervención de los asuntos internos o externos de los estados, el gobierno de Chile sigue una misma trayectoria que nunca podrá abandonar.

Defendemos con igual ahínco otros principios, corolario del anterior: el de la libre determinación de los pueblos para darse el gobierno y las instituciones que deseen, sin que nadie pueda dictarles normas desde afuera.

Fieles a estos principios, de respeto y solidaridad con los pueblos hermanos de Latinoamérica, nos reunimos hace un mes, en Salta, los presidentes de Argentina y Chile. Por encima de las diferencias

ideológicas o políticas, la cooperación y el entendimiento entre nuestros países se impondrán. No nos verán divididos para mejor prolongar nuestra subordinación.

El mismo espíritu impera en este viaje a Ecuador, que nos conducirá, junto a Colombia y Perú, a fortalecer la unidad latinoamericana en torno de los superiores intereses de nuestros pueblos.

Me complace en repetir, señor presidente, sus propias palabras: ésta es una época que “exige que los trabajadores tengan los derechos que les corresponden como forjadores de la civilización y la cultura”. Los trabajadores tienen conciencia de que sólo la solidaridad latinoamericana garantizará la paz y la libertad en nuestro continente.

La libertad no se entiende sin superar la subordinación política a que están sometidos nuestros pueblos. Hacen depender de las exigencias particulares de potencias hegemónicas nuestra soberana decisión de reconocer otros estados. No podemos continuar por más tiempo sometidos a tutelas extrañas que, en base a sus propias conveniencias, nos llevan a aceptar lo que antes rechazábamos.

La libertad no se logrará mientras nuestras economías estén sometidas. El sistema de relaciones de producción e intercambio nos deja a merced de lo que los grandes países industrializados resuelven, en defensa sólo de sus propios intereses. Somos espectadores, una vez más, de las repercusiones negativas que —incluso sobre países industriales— está teniendo la crisis interna de la potencia hegemónica del mundo capitalista. Es de temer que para nosotros sean aún más desastrosas.

Cada pueblo: su propia ruta*

He venido a reafirmar que cada país, cada pueblo, de acuerdo con su historia, su idiosincrasia y su tradición, tiene que encontrar su propia ruta respetando esa propia personalidad con un sentido amplio y claro de nacionalismo. Sabemos que en esta época de la historia es indispensable cumplir el mandato de nuestros próceres, para que, en un esfuerzo común, cambiemos la vida del hombre latinoamericano. El presidente Velasco Ibarra lo ha dicho citando mis palabras: ¡llegue la hora y el minuto en que este continente tenga voz de pueblo, con Libertad, Dignidad e Independencia Económica!

Cada país debe enfrentar su propia realidad adecuando a ella la táctica y la estrategia para romper el *status*, y empinándose sobre el egoísmo, edificar una existencia nueva y distinta para las mayorías, reivindicando así el derecho del hombre a una existencia más plena. Debe pensar en el destino agobiante que tienen nuestros niños y nuestras juventudes y mirar con respeto el cansancio sacrificado de nuestros ancianos.

América Latina no puede seguir siendo el continente de la esperanza frustrada: América Latina no debe ser el continente poten-

* Discurso en la municipalidad de Guayaquil, Ecuador, 27 de agosto de 1971.

cialmente rico cuyos habitantes en un porcentaje tan alto saben del hambre, de la desocupación, de la falta de vivienda, de agua, de luz. América Latina ha dado ya demasiado para recibir tan poco. No podemos continuar en una actitud de mendicantes, porque tenemos la dignidad que heredamos de los padres de nuestras patrias. Tenemos que realizar las transformaciones que este continente reclama y darle el perfil necesario y la fuerza que requiere, para que podamos labrar nuestro propio e independiente destino.

Por eso, al llegar aquí sabía perfectamente bien cómo de las raíces de la historia ecuatoriana emerge la savia que fecundó a América con sus gritos de esperanza rebelde. Ya lo dijimos en el Cabildo de Quito, en la Casa Consistorial, que en 1809 se alzó allí el llamado que atravesó las distancias, para encontrar eco en los hombres que en la zona sur nos dieron la independencia.

En esta tierra de Rocafuerte y Olmedo, es bueno recordar que éste en sus cantos dice: “Quien se atreve más, él triunfa siempre; quien no espera vencer, ya está vencido.” ¡Ecuador y Chile no serán vencidos, porque esperan vencer!

Y esperan vencer, pero no con las armas en las manos, como lo hicieran en heroicas gestas los que nos dieron Patria y Libertad política. No en vano pasa el tiempo, y hoy los pueblos confrontan otras realidades. Frente a ellas tenemos que actuar, pero sin pisar los caminos de la vieja y trillada democracia, sino por la pujante democracia en que el pueblo esté presente. Éste ha sido el gran actor de la historia y necesitamos comprender que los cambios *revolucionarios* que nuestros países reclaman son el ansia justa de las mayorías nacionales. Debemos entender que la palabra revolución no implica ni atropellos ni violencias innecesarias, sino la posibilidad de acelerar el progreso, de cambiar la sociedad y hacer que los más tomen el lugar de los menos. Eso estamos haciendo en nuestra patria, dentro de los cauces legales y el respeto de los derechos individuales en entendimiento fecundo y fraterno. Con personas que tienen un pensamiento filosófico distinto, pero que han encontrado el denominador común de un programa; han encontrado, oyendo el clamor del pueblo, el venero que les permita sacudir las lacras que centenariamente los golpean.

Vivimos una realidad en el mundo, donde las viejas y milenarias instituciones sienten que sus cimientos crujen, para dar paso a la conciencia clara de las nuevas alboradas que se divisan.

La Unidad Popular de Chile permite reunir, en un haz apretado y combatiente, a laicos, marxistas y cristianos, porque allá también, como en otras partes, la iglesia siente el llamado de Cristo y el verbo que le obliga a estar junto al pueblo.

Nuestras palabras de paz y de fraternidad, con respeto a los gobiernos y fórmulas de gobierno que los pueblos quieran darse. Somos irrestrictos partidarios de la autodeterminación, del derecho de los pueblos a elegir los gobernantes que ellos quieren que los gobiernen. Somos partidarios, de la no intervención, de no tratar de influir en la vida interna de otros países. Somos partidarios y lo hemos demostrado, del diálogo para encontrar una solución a los problemas o diferendos que puedan tener nuestros países en su búsqueda cada vez más apasionada de la paz. En Ecuador, hemos sentido palpitar la historia, que hicimos juntos nuestros antepasados, y hemos palpado esta realidad que es también la nuestra. El lenguaje que hemos podido conjugar con el presidente, señor Velasco Ibarra, se ha manifestado en los acuerdos que señalan frente a América Latina una clara y decidida posición. Destaca que no aceptamos hegemonías ni tutelajes, que tenemos conciencia de nuestra plena soberanía para trazar nuestros rumbos políticos y defender nuestras posibilidades económicas.

Este documento a que he hecho referencia y que no puedo comentar ampliamente establece que en Latinoamérica la transformación social debe hacerse libremente de la explotación económica interna o externa. Establece que no podemos aceptar presiones destinadas a impedir el cumplimiento del destino que hayamos elegido, y que se ejercen mediante la fuerza económica, en los créditos que se tramitan o que no se otorgan, en organismos de los que somos socios con derecho pleno.

Esta Declaración establece, además, que nuestros países pueden y deben tener relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con los países que estimen conveniente. ¡Está bueno ya que se entienda que no es posible mantener una política por años, para cambiarla cuando conviene a otros intereses, y que nuestros pueblos tengan que someterse a ellos!

Hemos declarado la soberanía para establecer relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con todos los países del mundo, cualquiera sea la forma de gobierno que se haya dado.

Perú y Chile*

Mi retraso tiene una clara explicación y debo justificarme ante ustedes. Nuestra delegación ha ido a rendir homenaje, en nombre del pueblo de Chile y de su gobierno, a los próceres de la independencia. Como presidente de mi patria, como representante de las grandes mayorías nacionales, integradas por los trabajadores de la pluma, del arado, del riel, fui a colocar una ofrenda floral ante el monumento de Túpac-Amaru.

Hace dos siglos, él nos enseñó con su arrojo, su altivez, su indómita voluntad de independencia, el camino de la dignidad que encontrara eco a lo largo de nuestras patrias. Fuimos también a colocar una ofrenda de justo homenaje al mariscal don Ramón de Castilla, cuya presencia está enclavada en la conciencia y en el corazón de los hombres y mujeres del Perú; su vasta labor traspasa las fronteras de su patria, para proyectarse en la historia de nuestro continente.

Con la emoción que a todos nos embargara, llegamos aquí, al Consejo Provincial de Lima, símbolo que encarna lo que es y ha sido esta ciudad, fundada por Francisco Pizarro, el conquistador que

* Discurso en la municipalidad de Lima, Perú, 2 de septiembre de 1971.

hiciera realidad la plaza en la que aún permanece la higuera que yo visitara en tantas ocasiones. Fue él mismo quien colocó la primera piedra de su catedral, monumento arquitectónico de Lima, que refleja la capacidad creadora del hombre, artista de tantos años ya pasados.

Como dice José Carlos Mariátegui, el amauta, esta ciudad fue fundada por un conquistador, por un extranjero. Aparece en su origen como la tienda de un capitán venido de lejanas tierras. Lima nace con un título de noble: se llama, desde su bautismo, Ciudad de los Reyes; es la hija de la conquista. Luego, el Virreinato la consagra como la sede del poder español en Sudamérica. Finalmente, la revolución y la independencia la proclaman capital de la República. Capital del nuevo Perú.

Aquí, en esta ciudad, se funda la primera universidad: la Universidad Nacional de San Marcos, digna representante, a lo largo de los siglos, de la enseñanza, el saber y la cultura. Aquí se funda el primer diario americano, *Diario de Lima*, en octubre de 1780. Pero algo más nos golpea profundamente, como chilenos y como latinoamericanos: aquí se guarda el Acta de la Independencia del Perú, su independencia del poder español y de cualquier otra potencia extranjera.

Estar presente en Lima cuando el Perú celebra su sesquicentenario independiente, estar en este recinto donde se guarda en el Altar de la Patria el Acta de la Independencia —que consagra plenamente la dignidad proyectada hacia el futuro para preservar esta tierra de cualquier potencia extranjera en sus derechos—, es remontarse al pasado, sentir el ayer, para comprender, al mismo tiempo en la hora presente, la responsabilidad que tienen los pueblos y los gobernantes.

Señor alcalde: con qué honda e íntima satisfacción yo puedo expresar que Perú y Chile tienen un gobierno que legítimamente han heredado, para cumplir la misión histórica de completar la independencia política y alcanzar la independencia económica que posibilite nuestra plena soberanía.

Esta reunión tiene un contenido más profundo para nosotros, sobre todo después de haber escuchado las palabras del señor presidente del Perú, general Juan Velasco Alvarado, quien, con el lenguaje esculpido en la verdad dura, señalara anoche las gran-

des y justas líneas de la acción del gobierno revolucionario, para conducir a su pueblo hacia las grandes avenidas de la auténtica democracia y libertad.

También anoche tuve la grata satisfacción de poder contestar en el mismo lenguaje del presidente del Perú, en el lenguaje del pueblo de mi patria expresado por mí. Allí y aquí luchamos y alcanzaremos la victoria. Realizaremos las grandes y profundas transformaciones que la realidad de nuestros pueblos reclama. Lo que hagamos por el hombre del Perú y por el hombre de Chile tendrá contornos latinoamericanos, porque juntos luchamos por la independencia de este continente.

Yo represento, también, un gobierno revolucionario. Cada país tiene su propia realidad; frente a ella deben tratarse las tácticas y estrategias que sus conductores estimen indispensables y necesarias para alcanzar las grandes metas de una responsabilidad común.

El primer encuentro con Fidel y el Che*

Debray: *¿Cuál fue su primer contacto con la Revolución cubana?*

Allende: Yo estaba en Venezuela por la ascensión al mando de Betancourt y se me ocurrió, porque tenía unos dólares de más, ir a ver Cuba. Ya Fidel Castro había entrado en La Habana. Debe haber entrado Fidel el 6 de enero, según me acuerdo, o el 5 de enero. Pues bien, yo llegué a Cuba el 20 de enero y llegué en un momento muy curioso. Estaba en el hotel y esa tarde hubo un desfile que para mí no sólo fue impactante, sino sencillamente fue una cosa increíble. Ese desfile estaba encabezado por 200 policías de Miami e iba en auto abierto el alcalde de Miami y, me parece, el alcalde de La Habana. Entonces yo, al día siguiente, pensé tomar el avión y regresar a Chile, cuando me encontré con Carlos Rafael Rodríguez, a quien había conocido en Chile y me dijo: “¿Qué estás haciendo acá?” Le dije: “Vine a ver esta revolución, pero como no hay tal revolución, me voy. ¿Qué revolución va a ser ésta cuando

* Entrevista con Régis Debray, 1971.

están los policías de Miami?” Entonces me dijo: “Cometes un error, Salvador, quédate aquí, conversa con los dirigentes.” Le dije: “No, no, me voy.” Pero me insistió tanto, y además yo conocía a Carlos Rafael, que le dije: “Conforme, pero ponme en contacto con los dirigentes.” Efectivamente, esa tarde yo recibí un llamado de Aleyda, a quien no conocía, no sabía quién era. Era la secretaria del Che, no estaba casada con el Che todavía, y me dijo: “El comandante Guevara le va a mandar su automóvil y lo espera en el Cuartel de la Cabaña.” Ahí llegué yo y ahí estaba el Che. Estaba tendido en un catre de campaña, en una pieza enorme, donde me recuerdo había un catre de bronce, pero el Che estaba tendido en el catre de campaña. Solamente con los pantalones y el dorso descubierta, y en ese momento tenía un fuerte ataque de asma. Estaba con el inhalador y yo esperé que se le pasara, me senté en la cama, en la otra, entonces le dije: “Comandante”, pero me dijo: “Mire, Allende, yo sé perfectamente bien quién es usted. Yo le oí, en la campaña presidencial del '52, dos discursos: uno muy bueno y uno muy malo. Así es que conversemos con confianza, porque yo tengo una opinión clara de quién es usted.”

Después me di cuenta de la calidad intelectual, el sentido humano, la visión continental que tenía el Che y la concepción realista de la lucha de los pueblos, y él me conectó con Raúl Castro y después, inmediatamente, fui a ver a Fidel. Recuerdo como si fuera hoy día: estaba en un consejo de gabinete. Me hizo entrar y yo presencié parte de la reunión. Hubo una cena y después salimos a conversar con Fidel a un salón. Había guajiros jugando ajedrez y cartas, tendidos en el suelo, con metrallas y de todo. Ahí, en un pequeño rincón libre, nos quedamos largo rato. Ahí me di cuenta de lo que era, ahí tuve la concepción de lo que era Fidel.

Debray: Sintetizando un poco sobre este aspecto. Chile tiene su camino al socialismo, pero usted ha seguido de cerca la Revolución cubana en estos 12 años. Por supuesto no hay modelo, no hay cosas que imitar mecánicamente, pero ¿qué lección personal le dio la Revolución cubana a usted?

Allende: Una lección extraordinaria. Primero, un pueblo unido, un pueblo consciente de su tarea histórica, es un pueblo invencible. Además, cuando tiene líderes consecuentes, cuando tiene hombres capaces de interpretar al pueblo, sentirse el pueblo hecho gobierno, y es el caso de Fidel, y es el caso del Che.

Debray: Hablaba usted de Fidel. ¿De dónde nació esa amistad entre ustedes dos?

Allende: En realidad, desde el primer momento me impresionó esa inteligencia desbordante, esa cosa increíble y arrolladora —porque es como una especie de catarata humana— y su franqueza. Y nuestra amistad ha sido una amistad a veces con...

Debray: ¿Con discusiones?

Allende: Profundas y fuertes.

Debray: Pero con franqueza siempre.

Allende: Siempre.

Debray: ¿Cómo reaccionó Fidel cuando se enteró del triunfo de la Unidad Popular en Chile?

Allende: Me envió una portada del diario *Granma*, el vocero oficial de la Revolución cubana, en el que se publicó la noticia de nuestra victoria electoral a lo ancho de la página. Él estuvo en la redacción del diario esperando las informaciones de Chile y en esa portada en la cual se destacaba con un titular que el triunfo nuestro era sobre el imperialismo, estampó un saludo y su firma, y luego hizo firmar a todos los que estaban junto a él. Guardo esa portada como recuerdo. Además, me llamó en la madrugada siguiente al día de la elección para saludarnos.

Debray: Usted, compañero presidente, me habló del Che. ¿Cuál fue su relación personal con él?

Allende: Ya te dije, la primera vez que llegué a Cuba me conecté con el Che y desde ese instante tuve por él afecto, respeto y, creo, podría decirte que fui amigo del Che. Tengo aquí un retrato de él que tiene una dedicatoria, dice: "A Carmen Paz, Beatriz y María Isabel, con el cariño fraterno de la Revolución cubana y el mío propio." Esto te demuestra que conocía a mis hijas, que sabía que familiarmente le teníamos afecto, cariño, pero más que eso, te quiero mostrar algo que tiene un valor inestimable para mí. Algo excepcional, que guardo como un tesoro: *La guerra de guerrillas*. Este ejemplar estaba encima del escritorio del Che, debe haber sido el segundo o tercer ejemplar, porque —me imagino— el primero se lo dio a Fidel. Y aquí tienes una dedicatoria que dice: "A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo. Afectuosamente, Che." Tú te acuerdas, después, de que el año 1961 se realizó en Uruguay, en el balneario de Punta del Este, una conferencia

económica en la cual el presidente de Estados Unidos, John Kennedy, lanzó su programa Alianza para el Progreso. En esa reunión estuvo el Che y en ella pronunció su célebre y profética crítica a este programa demagógico. Paralelamente, las organizaciones antiimperialistas uruguayas me invitaron a participar en una reunión que se efectuó en Montevideo, destinada a responder a la que se realizaba en Punta del Este. Otro de los invitados fue el Che y por este motivo nos volvimos a juntar esa vez en Uruguay. Yo ofrecí dos charlas y el Che una, con la que se clausuraron las jornadas antiimperialistas, que tuvieron como escenario el Salón de Honor de la Universidad de Montevideo. Al salir, luego de la charla del Che, éste me dijo: “Salvador, salgamos separados para no dar un solo blanco en caso de atentado.” Abandonamos separados el lugar. Después nos enteramos que se produjo un atentado y que un desconocido agente reaccionario disparó sobre la masa que esperaba la salida de los líderes políticos, asesinando a un profesor uruguayo. Esa noche el Che me invitó al hotel en que estaba hospedado para conversar durante la comida. En esa ocasión me presentó a su madre, la quería mucho. En medio de la conversación me contó un secreto del momento: el día siguiente viajaría a Buenos Aires, en forma reservada, invitado por el presidente argentino de la época, el civil Arturo Frondizi. El viaje se realizó y la consecuencia del encuentro privado pero evidentemente político fue el derrocamiento de Frondizi. Poco después, el presidente de Brasil, Janio Quadros, sería derribado por condecorar al Che a su paso por Brasil. La noticia de su asesinato me causó un pesar profundo. Compartí el dolor de miles y miles de mis compatriotas. En verdad, debo decirte, Régis, que he conocido muchos hombres en las más altas responsabilidades, pero dos personas me han impresionado por algo que no he encontrado en otras, su mirada: el Che Guevara y Chou En Lau. En ambas había una fuerza interior, en ambas había firmeza, en ambas había ironía. Cuando conversaba con el comandante Guevara y lo miraba, sabía la respuesta antes de que él la dijera con palabras. En sus ojos vi muchas veces ternura y soledad. Lo que siempre me golpeó fue esa respuesta que sin ser dicha yo veía en sus ojos.

Debray: Después del asesinato del Che, cuando la dictadura militar en Bolivia, ¿tuvo oportunidad de manifestar en diversos planos su solidaridad con la lucha revolucionaria del país hermano?

Allende: Yo era presidente del Senado, tú sabes, cuando llegaron aquí los guerrilleros que acompañaban al Che. Entonces yo es-

tuve con ellos en Iquique y después volé a Pascua y Tahití con ellos. Ahí me firmaron Pombo, Benigno y Urbano en este libro, *La guerra de guerrillas*, que yo llevaba, y ellos pusieron lo siguiente: “Compañero, en el libro que le obsequió el Che, queremos que queden estas palabras como homenaje a él, de los que fuimos sus compañeros de la guerrilla boliviana.”

Debray: Y ha sido valiente de parte suya, porque tengo entendido que la derecha aprovechó mucho el gesto de solidaridad suyo para montar algunas provocaciones y gritar por todos lados: “¿Qué pasa con Allende? ¿Está en contra del camino democrático?” Ahí usted tuvo que, no solamente defenderse, sino atacar a toda la burguesía que le cayó encima.

Allende: Fuertemente, y yo creo que durante los 10 días que estuve fuera de Chile, sobre todo usaron la ironía, el sarcasmo, la burla, la befa, en contra mía. De ahí, entonces, de atacado me transformé en atacante. Y sin modestia, barrí con mis detractores y desde ese instante se acabaron los ataques. El propósito era, además, censurarme y echarme de la Presidencia del Senado. No se atrevieron a intentarlo.

Debray: Cuando la transmisión del mando, en el Estadio Nacional, donde usted pronunció su primer discurso político como presidente, estaba el retrato de comandante Guevara. Usted lo mencionó como ejemplo para la juventud chilena. Una pregunta: ¿por qué usted, con posiciones políticamente distintas de las del Che, sigue asumiendo la bandera del Che Guevara, de la Revolución cubana, del internacionalismo mexicano?

Allende: Porque yo creo, indiscutiblemente, que en la vida de Latinoamérica pocas veces, o quizás nunca, ha habido un hombre que haya demostrado más consecuencia con sus ideas, más generosidad, más desprendimiento. El Che lo tenía todo, renunció a todo por hacer posible la lucha continental. Ahora, la respuesta del porqué está en la propia dedicatoria del libro del Che: “Para Allende, que por otros caminos trata de obtener lo mismo.” Había diferencias, indiscutiblemente, pero formales. En el fondo, las posiciones eran similares, iguales.

Debray: Diferencias de tácticas...

Allende: Exacto. Cada dirigente debe proceder al análisis concreto de una situación concreta, ésa es la esencia del marxismo. Por eso cada país frente a su realidad traza su propia táctica.

Chile y México*

Chile y México están por la solución pacífica de los diferendos y dificultades entre naciones. Están por el diálogo, la coexistencia pacífica y el entendimiento entre gobiernos.

Recogemos el pensamiento de Juárez: “El respeto al derecho ajeno es la paz.” ¡Cómo no recordar estas palabras, cuando todavía el mundo siente una realidad que no puede callar, y que sé que al no silenciarla seguramente interpreto a millones y millones de latinoamericanos, de chilenos, de mexicanos!

“El respeto al derecho ajeno es la paz.” Pero hay países poderosos que no entienden el hondo contenido de esta definición, tan humana y tan profunda. Por eso, frente a la realidad que golpea todavía en el Asia, frente a la lucha de Indochina, frente al drama que se prolonga en Vietnam, desde esta tribuna del pueblo de México reafirmo la fe en que la paz de Vietnam hará justicia a un pueblo, pequeño como el nuestro.

A un pueblo pequeño que luchó y lucha por su unificación, por su independencia. Los que han caído y caen en Vietnam han caí-

* Discurso en el Congreso Nacional de México, 1 de diciembre de 1972, fragmentos.

do por la lucha emancipadora de todos los pueblos en vías de desarrollo del mundo.

México y Chile piden respeto por parte de las grandes potencias del mundo industrializado-capitalista, a fin de que no se apliquen medidas discriminatorias en nuestro comercio; a fin de que no si-gamos siendo países que vendemos a precios bajos y compramos a precios altos; que no se restrinja la posibilidad sobre todo para los productos agropecuarios nuestros que ingresan a sus mercados.

México y Chile rechazan todas aquellas presiones que represen-ten un atentado al principio de No Intervención.

México, con la doctrina Estrada, ha sentado claramente esta realidad que nosotros hacemos nuestra. Chile es también partidario de la No Intervención y del respeto a la Autodeterminación de los pueblos. A cada pueblo corresponde elegir el camino de su conformación social; cada país tiene el derecho de elegir el cami-no que más avenga a su característica propia y a su personalidad; cada país tiene derecho a elegir sus gobernantes, respetándose la voluntad de los pueblos.

No podemos aceptar que se pretenda, por la presión económica o por la amenaza, poner vallas a la autodeterminación, vulnerar la no intervención. La doctrina de México es la sana doctrina que Chile esgrime y ha esgrimido en el ámbito internacional.

Cuando expreso esto que estoy diciendo, lo hago porque mi país vive, desde septiembre de 1970, un clima artificial creado desde fuera y ejecutado desde dentro, que busca resquebrajar las bases políticas y sociales en que descansa el gobierno de los trabajadores que me honro en presidir. Nunca mi patria vio, como desde el 4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970, lo que es la defensa de los privilegios y los intereses foráneos. Nunca pudimos más claramente percatarnos de lo que representaba la maraña de intereses extranjeros, coludidos con grupos oligárquicos feudales.

Llegó la tentativa tenebrosa de evitar que el pueblo fuera go-bierno, hasta el asesinato del comandante en jefe de nuestro Ejército, general René Schneider. Pero el pueblo, su organización, su espíritu combativo, la lealtad de las Fuerzas Armadas a la Constitución, a la Ley, y a la voluntad expresada en las urnas por la mayoría del país, hizo posible que alcanzáramos el 3 de noviembre el gobierno, para caminar desde allí a la conquista del poder.

Presido un conjunto de partidos, que tienen un programa y un ideario, y una voluntad de realizarlos. Chile hace su revolución —que es todavía un proceso revolucionario en marcha— a través del marco de la Constitución y las leyes burguesas.

Presido un gobierno que no es un gobierno socialista, pero que abre y abrirá sin vacilaciones el camino al socialismo, dentro del pluralismo, la democracia y la libertad.

Para nosotros, la revolución no es destruir, sino edificar. No es arrasar, sino levantar formas distintas de convivencia de las mayorías nacionales en un esfuerzo y en tareas que pertenecen a Chile, a su destino. Por ello hemos podido saludar con alborozo la presencia, en esta etapa de nuestra patria, de la mujer chilena, que sabe que no se podrá consolidar la revolución si ella no comparte junto a sus compañeros —su padre, su hijo, su esposo— la gran tarea de abrir paso a una sociedad diferente.

Tenemos como meta construir el socialismo. Pero sabemos que el socialismo no se impone por decreto. Sin premuras, pero sin claudicaciones, caminamos rompiendo la maraña de los intereses creados, a edificar una auténtica sociedad, donde desaparezcan la injusticia, la explotación, la miseria moral y fisiológica, donde el hombre del pueblo tenga derecho al trabajo, a la educación, a la cultura, a la salud y a la recreación. Una nueva sociedad, donde el pueblo organizado sea el gran ejecutor de ese proceso. ¡Estamos haciendo nuestra revolución, afianzada en la conciencia revolucionaria de los trabajadores chilenos!

Esta es una tarea de todos los hombres que tienen un profundo sentido patriótico y nacional. ¡Quién más que ustedes, representantes del pueblo, podrían comprender que hay que poner en marcha la emancipación definitiva de nuestras propias patrias!

Hay que pensar lo que significa darle contenido a nuestra Segunda Independencia, a esta gran batalla de la dignidad latinoamericana.

Sabemos que no es una opción. Es un desafío. Es el viento de la historia que viene de lejos. Es el llamado de nuestros próceres. Son las razas aborígenes, humilladas pero no vencidas. Es el ayer que impulsa y nos llama a actuar.

Esta es la etapa en que no caben vacilaciones ni puede haber dudas. En Chile, el presidente Luis Echeverría se expresó así: “An-

te los obstáculos, debemos actuar con el optimismo propio de las naciones jóvenes, ya que el espíritu de derrota sería una forma disfrazada de sumisión.” ¡Ni mexicanos, ni chilenos, hemos nacido para estar sumisos frente a la prepotencia imperialista!

Nuestro planteamiento no es una utopía. Hemos visto ya cómo han fracasado iniciativas que no tomaron en cuenta al pueblo; cómo nosotros en América vimos que la Alianza para el Progreso era tan sólo una gran maniobra política que no alcanzaba a la raíz esencial de nuestra realidad, nuestros problemas. Por eso, de acuerdo con sus posibilidades, cada una de nuestras naciones busca el camino emancipador, y para lograrlo plenamente, vamos suprimiendo los obstáculos que han levantado con la intención de impedir el diálogo fraterno de los latinoamericanos. Las barreras ideológicas ya han caído, y hay conciencia de que el diálogo puede y debe mantenerse, que haya formas distintas de gobierno en nuestras naciones, respetando los principios que señalábamos y que son tan suyos, tan de ustedes, mexicanos; respeto la Autodeterminación y la No Intervención.

Cuántos hombres de nuestros países, frente a dificultades internas que a veces los obligan a emigrar, van a ganarse la vida a otras partes donde no tienen ni los salarios suficientes ni gozan de la previsión; regresan después cansados y ancianos a su patria, y se encuentran en la miseria y con su hogar deshecho. ¿Por qué no luchar para que ellos tengan un derecho a la jubilación?

¡Algún día habrá un derecho común para los trabajadores de América Latina, como un anticipo de lo que también alcanzaremos en la instancia final: la Nacionalidad Continental, sin rechazo, por cierto, a nuestra propia nacionalidad!

Por eso es que tienen vigencia, sabiendo quiénes son nuestros amigos y nuestros enemigos, las palabras que anticipó Juárez: “El triunfo de la reacción es moralmente imposible.”

Juventud

La revolución no pasa por la universidad*

Qué difícil es para mí poder expresar lo que he vivido y sentido en estas breves y largas horas de convivencia con el pueblo mexicano y con su gobierno. Cómo poder traducir lo que nosotros, integrantes de la delegación de nuestra patria, hemos recibido en generosa entrega y como aporte solidario a nuestro pueblo en la dura lucha en que está empeñado.

Yo, más que otros, sé perfectamente bien que esta actitud del pueblo de México nace de su propia historia. Y aquí se ha recordado ya cómo Chile estuvo presente junto a Juárez, el hombre de la independencia mexicana proyectada en ámbito continental, y cómo entendemos perfectamente bien que, además de esta raíz común, que antes fuera frente a los conquistadores, México es el primer país de Latinoamérica que en 1938, a través de la acción de un hombre preclaro de esta tierra y de América Latina, nacionaliza el petróleo, a través de la acción del general y presidente Lázaro Cárdenas.

* Discurso a los estudiantes de la Universidad de Guadalajara, México, 2 de diciembre de 1972.

Por eso ustedes, que supieron del ataque alevé, tuvieron que sentir el llamado profundo de la patria en un superior sentido nacional; por eso ustedes, que sufrieron largamente el embate de los intereses heridos por la nacionalización; por eso ustedes, más que otros pueblos de este continente, comprenden la hora de Chile, que es la misma que ustedes tuvieron en 1938 y los años siguientes. Por eso es que la solidaridad de México nace en su propia experiencia y se proyecta con calidad fraternal frente a Chile, que está hoy realizando el mismo camino liberador que ustedes.

Quiero agradecer las palabras del ingeniero Ignacio Mora Luna, a nombre de los profesores de la Universidad de Guadalajara; las del licenciado Enrique Romero González, a nombre de las autoridades universitarias, y las del compañero Guillermo Gómez Reyes, presidente de la Federación de Estudiantes de esta universidad.

Bien decía el presidente Echeverría, cuando él me señalara que en este viaje era conveniente que llegara a conocer la provincia, y eligiera Jalisco, y me hablaba de Guadalajara y de su universidad. Yo se lo agradecí y ahora —por cierto— se lo agradezco más. Porque, si hemos recibido el afecto cálido del pueblo mexicano, de sus mujeres y sus hombres, qué puede significar más que estar junto a la juventud y sentir cómo ella late y presurosamente con una clara conciencia revolucionaria y antiimperialista.

Desde que llegara cerca de esta universidad ya comprendí perfectamente bien el espíritu que hay en ella, en los letreros de saludo a mi presencia aquí, tan sólo como mensajero de mi pueblo, yo ya veía esta definición.

Ésta no es una universidad tradicional, ésta no es —y es bastante para muchas universidades de nuestro continente— una universidad que haya hecho la reforma: yo creo que ésta es la universidad comprometida con el pueblo, con los cambios, con la lucha por la independencia económica y la plena soberanía de nuestros pueblos.

Y porque una vez fui universitario, hace largos años por cierto —no me pregunten cuántos—, porque pasé por la universidad no en búsqueda de un título solamente, porque fui dirigente estudiantil y porque fui expulsado de la universidad, puedo hablarles a los universitarios a distancias de años, pero yo sé que ustedes saben que no hay querrela de generaciones: hay jóvenes viejos y viejos jóvenes, y en éstos me ubico yo.

Hay jóvenes viejos que no comprenden que ser universitarios, por ejemplo, es un privilegio extraordinario en la inmensa mayoría de los países de nuestro continente. Esos jóvenes viejos creen que la universidad se ha levantado como una necesidad para preparar técnicos y que ellos deben estar satisfechos con adquirir un título profesional. Les da rango social y el arribismo social, caramba que es dramáticamente peligroso, les da un instrumento que les permite ganarse la vida en condiciones de ingresos superiores a la mayoría del resto de los conciudadanos.

Estos jóvenes viejos, si son arquitectos, por ejemplo, no se preguntan cuántas viviendas faltan en nuestros países y, a veces, ni en su propio país. Hay estudiantes que con un criterio estrictamente liberal hacen de su profesión el medio honesto para ganarse la vida, pero básicamente en función de sus propios intereses.

Hay muchos médicos —y yo soy médico— que no comprenden, o no quieren comprender, que la salud se compra y que hay miles y miles de hombres y mujeres en América Latina que no pueden comprar la salud. Que no quieren entender, por ejemplo, que a mayor pobreza, mayor enfermedad, y a mayor enfermedad, mayor pobreza; y que, por lo tanto, si bien cumplen atendiendo al enfermo que demanda sus conocimientos sobre la base de los honorarios, no piensan en que hay miles de gentes que no pueden ir a sus consultorios y son pocos los que luchan por que se estructuren los organismos estatales para llevar la salud ampliamente al pueblo.

De igual manera que hay maestros que no se inquietan por que haya también cientos y miles de niños y de jóvenes que no pueden ingresar a las escuelas. Y el panorama de América Latina es un panorama dramático en las cifras de sus realidades dolorosas.

Llevamos, casi todos los pueblos nuestros, más de un siglo y medio de independencia política, y ¿cuáles son los datos que marcan nuestra independencia y nuestra explotación? Siendo países potencialmente ricos, la inmensa mayoría somos pueblos pobres.

En América Latina, continente de más de 220 millones de habitantes, hay 100 millones de analfabetos y semianalfabetos.

En este continente hay más de 30 millones de cesantes absolutos y la cifra se eleva por sobre 60 millones, tomando en consideración aquellos que tienen trabajos ocasionales.

En nuestro continente, el 53 % de la población, según algunos, y según otros el 57 %, se alimenta en condiciones por debajo de lo normal. En América Latina faltan más de 28 millones de viviendas.

En estas circunstancias cabe preguntar, ¿cuál es el destino de la juventud? Porque este continente es un continente joven, el 51 % de la población de América Latina está por debajo de los 27 años. Yo puedo decir —y ojalá me equivoque— que ningún gobierno, e incluyo por cierto el mío y todos los anteriores de mi patria, ha podido solucionar los grandes déficit de las grandes masas de nuestro continente en relación con la falta de trabajo, la alimentación, la vivienda, la salud, para qué hablar de la recreación y del descanso.

En este marco que encierra y aprisiona a nuestros pueblos hace un siglo y medio, es lógico que tengan que surgir, desde el dolor y el sufrimiento de las masas, anhelos de alcanzar niveles de vida, de existencia y de cultura, que es antihumano y antisocial que se le niegue al hombre, genéricamente hablando.

Si hoy tenemos las cifras que aquí he recordado, ¿qué va a ocurrir si las cosas no cambian, cuando seamos 360 ó 600 millones de habitantes? En un continente donde la explosión demográfica está destinada a compensar la alta mortalidad infantil, los pueblos así se defienden; pero a pesar de ello aumenta vigorosamente la población de nuestros países y el avance tecnológico en el campo de la medicina ha elevado —y también al mejorarse las condiciones de vida—, ha mejorado el promedio de nuestra existencia que, por cierto, es muy inferior al de los países del capitalismo industrial y a los países socialistas.

Pero si ningún gobierno de este continente —democráticos los hay pocos, seudodemocráticos hay más, dictatoriales también los hay—, ningún gobierno ha sido capaz de superar los grandes déficit, reconociendo que se han hecho esfuerzos indiscutiblemente laudatorios por gobiernos, y especialmente por los gobiernos democráticos, porque escuchan la voz, la protesta, el anhelo de los pueblos mismos para avanzar en la tentativa frustrada y hacer posible que estos déficit no sigan pesando sobre nuestra existencia.

¿Y por qué sucede esto? Porque somos países monoprodutores en la inmensa mayoría. Somos los países del cacao, del banano,

del café, del estaño, del petróleo o del cobre. Somos países productores de materias primas e importadores de artículos manufacturados, vendemos barato y compramos caro.

Nosotros, al comprar caro, estamos pagando el alto ingreso que tiene el técnico, el empleado y el obrero de los países industrializados. Además, en la inmensa mayoría de los casos, como las riquezas fundamentales están en manos del capital foráneo, se ignoran los mercados, no se interviene en los precios ni en los niveles de producción. La experiencia la hemos vivido nosotros en el cobre y ustedes en el petróleo.

Somos países en donde el gran capital financiero busca y encuentra, por la complacencia culpable muchas veces de gente que no quiere entender su deber patriótico, la posibilidad de obtener más utilidades.

¿Porque, qué es el imperialismo, compañeros jóvenes? Es la concentración del capital en los países industrializados que, alcanzando la fuerza del capital financiero, abandona las inversiones en las metrópolis económicas, para hacerlo en otros países y, por lo tanto, este capital que en su propia metrópoli tiene utilidades muy bajas adquiere grandes utilidades en nuestras tierras porque, además, muchas veces las negociaciones son entre las compañías que aquí trabajan y las compañías que son dueñas de éstas y que están más allá de nuestras fronteras.

Entonces, somos países que no aprovechamos los excedentes de nuestra producción y este continente ya conoce, no a través de los agitadores sociales con apellidos políticos como el que yo tengo de socialista, sino a través de las cifras de la CEPAL, organismo de las Naciones Unidas, que en la última década —no puedo exactamente decir si de 1950 a 1960 o de 1956 a 1966— América Latina exportó muchos más capitales que los que ingresaron a ella.

De esta manera se ha ido produciendo una realidad que es común en la inmensa mayoría de todos nuestros pueblos: somos países ricos potencialmente y vivimos como pobres. Para poder seguir viviendo pedimos prestado, pero al mismo tiempo somos países exportadores de capitales. Paradoja típica del régimen y del sistema capitalista.

Por ello, entonces, es indispensable comprender que dentro de esta estructura, cuando intencionalmente los países poderosos vi-

ven y fortalecen su economía de nuestra pobreza, cuando los países financieramente fuertes necesitan de nuestras materias primas para ser fuertes, cuando la realidad de los mercados y los precios lleva a los pueblos de éste y otros continentes a endeudarse, cuando la deuda de los países del Tercer Mundo alcanza la fantástica cifra de 95.000 millones de dólares, cuando mi país, país democrático, con muy sólidas instituciones, país que tiene un congreso en funciones hace 160 años, país en donde las Fuerzas Armadas —igual que en México— son Fuerzas Armadas profesionales, respetuosas de la ley y la voluntad popular; cuando mi país, que es el segundo productor de cobre en el mundo y tiene la más grande mina de tajo abierto del mundo y tiene la más grande mina subterránea del mundo, Chuquicamata y El Teniente; cuando mi país se ha visto obligado a endeudarse con una deuda externa per cápita que sólo es superada por la deuda que tiene Israel, que podemos estimar que está en guerra: cuando yo debía haber cancelado este año para amortizar y pagar los intereses de esa deuda 420 millones de dólares, que significan más de 30 % del presupuesto de ingresos, uno puede colegir que es imposible que pueda esto seguir y que esta realidad se mantenga.

Si a ello se agrega que los países poderosos fijan las normas de comercialización, controlan los fletes, imponen los seguros, dan los créditos ligados que implica obligación de invertir un alto porcentaje en esos países; si además sufrimos las consecuencias que emanan de que cuando los países poderosos o el país más poderoso del capitalismo estima necesario devaluar su moneda, las consecuencias las pagamos nosotros. Y si tiembla el mercado del dinero en los países industrializados, las consecuencias son mucho más fuertes, mucho más duras, y pesan más sobre nuestros pueblos. Si el precio de las materias primas baja, el precio de los artículos manufacturados, y aun los alimentos, sube; cuando el precio de los alimentos sube, nos encontramos con que hay barreras aduaneras que impiden que algunos países que pueden exportar productos agropecuarios lleguen a los mercados de consumo de los países industriales.

El caso de mi patria es elocuente: nosotros producimos, entre la gran minería que estaba antes en manos del capital foráneo y la pequeña y mediana minería, cerca de 750.000 toneladas de cobre. Entre Zambia, Perú, Zaire y Chile, signatarios de lo que se llama

CIPEC, entre estos cuatro países se produce el 70 % del cobre que se comercia en el mundo, más de tres millones de toneladas, pero el precio del cobre se fija en la bolsa de Londres y se transan tan sólo 200.000 toneladas. Y Chile hace tres años, por ejemplo, tuvo un promedio de precio de la libra de cobre por año superior a los 62 centavos, y cada centavo que suba o baje el precio de la libra de cobre significa 18 millones de dólares más o menos de ingreso para nuestro país.

En el año 1970, el precio del cobre del último año de gobierno del presidente Frei fue de 59 centavos la libra. En el primer año de gobierno popular fue tan sólo de 49. Este año seguramente no va a alcanzar más allá de 47,4, pero en valores reales después de la devaluación del dólar, este promedio será, a lo sumo, 45. Y el costo de producción nuestro, a pesar de que son minas con un alto porcentaje de riqueza minera y están cerca del mar, bordea los 45 centavos en alguna de ellas, y es por cierto más alto, por una técnica inferior, en la producción de la pequeña y mediana minería.

He puesto este ejemplo porque es muy claro. Nosotros, que tenemos un presupuesto de divisas superior a muchos países latinoamericanos, que tenemos una extensión de tierra que podría alimentar y debería alimentar a 20 o a 25 millones de habitantes, hemos tenido que importar, desde siempre —por así decirlo—, carne, trigo, grasa, mantequilla y aceite: 20 millones de dólares al año.

Y desde que estamos en el gobierno popular, tenemos que importar más alimentos, porque tenemos conciencia de que, aun importando como lo hicieron los gobiernos anteriores, 200 millones de dólares al año, en Chile el 48 % de la población se alimentaba por debajo de lo normal.

Y aquí, en esta casa de hermanos, yo, que soy médico, que he sido profesor de medicina social y presidente durante cinco años del Colegio Médico de Chile, puedo dar una cifra que no me avergüenza, pero que sí me duele, en mi patria, porque hay estadísticas y no las ocultamos: hay 600.000 niños que tienen un desarrollo mental por debajo de lo normal. Si acaso un niño en los primeros ocho meses de vida no recibe la proteína necesaria para su desarrollo corporal y cerebral, si ese niño no recibe esa proteína, se va a desarrollar en forma diferente al niño que pudo tenerla y que, lógicamente, es casi siempre el hijo de un sector minoritario, de un sector poderoso económicamente. Si a ese niño,

que no recibió la proteína suficiente, después de los ocho meses se le da, puede recuperar y normalizar su desarrollo corporal, pero no puede alcanzar el desarrollo normal de su cerebro.

Por eso muchas veces los maestros o las maestras en su gran labor —yo siempre vinculo a los maestros y a los médicos como profesionales de una gran responsabilidad—, muchas veces los maestros o las maestras ven que el niño no asimila, no entiende, no aprende o no retiene; y no es porque ese niño no quiera aprender o estudiar: es porque está en condiciones de menor valía, y eso es consecuencia de un régimen y de un sistema social. Porque, por desgracia, hasta el desarrollo de la inteligencia está marcado por la ingestión de los alimentos, fundamentalmente en los primeros ocho meses de vida. Y cuántas son las madres proletarias que no pueden amamantar a sus bebés, cuando nosotros los médicos sabemos que el mejor alimento es la leche de la madre, y no lo pueden hacer porque viven en las poblaciones marginales, porque sus compañeros están cesantes, y porque ellas reciben el subalimento y como madres están castigadas en su propia vida y, lo que es más injusto, en la vida de sus propios hijos.

Los gobiernos progresistas, como los nuestros, avanzamos en iniciativas que tienen un contenido pero que, indiscutiblemente, es un paliativo. Por ejemplo, en mi país está la asignación familiar prenatal; se paga a la mujer que está esperando familia desde el tercer mes de embarazo; se hace real desde el quinto, donde puede comprobar que efectivamente está esperando familia. Esto tiene un doble objetivo: que tenga un ingreso que se entrega a la madre para que pueda ella alimentarse mejor y en la etapa final comprar algo para lo que podríamos llamar la mantilla, los pañales del niño.

Y por otra parte, para recibir este estipendio, que es un sobresalario, requiere un control médico y, por lo tanto, obliga a la madre a ir a controlarse. Y en ese caso, si la madre está enferma y es tratada oportunamente, el hijo nace sano. Y, además, se le dan las más elementales nociones de puericultura. Y tenemos la asignación familiar que se paga también desde que el niño nace hasta que termina de estudiar, si estudia.

Pero no hemos podido, por ejemplo, nosotros, nivelar la asignación familiar, porque un congreso que representa, no a los trabajadores en su mayoría, establece, como siempre, leyes discri-

minatorias. Y en mi patria había asignación diferente para banqueros, para empleados públicos, particulares, Fuerzas Armadas, obreros y campesinos. Nosotros levantamos la idea justa de una asignación familiar igual para todos. Y eso, con generosidad. Pero pensar que la asignación familiar sea más alta para los sectores que tienen más altos ingresos es una inconsecuencia y una brutal injusticia.

Hemos logrado nivelar la asignación familiar de obreros, campesinos, Fuerzas Armadas y empleados públicos, pero queda distante todavía la asignación familiar de empleados particulares y un sector de ellos. Es un avance, pero no basta porque, si bien es cierto que entregamos mejores condiciones para defender el equilibrio biológico cuando se alimenta mejor el niño gracias a esta asignación familiar, también es cierto que el proceso de desarrollo universitario en el caso de la medicina —y lo pongo como ejemplo— conlleva establecer que nosotros carecemos de los profesionales suficientes para darle atención a todo el pueblo, desde el punto de vista médico.

En Chile hay 4.600 médicos, deberíamos ser 8.000; en Chile faltan, entonces, 3.000 médicos. En Chile faltan más de 6.000 dentistas. En ningún país de América Latina —y lo digo con absoluta certeza— hay un servicio público estatal que haga una atención médica dental con sentido social. Se limitan, en la mayoría de los países, si es que tienen esos servicios, a la etapa inicial, previa, básica, simple, sencilla, de la extracción. Y si hay algo que yo he podido ver con dolor de hombre y conciencia de médico cuando he ido a las poblaciones, es a las compañeras trabajadoras, a las madres proletarias, gritar con esperanza nuestros gritos de combate; ver, por desgracia, cómo sus bocas carecen de la inmensa mayoría de los dientes. Y los niños también sufren esto.

Por ello, entonces, y sobre la base tan sólo de estos ejemplos simples, nosotros tenemos que entender que cuando hablamos de una universidad comprometida, no sólo estamos hablando de una universidad que entienda que para que termine esta realidad brutal que hace más de un siglo y medio pesa sobre nosotros, en los cambios estructurales económicos se requiere un profesional comprometido con el cambio social. Se requiere un profesional que no se sienta un ser superior porque sus padres tuvieron el dinero suficiente para que él ingresara a una universidad; se necesita un profesional con conciencia social que entienda que su lucha,

si es arquitecto, es para que se construyan las casas que el pueblo necesita. Se necesita un profesional que, si es médico, levante su voz para reclamar que la medicina llegue a las barriadas populares y, fundamentalmente, a los sectores campesinos.

Se necesitan profesionales que no busquen engordar en los puestos públicos, en las capitales de nuestras patrias. Profesionales que vayan a la provincia, que se hundan en ella.

Por eso yo hablo así aquí, en esta Universidad de Guadalajara, que es una universidad de vanguardia, y tengo la certeza de que la obligación patriótica de ustedes es trabajar en la provincia, fundamentalmente, vinculados a las actividades económicas, mineras, o actividades industriales o empresariales, o a las actividades agrícolas; que la obligación del que estudió aquí es no olvidar que ésta es una universidad del Estado que la pagan los contribuyentes, que la inmensa mayoría de ellos son los trabajadores y que por desgracia, en esta universidad, como en las universidades de mi patria, la presencia de hijos de campesinos y obreros alcanza un bajo nivel todavía.

Por eso, ser joven en esta época implica una gran responsabilidad, ser joven de México o de Chile; ser joven de América Latina, sobre todo en este continente que, como he dicho, está marcado por un promedio que señala que somos un continente joven. Y la juventud tiene que asumir su responsabilidad histórica, tiene que entender que no hay lucha de generaciones, como lo dijera hace un instante, que hay un enfrentamiento social, que es muy distinto, y que pueden estar en la misma barricada de ese enfrentamiento los que hemos pasado los 60 años —y yo los pasé muy poquito, guardenme el secreto—, y los jóvenes que puedan tener 18 ó 20.

No hay querrela de generaciones, y eso es importante que yo lo diga. La juventud debe entender su obligación de ser joven, y si es estudiante, darse cuenta de que hay otros jóvenes que, como él, tienen los mismos años, pero que no son estudiantes. Y si es universitario, con mayor razón mirar al joven campesino o al joven obrero y tener un lenguaje de juventud, no un lenguaje sólo de estudiante universitario, para universitarios.

Pero el que es estudiante tiene una obligación porque tiene más posibilidades de comprender los fenómenos económicos y sociales y las realidades del mundo; tiene la obligación de ser un factor di-

námico del proceso de cambio, pero sin perder los perfiles, también, de la realidad.

La revolución no pasa por la universidad y esto hay que entenderlo; la revolución pasa por las grandes masas, la revolución la hacen los pueblos; la revolución la hacen, esencialmente, los trabajadores. Y yo comparto el pensamiento que aquí se ha expresado —y el presidente Echeverría lo ha señalado muchas veces—, que yo también lo he dicho en mi patria. Allá luchamos por los cambios dentro de los marcos de la democracia burguesa, con dificultades mucho mayores en un país donde los poderes de Estado son independientes y, en el caso nuestro, la justicia, el Parlamento y el Ejecutivo. Los trabajadores que me eligieron están en el gobierno; nosotros controlamos una parte del Poder Ejecutivo, somos minoría en el Congreso. El Poder Judicial es autónomo y el Código Civil de mi patria tiene cien años. Y si yo no critico en mi patria al Poder Judicial, menos lo voy a hacer aquí. Pero, indiscutiblemente, hay que pensar que estas leyes representaban otra época y otra realidad, no fueron leyes hechas por los trabajadores que estamos en el gobierno, fueron hechas por los sectores de la burguesía que tenían el Ejecutivo, el poder económico y que eran mayoría en el Congreso Nacional.

Sin embargo, la realidad de Chile, su historia y su idiosincrasia, sus características, la fortaleza de su institucionalidad, nos llevaron a los dirigentes políticos a entender que en Chile no teníamos otro camino que el camino de la lucha electoral. Y ganamos por ese camino que muchos no compartían, fundamentalmente como consecuencia del pensamiento generado en este continente después de la Revolución cubana y con la asimilación, un poco equivocada, de la divulgación de tácticas. En función de la interpretación que hacen los que escriben sobre ellas, nos hemos encontrado en muchas partes, y ahora se ha dejado un poco, con la idea del foquismo, de la lucha guerrillera o del ejército popular.

Yo tengo una experiencia que vale mucho. Yo soy amigo de Cuba; soy amigo, hace diez años, de Fidel Castro; fui amigo del comandante Ernesto “Che” Guevara. Me regaló el segundo ejemplar de su libro *Guerra de guerrillas*; el primero se lo dio a Fidel. Yo estaba en Cuba cuando salió y en la dedicatoria que me puso dice lo siguiente: “A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo.”

Si el comandante Guevara firmaba una dedicatoria de esta manera es porque era un hombre de espíritu amplio que comprendía que cada pueblo tiene su propia realidad, que no hay receta para hacer revoluciones. Y por lo demás, los teóricos del marxismo —y yo declaro que soy un aprendiz tan sólo, pero no niego que soy marxista— también trazan con claridad los caminos que pueden recorrerse frente a lo que es cada sociedad, cada país.

De allí, entonces, que es útil que la juventud, y sobre todo la juventud universitaria, que no puede pasar por la universidad al margen de los problemas de su pueblo, entienda que no puede hacerse del balbuceo doctrinario la enseñanza doctrinaria. Que entienda que el denso pensamiento de los teóricos de las corrientes sociológicas o económicas requiere un serio estudio; que si es cierto que no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria, no puede haber la aplicación voluntaria o la interpretación de la teoría adecuándola a lo que la juventud o el joven requiere. Que tiene que mirar lo que pasa dentro de su país y más allá de la frontera, y comprender que hay realidades que deben ser meditadas y analizadas.

Cuando algunos grupos en mi patria, un poco más allá de la Unidad Popular, donde hay compañeros jóvenes en cuya lealtad revolucionaria creo, pero en cuya concepción de la realidad no creo, hablan, por ejemplo, de que en mi país debería hacerse lo mismo que se ha hecho en otros países que han alcanzado el socialismo, yo les he hecho esta pregunta en voz alta: ¿Por qué, por ejemplo, un país como es la República Popular China, poderoso país, extraordinariamente poderoso país, ha tenido que tolerar la realidad de que Taiwán o que Formosa esté en manos de Chiang-Kai-Shek? ¿Es que acaso la República Popular China no tiene los elementos bélicos, por así decirlo, lo suficientemente poderosos para haber, en dos minutos, recuperado Taiwán, llamado Formosa? ¿Por qué no lo ha hecho? Porque, indiscutiblemente, hay problemas superiores de responsabilidad política, porque al proceder así colocaba a la República Popular China en el camino de una agresión que podría haber significado un daño para el proceso revolucionario y quizá una conflagración mundial.

¿Quién puede dudar de la voluntad de acción, de la decisión, de la conciencia revolucionaria de Fidel Castro? ¿Y por qué la bahía de Guantánamo no la ha tomado? Porque no puede ni debe

hacerlo, porque expondría a su revolución y a su patria a una represalia brutal.

Entonces, uno se encuentra a veces con jóvenes que, como han leído el *Manifiesto comunista* o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado y dictan cátedra, y exigen actitudes y critican a hombres que, por lo menos, tienen consecuencia en su vida. Y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil.

Un ejemplo personal: yo era un orador universitario de un grupo que se llamaba Avance, era el grupo más vigoroso de la izquierda. Un día se propuso que se firmara por el grupo Avance un manifiesto —estoy hablando del año 1931— para crear en Chile los soviets de los obreros, campesinos, soldados y estudiantes. Yo dije que era una torpeza infinita y que no quería, como estudiante, firmar algo que mañana, como profesional, no iba a aceptar.

Éramos 400 los muchachos de la universidad que estábamos en el grupo Avance; 395 votaron mi expulsión: de los 400, fuera de los que se han muerto y que por suerte no son muchos, sólo dos quedamos en la lucha social. Los demás tienen depósitos bancarios, algunos en el extranjero, tuvieron latifundios —se los expropiamos—; tenían acciones en los bancos —también se los nacionalizamos—, y a los de los monopolios les pasó lo mismo. Pero en el hecho dos hemos quedado y a mí me echaron por reaccionario, pero los trabajadores de mi patria me llaman “el compañero presidente”.

Por eso, el dogmatismo, el sectarismo, debe ser combatido. La lucha ideológica debe llevarse a niveles superiores, el diálogo, la discusión, pero la discusión para esclarecer, no para imponer determinadas posiciones. Y, además, el estudiante universitario que tiene una postura doctrinaria y política tiene que, fundamentalmente, no olvidarse que precisamente la revolución necesita los técnicos y los profesionales.

Ya Lenin lo dijo —yo he aumentado la cifra para impactar más a mi patria—, Lenin dijo que un profesional, un técnico, valía por diez comunistas; yo digo que por cincuenta u ochenta socialistas. Yo soy socialista. Les duele mucho a los compañeros que yo diga

eso, pero lo digo, ¿por qué?, porque he vivido una politización en la universidad llevada a extremos tales que el estudiante olvida su responsabilidad fundamental. En una sociedad donde la técnica y la ciencia adquieren los niveles que ha adquirido la sociedad contemporánea, ¿cómo no requerir precisamente capacidad y capacitación a los revolucionarios? Por lo tanto, el dirigente político universitario tendrá más autoridad moral, si acaso es también un buen estudiante universitario.

Yo no le he aceptado jamás a un compañero joven que justifique su fracaso porque tiene que hacer trabajos políticos: tiene que darse el tiempo necesario para hacer los trabajos políticos, pero primero están los trabajos obligatorios que debe cumplir como estudiante de la universidad. Ser agitador universitario y mal estudiante es fácil; ser dirigente revolucionario y buen estudiante es más difícil. Pero el maestro universitario respeta al buen alumno, y tendrá que respetar sus ideas, cualesquiera que sean.

Por eso es que la juventud en el mundo contemporáneo, y sobre todo la juventud de Latinoamérica, tiene una obligación contraída con la historia, con su pueblo, con el pasado de su patria. La juventud no puede ser sectaria. La juventud tiene que entender, y nosotros en Chile hemos dado un paso trascendente: la base política de mi gobierno está formada por marxistas, por laicos y cristianos, y respetamos el pensamiento cristiano cuando ese pensamiento cristiano interpreta el verbo de Cristo, que echó a los mercaderes del templo.

Claro que tenemos la experiencia de la Iglesia vinculada al proceso de los países poderosos del capitalismo e incluyendo en los siglos pasados y en la primera etapa de éste, no a favor de los humildes como los planteaba el maestro de Galilea. Pero si los tiempos han cambiado y la conciencia cristiana está marcando la consecuencia con el pensamiento honesto en la acción honesta, los marxistas podemos coincidir en etapas programáticas como pueden hacerlo los laicos y lo hemos hecho en nuestra patria —y nos está yendo bien—, y conjugamos una misma actitud y un mismo lenguaje frente a los problemas esenciales del pueblo.

Porque un obrero sin trabajo, no importa que sea o no sea marxista, no importa que sea o no sea cristiano, no importa que no tenga ideología política, es un hombre que tiene derecho al trabajo y debemos dárselo nosotros. Por eso el sectarismo, el dogmatis-

mo, el burocratismo congela las revoluciones, y ése es un proceso de concientización que es muy profundo y que debe comenzar con la juventud. Pero la juventud está frente a problemas que no son sólo económicos, son problemas que lamentablemente se manifiestan con mayor violencia destructiva en el mundo contemporáneo, el escapismo, la drogadicción, el alcoholismo. ¿Cuántos son los jóvenes de nuestros jóvenes países que han caído en la marihuana, que es más barata que la cocaína y de más fácil acceso? Pero ¿cuántos son los jóvenes de los países industrializados? El porcentaje, no sólo por la densidad de población sino por los medios económicos, es mucho mayor.

¿Qué es esto, qué significa, por qué la juventud llega a eso? ¿Hay frustración? ¿Cómo es posible que el joven no vea que su existencia tiene que tener un destino muy distinto al que escabulle su responsabilidad?

¿Cómo un joven no va a mirar, en el caso de México, a Hidalgo o a Juárez, a Zapata o a Villa, o a Lázaro Cárdenas? ¿Cómo no entender que estos hombres fueron jóvenes también, pero que hicieron de sus vidas un combate constante y una lucha permanente!

La juventud sabe que su propio porvenir está cercado por la realidad económica, que marca a los países dependientes. Porque hay algo que debe preocuparnos también a los gobernantes y es no seguir entregando cesantes ilustrados a nuestra sociedad.

¿Cuántos son los miles de jóvenes que egresan de los politécnicos o las universidades y no encuentran trabajo? Yo leí hace poco un estudio de un organismo internacional importante, que señalaba que, para América Latina, en el final de esta década, se necesitaban, —me parece— cerca de seis millones de nuevas ocupaciones, en un continente donde la cesantía marca los niveles que yo les he dicho. Los jóvenes tienen que entender, entonces, que están enfrentados a esos hechos y que deben contribuir a que se modifiquen las condiciones materiales para que no haya cesantes ilustrados, profesionales con títulos de arquitectos sin construir casas, y médicos sin atender enfermos porque no tienen los enfermos con qué pagarles, cuando lo único que faltan son médicos para defender el capital humano, que es lo que más vale en nuestros países.

Por eso, repito —y para terminar mis palabras—, dando excusas a ustedes por lo excesivo de ellas, que yo, que soy un hombre

que pasó por la universidad, he aprendido mucho más de la universidad de la vida. He aprendido de la madre proletaria en las barriadas marginales; he aprendido del campesino que, sin hablarme, me mostró la explotación más que centenaria de su padre, de su abuelo o su tatarabuelo; he aprendido del obrero, que en la industria es un número o era un número y que nada significaba como ser humano, y he aprendido de las densas multitudes que han tenido paciencia de esperar.

Pero la injusticia no puede seguir marcando, cerrando las posibilidades del futuro a los pueblos pequeños de éste y de otros continentes. Para nosotros, las fronteras deben estar abolidas y la solidaridad debe expresarse con respeto a la autodeterminación y a la no intervención, entendiendo que puede haber concepciones filosóficas y formas de gobierno distintas, pero que hay un mandato que nace de nuestra propia realidad que nos obliga —en el caso de este continente— a unirnos. Pero mirar más allá, inclusive de América Latina, es comprender qué implica nacer en África, donde hay todavía millones y millones de seres humanos que llevan una vida inferior a la que tienen los más postergados y preteridos seres de nuestro continente.

Hay que entender que la lucha es solidaria a escala mundial; que frente a la insolencia imperialista sólo cabe la respuesta agresiva de los países explotados.

Ha llegado el instante de darse cuenta cabalmente de que los que caen luchando en otras partes por hacer de sus patrias países independientes, como ocurre en Vietnan, caen por nosotros con su gesto heroico.

Por eso, sin decir que la juventud será la causa revolucionaria y el factor esencial de las revoluciones, yo pienso que la juventud, por ser joven, por tener una concepción más diáfana, por no haber incorporado los vicios que traen los años de convivencia en una sociedad burguesa, porque la juventud debe entender que debe ser estudiante y trabajadora; porque el joven debe ir a la empresa, a la industria o a la tierra... Porque ustedes deben hacer trabajos voluntarios; porque es bueno que sepa el estudiante de medicina cuánto pesa el fardo que se echa encima el campesino que tiene que llevarlo, a veces, a largas distancias. Porque es bueno que el que va a ser ingeniero se meta en el calor de la máquina, donde el obrero, a veces, en una atmósfera inhóspita, pasa largos

y largos años de su oscura existencia. Porque la juventud debe estudiar y debe trabajar, porque el trabajo voluntario vincula, amarra, acerca, hace que se compenetre el que va a ser profesional con aquel que tuvo por herencia las manos callosas de los que por generaciones trabajaron la tierra.

Gracias, presidente y amigo, por haberme dado la posibilidad de fortalecer mis propias convicciones y la fe en la juventud frente a la actitud de ustedes.

Gracias por comprender el drama de mi patria, que es, como dijera Pablo Neruda, un Vietnam silencioso. No hay tropas de ocupación, ni poderosos aviones nublan los cielos limpios de mi tierra; pero estamos bloqueados económicamente, pero no tenemos créditos, pero no podemos comprar repuestos, pero no tenemos cómo comprar alimentos y nos faltan medicamentos. Y para derrotar a los que así proceden, sólo cabe que los pueblos entiendan quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos.

Yo sé, por lo que he vivido, que México ha sido y será —gracias a ello— amigo de mi patria.

Los jóvenes de la Patria Nueva*

La juventud no podía ser espectadora de este gran proceso de transformación económica y social de Chile, la juventud es protagonista fundamental de esta etapa de la vida patria.

Necesitamos, reclamamos y pedimos la energía creadora de la juventud, su lealtad revolucionaria que será puesta sin quebrantos al servicio de Chile y del pueblo. Hoy iniciamos un hecho de honda significación solidaria humana. La juventud chilena recorrerá los valles, los campos, las aldeas, las poblaciones, llevando el mensaje redentor, la voluntad, la decisión creadora y revolucionaria del Gobierno Popular. El cansancio más que centenario de los viejos luchadores será reemplazado por la energía juvenil, para hacer de Chile una patria distinta: la patria sin distingos de todos los chilenos, independiente en lo económico y soberana en lo político.

La juventud tendrá que ser factor esencial en la transformación que esta sociedad injusta reclama, para dar paso a una nueva so-

* Discurso en el acto de creación de la Secretaría General de la Juventud, 22 de diciembre de 1970.

ciudad. La presencia de la juventud es tanto o más necesaria cuando en nuestro país —podemos decir con orgullo que somos un pueblo joven— más del 60 % de la población tiene menos de treinta años; más de 4,6 millones de chilenos son menores de 30 años. Y también, es justo reconocerlo, entre los adultos y los hombres que han desbordado los 50 años y militan y adhieren a los partidos populares, hay una conciencia joven y también una voluntad joven. La lucha del pueblo de Chile no es una lucha de generaciones; así, la presencia de la juventud en el trabajo voluntario, en el trabajo democrático de la Unidad Popular, está señalando que comprende la labor histórica en que vivimos. Y esta juventud, con su espíritu creador, con su fuerza moral, va a levantar un dique contra la corrupción juvenil, contra aquellos que malgastan sus horas y acuden a las drogas para evadirse de una sociedad que no los satisface y en la cual se sienten enajenados.

La juventud de la Unidad Popular debe ser el ejemplo en el trabajo, en el estudio, en la lealtad al pueblo y en la vocación heroica por servir a Chile por sobre todas las cosas.

Como una necesidad del gobierno, frente a ustedes, esta tarde auspiciosa firmaré el decreto que crea la Secretaría General de la Juventud, cuya breve exposición dice lo siguiente:

“Considerando que el Ejecutivo tiene especial interés en elevar la presencia política de la juventud y su capacidad de acción en la conducción de la Patria Nueva, al presentar ésta su más decidida y eficiente colaboración a los planes del Gobierno Popular, es necesario crear un organismo juvenil que colabore con el gobierno en la formación de una política relativa a los problemas que interesan a la juventud y a su participación en los aludidos planes, decreto:

Artículo 1.º: Créase la Secretaría General de la Juventud, dependiente de la presidencia de la República, cuyo objeto será cooperar en la formulación y ejecución de planes en la política relativa a la juventud.

Artículo 2.º: Corresponderá a la Secretaría General de la Juventud proponer al Ejecutivo planes concretos, relativos a la participación organizada de la juventud en las grandes iniciativas de trabajos voluntarios, alfabetización, forestación, construcción de casas, por ejemplo, divulgación y ejecución de medidas de gobierno,

difundir el Programa de la Unidad Popular y elevar el nivel político de las masas chilenas. Preocuparse especialmente de los problemas específicos de la juventud, ya sea en materia relativa a educación, trabajo, salud, alimentación, recreación o deporte; coordinación con las entidades estatales, muy en especial con la Subsecretaría de Educación, Dirección de Deportes del Estado, Oficina de Planificación, Departamento de Cultura del Ministerio de Educación, Dirección de Turismo, Ministerio del Trabajo, Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, y, en general, con los ministerios, subsecretarías y direcciones generales.”

Su vinculación también deberá ser estrecha con el Ministerio de la Familia, cuyo proyecto enviaremos al Congreso Nacional antes del 31 de diciembre de ese año. Además, la Secretaría de la Juventud deberá sugerir al gobierno las medidas legales o administrativas que estime adecuadas para la realización de sus respectivos planes y programas: consultar, coordinar y planificar con las organizaciones de masas de la juventud chilena, como federaciones estudiantiles, CUT-Juvenil, organizaciones juveniles campesinas, de pobladores, deportivas y culturales.

Artículo 3.º: La Secretaría General de la Juventud estará integrada por seis representantes designados por el presidente de la República, sobre la base de las insinuaciones que hagan los dirigentes nacionales del Comando Juvenil de la Unidad Popular. Los miembros que integran la Secretaría General de la Juventud no percibirán rentas por las funciones que desempeñen. La Secretaría General de la Juventud podrá solicitar de los organismos públicos todos los antecedentes, informes o servicios que estime convenientes para el mejor desempeño de su cometido, los cuales la deberán prestar u otorgar al más breve plazo.

Artículo transitorio: La Subsecretaría General de la Juventud estará anexa a la presidencia de la República.

Con esto quiero señalar la importancia que le doy a esta Secretaría y la presencia de la juventud en el Gobierno Popular y en la lucha de nuestro pueblo.

Voy a firmar el decreto respectivo.

Creo en los jóvenes*

Saludo cariñosamente a todos los jóvenes, sin fronteras políticas. A los que pertenecen y a los que no son de la Unidad Popular. A quienes tienen ideas distintas a las nuestras. Saludo a los que no están ubicados en el terreno político-ideológico, pero que son jóvenes. Saludo, con satisfacción y orgullo, como compañero presidente, ¡a la juventud chilena que hace el trabajo voluntario!

Me interesa reafirmar —estoy informado— que han participado cerca de 70.000 jóvenes. Esta vez la organización y planificación se ha concretado frente a proyectos e iniciativas de importancia.

En Cabildo: la represa subterránea; 3.000 jóvenes acometieron el trabajo más duro. Me lo dijo el ministro de Educación (quien fue acompañado de una hija mía); me agradó saber que los muchachos —cariñosamente, sin ningún complejo— mirando a Alejandro Ríos le dijeron: “Ministro, ¿será capaz usted de entendernos a nosotros? Porque usted tiene muchos años. ¡Oiga, ministro, no tome la pala y no pretenda hacer algo en la tierra porque es muy

* Clausura del período de trabajos voluntarios, Santiago, 11 de marzo de 1972, fragmentos.

duro! Oiga, ministro, nosotros creemos que usted nos entiende y que el compañero Allende también.”

¡Sí, compañeros, ese ministro los entiende como también los entiende su viejo compañero presidente, porque la juventud es transparente y clara en su voluntad de lucha y de coraje!

Pampa del Tamarugal: 10 hectáreas de tamarugos. En Valdivia a Corral: el camino de 5 kilómetros, ¡a golpe de hacha!

En la avicultura, CORA-FECH: 54 pabellones avícolas. En la UNCTAD III, CUT-Juvenil: terminaciones. Y ya los compañeros de la FESES se aprestan para limpiar Santiago.

Los muchachos de la Universidad Técnica del Estado, en las minas: cobre, salitre, carbón: ¡1.800!

En esta oportunidad, el trabajo ha sido más productivo, con mayores resultados económicos. Las brigadas estuvieron más organizadas y planificaron mejor sus actividades, se esforzaron más pese a las duras condiciones que tuvieron que sobrellevar.

Quiero recordarles que en la Pampa del Tamarugal se registra muy baja temperatura en la noche y alta en el día. He sido senador por el Norte Grande y sé que la variación de temperatura alcanza, a veces, a 40°.

¡Y allí estaban esos muchachos plantando los tamarugos, que es riqueza destinada al pueblo!

Desde el punto de vista económico, el camino Valdivia-Corral significa ahorrar dos millones de escudos. Los problemas avícolas significan aumentar la producción anual de pollos a cuatro millones. Se lo agradecerán “las señoras de las ollas vacías”.

El costo —a nivel nacional— de los trabajos voluntarios ha sido de cuatro millones de escudos. Pero sólo en la producción minera hemos aumentado en 4,5 millones de dólares.

Además, se hicieron tareas de alfabetización, se rectificaron vías ferroviarias, trabajos en la planta de yeso de El Volcán. En el canal de riego Talca se hicieron ¡tres kilómetros! Han trabajado compañeros de la FECH, la FEUT, la FESES, la FEITECH, la CONFECH, la CUT y RANQUIL.

Han participado compañeros de la Unidad Popular, independientes de izquierda y jóvenes demócrata-cristianos.

El gobierno ha tenido contacto con ustedes a través de la Secre-

taría Juvenil de la Presidencia y el Servicio de Trabajo Voluntario, del Ministerio de Educación.

Finalmente, quiero rendir un especial homenaje a las muchachas, a las compañeras de ustedes, a las jóvenes. Ellas han compartido el clima duro, la tarea difícil. Ellas, por último, han puesto alegría en ustedes, con su sonrisa y feminidad. Para ellas: ¡el más estruendoso aplauso, para las voluntarias, compañeros!

Me interesa resumir esto a escala nacional porque algunos, al trabajar en un sector o en una provincia, es posible que desconocieran lo ocurrido en otras zonas del país.

Me interesa señalar que, desde el punto de vista material, Chile se ha beneficiado con la labor de ustedes; hay algo que tiene un valor que no puede medirse jamás en dólares ni en escudos: es la convivencia de la juventud estudiantil, secundaria o universitaria, con el joven trabajador, con el obrero y el campesino. Es la convivencia de jóvenes estudiantes con viejos trabajadores, que fueron sus maestros en un momento determinado. En el contacto íntimo que permite que el joven comprenda la vida dura y difícil del campesino y el obrero. Es el vínculo que no separará más a los estudiantes chilenos de los campesinos y los trabajadores y los obreros de la patria.

Es evidenciar una conciencia distinta. Es señalar que cada uno de ustedes ha medido los cambios y las transformaciones que se están realizando en la patria, que reconocen la diferencia de trabajar para Chile y los chilenos que hacerlo para quienes eran dueños de los medios de producción, que es muy diferente el sentido superior de esfuerzo y la tarea colectiva para el pueblo y el futuro de la patria que trabajar para un grupo pequeño y reducido que tuvo siempre como divisa vivir de la explotación del hombre.

¡Ustedes están comprendiendo el camino que se abre, el camino que conduce al socialismo, y ustedes lo van a edificar a plenitud, queridos compañeros jóvenes de la patria!

Por eso quiero decirles que hoy, más que nunca, vengo fortalecido por la fe que me entregaran los trabajadores del salitre, del carbón, del litoral, en Antofagasta, por la expresión de comprensión y de tibieza humana de las compañeras con las cuales dialogué el Día Internacional de la Mujer. Y ahora fortalezco, afianzo, refuerzo mi decisión al verlos a ustedes sonrientes y alegres, sere-

nos, sabedores de las horas duras que vivimos, trayendo la experiencia de las noches sobre el sueño húmedo por la “camanchaca” o por la lluvia.

Ustedes tienen hoy una imagen distinta, jóvenes chilenos, porque han vivido una realidad diferente, en el contacto con el campesino y el obrero.

¡Camaradas jóvenes, la historia no se detiene! No podrán detenerse jamás las mareas revolucionarias ni con la amenaza ni con la violencia.

Nosotros no queremos la violencia, no necesitamos la violencia. Otros siempre la han usado cuando sus intereses han sido heridos o cuando han perdido el gobierno y el poder.

Jóvenes de Chile, ustedes, con este nuevo espíritu, con esta confianza en ustedes mismos, tienen que ser más revolucionarios que nunca, y *más revolucionarios significa ser mejor estudiante, mejor hijo, mejor hermano, mejor compañero*. Ser mejor revolucionario significa prepararse más, sacrificarse más. Ser revolucionario significa entender que el mañana se edificará con generosidad y con sacrificio.

Y creo en el pueblo, en el obrero, en el trabajador y el campesino. Creo en el hombre de Chile y, con mayor razón, como compañero de ustedes, como compañero presidente, creo en la voluntad rebelde, pero constructiva, de los jóvenes de mi patria.

Actuar y prepararse para actuar*

Yo quiero entonces dirigirme a ustedes, para señalar el papel trascendente que tiene la juventud en el proceso revolucionario que Chile está viviendo. Me refiero a la juventud elementalmente de la Unidad Popular y me refiero a la juventud chilena también, más allá de las fronteras de la organización que agrupa a los partidos que tienen la base política de la Unidad Popular.

Y digo esto porque somos un país esencialmente joven, por lo tanto la juventud debe ser la base y el motor de un proceso de cambios en la sociedad chilena.

La juventud debe tener conciencia de que lo que se ha logrado en Chile, y puedo decirlo yo al margen de lo personal, mejor dicho despersonalizándome, representa un paso decisivo para las masas populares, no sólo de nuestro país, sino del continente.

La juventud, lógicamente, quisiera que los procesos de cambios fueran más acelerados. La juventud, por ser juventud, tiene derecho a la inquietud, pero no a afiebrarse. Pero ser joven implica también una gran responsabilidad de comprender las limitaciones

* Saludo a la XX Conferencia Nacional de la Federación Juvenil Socialista, agosto de 1971, Concepción.

que tiene todo proceso social y la realidad que tiene que enfrentar ese proceso.

También la juventud debe comprender que la “revolución” no es una palabra y que tentativas revolucionarias ha habido cientos y miles, en distintas latitudes, y son pocos los países que han alcanzado la revolución.

La juventud debe entender que el socialismo no se impone por decreto, que es un proceso social en desarrollo. Y la juventud sabe que no hay posibilidad de acción revolucionaria sin teoría revolucionaria. De allí entonces que mi gran preocupación e interés es que los cuadros juveniles enfrenten la realidad tal como la vivimos y comprendan que ellos deben ser esencialmente el motor movilizadizo de las masas para el cumplimiento del programa.

La juventud debe prepararse para enfrentar los obstáculos que encontraremos en el camino que hemos emprendido. Debe educarse más y más, para llevar su voz, su aliento y su crítica, de tal manera que los sectores populares encuentren precisamente en los cuadros juveniles el guía que pueda indicarles cuál ha de ser el camino que tenemos que seguir.

Muchas veces, he sostenido que la juventud tiene una doble misión: actuar y prepararse para actuar. La juventud tiene que capacitarse no sólo políticamente, sino en el conocimiento de una técnica, de una carrera, de una profesión. La juventud debe entender perfectamente bien que nosotros sabemos que ellos, los jóvenes, serán, en definitiva, los que tendrán en sus manos la construcción de la sociedad socialista.

La juventud socialista tiene una tremenda responsabilidad. Primero la de cohesionar, la de mantener férrea su unidad, de no dejarse penetrar por personalismos, la de hacer imposible el trabajo de grupos que destruyan el concepto de la responsabilidad común que tiene la juventud. No concibo una juventud socialista que no tenga la fuerza moral de poder discutir los problemas con pasión, pero con respeto para cada uno de los integrantes. No concibo una juventud socialista marcada por el recelo; pienso que no puede existir una juventud socialista donde no haya limpieza suficiente para que la autocrítica tenga el verdadero contenido revolucionario que debe tener al margen de todo personalismo.

Si la juventud socialista comprende que en ella descansa el futuro del proceso revolucionario chileno, que este proceso tenemos

que llevarlo, como lo decía hace unos instantes, por los caminos que voluntariamente hemos escogido, porque corresponden a la realidad de nuestro país, nosotros podremos tener la certeza, entonces, de que los enemigos del pueblo se enfrentarán a una juventud socialista que, siendo férrea en su organización, en su concepción estratégica y táctica, y siendo muy firme en sus postulaciones ideológicas, sea también un factor de nexos, de vínculo, con el resto de las otras juventudes.

Nada de dogmatismo, de sectarismo, de tendencia hegemónica. Respeto, camaradería, aprecio, diálogo con las juventudes de otros partidos y movimientos que integran la Unidad Popular. Es por eso, compañeros, que al terminar mis palabras quiero decirles una vez más: lo que hemos alcanzado en Chile es un paso trascendente.

Deporte para todos*

Chile vive un proceso de transformación, de cambios. Y en un proceso de cambios y transformación, lo esencial para los gobernantes que tenemos ese mandato emanado de la voluntad mayoritaria del pueblo es que los cambios están destinados a poner la economía al servicio del hombre y a elevar las condiciones materiales de vida y existencia de las grandes masas.

Si yo pudiera sintetizar en dos frases nuestra preocupación, diría (para que lo entiendan, fundamentalmente, nuestros niños) que un gobierno como el nuestro tiene como tarea esencial, básica, hacer que la educación y la salud alcancen a toda la población.

Y puedo referirles a ustedes con profunda satisfacción la tarea cumplida, la tarea ejecutada. Durante el año y ocho meses que llevamos, hemos podido incrementar, extraordinariamente, la matrícula en la Educación Básica, alcanzando un 97,6 %. Además, hemos eliminado el pago de las matrículas. La matrícula hoy día es gratuita.

* Inauguración del 1.º Plan Piloto del Deporte, 24 de mayo de 1972, Iquique, fragmentos.

En seguida, en la Enseñanza Media se ha duplicado el número de muchachas y muchachos ingresados a este ciclo de enseñanza, y en la universitaria, hemos aumentado en 30.000 nuevas posibilidades abiertas para los egresados de la Educación Media.

Cien mil estudiantes universitarios, el 70 %, cifra nunca antes alcanzada, de los postulantes a la universidad, han ingresado a ella en este instante, en nuestro país.

No se puede cumplir, ni conozco ningún país del mundo (capitalista, industrial o socialista) que pueda dar educación universitaria a todos. Es una esperanza, que algún día quizá, pero no ahora, podremos realizar. Pero, mientras tanto, señalo el incremento fundamental que hemos alcanzado. Y, además, como ayer lo dijera con profunda satisfacción, por primera vez la Universidad de Chile, las universidades en general y, especialmente, la Técnica, y en el caso aquí de la Universidad del Norte, con su sección de Iquique, han abierto sus puertas a los trabajadores, a los obreros, como lo hará la Universidad Austral, seguramente, y la de Concepción a los campesinos.

Si hay algo que caracteriza un proceso revolucionario es hacer que la educación y la cultura alcancen a las grandes masas que antes estaban privadas de ellas.

Iniciaremos o culminaremos con un proceso, para terminar con el analfabetismo en Chile, y haremos, entonces, que la educación y la cultura lleguen a las más apartadas regiones de nuestro país.

Quiero decirles a ustedes —por ejemplo— que desde fuera se mira este proceso de cambios que tiene los niveles que acabo de señalar en la educación. Y se mira y se estimula lo que hacemos, en democracia, pluralismo y libertad, con respecto a la institucionalidad nuestra pero, al mismo tiempo, entendiendo que esta institucionalidad debe abrir el paso a los cambios indispensables que Chile reclama y necesita.

Se nos mira y se nos estimula de afuera. Un hecho de importancia trascendente: allá, en Santiago, se han reunido representantes de 141 países, en la llamada III UNCTAD, y los artistas del mundo nos han enviado 600 telas de regalo, en el “Museo de la Solidaridad”, único, ¡único en el mundo, compañeros! No le cuesta un centavo a Chile. Hombres como Miró, gran pintor, no nos regalaron una tela: ¡pintó un cuadro para el Museo de la Solidaridad; lo

creó para Chile! Picasso ha puesto un cable pidiendo que le reserven un espacio! Y Picasso y Miró y otros representan la más alta expresión de la pintura, así como la representa en el campo de la creación y del verso nuestro Pablo Neruda.

Por eso, quiero señalar, entonces, estos aspectos que son fundamentales, he dicho educación, he dicho salud.

Hemos aumentado extraordinariamente el número de consultas, de 7,8 millones a 10,2 millones. Hemos aumentado en un 13 % la atención parvularia. Hemos importado 48 millones de kilogramos de leche, que representan una inversión de 50 millones de dólares. Hemos aumentado en un 350 % la entrega de leche a los párvulos, a los niños y a las madres que están alimentando a sus hijos.

¿Por qué, compañeros, hacemos estas cosas? Porque el futuro de Chile está en ustedes, está en los niños del pueblo, está en los muchachos del pueblo. Al decir pueblo hablo de todos los que formamos el país: hombres de distintas profesiones, con o sin uniformes, todos tenemos hijos y todos formamos el pueblo. Y lo que nosotros queremos es, precisamente, que a todos alcance la educación y la atención de la salud. Y si acaso nos preocupa, fundamentalmente, el ampliar los conocimientos de nuestros jóvenes, el abrir carreras de perfeccionamiento para los obreros, para los empleados. Si acaso queremos que haya una superación en este aspecto. Si queremos defender a Chile previniendo las enfermedades y alimentando mejor a los niños. Si hemos hecho la asignación prenatal, para defender a la madre y al futuro niño, de la misma manera, compañero, hemos de integrar este aspecto de la vida ciudadana haciendo que algo que atrae, unifica, cohesiona al pueblo debe ser ejercido por la inmensa mayoría; me refiero, compañeros, a la educación física y al deporte.

En la mañana de hoy he visto —como he dicho—, en las canchas aún no terminadas, haciendo deporte como no lo había visto nunca, y no lo han visto en Chile, a cientos de muchachas y muchachos, como tuve la satisfacción de ver, en el cumplimiento de planes tradicionales, haciendo, también, gimnasia y haciendo, también, deporte a los que cumplen con su servicio militar, en los cuarteles de aquí. Pero ¿qué importancia y significación tiene este ensayo que estamos realizando? Tiene la importancia y la significación de aprovechar los recursos que tiene el Estado de hacer po-

sible la integración en la actividad deportiva, de la escuela, de la industria, de la empresa, del colegio, del regimiento. Tiene la ventaja de aprovechar las máquinas, por ejemplo, del Ministerio de Obras Públicas y Transportes; ¿para qué?, para que sean canchas rústicas, pero que sean canchas donde la juventud puede empezar a comprender la significación que tiene, compañeros, el deporte, porque el ejercicio físico es indispensable, fundamental y básico, pero este ejercicio físico tiene que descansar también en un control médico, porque no se hace ejercicio físico improvisadamente, porque también está vinculado esto con la alimentación, porque es mejor deportista el que se alimentó mejor y el que tuvo una enseñanza técnica, porque el deporte hoy en día tiene niveles superiores y no bastan iniciativas propias, sino que se tiene que estar sometido a los cánones de la experiencia, del conocimiento, de los estilos y de la preparación de la gente.

¿Por qué países pequeños, por ejemplo (y por eso hemos buscado y reitero mi agradecimiento a la cooperación de Cuba), por qué países pequeños como Cuba han tenido éxitos sorprendentes, extraordinarios, en el campo de la competencia internacional, enfrentándose a países mucho más poderosos, mucho más ricos, con mucha más población? Porque la revolución hizo posible el deporte para las masas. Porque la revolución hizo posible que la juventud se preocupara de la educación física y del deporte. Porque la revolución hizo posible que se entendiera que si acaso es un espectáculo que atrae ver jugar en una cancha a dos equipos, que en el caso del fútbol representan 22 personas, *es mucho más interesante para un país, es mucho más necesario para un país, es mucho más vital para un país que esas setenta mil personas hagan ejercicio y muchas de ellas practiquen deportes.*

No estamos en contra del deporte llamado profesional, estamos contra la concepción pequeña de que una elite y un grupo reducido hagan deporte. Queremos aprovechar cuanto espacio verde o duro, como el de aquí, sirva para una cancha.

No podemos construir grandes estadios, pero tenemos que aprovechar cada pedazo de suelo para que los muchachos practiquen educación física y deporte. Queremos aprovechar la generosidad de cientos de hombres y mujeres nuestros que pueden —enseñados por monitores— transformarse en gente que tiene la inclinación y el conocimiento básico para poder orientar a la ju-

ventud en los deportes. Queremos multiplicar, multiplicar y multiplicar los que pueden practicar junto a los muchachos nuestros y enseñarles en la etapa inicial de su educación deportiva las bases futuras que han de permitir que alcancen niveles superiores.

Así, como reconocemos, por ejemplo, que no hemos cumplido con una obligación fundamental que es crear, en la proporción que hubiéramos debido, los jardines y las guarderías infantiles, este año, con pasión, con dureza exigiremos de los funcionarios que rompan la modorra y en cada población tendrá que haber un jardín para los muchachos y en cada parte que sea posible haremos una pequeña o modesta cancha, pero que podrá congrega a los estudiantes y a la juventud.

¿Quién de ustedes habría podido imaginarse que en este país que no tiene más que un horizonte infinito que es el mar y un marco maravillosos que es la cordillera, aquí en el desierto duro, allá en las nieves, aquí cuántos son los que hacen deporte de andinismo, por ejemplo?

Por primera vez en la historia de Chile, el año pasado, en invierno, fueron 1.200 hijos de obreros a la nieve. Se pusieron casaca y zapatitos de esquí y se pusieron los esquíes.

Piensen ustedes lo que significa estar mirando, como pueden verlo en cualesquiera de las provincias centrosureñas de Chile, Santiago mismo, O'Higgins, sobre todo en Ñuble, Concepción, ahí están las canchas de esquí, ahí está la nieve, compañeros, y miles de niños chilenos nunca en su vida han tenido un pedacito de nieve en sus manos y nunca se han imaginado que podrían subir a la nieve y hacer deporte.

En los documentos cinematográficos, nosotros vemos, por ejemplo, en otros países del mundo cómo el deporte de la nieve se practica en gran escala y, también, vemos centros donde, por cierto, va un grupo reducido porque son hoteles muy caros.

Pero en Santiago estamos estudiando la posibilidad de hacer en San Ramón, que es un macizo andino, donde gran parte de la cara mira hacia el sur, canchas con la ventaja de que podrán llegar en micro hasta tomar el andarivel, estar cuatro o seis horas arriba el obrero, el hijo del obrero, o el estudiante y bajar para dormir en su casa en la noche. Éstas son las características que tiene el país.

Uno mira desde aquí este mar, ¿cuántos son los hijos de los obreros que se han subido alguna vez, compañeros, a un bote de vela? Y qué sencillo es.

¿Cuántos son los que han podido aprender a nadar? ¿Cuántos son los que han tenido lecciones fundamentales?

Sin embargo, ustedes ven, nosotros hemos aplaudido, por ejemplo, aquí, el paso, compañeros, de los campeones mundiales de pesca submarina que son de esta ciudad, que son de esta provincia.

Nos falta el número suficiente de entrenadores, de profesores de educación física. En las escuelas, el número de clases de educación física es bajísimo. En muchos establecimientos escolares, en la parte central-sur de Chile no se puede practicar por las inclemencias del tiempo y en la mayoría no hay gimnasio, en muchas partes hay canchas deportivas y gimnasios para un grupo reducido que están cerrados seis u ocho horas al día.

¿Cuántos son los muchachos en nuestro país que por no tener acceso a una biblioteca, por no tener acceso a un plantel de estudios o aun teniéndolo, en las salas no hallan qué hacer y, entonces, sí viene, compañeros, el fumar marihuana, el drogarse, el escepticismo, el no tener fe, el negar las tradiciones de su patria, el olvidarse de que somos un país privilegiado, con este mar, con nuestras riquezas fabulosas?

El deporte salvará cientos de miles de muchachas y muchachos, porque la emulación, el esfuerzo, la amistad, el compañerismo que nace en la competencia y en el ejercicio, inclusive, supera el tipo de relaciones entre el hombre y la mujer, entre la muchacha y el muchacho.

Necesitamos, entonces, este deporte.

En el año de la juventud*

Yo pensaba, desde que entré aquí, “¿en cuántos países del mundo podrá darse un espectáculo como éste?”. Frente a las autoridades de gobierno, frente a las autoridades universitarias, una comunidad estudiantil bullente, que sabe de las ideas y que las discute, que bebe de los principios, las doctrinas y las teorías revolucionarias que analiza. Una juventud que en sus propios gritos expresa antagonismo, pero que en su acción —y estoy seguro— afianzará la unidad de la juventud al servicio de Chile y de su pueblo.

Porque creo que es indispensable que los hombres de gobierno, los jefes sindicales, los dirigentes políticos de máxima responsabilidad deben buscar el diálogo y el contacto con la juventud. Deben hacerlo porque indiscutiblemente son los jóvenes los que siempre tendrán la responsabilidad efectiva del futuro y son los jóvenes, por el hecho de ser jóvenes, los que deben estar y ser más permeables a las corrientes renovadoras, al pensamiento creador, a la voluntad de acción constructiva y revolucionaria. Debemos buscar, cada vez que sea posible —y siempre lo será—, el diálogo abierto

* Discurso inaugural del año académico, Universidad de Concepción, mayo de 1972.

con la juventud porque sin ella, sin su participación, sin su apoyo no se comprende un proceso revolucionario ni puede uno imaginarse que pueda tener contenido y proyección esta labor revolucionaria y, sobre todo, en los países como los nuestros, países que han vivido y viven la dependencia económica, cultural y tecnológica; son los sectores juveniles los que tienen la obligación, y en Chile cumplen esta obligación.

Ser estudiante de una universidad que tiene una tradición como ésta, y que la acrecienta, es un privilegio que obliga, que compromete, que debe llevar a los jóvenes que están en ella y pasan por ella a empaparse de la responsabilidad que asumen frente a la realidad de su patria y al compromiso que contraen para hacer posible que nuestra patria, con el esfuerzo de ustedes, pueda ir rompiendo el atraso, la incultura, la enfermedad, la miseria moral y la miseria fisiológica que azota y golpea y marca a miles y miles de nuestros compatriotas. Ser estudiante universitario en un mundo que cruje en sus viejas estructuras, tener la información internacional al segundo y poder estudiar y documentarse, no tan sólo si es obligación básica hacerlo, en la disciplina que se ha buscado como carrera, en la ciencia o en el arte, que ella encierra, sino además, tener la visión más amplia y entender que un profesional, que un técnico, que un científico tiene que estar entrecortado con los procesos esenciales de su patria y de su pueblo.

Por eso, también, es para mí extraordinariamente satisfactorio como presidente de Chile reafirmar en esta multitudinaria asamblea, que vibra y palpita con la batalla de los pueblos de los distintos continentes, que el gobierno popular que presido ha resuelto tener relaciones a nivel de embajada con la República Popular de Vietnam, con Corea del Norte y recoger a Bangladesh.

Y, mientras Manuel Rodríguez recordaba a Vietnam, yo recordaba que hace dos años y algunos meses estuve en Hanoi, que tuve el privilegio de conversar con ese anciano venerable que era Ho Chi Minh.

Nunca me olvidaré de su figura, nunca dejaré de recordar la transparencia de su mirada y, al mismo tiempo, la bondad de sus palabras. Al saludarnos —yo iba con el compañero Eduardo Paredes—, nos dijo: “Gracias por venir de tan lejos, con tanto sacrificio, a traernos el apoyo moral de su pueblo.”

Y en nuestra conversación, que fue relativamente larga, ya que estaba enfermo, y seriamente enfermo, creo haber sido el último político de cierto nivel que conversó con él, y esa es la verdad. ¡Y esa es la verdad! (he dicho: político de cierto nivel, por lo tanto, no hay necesidad de reírse) que conversó con él, ya que estaba muy enfermo y falleció a los 25 días que estuve en Vietnam. La conversación que tuvimos con Ho Chi Minh versó, fundamentalmente, sobre la juventud, y en la libretita increíble, por lo vieja, en las páginas centrales de ella, con la letra temblorosa de un anciano, estaban anotadas las cifras que él nos explicó, eran las cifras de los alumnos que en los últimos cinco años habían sido alumnos distinguidos. Y Ho Chi Minh nos dijo que él les enviaba siempre a esos alumnos unas cuantas líneas. Pero, yo pensaba, y pienso, ¡qué gran estímulo, qué extraordinaria recompensa debe haber sido para aquellos jóvenes que recibieron esas temblorosas líneas de Ho Chi Minh!

El padre de Vietnam, el hijo y el padre de la revolución, el escritor, el estadista, el libertador de su pueblo, ese hombre que había alcanzado por su vida ejemplar el reconocimiento y el respeto, no sólo del pueblo vietnamita sino de todos los pueblos del mundo, tenía como preocupación esencial mandarles a los jóvenes una felicitación y vivía preocupado de cómo los jóvenes cumplían su tarea.

¡Qué buena lección para mí! Yo no lo he olvidado, y por eso siempre, al recordar lo que me enseñara así, en minutos, Ho Chi Minh, siempre he dicho, no citándolo, que para mí la juventud que tiene el privilegio, como ustedes, de pasar por el aula de la Universidad de Concepción, o ser universitario en cualesquiera de las universidades chilenas, tiene la obligación fundamental de entender que es universitario porque millones de chilenos, con su trabajo anónimo, ignorado, porque miles de obreros, campesinos y empleados, con su esfuerzo, crean la posibilidad material para que se levanten estas universidades y no deben nunca dejar de recordar que la inmensa mayoría de ellos nunca pudo pasar por una universidad, nunca va a poder pasar todavía por una universidad.

Éste es el año de la juventud, es el año de ustedes. Yo me congratulo de planteamientos teóricos como los que ha hecho el compañero, pero en un sentido de hombre más viejo me habría gustado

que su concepción teórica se hubiera concretado en problemas que la juventud chilena reclama.

¿Qué vamos a hacer por la juventud obrera? ¿Qué vamos a hacer por la juventud campesina? ¿Qué vamos a hacer por ustedes en cuanto a becas, hogares? ¿Qué vamos a hacer por el deporte? ¿Qué vamos a hacer por los estudiantes de los sectores medios?

¿Qué representa el porcentaje todavía alto de muchachos de la clase elevada que entran a las universidades, y los que quedan al margen? ¿Cuál es el problema esencial de un país donde hay subalimentación?

¡Cuánta es la necesidad de arrancar a la juventud de la frustración, el vicio, para que se entregue con pasión siquiera, aunque no sean nuestras ideas, a la defensa de sus ideas! ¡Cuánto hay que trazarse por delante! ¡Cuánto de valor tiene que darse al trabajo voluntario, por ejemplo, tomado muchas veces con un aspecto superficial que no representa una condición ni entiende por qué ese trabajo voluntario es necesario en los países como el nuestro y los otros que hicieron su proceso revolucionario! ¡Cuándo vamos a precisar lo que tiene que ser, en el caso de la mujer, una carta de compromiso que no sólo satisfaga los anhelos justos de las mujeres de la UP, sino de la mujer chilena, cualquiera que sea o no sea su ideología!

De la misma manera que debemos tener conciencia en la Carta de la juventud chilena, y la juventud chilena debe saber por qué metas combate, por qué metas lucha. Piensen ustedes la diferencia que hay en la tarea que tiene un campesino de hoy, joven campesino, y la que tendrá mañana, hoy día en un país que no tiene tractores, en el que la mecanización del campo es un embrión, en un país que tiene un porcentaje muy bajo de abono. Ahí tendremos que capacitar al campesino de mañana, para una concepción distinta de lo que es la tierra y su producción. En un país donde no hay agroindustrias, tenemos que decirle al campesino por qué y para qué se pueden hoy día deshidratar los alimentos y las frutas, y se puede preservar por muchos años la fruta sin necesidad, inclusive, de tenerla en frigoríficos. Es decir, la técnica, el conocimiento, es algo que tenemos que incorporar a la juventud, cualquiera que sea su nivel, más bajo, por cierto, en la juventud campesina, que nunca supo nada sino de la experiencia que tanto enseña, pero que tendrá que saber los métodos diferentes.

De igual manera, no es posible que la juventud chilena, aun teniendo metas claras, no participe y se integre al proceso revolucionario, asumiendo su responsabilidad.

Yo he sido el que con más empeño he llamado a la juventud, y ayer, por vez primera en la historia de Chile, ha habido un consejo de gabinete presidido por el compañero presidente para recibir a los jóvenes, oír sus puntos de vista y para contraer con ellos un compromiso: hacer juntos, viejos gobernantes y jóvenes, hacer en Chile el 4 de este mes, el día del trabajo voluntario, pero con una conciencia distinta, un valor diferente y una proyección mucho más amplia, y el 23 de junio firmar ante la conciencia de la patria la gran Carta de los Derechos y de los Deberes de la Juventud; derechos y deberes que cada joven debe aprender, así como aprende a rezar o así como aprende los cantos revolucionarios; derechos y deberes que tienen que metérselos en el corazón y en la conciencia, porque no se trata sólo de que van a tener ustedes derechos, tendrán deberes y en un proceso revolucionario sólo se conquistan los derechos cuando se ha tenido el coraje de cumplir con los deberes, camaradas.

Epílogo

La Moneda, 11 de septiembre de 1973*

9.03 a.m. Compañeros:

En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por voluntad consciente de un presidente que tiene la dignidad del cargo entregado por su pueblo en elecciones libres y democráticas.

En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Ésta es una etapa que será superada. Éste es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

* Alocuciones radiales del 11 de septiembre de 1973. Las primeras, emitidas por Radio Corporación; la última, por Radio Magallanes.

Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a esta patria. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra... roto la doctrina de las Fuerzas Armadas.

El pueblo debe estar alerta y vigilante. No debe dejarse provocar, ni dejarse masacrar, pero también debe defender sus conquistas. Debe defender el derecho a construir con su esfuerzo una vida digna y mejor.

9.10 a.m. Seguramente, ésta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las antenas de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción. Que sean ellas un castigo moral para quienes han traicionado su juramento: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha auto-designado comandante de la Armada, más el señor Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno, y que también se ha autodenominado director general de Carabineros. Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡no voy a renunciar!

Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad al pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector que hoy estará en sus casas esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo a ustedes, sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios clasistas que defendieron también las ventajas de una sociedad capitalista.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serían perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder.

Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente, Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pasa el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Éstas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Índice

El nombre encontrado, por Eduardo Galeano	7	Las fuerzas sociales hicieron posible esta victoria	215
Salvador Allende y las ciencias sociales, por Emir Sader y Ayrton Fausto	9	Democracia económica para lograr la igualdad social	221
Allende, ¿político o estadista?, por Almino Afonso	11	Valorar el capital humano	226
Introducción, por Frida Modak	13	Participación popular	240
Allende por Allende	19	La responsabilidad de los trabajadores en el gobierno	244
Revolución y democracia	27	La revolución necesita la presencia de la mujer	249
La gran tarea	29	La economía de Chile reclama una Reforma Agraria	251
<i>Pensamiento Socialista</i>	43	Dignificación del campesino y el mapuche	253
Romper los moldes de la economía liberal	45	El acceso a la tierra	258
Soy socialista	50	Política exterior	261
El socialismo es humanista	53	América Latina en busca de un nuevo proyecto	263
Checoslovaquia: libre determinación y socialismo	62	ONU: Interrogantes y escepticismo	274
<i>Legalidad, institucionalidad, libertad</i>	67	Cuba y la revolución latinoamericana	282
Un proyecto al servicio del hombre	69	Reemplazar a la OEA	286
No daré un paso atrás	79	Coordinar los movimientos antiimperialistas	289
No al salto en el vacío	85	Operación UNITAS VII en Chile	293
Sociedad de anticonsumo	92	Vietnam lucha por todos	307
La nueva Constitución	98	Relaciones Chile-Estados Unidos	309
Las libertades políticas	101	Integración más allá de lo económico	314
Al pueblo de Chile	105	Proyectar América Latina en el mundo	317
La seguridad nacional	109	No intervención	320
Relevancia de una gestión	111	Cada pueblo: su propia ruta	323
Libertad religiosa	114	Perú y Chile	326
Informar leal, veraz y oportunamente	116	El primer encuentro con Fidel y el Che	329
No hay prensa libre	119	Chile y México	334
Economía	125	Juventud	339
Chile, un Vietnam silencioso	127	La revolución no pasa por la universidad	341
Nuevos métodos de dominación	153	Los jóvenes en la Patria Nueva	358
Integración para el cambio	160	Creo en los jóvenes	361
La doctrina Allende	175	Actuar y prepararse para actuar	365
La banca al servicio del país	181	Deporte para todos	368
Área social de la economía	188	En el año de la juventud	374
Crisis de los sistemas de posguerra	192	Epílogo	379
Ciencia y tecnología modernas para el Tercer Mundo	204	La Moneda, 11 de septiembre de 1973	379
Economías pretendidamente “sanas”	207		
En la perspectiva del 2000	211		
Políticas sociales	213		

Otras publicaciones de CLACSO

Martínez Franzoni

¿Arañando bienestar? Trabajo remunerado, protección social y familias en América Central

Levy y Gianatelli [comps.]

La política en movimiento. Identidades y experiencias de organización en América Latina

Raventos [comp.]

Innovación democrática en el Sur: participación y representación en Asia, África y América Latina

Lechini [comp.]

*La globalización y el Consenso de Washington.
Sus influencias sobre la democracia y el desarrollo en el Sur*

Mariátegui

Sete ensaios de interpretação da realidade peruana

Crítica y Emancipación N° 1

Revista latinoamericana de ciencias sociales de CLACSO

Svampa

Cambio de época: movimientos sociales y poder político (con Siglo XXI de Argentina)

Chatterjee

La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos (con Siglo XXI de Argentina)



Secretario Ejecutivo: Emir Sader

Secretario Ejecutivo Adjunto: Pablo Gentili

Área de Difusión y producción Editorial

Coordinador: Jorge Fraga

Programa de Co-ediciones:

Coordinador: Horacio Tarcus

Asistente Editorial: Lucas Sablich

Se terminó de imprimir en el mes de junio de 2008 en el Establecimiento Gráfico **LIBRIS S. R. L.**
MENDOZA 1523 • (B1824FJI) LANÚS OESTE • BUENOS AIRES • REPÚBLICA ARGENTINA